MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

Tomo XVI

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XVI

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1958

Derechos Reservados © por la Academia
Mexicana Correspondiente de la Española.

PRIMERA EDICION

066
A.m.
6

EN LA sesión celebrada el 22 de febrero de 1957 la Academia acordó publicar un volumen con trabajos de los señores académicos, destinados a honrar la memoria de su finado Director, el señor Lic. don Alejandro Quijano; y en sesión efectuada el 13 de diciembre del mismo año se resolvió que el tomo XVI de las *Memorias* se consagre a cumplir con aquel primer acuerdo.

Este volumen, pues, contiene dos partes: la primera con los trabajos normales de la Academia, por orden cronológico, y la segunda, con los estudios que los señores académicos han enviado para formar el volumen conmemorativo, aunque no se relacionan de manera directa con la personalidad del Sr. Lic. don Alejandro Quijano.

Por ser de gran trascendencia para la Academia la inauguración de su edificio, se publica el acta que da cuenta de la ceremonia efectuada.

El Señor Licenciado Quijano dictó su discurso la víspera de la inauguración, cuatro días antes de su muerte.

A. M. C.

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española se complace en invitar a usted a la solemne inauguración de su domicilio en la Calle de Donceles número 66, que se efectuará el viernes 15 de febrero a las 19 horas.

México, enero 31 de 1957.

ALEJANDRO QUIJANO,
Director.

ALBERTO MA. CARREÑO,
Secretario Perpetuo.

PROGRAMA

El nuevo domicilio de la Academia Mexicana.
Por el Lic. Alejandro Quijano.

La peregrinación de la Academia Mexicana.
Por el Dr. Alberto María Carreño.

SESION solemne para inaugurar el nuevo domicilio de la Academia, celebrada el día 15 de febrero de 1957, presidida por el Sr. Lic. D. José Angel Ceniceros, Secretario de Educación Pública, en representación del Sr. Presidente de la República Don Adolfo Ruiz Cortines, y por el decano de la Academia Sr. D. Manuel Romero de Terreros.

Asistieron los señores académicos: don Manuel Romero de Terreros, don Alberto María Carreño, don Genaro Fernández Mac Gregor, don Martín Luis Guzmán, don Alfonso Junco, don Artemio de Valle Arizpe, don Alfonso Reyes, don Francisco Monterde, don Angel María Garibay, don José Ignacio Dávila Garibi, don Julio Jiménez Rueda, don Isidro Fabela, don Luis Garrido, don Julio Torri, don Salvador Novo, don Francisco González Guerrero, don Antonio Gómez Robledo, don Daniel Huacuja, don Octaviano Valdés, don Jesús Silva Herzog, don Manuel González Montesinos, don Carlos Pellicer; así como una muy distinguida concurrencia de personalidades del Gobierno y de la mejor sociedad mexicana.

El Sr. Romero de Terreros dijo que la muy seria enfermedad que aquejaba al Director Sr. Lic. D. Alejandro Quijano le impedía asistir a esta histórica sesión; pero que no queriendo estar ausente espiritualmente, había dictado en su lecho de enfermo un breve discurso para que fuera leído durante la ceremonia; y rogó al señor académico Dr. D. Julio Jiménez Rueda, que lo leyera.

Comienza el discurso del Sr. Quijano doliéndose de que por muchos años la Academia no tuvo asiento propio, a pesar de sus esfuerzos, y llama la atención acerca de que fue un Gobierno amigo, el del Sr. Dr. D. Miguel Alemán, el que permitió que aquella situación terminara a fin de que la Academia pueda consagrarse tranquilamente al desempeño de su misión: cuidar de nuestra lengua, "sabiendo que el español es una magna y hermosa lengua".

Recordó que "el monje agustino Malón de Chaide, aun sin los vuelos de los Luises y de San Juan de la Cruz, escribió este encendido elogio:

"No hay lenguaje ni lo ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos".

Recuerda que "el propio rey Felipe IV, espléndido mecenas de artistas y

poetas" al enviar su felicitación al Papa Alejandro VII lo hizo en castellano, y le explicó que lo hacía porque siendo esta lengua hija de la latina, la excedía "en la gravedad de su carácter, posesión de sus lacónicas frases, majestad de sus palabras y en lo peregrino de sus exquisitos y vivaces conceptos".

Recordó otros elogios e hizo el suyo propio y la recomendación de usar con suma discreción vocablos extranjeros y terminó agradeciendo a los dos Presidentes de la República, D. Miguel Alemán y D. Adolfo Ruiz Cortines, la parte que respectivamente han tenido en beneficio de la Academia.

El programa de oratoria en la solemnidad consistió de este discurso del Sr. Quijano y de otro del Secretario Perpetuo sobre la peregrinación de la Academia; en consecuencia el Presidente le cedió el uso de la palabra, y comenzó recordando la alta misión de nuestro Instituto que es cuidar de nuestra lengua; recordó que la Academia nació en la casa habitación de D. Alejandro Arango y Escandón, y cómo allí permaneció durante largos años, presidida por Don José María Bassoco, el propio Arango y D. Joaquín García Icazbalceta, siendo esa primera época de la vida de la Institución una de las más valiosas y cómo en dicho período los académicos fueron de los nombres más destacados intelectualmente en nuestro medio, como lo han sido después.

Recordó en seguida su establecimiento en la Biblioteca Nacional, invitada por los Sres. D. José María Vigil y D. Francisco Sosa; cómo después tuvo que abandonar aquel refugio para acogerse a los domicilios de varios Académicos, de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística durante la presidencia de los Sres. D. José López Portillo y Rojas y D. Federico Gamboa quien la llevó a su propio domicilio, y, al ser designado Director el Sr. Quijano, las sesiones se celebraron durante algún tiempo tanto en su bufete como en su domicilio, hasta que fue acogida por la Comisión Permanente del Congreso de Academias.

Recordó asimismo, cómo entretanto que estas cosas ocurrían, D. José Rubén Romero, miembro muy distinguido de la Academia, se propuso ver si era posible obtener del Gobierno algún edificio destinado directamente a la Academia, sin que hubiera podido lograrse, pues si bien el Sr. Presidente D. Miguel Alemán le asignó un local, éste resultó inadecuado; pero cómo aprovechando parte del patrimonio que el mismo Sr. Alemán constituyó para la Academia, se pudo hacer la adquisición de la casa de Donceles, utilizando también los donativos hechos por la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, el Banco de México, el Banco Nacional de México y por el Sr. Lic. D. Benito Coquet. Hizo el elogio de los Sres. Lic. D. Carlos Prieto, Ing. D. Evaristo Araiza, D. Rodrigo Gómez, D. Rafael Mancera Ortiz, que fue quien obtuvo la autorización, en su calidad de Subsecretario de Hacienda para disponer de la mitad del patrimonio, y la condonación del impuesto del timbre; del Regente del Departamento del Distrito Federal, Sr. D. Ernesto P.

Uruchurtu, que concedió la exención del impuesto de traslación de dominio y del Lic. Fernando Gutiérrez Ortega, que fue quien obtuvo, en calidad de Procurador Fiscal del Departamento Central, esta exención y quien concedió la del impuesto predial.

Hizo patente el reconocimiento de la Academia al Sr. Lic. Ceniceros, porque al declarar que la Academia es una Institución de Educación Pública, le abrió las puertas para solicitar estas exenciones de impuestos; y reconocimiento igual a todas las personas que en una forma o en otra la ayudaron a poner término a una peregrinación que duró más de ochenta y un años.

Al terminar, puesta de pie la concurrencia, el Sr. Lic. Ceniceros hizo el elogio de nuestra lengua y en forma solemne declaró haberse inaugurado el domicilio de la Academia.

A las nueve cuarenta y cinco minutos de la noche se levantó la sesión.

ALBERTO MARÍA CARREÑO
Secretario Perpetuo

DISCURSO DEL LIC. ALEJANDRO QUIJANO EN LA INAUGURACION DEL NUEVO EDIFICIO DE LA ACADEMIA

PALABRAS DICTADAS EN MI LECHO DE ENFERMO, PARA SER LEÍDAS, EN ESTA OCASIÓN, POR MI EXCELENTE COLEGA Y AMIGO, DON MANUEL ROMERO DE TERREROS

Sr. Presidente, señoras, señores:

LA ACADEMIA tiene al fin su propia casa donde se instala esta noche memorable, bajo el amparo del Sr. Presidente de la República, para trabajar en ella con la decidida voluntad de hacer una labor útil en pro de nuestra lengua y, con ello, en pro de nuestra nación.

Bien sabéis vosotros, mis estimados colegas, cómo anduvo siempre nuestra Academia de aquí para allí, huésped pobre que solicitaba alojamiento para efectuar sus reuniones.

Ya el señor Secretario Perpetuo nos dirá dentro de breves momentos, el empeño de nuestra corporación desde que se instaló, en 1875, hasta hoy, en lograr un albergue propio.

Ya se verá que, a lo largo de su historia, la Academia pensó siempre en ello y trató con ahinco de conseguirlo, hasta que una mano generosa, en representación de un Gobierno amigo, el del Sr. Lic. don Miguel Alemán, nos puso en condiciones de llegar a esta mansión, inmejorablemente dispuesta para su fin, pues tal parece que se hubiese hecho con la mira de esto que hoy se alcanza.

Vivir en casa ajena, lo sabéis todos vosotros, es llevar junto una sombra de inseguridad, de desasosiego, de molesta zozobra; haber hogar propio da sensación de paz, de confianza, de libertad.

Y desde ahora, en las salas de su, digamos, hogar, los señores académicos podrán trabajar satisfechos, con el siempre noble anhelo de cumplir con su encargo de cuidar, de limpiar y dar brillo a nuestra lengua, uno de los elementos más importantes de integración de la nacionalidad.

En esta residencia, en sus vastos salones todo cabe, desde esta solemne sala de recibo, y las de juntas, y las de trabajo, y biblioteca para los de casa y para los que deseen aprovecharla, pues toda quedará al servicio de quien quiera servirse de ella para sus fines, siempre honorables y mexicanos.

Huelga decir que en esta flamante casa de la Academia, la primera y principal ocupación será la de cultivar nuestro idioma, con el afán con que se cuida una planta exquisita, vigilando para que no la ataquen plagas dañinas. Así, esta Academia, como todas las que tienen parte en la Asociación de Academias, nacida ésta por obra de la Comisión permanente del primer Congreso, prohijado por el Gobierno del Sr. don Miguel Alemán, y luego por el Gobierno de don Adolfo Ruiz Cortines; la cual Asociación incluye a la fundadora, a la matriz, a la Academia española, a todas las americanas y a la filipina; todas, sin ánimo torcido, con espíritu amplio y sin reserva, y sabiendo que el español es una magna y hermosa lengua, han de afanarse no sólo en hacer de ella algo que adquiera superación creciente de día en día, sino que propugne su general aceptación como uno de los idiomas más perfectos, si los hay.

No haré aquí, reproduciendo lo que tantos ilustres varones han dicho al respecto, un elogio de nuestra lengua; repetiré apenas dos o tres citas magníficas de personajes insignes:

El monje agustino Malón de Chaide, aun sin los vuelos de los Luises y de San Juan de la Cruz, escribió este encendido elogio:

"No hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro —el español— haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos".

El propio rey Felipe IV, espléndido mecenas de artistas y poetas, que pululaban en los salones de la corte, al enviar su congratulación al Papa Alejandro VII, hízolo en castellano, cosa entonces inusitada, y terminó su epístola con estas palabras:

"La hubiera escrito en latín, si en medio de ser la española su hija, no excediese aun a la misma madre en la gravedad de su carácter, posesión de sus lacónicas frases, majestad de sus palabras y en lo peregrino de sus exquisitos y vivaces conceptos".

¿No escribió Antonio de Fonseca —y en tal caso Boscán— o Cristóbal del mismo apellido, no puedo precisarlo por el momento, estas elocuentes líneas, hablando de la lengua española?:

"En pocas palabras sabe comprender tantas diferencias de donaire, tan sabrosos motes, tantas delicias, tan agradables demandas y respuestas, tan sabias locuras, tan locas veras, que son para dar alegría al más triste hombre del mundo".

Corto la lista de citas, aunque mucho me complacería de hacer otras más, tan expresivas y bellas como las que anteceden. Sólo quiero asentar un muy personal juicio sobre que, para conservar limpio y pulir nuestro idioma, se haya de huír como de cosa nefanda, del uso de voces extranjerizas, sobre todo del galicismo y del anglicismo. Desde luego hay que tener presente que el primitivo español, como los ríos caudales, se formó con el concurso de muchas pequeñas corrientes: aparte la más importante y rica contribución latina, hubo la de los aborígenes peninsulares, de los vascos, de los celtas, fenicios y griegos, visigodos y árabes.

¿Por qué, entonces, no se han de aceptar nuevas voces necesarias para las exigencias inaplazables del vivir, que es movimiento perpetuo y progreso sin fin? ¿Por qué cerrar las puertas a términos venidos de donde vengan, siempre que se respete el genio de nuestro idioma y que carezca éste de las voces correspondientes? No hay que decir que para la adopción de tales vocablos o giros necesarios, hay que proceder con discreción y cautela sumas; y procurar, por otra parte, que se destierre el uso tan frecuente en los días que corren, de locuciones horrendas.

A propósito del galicismo, el más excelente de los préstamos a nuestra lengua, quiero transcribir, por último, y descontando que su amor a Francia le dictó al gran Lugones los siguientes conceptos vertidos en el célebre discurso dedicado a Rubén Darío, a raíz de su muerte; conceptos ostensiblemente apasionados, mas no exentos de cierta justicia:

"No hay nada más falso y más cursi que el horror académico al galicismo. Si algún país debe legítimamente influir sobre la cultura española, es el de Francia, por generoso y por hermano. Reconocerlo es una prueba de sencillo buen gusto; negarlo, un grosero alarde para llamar la atención, violando la conocida regla en cuya virtud la verdadera elegancia consiste en no hacerse notar, o una antigüalla reaccionaria. No hay obra humana de belleza o de bondad que prospere sin un grano de sal francesa. Este grano de sal es perla que ha germinado en siglos y siglos de labor, de dolor, de heroísmo, de genio, de arte, de gloria".

Por tanto, no abominemos a ultranza del uso de extranjerismos en nuestro idioma.

Para terminar, debo deciros que aun cuando el programa anunciaba un discurso, sólo habéis oído unas desmedradas líneas; y que lamento hondamente no estar en persona con vosotros, aunque he de estarlo con mi pensamiento y mi corazón, en este acto solemne.

Sólo me resta, mis estimabilísimos y caros colegas, enviaros mi cordial saludo y mi congratulación más cumplida y presentar, en unión vuestra, nuestro respetuoso y alto reconocimiento al Sr. Presidente Ruiz Cortines y al Sr. Lic. don Miguel Alemán, a cuyo decidido apoyo, a su largueza, de-

bemos la posesión de esta magnífica propiedad, acontecimiento de la mayor trascendencia para nuestra Academia.

Acabo de dictar estas palabras en una mañana azul y toda luminosa; y en ese esplendor quiere ver mi ánimo decaído, un buen augurio para los futuros trabajos de nuestra Academia, ricamente instalada; trabajos que vivamente deseo adquieran renovados bríos y lúcidos éxitos.

ALEJANDRO QUIJANO.

14 de febrero de 1957.

LA PEREGRINACION DE LA ACADEMIA *

por don ALBERTO MARÍA CARREÑO.

ES LA ACADEMIA Mexicana Correspondiente de la Española una de las instituciones culturales que mayor honra ha dado a México en los casi ochenta y dos años de su existencia y a ella han pertenecido algunos de los hombres más ilustres en el mundo de las letras, según lo comprueba la nómina de sus miembros y los quince tomos de *Memorias* que contienen sus trabajos realizados hasta hoy.

Y el tema que demanda su atención es nobilísimo: cuidar de nuestra lengua, que es el don más preciado que recibimos de España junto con las otras manifestaciones de la cultura europea; y es el más preciado porque es uno de los signos más significativos de nuestra calidad de pueblo libre e independiente.

Durante estos ochenta y dos años la Academia ha dado constantes pruebas de su anhelo por conservar brillantemente la Lengua Castellana con las variadas producciones de sus individuos ora en el campo meramente filológico, ora en el solamente literario y filosófico.

La Academia puede con orgullo decir, que ha desarrollado la misión que le confió la Real Academia Española de cooperar con ella en el cuidado de la lengua que por mediación de la Reina Isabel de Castilla vino al Nuevo Mundo, a pesar de que en el largo período de su existencia ha pasado por graves vicisitudes, movida sólo por un noble impulso: dar lustre a dicha lengua.

Ahora tiene una fecha que es histórica: el 7 de agosto de 1956, porque al adquirir en esa fecha la propiedad de la casa número 66 de la calle de Donceles, puso término a una peregrinación que duró poco más de ochenta y un años.

---

* Discurso pronunciado en la inauguración del nuevo edificio de la Academia, el día 15 de febrero de 1957.

La Corporación nació el día 11 de septiembre de 1875 en la casa número 6 de la calle de Medinas, hoy calle de Cuba 80, en la habitación de Don Alejandro Arango y Escandón, en donde se albergó durante largo tiempo. Allí la presidieron Don José María Bassoco, el propio Arango y Escandón y Don Joaquín García Icazbalceta.

Al hacer la historia de la Academia el autor de estas líneas pudo señalar la importancia de los trabajos de la Corporación en aquel período de su vida. Los libros de actas llevados por Don Joaquín García Icazbalceta, que fue el primer Secretario Perpetuo, muestran la callada pero intensa labor de los primeros miembros de nuestro Instituto.

Filólogos muy ilustres dieron muestra de sus conocimientos lingüísticos al estudiar gran número de voces que fueron sometidas a la Real Academia en Madrid y que hoy forman parte de la lengua que todos hablamos, pero hombres de vastísima cultura, en el curso de sus discusiones hicieron gala de sus conocimientos y de sus pensamientos filosóficos.

Gramáticos tan notables como Don Rafael Angel de la Peña llevaron a las sesiones académicas estudios que todavía hoy son guía en las actividades que apasionan a cuantos se ocupan en cuestiones de lenguaje.

Fundaron nuestra Institución junto con el Presidente de la República Don Sebastián Lerdo de Tejada y con el Obispo de Tulancingo Don Juan Bautista Ormaechea, ensayistas prominentes y la Academia acogió sus estudios con verdadera devoción, como la tuvo para escuchar a los poetas que en aquellos momentos constituían el encanto de los amantes de la Poesía.

Entre los ensayistas estaban el primer Director, Bassoco, también gramático distinguidísimo; Don Alejandro Arango y Escandón, Don José Sebastián Segura, Don Casimiro del Collado, Don Joaquín Cardoso, Don José María Roa Bárcena, Don Francisco Pimentel, Don Manuel Peredo; y fueron Arango y Segura, Collado y Roa Bárcena los celebrados poetas de esa notable época de la Academia; y si Pimentel no era poeta, fue el primero que escribió la Historia de la Literatura en México desde los días de la conquista por España hasta las postrimerías del siglo XIX, sin contar sus numerosos estudios, entre ellos los de nuestras lenguas indígenas.

En la casa de Arango, Don Joaquín García Icazbalceta y Don Manuel Orozco y Berra, Don José María Roa Bárcena y Don José María Marroqui dieron a conocer los libros con los cuales hicieron imperecederos sus nombres; el Doctor Don Manuel Peredo sus muy gustadas crónicas; Don José Peón Contreras y Don Alfredo Chavero sus obras teatrales; Don Ignacio Aguilar y Marocho sus artículos periodísticos; Don Tirso Rafael Córdoba su Historia de Puebla y su Manual de Preceptiva Literaria; Don Francisco del Paso y Troncoso sus muy valiosas disquisiciones históricas.

Pero la Academia no tenía residencia propia, y al morir Arango y ser designado José María Vigil Director de la Biblioteca Nacional de México —lo era de la Academia—, le ofreció un lugar en la propia Biblioteca, con acuerdo del académico Licenciado Don Joaquín Baranda, Secretario de Justicia e Instrucción Pública. Al morir Vigil, lo sustituyó el ilustre biógrafo Don Francisco Sosa, miembro también de la Corporación, y él le asignó sitio para que celebrara sus sesiones y para colocar su biblioteca, que se había formado con valiosas obras donadas por los académicos.

Fue este período, que presidieron después de Vigil, Don Ignacio Mariscal, Don Justo Sierra y Don Joaquín D. Casasús, de actividad literaria muy intensa; y sobresalieron los estudios humanísticos de los Obispos Don Ignacio Montes de Oca y Obregón y Don Joaquín Arcadio Pagaza, los del Licenciado Casasús y los del Licenciado Balbino Dávalos; los jurídicos de Don Silvestre Moreno Cora; los novelísticos y jurídicos del Licenciado don Emilio Rabasa y del Licenciado Don José López Portillo y Rojas; los novelísticos de don Rafael Delgado y de Don Manuel Sánchez Mármol, y los novelísticos y teatrales de Don Federico Gamboa; los filológicos de Don Manuel G. Revilla; los oratorios del Arzobispo Don Atenógenes Silva; los históricos de Don Luis González Obregón; los poéticos de Don Manuel José Othón, de Don Juan de Dios Peza, de Don Enrique Fernández Granados, del Presbítero Don Federico Escobedo y del Doctor Don Enrique González Martínez.

Durante este período y antes de él, la Academia celebró sesiones públicas en el Teatro del Conservatorio Nacional de Música y en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria y privadas en el despacho del Presidente Casasús.

La peregrinación, sin embargo, no había concluído. Al hacerse cargo de la Presidencia de la República el Señor Don Francisco I. Madero quitó la dirección de la Biblioteca Nacional a Don Francisco Sosa y la dio al Señor Don Rogerio Fernández Güel, quien ordenó a la Academia que desocupara el lugar que tenía, con gravísimo perjuicio para la biblioteca de ésta, que se perdió por el inadecuado sitio al que fueron llevados los libros.

Al reanudarse la Revolución en 1913 muchos de los académicos se dispersaron, pero los que permanecieron en la ciudad se reunieron en el domicilio de Don Luis González Obregón, y fue entonces cuando el Instituto sufrió una de las más graves crisis que ha soportado.

Muerto el Licenciado Casasús y electo Director el Licenciado Don José López Portillo y Rojas, fue dado al que esto escribe alojar nuestra Institución en el local de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, todavía situado en la calle de la Academia número 9, en donde se verificaron tanto las sesiones privadas como las públicas. Allí se modificaron nuestros Estatutos y se aumentaron a diez y ocho los académicos de número y se crearon diez y

ocho correspondientes. Establecida la Sociedad de Geografía en su actual domicilio, en Justo Sierra 19, en diversas ocasiones acogió a la Academia, que celebró sesiones públicas muy solemnes.

Pero en el antiguo se verificaron también sesiones solemnísimas y allí actuaron el Licenciado Don Enrique Martínez Sobral, quien sustituyó a Enrique Fernández Granados como Secretario Perpetuo, Don Manuel Romero de Terreros, Don Manuel Puga y Acal, Don Alejandro Quijano, Don Ezequiel A. Chávez, Don Genaro Fernández MacGregor, Don Antonio Caso, Don Erasmo Castellano Quinto, Don Jesús Díaz de León, Don Miguel Salinas, Don Salvador Cordero, Don Francisco A. de Icaza y el autor de estas líneas.

Debo aclarar que involuntariamente algunos quizá han dejado de citarse, por más que otros en ningún caso deben olvidarse: como Don Luis Gutiérrez Otero y Don Francisco de Paula Guzmán, Don Cecilio A. Robelo y Don Manuel Sánchez Mármol, el Canónigo Don Francisco de P. Labastida y Don Victoriano Agüeros, Don Francisco Pascual García y Don Porfirio Parra, Don Anselmo de la Portilla y Don Silvestre Moreno Cora.

Murió, a su vez, el Señor López Portillo, y al ser electo para sustituirlo en la presidencia Don Federico Gamboa, llevó la Academia a su propio domicilio y en él actuó durante largos años, verificándose sesiones públicas en la Facultad de Ingenieros, en el Museo Nacional de Arqueología e Historia, en la Escuela Libre de Derecho, en la Barra Mexicana y en el Paraninfo de la Universidad, donde actuaron Don Francisco Elguero, Don Carlos Díaz Dufoo, Don Balbino Dávalos, Don Carlos González Peña y Don Francisco Monterde.

En la casa de Gamboa trabajaron Don Victoriano Salado Alvarez, Don Darío Rubio, Don Genaro Estrada, Don Alfonso Reyes, Don Nemesio García Naranjo, Don Antonio Mediz Bolio, el P. Mariano Cuevas, Don Pablo González Casanova y muchos otros de los ya mencionados. La Academia celebró sesiones también en los domicilios de Don Genaro Fernández MacGregor, Don Alberto María Carreño y Don José Rubén Romero.

Fue en este tiempo cuando se hizo el primer intento para que la Academia tuviera un local propio; aquel intento lo hizo el académico Romero. Este creyó que el Gobierno de la República podía ceder a nuestro Instituto alguno de los varios edificios bajo la guarda de la entonces Dirección de Bienes Nacionales, hoy Secretaría de Estado; pero desgraciadamente, aun cuando el citado Gobierno se mostró bien dispuesto para ayudar, no se encontró edificio que fuera apropiado para el objeto de la Academia.

Entretanto murió Don Federico Gamboa; fue electo para sucederle el Licenciado Don Alejandro Quijano; y las sesiones, cuando eran privadas se efectuaban en su despacho o en su domicilio, y las públicas comenzaron a

celebrarse en la sala de conferencias Manuel M. Ponce del Palacio Nacional de Bellas Artes.

En ésta se han hecho las recepciones de nuevos académicos; pero la Academia aun ha peregrinado fuera de la ciudad; celebró una sesión pública y solemne en la ciudad de Tasco para honrar la memoria de Don Juan Ruiz de Alarcón, y recibió como miembro de número en la ciudad de Guadalajara al Gobernador del Estado de Jalisco, Licenciado Don Agustín Yáñez, quien cortésmente la invitó al efecto.

El notable filósofo y periodista Doctor José Vasconcelos al crearse la Biblioteca México formada por la Secretaría de Educación Pública, le ofreció en ella un local, que la Academia aceptó, aunque sólo tuvo en él su mermada biblioteca, por ser el señor Vasconcelos el bibliotecario de nuestro Instituto. No había terminado la peregrinación.

La Academia resolvió conmemorar el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra y lo conmemoró con una notable serie de conferencias cervantinas; pero carente de local apropiado tuvo que acudir, como en múltiples ocasiones, al Palacio Nacional de Bellas Artes.

Hubo una circunstancia que permitió a la Academia tener un sitio en donde efectuar sus sesiones habituales. El Doctor y académico Don Miguel Alemán, siendo Presidente de la República lanzó la iniciativa para celebrar un primer Congreso de Academias de la Lengua Española y la hizo conocer a la Mexicana a través del ilustre escritor y académico Don José Rubén Romero.

La Academia acogió la iniciativa con verdadero fervor, se ocupó en seguida en organizar la Comisión que se encargara de estudiar los temas del Congreso y su programa de trabajos; y de acuerdo con el Presidente de la Academia Señor Quijano, tomó un despacho en la casa número 35 de la Avenida Francisco I. Madero.

Y allí se refugió la Academia para hacer sus sesiones privadas, en tanto que Romero seguía gestionando que se le diera por la Secretaría de Bienes Nacionales el local con que el propio Romero había soñado.

Debe decirse que muy brillante para las letras ha sido lo que podría llamarse tercer período de la vida académica, que como los dos anteriores ha hecho el estudio de numerosos vocablos y ha formulado numerosas cédulas y resuelto trascendentales consultas; y al azar, como vienen a la memoria, cito los nombres de los académicos que han dado tal brillantez. En éste ha habido también prosistas y poetas muy distinguidos; ensayistas, filólogos, gramáticos, novelistas, críticos, periodistas, historiadores, humanistas, biógrafos, filósofos, como puede notarse al mencionar algunos nombres: Artemio de Valle Arizpe y José Juan Tablada, Genaro Estrada y José de J. Núñez y Domínguez, Francisco M. de Olaguíbel y Salvador Díaz Mirón, Alfonso Junco

y Julio Jiménez Rueda, el Arzobispo de México Luis María Martínez y Antonio Mediz Bolio, José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet, Enrique Fernández Ledesma y Miguel Alessio Robles, José María González de Mendoza y Martín Luis Guzmán, Teodoro Torres y el Canónigo Angel María Garibay, Agustín Aragón y Luis Garrido, Salvador Novo y José Gorostiza, Raymundo Sánchez y Francisco J. Santamaría, Carlos Pellicer y Julio Torri, Isidro Fabela y Manuel Toussaint, Daniel Huacuja y Francisco González Guerrero.

A estos nombres ilustres en el mundo de las letras deben agregarse los igualmente ilustres de José Ignacio Dávila Garibi, José Gorostiza, Alfonso Cravioto, Francisco Castillo Nájera y Antonio Castro Leal, los padres Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, Antonio Gómez Robledo y el Canónigo Octaviano Valdés, Jesús Silva Herzog y Jesús Guisa y Azevedo; y en breves días estarán en plenas funciones otros dos connotados escritores: Manuel González Montesinos y Mauricio Magdaleno.

Numerosos correspondientes por no haber residido en el Distrito Federal o por no haber habido vacante antes de su muerte no llegaron a numerarios, pero al recordar sus nombres se notará cuánto se han distinguido como escritores en sus respectivos Estados y en la misma Capital de la República. Muchos de ellos han sonado gloriosamente fuera de nuestro país, como ha ocurrido con varios de los académicos de número.

He aquí algunos de esos nombres: Carlos Pereyra, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Mariano Coronado, Jesús Díaz de León, Audomaro Molina, Cayetano Rodríguez Beltrán, José Elguero, José Joaquín Gamboa, Carlos R. Menéndez, Celedonio Junco de la Vega, Primo Feliciano Velázquez, Enrique Gómez Haro, Carlos Pérez Maldonado, Emilio Abreu Gómez, Fulgencio Vargas, Miguel N. Lira, el P. Joaquín Antonio Peñalosa, Rafael Domínguez, Enrique Cordero Torres y José R. Benítez.

Como se ve, todo este personal ha sido y en parte continúa siendo factor muy ilustre para la conservación y embellecimiento de nuestra lengua; mas volvamos a la peregrinación de la Academia.

Al cerrarse el Primer Congreso de Academias, convocado y desarrollado por la Mexicana, aquél creó una Comisión Permanente que se encargara de llevar a buen término las resoluciones tomadas y de preparar el Segundo Congreso. Esta Comisión tomó como domicilio el que provisionalmente había servido para la preparación del Primero y ofreció a la Academia que continuara celebrando sus sesiones y estableciera sus oficinas en el mismo local.

Por la primera vez tenía ya un sitio que podía utilizar como asiento menos provisional que todos los que antes había tenido desde que se la privó del que le dio Don Francisco Sosa en la Biblioteca Nacional. Pero de todas maneras el nuevo local no era de ella, sino de la Comisión Permanente del Congreso de Academias que amablemente la había acogido, y de pronto

sólo tenía una esperanza: que al terminar después de cuatro años la vida de tal Comisión, pudieran los académicos pagar el arrendamiento del despacho que ahora ocupaban.

La Academia carecía de muebles propios, pero utilizaba el salón de sesiones de la Comisión y parte de sus muebles, aun cuando se había convenido ya, que al terminar sus trabajos en México dicha Comisión, todos sus muebles pasarían a ser propiedad de aquel Instituto.

Estando en este edificio, la Academia modificó de nuevo sus estatutos; hizo desaparecer los académicos correspondientes que existían en el Distrito Federal, convirtiéndolos en numerarios, creó treinta y seis correspondientes fuera de él; y en 22 de diciembre de 1952 se constituyó en asociación civil para tener personalidad jurídica.

Las gestiones de José Rubén Romero continuadas cuando él murió por los académicos Quijano, Fernández MacGregor y el autor de esta recordación tuvieron éxito al parecer: el Presidente de la República Doctor Don Miguel Alemán expidió un decreto cediendo a la Academia un edificio que formó parte del antiguo convento de San José de Gracia. Infortunadamente tal edificio no pudo utilizarse no sólo por el estado de ruina en que se encontraba, sino por la invencible dificultad para el acceso a él.

Se hizo saber estas circunstancias al Señor Alemán, quien no había visto el edificio; canceló entonces el decreto y ordenó a quien era Secretario de Bienes Nacionales, Licenciado Don Angel Carbajal, que entregara a la Academia la suma de trescientos mil pesos, que el Señor Carbajal consideró valía el terreno ocupado por aquel edificio; entrega que no llegó a efectuarse, porque en esos días terminaba el período presidencial del Señor Alemán.

A éste, sin embargo, la Academia iba a deber el poseer definitivamente un domicilio propio; porque por iniciativa de quien esto escribe, el Presidente Alemán otorgó a la Academia un patrimonio, que ésta utilizó en parte para adquirir la propiedad que obtuvo el día 7 de agosto del año pasado, que ocupó el día 13 del último mes de enero y que usó por primera vez en una sesión ordinaria el día 25 del mismo.

Como se ve, la Academia peregrinó durante más de ochenta y un años sin domicilio fijo y celebró sus sesiones en los lugares donde fue acogida, pero no por ello dejó de trabajar como lo demuestran, según antes se dijo, los quince tomos de sus *Memorias;* tomos nutridos de muy bellos trabajos.

Inicia ahora un período nuevo de su vida, ya asentada en lugar propio, teniendo como benefactores: en primer lugar al Señor Académico Doctor Don Miguel Alemán, creador del patrimonio en parte utilizado para la compra del edificio; al Señor Presidente de la República Don Adolfo Ruiz Cortines, quien sostuvo durante cuatro años a la Comisión Permanente de la Asociación de Academias, que hospedó a la Mexicana; al Señor Subsecre-

tario de Hacienda Don Rafael Mancera Ortiz, que fue quien gestionó con la Presidencia de la República el que se pudiera utilizar esa porción del patrimonio y se eximiera a la Academia del impuesto del timbre correspondiente a la operación de compra-venta; al Señor Licenciado Don Benito Coquet por la forma en que pecuniariamente ayudó a la Academia; al Señor Licenciado Don Ernesto P. Uruchurtu por la exención del impuesto de traslación de dominio y al Señor Licenciado Don Fernando Gutiérrez Ortega quien obtuvo esta última exención y otorgó la del impuesto predial.

Pero la Academia se siente igualmente obligada al Señor Licenciado Don José Angel Ceniceros, Secretario de Educación Pública, quien al declarar que la Academia es un Instituto de Educación Pública, la puso al amparo de la ley que la libra del pago de impuestos, y quien la ha complacido en todas sus peticiones.

Está profundamente agradecida al Señor Licenciado Don Carlos Prieto, Presidente de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey; al Señor Ingeniero Don Evaristo Araiza y al Señor Don Rodrigo Gómez, Presidente y Gerente General, respectivamente, del Banco de México, y al Señor Don Agustín Legorreta, Director General del Banco Nacional de México, quienes cooperaron pecuniariamente para completar el capital invertido en la adquisición y en el arreglo del inmueble situado en la calle de Donceles número 66.

Debe agradecer también públicamente al Señor Licenciado Don Eustaquio Cortina Portilla, apoderado de la testamentaría de la Señora Doña María Goríbar de Zaldívar, vendedora del inmueble, la generosidad con que realizó determinadas modificaciones en el edificio, que se le pidieron para adaptarlo a las necesidades de la Academia.

Esta, por último, se siente agradecida a los Señores Licenciado Don Rogerio de la Selva, Licenciado Don Noé Graham Gurría, Licenciado Francisco Lozano Noriega, Licenciado Don Manuel Zubieta, Licenciado Don Enrique Landa Berriozábal y Licenciado Don Jorge Gómez Chico por la participación que respectivamente tuvieron para permitirle el intenso goce de haber puesto punto final a su peregrinación de más de ochenta y un años.

Y finalmente la Academia en este acto solemne y trascendental para su vida futura consagra un afectuoso recuerdo a la memoria de Don José Rubén Romero, iniciador de la idea de adquirir un edificio propio para la Institución. La muerte impidió que hubiera conocido las gestiones hechas por el autor de estas líneas; gestiones que lograron, al fin, el triunfo que tanto anheló el académico desaparecido.

ALEJANDRO QUIJANO *

por don ALBERTO MARÍA CARREÑO.

¡UN HOMBRE bueno ha muerto! es la exclamación que saldrá de todos los labios, porque todas las mentes formaron el juicio de que Alejandro Quijano lo fue en el más alto grado.

La Academia Mexicana pierde en él, que fue jurisconsulto, maestro, periodista, uno de sus más connotados miembros; la Lengua Castellana uno de sus cultivadores más prominentes, porque su obra es bella por excelencia.

Fue un purista que seleccionó cuidadoso los vocablos para expresar sus pensamientos oralmente o por escrito; pero un purista accesible a todas las inteligencias, que al escucharlo o al leerlo no necesitaban esforzarse para comprender sus ideas. La fuente de su inspiración era purísima; por ello sus pulidas frases eran también transparentes, claras y llegaban a nuestros oídos produciendo verdadero deleite por su natural elegancia.

Esto explica que en 1939 la Academia lo hubiera escogido como sucesor de Federico Gamboa para presidirla; y hombre sociable por costumbre, se empeñó en ponerla en contacto con la sociedad mexicana por medio de sesiones públicas, que han permitido darse cuenta de los trabajos de la Corporación, que antes había preferido trabajar silenciosamente, y sólo por excepción exhibía sus tareas en sesiones solemnísimas. Pero los académicos que él presidió no podrán olvidar algunas de las sesiones que organizó en su propio domicilio con motivos especiales en que se ostentaba como un gran señor y un gran anfitrión.

Una serie de enfermedades lo alejó de la Academia durante casi los dos últimos años, pero al suceder a José Rubén Romero como Vicepresidente de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias, no dejó de ocuparse en todos los problemas que tenía a su cargo tal Comisión que debía preparar

* Palabras pronunciadas en los funerales del Sr. Lic. don Alejandro Quijano, el día 18 de febrero de 1957.

el Segundo Congreso de Academias al que ya no pudo asistir; su minado organismo le impidió hacer el viaje a Madrid.

Su amor a la Lengua de Castilla no por esto sufrió merma alguna, antes parece que se acrecentó en modo considerable, como lo comprueba el haber cantado en su loor sólo dos días antes de que su vida se extinguiera, a fin de tomar parte en la inauguración del nuevo domicilio de la Academia.

No pudo conocer éste debidamente; sin embargo llegó hasta él, vio el local destinado a la Dirección del Instituto, mas debilitado en grado sumo, su cuerpo no tuvo ya la energía suficiente para ver los lugares de trabajo habitual y el destinado a públicas solemnidades. Sin embargo, su interés por la Academia Mexicana no permitió que su espíritu se encontrara ausente en la inauguración de la hermosa casa y sus alabanzas de la Lengua de Cervantes dichas por ajenos labios en la grandiosa solemnidad fueron su eterna despedida de la Academia para la que su recuerdo será imborrable.

Imborrable será también para mí; una amistad cordial, sincera, nos unió durante muy largos años, hasta que la Muerte, la terrible dominadora de los seres humanos, rompió los estrechos vínculos que nos unieron. Sólo ella pudo hacerlo.

La Academia le rinde hoy un tributo de afectuoso respeto; yo el de mi sincero dolor.

DISCURSO EN HOMENAJE AL DESAPARECIDO DIRECTOR LIC. ALEJANDRO QUIJANO *

por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

FUE DON Alejandro Quijano un hombre, como lo quería el clásico, al que ninguna de las cosas humanas le fue ajena. Por eso al recordarle hay que evocar el perfil del humanista. Lo fue en el amplio sentido de la palabra por sus escritos correctos, medidos, armoniosos: lo fue como periodista, al asomarse todos los días al diario que él dirigió para contemplar el vasto panorama de un mundo preñado de inquietudes; pero interesante por lo que representa de fin de una época histórica y principio de una nueva, cuyo secreto apenas está siendo desvelado por el hombre; como maestro que enseñó a los adolescentes el secreto de nuestro idioma y encaminó a los futuros abogados por el sendero no siempre florido del aprendizaje del derecho; como paladín del bien al frente de la Cruz Roja que tantas heridas ha sabido restañar y tantos bienes hace no sólo en la vida de nuestro país, sino en el campo internacional en los últimos años de tragedia y desolación. Fue humanista porque tuvo "el don por excelencia que es el don de comprender" que predica la Biblia. Ahora que el mundo está tan necesitado de verdaderos hombres en toda la extensión de la palabra, la pérdida de uno de ellos, de las calidades morales e intelectuales de don Alejandro Quijano, constituye un lamentable acontecimiento. La Academia Mexicana Correspondiente de la Española cumple un honroso deber al recordar los méritos de su ilustre director en esta solemne ocasión al mes escaso de haberle fallecido la vida al que fuera su Director por tantos años.

Tócame el deber de hablar de don Alejandro Quijano en dos de sus actividades en las que fui testigo de su capacidad como hombre de trabajo y de su dedicación íntegra al desempeño de las funciones que le habían sido encomendadas. La primera como maestro en la enseñanza superior, la se-

---

* Discurso pronunciado el 22 de marzo de 1957, en la solemnísima velada en honor del Sr. Quijano.

gunda como guía de lo que podríamos llamar la diplomacia académica. Ambas manifestaciones de un humanismo de muy elevados quilates. Corría el año de 1918 cuando tuve el primer contacto con el Maestro. Lo conocía por sus artículos, crónicas literarias que se publicaban en un semanario ilustrado de escogido número de lectores por esa época. Sabía, además del cariño que le profesaban sus alumnos de la Escuela Normal para Maestros, de la que era ya un profesor muy estimado. Volvía a la normal como maestro, después de haber sido alumno en su niñez de la Escuela Primaria Anexa, en los años cercanos a su fundación. Ahora impartía la cátedra de Literatura y además de la buena doctrina expresada en ella, llevaba al estudiante un sentido de la pulcritud, del decoro, de la elegancia que tan necesarios son para sentir y comprender a los buenos autores. El auditorio escuchaba con interés su palabra sobria, su exposición precisa, su forma elegante, que les permitía a los oyentes interesarse por la obra de los autores que se les daba a conocer en la cátedra, a precisar sus méritos y que a su tiempo le permitía al alumno expresarse, a su vez, con limpieza y aun con elegancia. A la Escuela de Derecho llegaba en momentos difíciles para la República. La capital era teatro frecuente de combates entre las fuerzas de uno y otro bando que se apoderaban de ella. La Universidad cambiaba de autoridades al ritmo de los acontecimientos. Normalizada la situación ocupó la Dirección de la Facultad de Jurisprudencia primero y la Rectoría de la Universidad, después, don José Natividad Macías. Corría el año de 1918, el último de la carrera para un grupo de jóvenes que posteriormente, ha desempeñado brillantes funciones en el país. Don Alejandro Quijano se incorporó al claustro de la Facultad, para enseñar literatura forense, y pronto fue uno de los más populares y queridos de la Facultad. Sobre todo por los que no estudiábamos la carrera de derecho para actuar más tarde como postulantes en la profesión, sino que buscabamos en ella una disciplina para nuestra inteligencia, un campo más amplio para nuestra cultura, una situación que nos permitiera movernos con más holgura en los propósitos no precisamente pragmáticos. La Facultad de Filosofía, apenas creada con el nombre de Escuela de Altos Estudios, no era todavía el refugio de los que aspiraban a cumplir su vocación en las letras. Una materia como la que enseñaba el Maestro Quijano, era, por consecuencia, de las preferidas, sobre todo cuando entendía él, catedrático, la profesión de enseñar no sólo como exposición en cátedra, sino como guía y consejero, que pronto se tornaba en amigo.

Los que fueron sus discípulos entonces, fueron sus cercanos colaboradores, cuando ocupó la dirección de la Facultad de Derecho y pudo rodearse además de profesores recién salidos de las aulas que comenzaban a sustituir a los que por una u otra razón abandonaban la enseñanza. Nombres que recordamos con devoción los que fuimos sus discípulos: don Manuel Mateos

Alarcón, don Victoriano Pimentel, don Juan N. Cordero, don Carlos Díaz Dufoo, don Antonio Ramos Pedrueza, don Francisco de P. Herrasti. De esa generación que conocimos, quedan por fortuna algunos hombres que han ocupado lugares destacados en el foro, la administración pública, como don Salvador Urbina, don Eduardo Pallares, don Daniel Quiroz, don Manuel Macías, don Genaro Fernández MacGregor. Aun fuera de la cátedra, don Alejandro Quijano siguió con atención y cariño la vida de la Universidad y prestó a ella el contingente de su experiencia en momentos difíciles en su vida académica. Así fue, primero, miembro del Primer Patronato que tuvo la Universidad, después miembro conspicuo de su Junta de Gobierno.

En los últimos años de su vida me tocó cooperar con él muy de cerca, en lo que ha sido la vida exterior de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. Hasta hace un poco más de un lustro la Academia había vivido sin tener una actividad intensa exterior. Cumplía con mantener las relaciones constantes con la Real Academia Española, a que la obligaba su carácter de correspondiente, y las de cortesía necesaria con los institutos hermanos de hispanoamérica. Pero el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, reunido a iniciativa del Presidente don Miguel Alemán, llevó a la Academia Mexicana a colocarse en un lugar importante de acción internacional. Para dirigirla, estaba plenamente capacitado su Director, por sus dotes excepcionales de cultura, de fino tacto, de cordialidad, que habrían hecho de él, un magnífico embajador de México en el extranjero, si no hubiera preferido vivir en su país y dar a él los mejores frutos de su vida. De hecho fue centro de actividad diplomática en toda su vida, ya como presidente de un organismo como la Cruz Roja, ya como miembro de su directiva internacional, ya como amigo muy estimado de todos los Embajadores y Ministros del Cuerpo diplomático residente en México, ya como miembro de institutos internacionales como el Instituto Hispano Mexicano de Relaciones Culturales que al amparo de la Universidad promovió el viaje de eminentes hombres de ciencia y de letras españolas a México y de algunos mexicanos a España, allá por los años de 1928 a 1940. No ha pasado por México una personalidad ilustre de cualquier país del Mundo, que no se haya sentado a la mesa del espléndido anfitrión, que fue don Alejandro, organizador de esos banquetes, en los que lo suculento de las viandas, era sólo un pretexto para el regalo de la conversación, siempre elegante y discreta y galana de los concurrentes. Presidiendo la Comisión que había de invitar a los académicos españoles hizo brillante papel en Madrid.

Como Presidente del Congreso, don Alejandro Quijano hubo de superar con tacto, discreción y cordura, situaciones difíciles, en las que la pasión no estuvo ausente.

Creada la Comisión Permanente del Primer Congreso, para cumplir con los acuerdos de la Asamblea que le dio origen, la muerte de nuestro querido colega y excelente amigo don José Rubén Romero, Vicepresidente de la Comisión, llevó a don Alejandro a ocupar este puesto; el Presidente lo era don Agustín González de Amezúa, recientemente fallecido también, y que representaba a la Academia Española. La circunstancia de encontrarse ausente de México por largos períodos, la dirección de los negocios del organismo creado para dar fin a los acuerdos del anterior y preparar los trabajos de la Asamblea futura, estuvo en manos de don Alejandro. Los mexicanos y los que de fuera habían venido a participar en las tareas de la Comisión, fuimos testigos del interés y del tacto con que don Alejandro guió las tareas de la comisión, limando asperezas, que siempre suelen aparecer en la reunión frecuente de las personas, que por su apasionado interés en los negocios en que toman parte se reúnen con frecuencia para discutir, con la mejor buena fe del mundo, temas que les son bien queridos. Estas reuniones se realizaban por lo menos una vez semanariamente. Varón de consejo, prudente y oportuno guió a la comisión a seguro puerto.

Cuando todo estaba listo para recoger los frutos de la simiente cuidadosamente sembrada, el quebranto de su salud le hizo imposible al sembrador participar en la cosecha. Le fue imposible presidir la Delegación Mexicana al segundo congreso de Academias de la Lengua que se reunió hace justamente un año. No era un simple delegado, o miembro de una delegación cualquiera. En sus manos había estado la organización de la nueva Asamblea. Iba a recibir los honores muy merecidos, iba a ser el centro de la propia reunión, iba a encontrarse con amigos muy queridos y muy admirados por él, que a su vez admiraban y querían al mexicano desde todos los rincones del mundo de habla española. Todos ellos se expresaron con dolor por la ausencia del amigo ausente y por votación unánime el Congreso en pleno acordó enviar un mensaje de admiración y cariño más que al vicepresidente de la Comisión Permanente, al gran escritor, al entrañable amigo, al que siendo ciudadano de México, se había convertido por sus obras en un ciudadano del Mundo.

Así lo evoco en esta memorable ocasión como discípulo devoto, como guía ejemplar, como amigo imponderable.

ALEJANDRO QUIJANO *

por don Isidro Fabela.

LOS ILUSTRES varones de la Academia Mexicana de la Lengua tuvieron a bien designarme para que, en unión de mi docto compañero Don Julio Jiménez Rueda, tomara parte en el homenaje póstumo que nuestra corporación rinde a su postrer y muy digno Director, mi entrañable amigo Don Alejandro Quijano, que descansa ahora a la vera del Señor. Honra eminente y grata recibí de mis caros y respetados colegas, porque ellos que avaloran con sus talentos y prestigio nuestra "orden suprema de las letras", confiaron en mi persona para tarea tan delicada. Por tal distinción que estimo en mucho por ser muy estimables mis mandantes, debo esforzarme en demostrarles que si pudieron equivocarse al creer que yo sería idóneo para juzgar la obra literaria, académica y didáctica del maestro Quijano, tal vez en lo concerniente a aquilatar su vida, como hombre y como amigo, no anduvieran descaminados pues quizá, o sin quizá, ninguno de ellos le conociera como yo desde nuestros años párvulos. Por eso, y nada más que por eso, pudiera estar capacitado para hablaros de ese ilustre mexicano, que supo con la nobleza de su pensamiento y de su acción dar lustre y señorío a su propio nombre y a su excelsa calidad humana.

Así pues en representación de estos distinguidos y ameritados escritores, que "saben de la verdad y quieren el bien", voy a cumplir el encargo doloroso de referirme a la egregia personalidad de mi estimado condiscípulo. Doloroso cometido porque recordar a los muertos queridos es derramar gota a gota, dentro del alma, esa sangre blanca de la amargura que se llama el llanto.

---

* Discurso pronunciado en la sesión de homenaje al Sr. Lic. don Alejandro Quijano, el día 22 de marzo de 1957.

La vida de Alejandro Quijano fue una gran obra de amor. El destino lo llevó por dos vías bienhechoras: la de la Santa Caridad, que es amor; y la de la Santa Amistad, que es también amor; y en ellas hizo camino, con un poco de resignación, dos pocos de ingratitudes y muchas venturanzas, porque allá en las profundidades de su almario sus sacrificios cotidianos se le transformaban en esencias, que aromando su espíritu selecto, lo hacían dichoso. ¿Por qué? Porque él sabía y sentía que el mejor de los bienes es hacer el bien. Por eso practicó la caridad y el perdón con dulcedumbre, porque esas cualidades de su ser no las ejercitaba como una obligación, sino como una ofrenda a sus semejantes. Ya que era un gran amador de la humanidad circundante: amó al hombre con sus virtudes, sus defectos y sus miserias. Fue un misionero laico de la Providencia ante los menesterosos.

Sus reconocidas características de misericordia y generosidad puestas al servicio de un disciplinado carácter lo llevaron a la presidencia de la Cruz Roja, y a ella enajenó su espíritu durante treinta largos años. Lo enajenó verdaderamente porque los hombres que se dedican a ejercer la caridad no viven su propia existencia. Su vida es la de los demás, la de aquellos que necesitan de su benevolente ayuda.

El Licenciado Quijano guió sus pasos por esas piadosas sendas en gracia a su hidalguía; porque el auténtico hidalgo no puede resistir a las solicitudes de los que han menester de su auxilio reparador.

Se desposeyó de sí mismo para darse a los demás. Sus manos tenían la perenne tentación de dar y su corazón el impulso incontenible de querer. Pero como era un Creso de riquezas emotivas y un pobre como San Francisco, en las manos de Alejandro como en las del Santo de Asis ya no florecían sino la piedad y el amor. Y todo es porque fue un generoso irremediable y esencial; es decir un cabal y convencido magnánimo a quien no le costaba trabajo el serlo, pues así fue de nacimiento, pero con la estilización que dan los años afinó sus calidades morales haciéndolas más y más sutiles y delicadas; llegando así a amar la belleza de la bondad y la bondad dulce de la belleza. Hasta el grado de transformarse en un incansable donador de sí mismo que se daba a los demás sin extinguirse, porque la fuente clara de sus caridades sólo acabó cuando quebróse el finísimo cristal de su alma. Y entonces pudo decir lo que decía de sí mismo aquel poeta Rovirio, de que nos habla Séneca: "Ya no tengo sino lo que he dado".

Don Alejandro Quijano no llevó nunca la contabilidad de los bienes que derramara porque los otorgó sin esperar recompensas, pues de otra suerte sus cristianas intenciones no habrían tenido la pureza y decoro que las animara siempre.

Expresé alguna vez que a nuestros semejantes no sólo hay que quererlos sino saberlos querer sin esperar recompensas. Ni siquiera la recompensa de la gratitud, porque siendo ella tan rara y tan rica el esperarla ya constituye un egoísmo.

Dice un filósofo antiguo que "alrededor de los hombres opulentos se ve un montón de amigos y alrededor de las gentes arruinadas una vasta soledad". Y como alrededor de Alejandro Quijano se vio siempre una muchedumbre que lo amaba, yo me pregunto: Pues qué ¿Alejandro Quijano fue rico? No, no lo fue por herencia, ni tampoco después, a pesar de haber ganado fortunas en su bufete de abogado. Pero es que, si ese gran señor era pobre de dineros, tenía en cambio la opulencia inagotable del altruísmo más puro. Vivió desprendiéndose de lo que tenía porque no pudo vivir sin dar. Cuando tuvo pecunia dio una moneda o muchas monedas, porque su largueza no tenía más límite que las posibilidades de su caja. Caja que por cierto nunca fue "caja de ahorros" porque un obsequioso perpetuo e incorregible como él, no supo economizar; no fue ahorrativo de su paz hogareña, ni de su salud, ni menos aún de su dinero porque no sabía decir que "no" a quienes tocaban a las puertas de oro puro de su alma inmensa. Por lo que bien podría repetir el pensamiento de Leonardo da Vinci: "Yo no me canso nunca de servir. Yo no me canso nunca de ayudar". Por eso cuando ya no pudo hacer el bien; cuando ya no tuvo la suprema dicha de crear venturas ajenas; cuando ya no podía ser fuente de alegrías sino manantial de penas, entonces comenzó a morir.

Alejandro no conocía el odio, ni la venganza, ni el desprecio, ni los rencores. Su nítida conciencia nunca sirvió de nido o alero a ninguna mala pasión. En su espíritu blanco solamente nacieron y vivieron la fe, la esperanza y la caridad. La caridad era su musa; la esperanza su consuelo; la fe su fuerza. En su pensamiento cabía la astucia, pero nunca la maldad. Como abogado él podía utilizar el ardid legítimo y la maña permisible para triunfar en los únicos campos de sus contiendas: los de la ley y la justicia. Pero como hombre, los ardides y las mañas de la inteligencia trocábanse en actos benevolentes y palabras de felpa que sólo tenían por origen el abundoso manantial de su generosidad.

Decía Romain Rolland que la primera de las virtudes es la alegría. Quijano tuvo esa virtud muchos años, cuando gozaba consolando; pero al fin su risa tornóse en lloro y en resignación cuando lo abatieron las enfermedades y las tristezas.

Ese gran señor que según el agudo ingenio de Rubén Romero, fue dentro de la Academia, Alejandro el Grande y en la vida, Alonso Quijano el Bueno, ese ejemplar caballero "Don Alejandro", siempre pulcro en lo interno y en lo externo, fue un apóstol de la amistad a la que respetó, amó y cultivó. Diríase que fue magistral para hacer amigos y para conservarlos; doble cualidad rarísima de encontrar en una sola persona. Porque hacer amigos que lo sean de verdad, esto es, desinteresados, leales, que sientan la amistad como la consideraban los estoicos, como una "afección depurada" es difícil; pero lo es mucho más el tener el raro don de saberlos guardar. Y Quijano era un sabio en ese cultivo, un sabio de muchas sapiencias; porque tenía la sabiduría amatoria que consiste no sólo en querer, sino en saber querer, esto es, con ese talento *sui generis* que radica en el corazón; y también la de la prudencia, la del tacto y la del perdón. Era un maestro que enseñaba con sus actos y con sus abstenciones los deberes que impone la amistad. Era en suma el amigo ideal porque fue un virtuoso. "Los perversos, decía Voltaire, no tienen amigos, sino cómplices; los hombres de negocios tienen asociados; los políticos tienen partidarios; los príncipes tienen cortesanos; sólo los hombres virtuosos tienen amigos". Y Alejandro Quijano conquistó una admirable legión de amigos que lo llevaron en las alas sutiles de sus almas a la eternidad de su gloria. Y porque era un tierno amante de tres amores puros: el hogareño, el de la patria y el de la amistad, que también es amor. El cual no provoca deliquios pasionales, ni transportes extáticos, ni tragedias, ni idilios, sino el leal y apacible sentimiento que rima sus afectos con el querer fraterno.

El amor de los amores, el arrollador, el que es vida de la vida porque de él nacemos, es ilusión y esperanza, tormenta y tormento, ensueño y deseo, éxtasis, delirio y dolor amoroso que es el más grato de los dolores.

Ese amor llena la vida o la destruye; crea la dicha o la transforma en tragedia, nos hace vivir en euforia o nos mata en un abismo de infortunios. La verdadera amistad es otra cosa, es el remanso en que reposamos nuestras penas; es el consuelo de nuestros sinsabores, el contrapeso de la ingratitud, el amparo de las almas solitarias; es el amor de Dios que baja del cielo para curarnos de todo mal.

Quijano fue un sacerdote de ese amor al que rindió culto con devoto apego. Por eso estamos aquí sus compañeros académicos para tributarle pleitesía. Por eso sus miles y miles de amigos de toda la nación guardan luto por su sagrada memoria.

En esta vida que es un combate, Quijano fue un esforzado paladín victorioso en las justas que el destino le deparara. Del empuje de la lucha, que alienta y fortalece, se formó potente la armonía de su escultura espiritual. Por eso pudo llegar allá arriba, al plano superior donde campean las vidas ejemplares como la suya. Ejemplar de veras porque su entraña cordial nunca rezumó hiel, sino miel, esa miel humana que es la simpatía, y porque sus normas de conducta, infalibles a sus propósitos fueron la decencia, la justicia, la ponderación y el tacto. Siendo ésta última una de sus cualidades más acentuadas y propicias para dirigir sus actos.

Para el que manda o dirige, el tacto es don indispensable y arma eficaz. Quien lo tiene es porque al par es inteligente y justo, probo y enérgico, paradigma de decoro y espejo de cortesía; como Alejandro Quijano que llevaba esas raras cualidades en la sangre, en el cerebro y en la voluntad. Esas fueron sus armas en los combates de su existencia en los que salió triunfador. Su victoria está en nuestros pechos que se angustiaron con su muerte; su victoria se plasmó el día de su entierro cuando tuviera por cortejo a la sociedad mexicana en pleno que lo lloró con infinita tristura. Porque los triunfadores de la vida son aquellos seres que alcanzan autoridad moral entre sus semejantes, quienes se imponen en la sociedad en que viven por su respetabilidad, su carácter o su genio; quienes con sus hechos y sus palabras son guiones que señalan rumbos, antorchas que iluminan a los pueblos o vidas sin mácula que honran a la patria y a la humanidad.

Así nuestro bienamado Director que escaló la cumbre de la fama sin ningún esfuerzo intencionado, sino naturalmente, día a día, sin anhelos impacientes ni premeditaciones estudiadas. Porque así fue, la autoridad que dio nacimiento, perfiles, matices, e indestructible estructura a la considerable personería de Don Alejandro, la creó él mismo. ¿Cómo? Siendo lo que fue, un culto maestro, un abogado postulante de honestísima labor profesional, un director eficiente de organismos sociales e intelectuales de los que fuera animador acucioso, mandatario certero, conciliador equitativo, y siempre, siempre en cualquier instante y en todas partes, un señor.

Los éxitos de su vida se perfilaron principalmente en las dignidades que escalara por sus méritos intrínsecos: la presidencia de la Cruz Roja Mexicana que desempeñó con desinterés magnánimo; la Dirección de esta Academia a la que se entregó con pasión intelectual, conduciéndola por las mejores vías gracias a sus prudentes y adecuados manejos dignos en todo tiempo de la egregia valía de sus colegas y de su elevado título jerárquico; y, asimismo, dirigiendo un importante cotidiano nacional a donde lo auparon, no méritos

específicos de periodista, porque no lo era, sino su talento y cultura, su impoluta honradez y el recio vigor de su figura humanística.

El Académico

Quijano fue en la Academia respetuoso de todas las escuelas, de todo credo social y político. Su espíritu libre tenía por lema la libertad de los demás. Era un hablista refinado y un virtuoso del lenguaje al que manejaba con maestría académica basada en un léxico nutrido y en el perfecto cumplimiento de las reglas gramaticales que enseñó durante muchos años como un ilustrado y celoso conservador de la prístina pureza del idioma castellano. Y con toda razón, porque la pureza idiomática es esencia del buen gusto literario. Si nuestra dicción es el ropaje de nuestras ideas y sentimientos es preciso que al traducirlos en palabras, éstas sean las precisas, las más connotativas, las que correspondan a nuestros pensamientos y emociones, para que así el valor de cada vocablo y el ritmo de su conjunto representen con fidelidad el estado genuino de nuestro espíritu.

Quijano era en el fondo de sus letras, el hijodalgo que fue en la vida. Su palabra limpia jamás lastimó a nadie. Era un caballero andante de la cortesía, de la justicia y de las buenas letras. Allá en sus mocedades fue poeta laureado; yo recuerdo bien aquellos sus versos de francas reminiscencias diazmironianas:

Y una vez sobre el odio y la mentira,
Sobre el mar encrespado de la mofa,
Sobre las rebeliones de la ira,
Pulsó el poeta la argentada lira
Y entre sus cuerdas floreció una estrofa...

Hogaño ya no hacía versos, pero de su pecho manaba poesía porque era un prócer poeta de la caridad y la amistad.

Adios, Alejandro

Término. "Qué difícil es, decía La Bruyère, estar contento de alguien".

¿Quién no estuvo contento de Alejandro Quijano, de sus exquisitas buenas maneras, de su amable acogimiento, de la mesura de sus palabras, del acento franco de su voz, del dulzor de sus ojos que abrían sus puertas para que penetráramos hasta los trasfondos de su corazón?

¿Quién que estrechara sus manos, emblemas de afección, no sintió esa

confianza ingenua que se experimenta cuando se está al cobijo de una alma grande?

Cuando lo vi por última vez, pocos días antes de su partida, ya mostraba en su rostro blanco y afilado la estilización de la muerte; ya había perdido el deseo de vivir; ya su santa y adorada esposa, en sus pupilas cansadas de llorar y de verlo sufrir, vislumbraba el horizonte sombrío de la noche eterna; ya su hijo el Doctor había perdido toda esperanza de resurrección porque su padre era ya una llama moribunda. Entonces, presintiendo que ya no vería nunca más al amigo íntimo de una larga vida, en un impulso irrefrenable de ternura tomé con mis dos manos tremantes de pena, sus mejillas muy pálidas y besé su frente con el amor con que se besa a los santos de nuestra devoción. Y así, sin quererlo, desbordé su desventura que se diluyó en lágrimas que mojaron mis dedos. Llanto que fue la divina herencia que me legara el amigo inmejorable.

La verdadera amistad hace las almas transparentes; y la suya, de cristal para mí, me reveló su angustia. Sus lágrimas me hablaron con elocuente mudez: "Me voy, hermano; es tiempo que me vaya; ya no puedo sufrir más ni quiero atormentar a quienes adoro".

Alejandro, otras cosas te diría, las de más enjundia y hermosura que pudieran germinar dentro de mi espíritu, pero me lo impide el pudor del profundo cariño que te guardé cuando vivías y que te consagro muerto cuando eres sólo una alma dilecta que voló al cielo.

Adiós, Alejandro; adiós, hermano mío, ya no gozaremos de la luz de tus radiantes ojos, ni del esplendor de tu misericordia infinita, pero nos queda la apacible dulzura de tu sombra pía.

Adiós y bendito seas en la gloria donde moras.

EL USO Y EL ABUSO DEL IDIOMA *

por don MANUEL GONZÁLEZ MONTESINOS.

ESTA ACADEMIA Mexicana me honró grande y señaladamente, hace poco más de un año, acogiéndome en su seno por unanimidad de votos. Grande y señaladamente, porque yo, por mí mismo, no podía aspirar a esa honra, ni me hubiese nunca atrevido a solicitarla. Se la debo, pues, a los veintiún señores académicos que participaron en la elección; pero sobre todo a dos de mis colegas de la Universidad, don Julio Jiménez Rueda y don Francisco Monterde y García Icazbalceta, y a mi buen amigo el justamente renombrado poeta don Francisco González Guerrero, que espontáneamente apadrinaron mi candidatura.

No tengo, en verdad, méritos propios para pertenecer a esta docta e ilustre institución. Aunque me he pasado la vida escribiendo, no soy siquiera un escritor propiamente dicho, sino apenas "otro reprochador de voquibles", como llamó Sancho, en cierta ocasión memorable, al socarrón, pero bienintencionado bachiller Sansón Carrasco. Nunca, en efecto, he publicado un libro; y no ha sido, ciertamente, por el paradójico motivo que alegaba el Lord Henry Wotton de *El Retrato de Dorian Gray,* sino porque habiendo tenido toda mi vida que escribir a destajo, nunca he dispuesto del tiempo necesario para componer, con amor, esmero, meditación y arte, un libro digno de este nombre. Podría yo, pues, blasonar de académico inédito e imitador del prudente Conrart, a no ser porque, desde hace más de veintisiete años, he venido dando a la estampa, en varios papeles públicos de esta ciudad capital, los partos de mi desmedrado ingenio, marcados, por razón natural, con el sello de lo efímero. El papel que, por derecho propio, puedo hacer en esta corporación no es, ni puede ser, sino el del "académico desconocido".

---

* Discurso de recepción como Individuo de número de la Academia Mexicana de la Lengua, leído la noche del 29 de marzo de 1957.

Así pues, si los votos de mis actuales colegas se inclinaron en favor mío fue, sin género de duda, por el merecido renombre y ascendiente de mis sobredichos padrinos. A todos tres, la expresión de mi profunda gratitud; y sírvanse también los señores académicos que, a instancias de ellos, votaron por mí, tomar en cuenta que siempre he de agradecerles a todos ellos, como hoy públicamente se la agradezco, la inmerecida honra que me hicieron.

Si algo, por otra parte, podía halagarme fue asimismo, el haber sido designado para ocupar, en esta Academia Mexicana, la décimaoctava silla, que ilustraron antaño el notable humanista don Joaquín D. Casasús, el pulcro y atildado escritor don Enrique Martínez Sobral y, tanto como ellos, mi inmediato predecesor, el poeta, crítico, orador y filólogo don Alfonso Cravioto, cuya obra literaria pone claramente de manifiesto cualidades extraordinarias —y rarísimas por desgracia—, en nuestro medio ambiente.

No pretendo, en modo alguno, hacer aquí una fiel semblanza de la persona de Cravioto, a quien no tuve a honra conocer personalmente, pese al hecho de que la amistad debería habernos venido de abolengo. Don Alfonso, en sus años mozos, fue un buen amigo de mi padre, como su padre, el general don Rafael Cravioto, lo fue siempre de mi abuelo; pero los largos años que él pasó en tierras de extranjis, primero en voluntario destierro, y luego representando dignamente a México en misiones diplomáticas, y los muchos años que, a mi vez, pasé yo desterrado de mi patria, dificultaron, o por mejor decir, impidieron que don Alfonso y yo trabásemos la amistad que, por las antedichas razones, debía habernos ligado, pese a la divergencia de nuestros credos políticos.

Por mi padre, que siempre se refirió afectuosamente a su antiguo amigo, estuve al tanto de las andanzas revolucionarias de don Alfonso Cravioto, espíritu rebelde en sus años mozos, que se señaló, desde los comienzos de este siglo, por su resuelta, y a las veces violenta, oposición al régimen porfirista, y por su actividad de exaltado y agresivo enemigo del clero.

Por mi padre también, me enteré de sus largos meses de prisión política en la tristemente célebre cárcel de Belén, y de su, más o menos voluntario, destierro posterior. Supe, asimismo, de su participación en el movimiento "constitucionalista" acaudillado por don Venustiano Carranza, y tuve noticia del señalado papel que hizo en el Congreso Constituyente de Querétaro, en el cual puso muy a menudo de manifiesto sus convicciones de revolucionario y sus notabilísimas dotes de orador. Tan notables, o por mejor decir, tan extraordinarias, que —según el testimonio de mi excelente amigo don Agustín Loera y Chávez— que tuvo a su cargo la disposición y arreglo de las ceremonias con que la Secretaría de Educación Pública y la Universidad Nacional honraron el cadáver de Ramón López Velarde—, Cravioto, la noche del 19 al 20 de junio de 1921, escribió de un tirón la oración fúnebre del

poeta zacatecano, y la pronunció lucidamente de memoria al día siguiente, delante de su féretro.

Por cuenta propia, en cambio, me enteré de quién era Alfonso Cravioto, leyendo, casi a raíz de mi retorno a esta tierra bendita, su libro de poemas, *El Alma nueva de las cosas viejas,* en que el revolucionario hidalguense, o por mejor decir, el precursor de la revolución antiporfirista, el alma que había sido de *El Desfanatizador* de Pachuca adrede destinado a escandalizar, como alguna vez lo dijo Alfonso Teja Zabre, a las buenas señoras que salían de misa, evocaba, ya sin violentos odios de "tragacuras", aunque sin convertirse por ello en tragasantos, el medio ambiente y el espíritu de nuestros tiempos virreinales. De ese libro, se me quedaron grabados, desde entonces, algunos versos en la memoria.

Cuando Alfonso Cravioto dio a la estampa los setenta y tres poemas de *El alma nueva de las cosas viejas* escritos en un par de meses: enero y febrero de 1921, tenía treinta y siete años recién cumplidos, pero su espíritu frisaba ya con la madurez. No era ya el enemigo exaltado del clero ni de la religión. Por ello, sin duda, la Décima Musa pudo decirle:

Cristo me abrió sus brazos, y en éxtasis divino
mi amor encontró al cabo reveladora luz;
las rosas de su sangre me enseñan el camino,
por eso me he llamado Juana Inés de la Cruz.

Pero entonces, aún, creía Gravioto, a pie juntillas, en la leyenda negra de la Inquisición en México y en otras zarandajas inventadas por el liberalismo demagógico; con todo, ya había empezado en él la lenta mudanza espiritual que, al final de su vida, o por mejor decir, unos cuantos meses antes de su muerte, le movió a decir públicamente, refiriéndose a sus estudios matemáticos:

Los números nos enseñan que lo que no se entiende así, simplemente, es porque no se tiene un punto de apoyo para saber que es cosa únicamente de equilibrio. Los números me enseñaron que lo fecundo es prédica humana; que el Arte, la Religión y la Ciencia deben amalgamarse en bien de todos.

No pretendo adentrarme en los motivos y pormenores de esa mudanza. Basta señalar que el noble espíritu de mi predecesor llegó por sí mismo, y merced a su paciente y lúcido estudio de los problemas humanos, a ese deseable y deseado equilibrio, que implica la armoniosa fusión del arte y la sabiduría ante la esencia y presencia de Dios.

Como orador elocuentísimo, como crítico de arte y como poeta modernista, Alfonso Cravioto ocupó, sin género de duda, un lugar prominente y merecido en las letras mexicanas; pero dejó, además, una obra, una obra inédita de un valor inestimable; una obra de inmensa importancia, que sólo pudo llevar al cabo a poder del esfuerzo y dedicación constante de los últimos treinta años de su vida, una obra verdaderamente monumental, de más de diez mil páginas de papel de tamaño "oficio" y escritas a renglón cerrado, a la cual su autor llamó modestamente *Repertorio Idiomático,* cuando, con sobrada razón, hubiese podido intitularla *Llave Maestra de la Lengua Española,* o bien "Clasificación general y clave de correspondencias, concordancias, ideas afines, modismos y sinónimos de la lengua castellana, que incluye todos los giros y regionalismos peculiares de la América Española".

El propio don Alfonso, refiriéndose a su *opus magnum,* dio esta explicación:

> *La clasificación de las palabras en mi obra, está enlazada de tal modo, que, partiendo de cualquier vocablo, se puede recorrer todo el idioma.*
>
> *No es un diccionario, pero tiene una ventaja infinita. Los diccionarios puede decirse que son perfectos, pero en un solo sentido: en la definición de la palabra, y nada más. En esto hay una diferencia en todos los idiomas porque es imposible dar a conocer el tesoro total de una lengua. Con la clasificación que yo propongo, todo el mundo tendrá íntegro ese tesoro.*

Y, a juicio mío, tenía razón. El *Repertorio Idiomático* de Cravioto es, en efecto, como lo advertí ya, un a modo de llave maestra del habla, superior, por su sistema original de clasificación y por la asombrosa riqueza de su léxico, a todos los diccionarios, lexicones, enciclopedias, calepinos y glosarios hasta hoy conocidos.

Ese sistema de clasificación, descubierto y llevado al último grado de la perfección por el insigne filólogo mexicano, puede compararse por su comprobada eficacia y por su posible y deseable aplicación a todas las lenguas del mundo, al sistema de clasificación decimal empleado universalmente en las librerías. Más; para aplicarle al habla de España y de la América Española, Cravioto, con paciencia de benedictino, escribió y clasificó no menos de medio millón de papeletas.

Sobra casi decir que ello significa un trabajo inmenso y una heroica constancia.

El *Repertorio Idiomático* es, en verdad, de tanto momento, que un editor argentino quiso, hace poco tiempo, pagándole a precio de oro, imprimirle y publicarle en Buenos Aires; pero Cravioto, a fuer de buen mexicano, re-

chazó la oferta, manifestando su voluntad de que su obra, fruto de tantos desvelos, se diese a la estampa en esta tierra.

Tengo para mí que es menester respetar esa voluntad. Más; creo sinceramente que esta Academia Mexicana se honraría a sí misma tomando cartas en el asunto de la pronta y utilísima publicación del *Repertorio*. No debe quedar sepultada debajo de la losa de la punible indiferencia y del vituperable olvido la gigante labor de nuestro más esclarecido filólogo, con tanto mayor razón cuanto significa, si no padezco un grave error, la única posibilidad que tenemos a la mano, de comprobar el uso, y aun el abuso, del castellano actual.

Dije adrede el uso y el abuso porque, después de haberle rendido parias de admiración a la memoria y al meritísimo esfuerzo de mi predecesor en esta Academia, voy ahora a tomarme la licencia de hablar por cuenta propia de la confusión que, de mucho tiempo atrás, existe entre el buen uso del hidalgo, sonoro y significativo romance de Castilla, y el uso espurio e ilícito —esto es, el abuso— que en él han introducido un sinnúmero de escribidores, dizque amparándose de cierta sentencia de Horacio, tan llevada y traída como las mozas del partido, y que ellos, a fin de disimular y solapar sus crímenes de leso lenguaje, suelen interpretar a su guisa:

SI VOLET USUS...

Las lenguas, como los entes humanos, nacen, andan a gatas y hacen pininos en la infancia, son audaces y bullangueras en el período de la adolescencia, tienen edad viril, llegan a la madurez, envejecen y mueren.

A la edad viril de cada lengua, que es el período de su mayor esplendor y de la plenitud de su fuerza, corresponde siempre, y cualquiera que sea la doctrina estética que prive en ese tiempo, la época llamada clásica de su literatura; y esta época, por lo que a la propiedad y pureza se refiere, es, y debe ser, la piedra de toque del lenguaje.

Aunque en la literatura castellana hay dos llamados *Siglos de Oro,* podríamos aceptar, conformándonos al parecer de Robles Dégano, que la lengua, si bien ya vigorosa y desenvuelta desde fines del siglo décimoquinto, se hallaba todavía en el período anteclásico durante todo el siglo décimosexto, por no haber cumplido aún su mayoría de edad; y que el período propiamente clásico, el de su cabal perfección, es tan sólo el que abarca los años de 1600 a 1660. Los últimos cuarenta años del siglo décimoséptimo corresponderían, por el consiguiente, al período postclásico, en que empieza la madurez, por no decir la decadencia, de la lengua.

Con todo esto, las normas de discernimiento de ese insigne gramático —que

se apoyan, ante todas las cosas, en la ortología del idioma— bien pudieran ser demasiado estrechas por lo que toca a las demás cualidades del lenguaje; y, a esta luz, quizá fuese más admisible incluir en el período clásico a todos los autores que escribieron desde el último tercio del siglo décimosexto hasta fines del décimoséptimo.

Durante esa época, en que, sin género de duda, predomina el genio del idioma, todos los escritores —tanto los "patos de aguachirle castellana" como los culteranos y los conceptistas— contribuyeron a enriquecerle y perfeccionarle.

Entonces —¡pero sólo entonces!— cuando el castellano estaba al rojo blanco, en él se mezclaban y fundían armoniosamente todos los giros y vocablos: aun los de nuevo cuño, aun los tomados prudentemente y por necesidad real, de lenguas forasteras; aun los introducidos por mero afán de novedad o de elegancia, como aconteció con un sinnúmero de cultismos, que, hoy por hoy, pertenecen *nemine discrepante* al acervo común del idioma.

Entonces, recordando tal vez a Horacio, el Fénix de los Ingenios pudo decir lícitamente:

Favorecido, en fin, de mis estrellas,
Algunas lenguas supe, y a la mía
Ricos aumentos adquirí por ellas,

como el latino, en la *Epístola ad Pisones,* había dicho:

Et nova fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Graeco fonte cadant, parce detorta...
...Ego cur acquirere pauca
Si possum, invideor, quum lingua Catonis et Enni
Sermonem patrium ditaverit, et nova rerum
Nomina protulerit. Licuit semperque licebit
Signatum praesente nota producere nomen,

esto es:

"Y las voces nuevas, las recientemente creadas gozan de favor si, procedentes de una fuente griega, se latinizan sin esfuerzo... Por qué, pues, reprocharme a mí el crear unas cuantas palabras, cuando la lengua de Catón y de Enio enriqueció el lenguaje patrio y propuso con buen éxito nuevos nombres para las cosas nuevas? Sí, siempre fue lícito, y lícito ha de seguir siendo, crear (en la propia turquesa) una palabra troquelada con el cuño de lo actual".

Y no es de extrañar, en verdad, que Horacio y Lope —escribiendo, como escribían, en la plena edad viril del latín y del castellano, cuando en ambas lenguas predominaba y prevalecía el genio propio de cada una de ellas— alegasen el derecho de crear nuevas palabras: "A fines de año —sigue diciendo el latino— cuando las selvas mudan follaje, las primeras hojas que caen son las que habían brotado primero. Así también, perece el antiguo linaje de los vocablos, y florecen vigorosamente las voces recientes, como florecen los hombres en sus años mozos". Y esto es, bien mirado, una de esas verdades de Perogrullo, que a la mano cerrada llamaba puño.

El que líricamente deploraba no seguir siendo ya el que había sido debajo del reinado de la bondadosa Cinara *(Non sum qualis eram bonae sub regno Cynarae)*, sabía de sobra que el latín de su tiempo —el latín clásico por excelencia, el que sería tomado por dechado en los siglos venideros, porque le habían hablado, entre otros, César, Marco Tulio, Virgilio, Ovidio y el propio Horacio— no era ya, ni volvería a ser nunca, el latín balbuciente de los primeros años de Roma.

El lenguaje pulido en que el de la *Epistola ad Pisones* había introducido nuevas voces elegantes, significativas y necesarias, no era ya, ciertamente, el con harto desdén llamado de "estiércol de Enio". Ni el hidalgo y sonoro idioma al que Lope había añadido "ricos aumentos", era ya tampoco, y de mucho tiempo atrás, el incipiente, aunque deleitoso, romance del *Cantar del Mío Cid,* del *Auto de los Tres Reyes Magos* o de los *Milagros* de Berceo.

El latín de Horacio y el castellano del Fénix de los Ingenios eran lenguas que habían llegado, cada cual a su tiempo, a la plena edad viril, y a las que tan sólo les faltaban los últimos toques de perfección, que, tanto el amante de Cinara como el de doña Marta de Nevares, supieron respectivamente darles.

Y, por su parte, el "cisne andaluz", el "cordobés sonado", el príncipe de los poetas líricos de su tiempo, había hecho otro tanto, influído, sin duda, de las doctrinas del *Adone* de Marino, que don Luis Carrillo y Sotomayor, cuatralbo de las galeras reales, había aprovechado en su *Libro de la erudición poética,* y difundido entre la flor y nata de los ingenios de España.

El culteranismo, o gongorismo, intentó y llevó al cabo una extraordinaria y nunca vista renovación del vocabulario castellano, por más que el señor de la Villa de la Torre de Juan Abad, con el sarcasmo y gracejo que le singularizan, haya puesto tan a menudo en solfa a los que se expresaban:

en la culterana prosa,
grecizante y latinosa,

y no en:

La habla de los cristianos,

diciendo:

No me va bien con lenguaje
tan de grados y corona:
hablemos prosa fregona
que en las orejas se encaje.
Yo no escribo con plumaje,
sino con pluma, pues ya
tanto bien barbado da
en escribir al revés.
Oyeme tú dos por tres
lo que digo de pe a pa;

e insistiendo señaladísimamente en este famoso soneto:

Quien quisiere ser Góngora en un día
la jeri (aprenderá) gonza siguiente:
fulgores, arrogar, joven, presiente,
candor, construye, métrica armonía;
poco mucho, si no, purpuracía,
neutralidad, conculca, erige, mente,
pulsa, ostenta, librar, adolescente,
señas traslada, pira, frustra, harpía.
Cede, impide, cisuras, petulante,
palestra, liba, meta, argento, alterna,
si bien, disuelve, émulo, canoro.
Use mucho de *líquido* y de *errante*
un poco de *noturno* y de *caverna*
anden listos *livor, adunco* y *poro;*
que ya toda Castilla,
con sola esta cartilla,
se abrasa de poetas babilones,
escribiendo sonetos confusiones;
y en la Mancha pastores y gañanes,
atestadas de ajos las barrigas,
hacen ya *Soledades* como migas.

Y quién duda, sino que el insigne Quevedo se haya pasado de listo, ya que de los vocablos y giros que censuró en ese soneto —¡y son cuarenta y tres!—

tan sólo cinco, a saber: *poco mucho, purpuracia, señas traslada, livor* y *adunco* (o a lo sumo seis, si incluímos *argento*) ¿podrían pasar plaza, hoy por hoy, de rebuscados y alambicados, o lisa y llanamente de risibles?

Todos los demás entraron, pese a las burlas del autor de los *Sueños,* en el caudal común del idioma, si no precisamente en el habla vulgar.

A Barahona de Soto se le fue, asimismo, la mano en la censura de los cultismos, cuando escribió aquel no menos conocido soneto que empieza así:

Esplendores, celajes, rigoroso,
Salvaje, llama, líquido, candores...

y termina:

Esto quitando, cierto que es bonito.

Y no es de extrañar si tomamos en cuenta lo sobredicho: el crisol castellano estaba, es menester insistir en ello, al rojo blanco; en él se fundían, con las demás voces del idioma, aun aquellas que los culteranos habían introducido por mero afán de novedad y de elegancia, y solas se consumían, reduciéndose a ceniza, las palabras o frases de veras traídas por los cabellos, y más, sin duda, que por Góngora mismo, por sus deplorables discípulos.

Tanto es así, que don Antonio de Valbuena, en su *Fe de erratas del nuevo Diccionario de la Academia,* dice con cierto viso de razón:

"En tiempo de Quevedo, por ejemplo, tanto disparate era llamar *estupor* al *espanto,* y decir *está inmediata* por *está cerca,* o *circundada* por *cercada,* como decir *suena catarro luciente* por *espavila (sic) las velas,* y llamar al queso *cecina de leche,* pues de las cinco formas se burla igualmente el gran satírico; y sin embargo, hoy las tres primeras son usuales y de buen gusto, mientras las dos últimas siguen siendo ridículas y disparatadas".

Y si me tomo la licencia de señalar que sólo hay cierto viso de razón en lo que afirma Valbuena, es porque, si bien el señor de la Villa de la Torre de Juan Abad censuró, en efecto, por igual esas cinco formas de expresión, no todos sus sarcasmos enderezados hacia ellas hicieron igual mella en el ánimo de sus contemporáneos. Quevedo erró, ciertamente, el tiro por lo que toca a la mayor parte de los vocablos que pretendió desechar por grecizantes o latinosos. Tanto es así, que hay, sin género de duda, una claramente perceptible discrepancia de significación entre *espanto* (en su clásica acepción de *pasmo* o *admiración*) y *estupor,* el cual aparte la acepción que tiene en la jerga médica, connota, también, en el lenguaje usual, un estado de ánimo que frisa con el anonadamiento de las facultades intelectuales. Sólo hay *es-*

tupor, cuando el *pasmo,* la *admiración,* el *asombro* o el clásico *espanto* llegan a colmo. *Estupor* era, pues, en tiempo de Quevedo, un latinismo; pero un latinismo que, a ojos vistas, enriquecía el idioma.

Y es, acaso, una misma cosa decir: "está cerca", que: "¿está inmediata?" No, ciertamente. Ni había, en verdad, por qué desechar la voz *circundada,* aunque poco discrepase, en su significación, de *cercada. Circundar,* procede, como *cercar,* de una fuente romana y, en tiempo de Quevedo, pertenecía al linaje de las que Horacio llama *verba parce detorta,* esto es, fácilmente derivadas.

Por otra parte, el castellano que procedía, en su origen, no del latín clásico de César, de Cicerón y de Virgilio, sino del *sermo vulgaris* hablado por los legionarios y colonos romanos, y en el cual habían dejado hartas huellas la jerga o *sordida verba* de los ergástulos y de las mancebías de Subura: de "tout ce que vomit Subure *et l'ergastule*" —el castellano, entonces, había menester, para alcanzar el último grado de su perfección y convertirse en una genuina lengua literaria, de abrevarse en las fuentes no sólo limpias, sino *límpidas*— ya que estotro cultismo connota, a más de mera limpieza, transparencia, diafanidad de la lengua culta del Lacio.

Los idiomas —¿quién lo duda?— son organismos vivos, y los neologismos son siempre necesarios para expresar nuevas ideas; pero sobre todo lo son cuando una lengua pasa de la adolescencia a la edad viril.

Con todo esto, si el enemigo acérrimo de todo lo que no era el idioma castizo y tradicional, erró la mayor parte de sus tiros por lo que a los vocablos cultos se refiere, dio, en cambio, en el blanco cuando hizo mofa y escarnio de las locuciones ridículamente alambicadas de los que, como *Las Remilgadas Ridículas* de Molière, se ufanaban de no decir nada a derechas. En *La Culta Latiniparla,* de donde Valbuena tomó los sobredichos ejemplos, el Caballero de la Tenaza escribe, por ejemplo:

"Para decir: "Yo gusto de beber frío de nieve", dirá: "Bebo con armiño del frío", con "requesones de agua", con "vidrieras de diciembre", con "algodón llovido", con "pechugas de nubes"; "que poder remudar frasis es limpieza". Y conste que, aislado adrede de su contexto, que es el que le confiere su significación claramente sarcástica, eso de "que poder remudar frasis es limpieza" le ha servido a menudo de pretenso amparo y justificación a los que, pasándose de elegantes, como otros se pasan de listos, bien mirado no son sino cursis de solemnidad. Entonces, "en tiempo de Quevedo", como dice Valbuena, no era menester tomar tan a pechos, como aquél y los demás enemigos del "cisne andaluz", la tarea de depurar el idioma de latinismos y helenismos diz que inútiles. El castellano había ya entrado de lleno en su edad viril, y el habla se apuraba por sí misma, acogiendo lo que en realidad la enriquecía y la hermoseaba, y reduciendo, asimismo, rápidamente

a ceniza todo lo que no era sino locuciones enrevesadas de la *cultigracia* —que hoy bien podríamos llamar *cursiparla*— o meros barbarismos de todo en todo repugnantes al genio del romance.

Por desgracia, la edad viril de las lenguas es, en su plenitud, tan breve, *coeteris paribus,* como la de los hombres. En la madurez de un idioma, el crisol no está ya al rojo blanco, sino al rojo cereza; las impurezas, en él, no se reducen ya luego al punto a ceniza; propenden, al contrario, a sobrenadar en la superficie, y, entonces, sí es menester desprenderlas a martillazos, tal como el herrero limpia de escoria el hierro candente, antes de forjarle para darle luego la forma apetecida.

Por ello es por lo que Felipe V creó la Real Academia Española, cuando el idioma estaba ya en su plena madurez y empezaba el período de contaminación de otras lenguas; y por ello, también, la Academia tomó por empresa un crisol expuesto al fuego, debajo del famoso mote: *Limpia, fija y da esplendor.*

"El principal fin que tuvo la Real Academia para su formación, fue hacer un Diccionario copioso y exacto, en que se viese la grandeza y poder de la lengua, la hermosura y fecundidad de sus voces, y que ninguna otra la excede en elegancia, frases y pureza, siendo capaz de expresarse en ella con la mayor energía todo lo que pudiere hacer con las lenguas más principales en que han florecido las ciencias y artes, pues entre las lenguas vivas es la española, sin la menor duda, una de las más compendiosas y expresivas, como se reconoce en los poetas cómicos y líricos a cuya viveza no ha podido llegar nación alguna".

"Así abrió la Academia, en 1726, el preámbulo de la primera edición de su *Diccionario* —el llamado, no sin razón, de *Autoridades*— dirigido a la majestad de Felipe V, a cuyas expensas hízose la obra".

"Reducidas las voces al crisol del examen, dice el P. Mir en su *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo,* tomaba sobre sí la Real Academia el cargo de purificarlas, no liquidándolas para deshacerlas, sí derritiéndolas en la copela crítica para purgarlas de la escoria impura, la cual desechada, quedaron fijas ellas despidiendo majestuoso esplendor".

"Siendo —dijeron los autores del primer *Diccionario*— el fin principal de esta Academia cultivar y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana, desterrando todos los errores que en sus vocablos, en sus modos de hablar o en su construcción han introducido, la ignorancia, la vana afectación, el descuido y la demasiada libertad de innovar; será su empleo distinguir los vocablos, frases o construcciones extranjeras de las propias, las anticuadas de las usuales, las bajas y rústicas de las cortesanas y levantadas, las burlescas de las serias, y finalmente, las propias de las figuradas".

Así pues, aquellos primeros académicos —que, con encomiable modestia, decían de sí mismos: "hemos vivido con la gloria de ser los primeros y con el sonrojo de no ser los mejores" —señalaban a la clara las cuatro causas de la entonces incipiente corrupción del idioma, a saber: "la ignorancia", que, como la pereza en la vida social, es la madre de todos los vicios de lenguaje; "la vana afectación", fuente y origen de la moderna cursilería, y a la cual don Quijote, señor nuestro, se refería diciéndole al mancebo de los retablos: "Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala"; "el descuido" o desaliño, en que suelen incurrir, por desdeñosa soberbia, los ablandabrevas literarios, a quienes ya en 1774, censuraba don Tomás de Iriarte:

Primeramente nuestro bello idioma,
competidor del de la antigua Roma,
sujeto yace a dura servidumbre.
Escríbenle sin regla ni cuidado;
háblanle por costumbre;
sus delicados fueros no veneran;
nadie le estudia, todos le adulteran.
Si alguno se ha esmerado
en escribir pensando las dicciones,
después de mil prolijas correcciones,
la turba de lectores, indiscreta,
hace de la elegancia igual aprecio
que del peor estilo de gaceta.
Ya se acabó aquel tiempo en que hubo necio
que pasaba las noches y los días
limando sordamente sus escritos,
fiel censor de retóricos delitos,
exacto en evitar cacofonías,
vocablos forasteros, redundancias,
frases impropias, malas concordancias.
Hoy cada cual se explica como quiere;
si habla castizo o no, nadie lo inquiere.
Escribir con borrones ya no es moda.
¡Nuevo y útil convenio,
que a todos los bolonios acomoda!

y por último, "la demasiada libertad de innovar". Entendámonos: no la lícita facultad de innovar, cuando el neologismo es necesario, o útil siquiera, sino la "demasiada libertad" de acuñar voces y giros en la propia turquesa;

libertad mal entendida, que redunda en licenciosa costumbre, ya que sobra casi decirlo: —los neologistas desenfrenados se cuentan entre los que nunca han tomado el trabajo de estudiar, quemándose las cejas y las pestañas, el riquísimo romance de Castilla. Tan rico y abundante, en verdad, que una de las más notorias fallas del, por otra parte, admirable *Diccionario de Autoridades,* es, sin género de duda, un pecado de omisión:

"...omisión total de innumerables vocablos propios de nuestro idioma; omisión de no pocas frases pertenecientes á los vocablos incluídos; omisión de acepciones peculiares á voces estampadas en la obra; omisión de autoridades comprobativas del valor de innúmeros vocablos en el Diccionario propuestos; omisión de modismos, de modos adverbiales, de giros clásicos, muy peculiares al romance; omisión de frases clásicas, concernientes á verbos ó á nombres no contenidos en el Diccionario. Estos seis géneros de omisiones dejan en la obra de la Real Academia abierto un hiato profundo, en cuya sima yacen sepultadas en eterno olvido riquezas de inestimable valor".

Y esas omisiones —explicables y perdonables en ese primer intento de fijar el idioma— no han sido, por desgracia, del todo suplidas ni por el *Diccionario* de Terreros; ni por el *Rebusco de voces castizas,* el *Prontuario de hispanismo y barbarismo* y las *Frases de los autores clásicos* del padre Mir; ni por el *Tesoro de la lengua castellana* de Cejador y Frauca; ni por el *Diccionario de Construcción y Régimen* de Cuervo, cuya edición cabal seguimos esperando: ni por los *Modos adverbiales castizos y bien autorizados que piden lugar en nuestro léxico* de Rodríguez Marín; ni por las *Palabras y acepciones castellanas omitidas en el diccionario académico* del padre Aicardo; ni por la *Fe de erratas* de Valbuena; ni por las *Enmiendas* de Toro y Gisbert; ni por obras de la misma índole, ni por ninguna de las ediciones de los diccionarios de la lengua dadas a la estampa, hasta hoy, por la Real Academia o por lexicógrafos particulares.

Un acervo inmenso de vocablos y de giros castizos, pertenecientes al período de mayor esplendor de la lengua, yace, en efecto, sepultado en los polvorosos estantes de las librerías públicas y privadas de España y de la América Española; y nadie —porque en el mundo moderno los escritores religiosos españoles, místicos, teólogos u oradores sagrados, no son ya leídos— nadie, digo, piensa ya en exhumar ese riquísimo tesoro idiomático.

Con todo esto, a pesar del "hiato profundo", o por mejor decir, del abismo en cuya sima fueron a hundirse, tal vez por siempre jamás, vocablos, acepciones, giros y modismos que enriquecían y ornaban la lengua, dándole más precisión y flexibidad—, el llamado *Diccionario de Autoridades* fue, sin duda alguna, el mejor, refiriéndonos a las lenguas modernas, que hubo en su tiempo. Tuvo, en efecto, dos méritos singulares: el haber reconocido que la autoridad de los escritores clásicos era, y debía ser, la norma suprema del lengua-

je, y el haber hecho abiertamente guerra contra la ya entonces arrolladora invasión de los galicismos en el idioma. Abierta y explícitamente, pues en el sobredicho preámbulo, los primeros académicos, definiendo los fueros del castellano neto, expresaron a la clara su propósito de "desterrar las voces nuevas, inventadas sin prudente elección, y restituir las antiguas con su propiedad, hermosura y sonido mejor que las subrogadas, como por *inspeccionar averiguar* y por *pontificar presidir en la Iglesia Universal,* calificando de barbarismo dichas nuevas voces".

Cabe advertir que no pretendo, en modo alguno, atribuírles a los primeros individuos de la Real Academia Española el papel de precursores por lo que al elogio y defensa del genuino romance de Castilla se refiere.

El comienzo del preámbulo del *Diccionario de Autoridades* parece, en verdad, una paráfrasis, o cuando menos un eco, de la elocuente alabanza de la lengua vulgar que, en el prólogo de su admirable *Tratado de la Conversión de la Magdalena,* hizo en 1586 el agustino fray Pedro Malón de Chaide, el cual, aunque insiste en que él la escribió años antes, reconoce haber hallado "casi las mismas palabras" en la *Dedicatoria* a don Pedro Portocarrero que precede al *Libro tercero de los Nombres de Cristo,* publicado un año antes, en 1585, por su maestro que había sido en la Universidad de Salamanca, fray Luis de León; y aun ambos a dos hubiesen tenido que cederle la prioridad al Beato Alonso de Orozco, que ya en 1556 había hecho el elogio elocuente del romance castellano en su obra intitulada *Las Siete palabras de la Virgen Santísima.*

Tocante a la protesta contra los barbarismos, tampoco era una novedad. Unos cuantos ejemplos bastarán para comprobarlo. El insigne humanista del siglo décimosexto don Diego de Mendoza, aun admitiendo la necesidad de ciertos neologismos ya que en el libro segundo de su *Guerra de Granada,* escrita entre 1571 y 1575, dijo:

"...a estas provincias llamaron *Coras,* que quiere decir tanto como la redondez de la tierra que descubre la vista: *horizonte* la podrían llamar los curiosos de vocablos"—, censuró explícitamente el uso, entonces harto reciente, del italianismo *centinela,* diciendo en el libro tercero de la dicha relación histórica:

"...lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles, en la noche *escucha,* en el día *atalaya,* nombres harto más propios para su oficio"; y reprobó, también, aunque tácitamente, el afán de novedad en los vocablos, advirtiendo:

"...a cada uno conforme a la obligación antigua y usanza de los concejos, que era venir la gente a su costa el tiempo que duraba la comida que podían traer a los hombros (*talegas* las llamaban los pasados, y nosotros ahora *mochilas*)"; y páginas más adelante:

"Don Alonso, herido de dos saetadas con yerba, peleó hasta caer trabado del veneno usado dende los tiempos antiguos entre cazadores. Mas porque se va perdiendo el uso della con el de los arcabuces, como se olvidan muchas cosas con la novedad de otras, diré algo de su naturaleza. Hay dos maneras, una que se hace en Castilla... cociendo el zumo de vedegambre, a que en lengua romana y griega dicen eléboro negro... Otra se hace en las montañas nevadas de Granada de la misma manera; pero de la yerba que los moros dicen *rejalgar,* nosotros *yerbas,* los romanos y griegos *acónito,* y porque mata los lobos *licoctónos...*"

Así también, Tirso de Molina, como lo señala don Felipe Robles Dégano, se burlaba lindamente de ciertos neologismos de su tiempo. El insigne fraile mercedario, en la escena VIII del segundo acto de su comedia intitulada *Privar contra su gusto,* pone en boca de Calvo, el gracioso, estos versos:

Ha dado en mudar los nombres
El palacio a sus oficios,
En nuestra España novicios;
Ya llama a sus gentilhombres
Acroyes: ya hay *sanserván,*
Furriel, costiller, salsier,
Guardamangel, sumiller
Panatiel, que guarda el pan,
Y otros mil...;

y el criado de don Juan le pide a la Infanta que interceda en favor suyo a fin de que el Duque le haga dar a él:

Uno que acabado en el
A los demás imitara,
Y de nuevo se criara.
—"*¿Y cuál es?*" *(pregunta la Infanta).*

a lo que replica el gracioso:

Murmuratiel
Que sin temor del castigo,
Murmurara tanto abuso
Como va inventando el uso,
de la virtud enemigo.

¡De la virtud —añado yo— y del castizo lenguaje!

En una de sus "mil y quinientas" comedias, Lope de Vega hizo hinca-

pié, a su vez, en que el calificativo *chistoso,* novísimo en su tiempo, no era, ni con mucho, bien recibido de todos.

Pero si las elocuentes alabanzas de la lengua vulgar y el ejemplo del Beato Alonso de Orozco, de fray Luis de León y de su discípulo Malón de Chaide le dieron innegablemente cartas ejecutorias de hidalguía al romance de Castilla, y "llamaron —como dice el padre Sigüenza en su *Historia de la orden de San Jerónimo*— a los buenos *ingenios al palenque";* no es menos cierto que las protestas aisladas de don Diego de Mendoza y de Tirso de Molina contra la innovación inútil en materia de lenguaje fueron tan desoídas en su tiempo, como las pullas y vejámenes que Lope, Quevedo, Barahona de Soto y, en general, los "patos del agua chirle castellana" le enderezaban a Góngora y a sus discípulos.

Y digo adrede: "protestas aisladas", a fin de poner claramente de manifiesto que, si bien los primeros individuos de la Real Academia Española no fueron, como lo advertí ya, precursores en el elogio y defensa de nuestro idioma, sí, en cambio, les corresponde a ellos la honra singular de haber constituído la primera corporación de peritos en la materia que, de común acuerdo, tomaron a pechos la patriótica tarea de volverle al castellano su prístina pureza.

Ellos —que fueron "los primeros" e indubitablemente también, "los mejores"— entendieron a la clara que el lenguaje humano tiene dos fines, el primero de los cuales es obvio: darse a entender, comunicar el pensamiento; y el segundo —más difícil, más arcano; pero no por ello de menos momento por lo que atañe a la vida espiritual del hombre y a la cultura de las naciones—, es crear belleza con las palabras. Entendieron también que, así como el escultor, para cincelar el cuerpo de una Venus o de un Apolo, no puede valerse de un mármol brecha, ni de una lumaquela, ni de un mármol serpentino, ni de un jaspe, ni de una de esas piedras calizas salpicadas de gabarros, que suelen servir de cubierta a las mensas de los cafés, —y que a Georges Courteline le parecían "couleur de saindoux, truffés comme des galantines", esto es, "de color de manteca de cerdo, embutidas de turmas de tierra como (esos fiambres que los franceses llaman) galantinas"—, sino tan sólo esculpe el mármol estatuario, que, como los de Paros y de Carrara, es el único que tiene la nítida albura y la homogeneidad requeridas por la obra de arte; así también, cuando el que escribe no tiene un mero propósito práctico, científico, técnico o didáctico, sino genuinamente artístico o estético, no debe valerse, para llevar al cabo la obra literaria, de un lenguaje abigarrado de barbarismos y comparable, por tanto, a

la capa del estudiante,
toda llena de remiendos
de diferentes colores.

Más; aunque, al fundar el nieto de Luis XIV de Francia, la Academia Española no privaba aún en el mundo el falaz y novísimo, pero ya harto vulgar, concepto que han dado en la flor de llamar "interdependencia" de las naciones, los autores del *Diccionario de Autoridades,* aun agradeciéndole sinceramente al primer Borbón de España el apoyo que les había dado para llevar al cabo esa obra, hicieron gala de genuino patriotismo oponiéndose abiertamente a la invasión de las costumbres y modas francesas, que empezaban ya a manifestarse, y no tan sólo en el lenguaje cortesano, como en tiempo de Tirso, sino en el estilo y vocabulario de la mayor parte de los escritores contemporáneos.

Por desgracia, "la obra fecundísima de los clásicos, recogida por la solicitud de los incansables (primeros) Académicos, había al cabo de medio siglo de quedar asolada, perdida, deshecha, como se deshace la sal cuando se echa en el agua..." —dice el padre Mir en su utilísimo *Prontuario,* y añade: "...no era menester espíritu profético para antever tamaña calamidad. Con revocar a la memoria que Felipe V era príncipe francés ante todas cosas, fiel guardador del consejo de su abuelo Luis XIV, que le amonestaba no se le cayese del pensamiento su amor a la literatura francesa, está dicho todo, para prever que el francesismo entraría presto a velas hinchadas en el mar océano de la literatura española. No es de maravillar, que la lengua pasase por fatal crujía".

Por mi parte, no pretendo, —como lo hace el padre Mir, a lo menos implícitamente— achacarle al primer Borbón de España, aplicándole a deshora aquello de

Quidquid delirant reges, plectuntur Achivi,

la culpa del afrancesamiento de la literatura y de la lengua castellana; ni censurarle al fundador y protector de la Real Academia Española su amor natural a la literatura francesa, que yo, dicho sea de pasada, comparto por razones también explicables. Los que, por halagarle servilmente, dejaron lo propio por lo ajeno son, a juicio mío, los verdaderos y únicos culpados; pero no niego, antes lo reconozco paladinamente, que con los primeros escritores agabachados empezó la deplorable decadencia, o degeneración —lo digo con hondísima tristeza— de la literatura castellana.

No cumple a mi propósito, después de este demasiado largo preámbulo —que bien hubiese yo querido abreviar, a haber tenido tiempo para hacerlo— meterme en más dibujos, honduras y libros de caballerías tocante a la deplorable historia del francesismo, o gabachismo, en España, con tanto mayor razón cuanto nuestra Universidad Nacional tuvo a bien dar a la estampa, hace veinte años, un libro de don Antonio Rubio, intitulado *La Crítica del*

Galicismo en España (1726-1832), que resume claramente el asunto. Ni puedo en esta ocasión, aun sintiéndolo mucho, como en verdad lo siento, rendirle parias de admiración a todos los que, defendiendo el habla de nuestros abuelos contra la galiparla triunfadora, hicieron cuanto en su mano estaba por impedir la muerte precoz de la lengua castellana, cuyas *Exequias,* un sí es no es anticipadas, cantó lastimeramente Juan Pablo Forner.

No, mi propósito explícito es pasar por el tamiz de un examen imparcial la sentencia de Horacio a la cual se acogían, y siguen acogiéndose, los prevaricadores "del buen lenguaje, que Dios confunda", como los hubiese llamado Cervantes, por no decir "los bolcheviques destructores de nuestro idioma", como los designó el erudito anotador del *Quijote,* don Francisco Rodríguez Marín.

El poeta latino dijo, en efecto:

Multa renascentur quae jam cecidere, cadentque
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
Quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi,

lo cual, romanceado, significa:

"Renacerán muchos vocablos caídos ya en olvido, y otros que hoy por hoy están de moda caerán en él, si lo quiere así el uso, bajo de cuya potestad está la autoridad suprema, y la ley, y la norma del lenguaje", o, en otros términos: "el uso es todopoderoso por lo que toca a la vigencia de las voces de un idioma".

¿Y quién podría negarlo? Con todo, para que la afirmación de Horacio tenga validez, es menester saber distinguir el uso racional, que es el que debe imperar en el idioma, del uso caprichoso, del uso ilícito o lisa y llanamente, del abuso. La autoridad suprema, la ley y norma del lenguaje, no es, ni debe ser, el de una región o de una persona particular; ni el uso contrario a las propensiones naturales del idioma; "ni el uso que en vez de perfeccionar, afea; en vez de afinar, corrompe; en vez de unificar, divide y confunde", ya que, como lo advierte Robles Dégano, la propia Real Academia, en una nota puesta al pie de la página 358 de la edición de 1880 de su *Gramática* afirmó con sobrada razón que: "no siempre el uso afina y perfecciona las lenguas, sino tal vez menoscaba y desfigura sus bellezas". En ello, por cierto, la Academia se conformaba al dictamen de Marco Tulio, el cual, en el capítulo septuagésimo cuarto de *Brutus sive de claris oratoribus,* refiriéndose a los que, en Roma como en Atenas, hablaban bárbaramente *(inquitato),* dice, con tanta autoridad cuando menos que Horacio:

Quo magis expurgandus est sermo et adhibenda tamquam obrussa ratio, quae mutari non potest, nec utendum pravissima consuetudinis regula,

conviene a saber:

"Motivo de más para purificar el lenguaje y para valerse de la razón, que es inmutable, como de piedra del toque, en vez de emplear la regla del uso, que es la peor de todas"; y que, en el capítulo siguiente, después de haberse burlado de Sisena porque éste empleaba voces peregrinas y mal acuñadas, como *sputatilica* —los romanos sabían, en efecto, lo que significaba *sputa,* neutro plural de *sputus,* participio pasivo de *spuo,* escupir; pero ignoraban que *tilica* iba, andando el tiempo, a llegar a ser un adjetivo mexicanísimo, que se aplica a las mujeres endebles o excesivamente flacas—, alaba a Julio César diciendo que éste, al contrario, apoyándose en un principio racional, corrigió los vicios y corruptelas del uso por el uso mismo, pero puro e incorrupto:

Caesar autem rationem adhibens consuetudinem vitiosam et corruptam pura et incorrupta consuetudine emendat.

"En el uso —dice, y dice bien, el insigne gramático abulense— hay que distinguir dos cosas: el hecho y el derecho. Cuando todos los que hablan una lengua toman un uso repugnante a la naturaleza o a la perfección de ella, claro es que *de hecho* prevalece tal uso; pero éste no tiene *derecho* a subsistir, a no ser que se quiera alterar la lengua, o se trate de un caso particular, que no hace regla, y aun entonces es menester que se conozca y sepa que es una rareza, y que la admitimos por capricho. Tal sucede con los solicismos *a ojos vistas* y *a pie juntillas.* Más si se trata de reglas falsas (o de giros y voces espurias, añado yo de mi cosecha), admitidas o seguidas por ignorancia o por error, paréceme que entonces, una vez advertido el engaño, debemos corregirlas a todo trance, si queremos conservar la lengua en su perfección y belleza".

Pero excusado es decir que, para los empedernidos prevaricadores del buen lenguaje, distinguir el hecho del derecho es cosa demasiado sutil. Para ellos no rige sino la autoridad del uso sin distinción alguna, y, tomando el rábano por las hojas, pretenden a menudo abonar su torcida doctrina trayendo a colación este lugar del *Quijote:*

"Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos ni de erutar delante de nadie.

"Eso de *erutar* no entiendo —dijo Sancho.

"Y don Quijote le dijo:

"*Erutar,* Sancho, quiere decir *regoldar,* y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así la gente curiosa se ha acogido al latín, y al *regoldar* dice *erutar,* y a los *regüeldos, erutaciones;* y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso".

¿Y quién duda, sino que, al decir esto, don Quijote haya recordado *in mente* la sobredicha sentencia de Horacio y no la *pravissima consuetudinis regula* de que habla Cicerón?

Pero, en cambio, en otro lugar de su libro inmortal, Cervantes, expresándose por boca del licenciado "diestro en menear las espadas negras" que llevaba, dice al pie de la letra:

"—Así es —dijo el Licenciado—; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en el Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda; dije *discretos,* porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso".

Luego, para Cervantes, como para Marco Tulio, la *discreción* —esto es, la sensatez para formar juicio y el tino para hablar, que no son sino manifestaciones de la razón bien empleada— y no, ciertamente, el uso de los necios o de los ignaros, era la norma inmutable de lo que Sancho, con harta taimería, llamaba "el hablar polido".

Con todo esto, entre reconocer que el vulgo y el uso tienen poder sobre la lengua y afirmar, después, que "la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso", hay, cuando menos en apariencia, una contradicción de la misma índole que la que existe entre el *si volet usus* de Horacio y la *pravissima consuetudinis regula* de Cicerón. Todo ello proviene de las acepciones diversas en que todos tres emplearon las palabras *uso, usus* y *consuetudo.* Por ello, sin duda, fue por lo que Quintiliano dijo en el capítulo sexto, párrafo primero del primer libro de su *De institutione oratoria,* y después de señalar los fundamentos del lenguaje, a saber: un principio racional, la antigüedad (de las voces), la autoridad (de los prosadores), y el uso o costumbre:

> *Consuetudo vero certissima loquendi magistra, utendumque plane sermone et nummo, cui publica forma est,*

esto es,

"El uso, sin duda, es el maestro más seguro en materia de lenguaje, y acontece con él lo que con la moneda, que debe llevar el cuño del Estado para que pueda circular públicamente". Así, en efecto, la moneda se convierte, según la expresión del retórico, en *forma pública,* y las voces y los giros de un idioma quedan consagrados por el uso. Pero, en el párrafo cuadragésimo tercero del mismo capítulo, dando de veras en el clavo, Quintiliano, después de haber discutido la autoridad de los prosadores antiguos, afirmando que "importa mucho examinar no solamente lo que dijeron, sino, también lo que hicieron aceptar", y advirtiendo que ninguno de ellos se expresaría así al presente, dice: "Queda, pues, el uso: porque sería casi ridículo preferir la lengua que se hablaba antaño a la que se habla hoy. Y, bien mirado, ¿qué es la lengua antigua sino el uso antiguo del habla? Pero en esto mismo debe intervenir el juicio, y es menester, ante todas cosas, definir exactamente lo que entendemos por uso. *(Sed huic ipsi necessarium est judicium, consuetudinumque in primis quid sit, quod consuetudinem vocemus).* Porque si llamamos así a lo que hace la mayor parte de la gente, daremos un consejo peligrosísimo no sólo por lo que toca al lenguaje, sino, cosa más grave aún, por lo que a la vida (social) se refiere: ¿de dónde, en efecto, provendría tanta dicha que lo que de suyo está bien lograse el voto de la mayor parte de la gente?" Y después de señalar varias modas y costumbres estrafalarias que privaban en Roma, pero que no, por el hecho de privar, constituían propiamente el uso, el insigne retórico calagurritano añade: "...así también, si ciertos modos viciosos de expresarse se hallan comúnmente difundidos, no es razón bastante para ver en ello la regla del lenguaje. Porque, sin referirse a la manera de hablar del vulgo ignaro, sabemos que a menudo, en el teatro, todo el público, y, en el circo, toda la turba, prorrumpen en exclamaciones bárbaras. Por tanto, yo le llamaré uso del lenguaje al consenso (o acuerdo general) de los hombres cultos, como se llama uso de la vida civil la práctica de la gente honrada *(Ergo consuetudinem sermonis vocabo consensum eruditorum, sicut vivendi consensum bonorum)".*

No es, pues, el uso del vulgo ignaro, ni el de los escribidores semicultos el que Quintiliano llama: *consuetudo vero certissima loquendi magistra,* sino tan sólo el uso y el asenso general de los peritos en materia de lenguaje, ya que, en verdad, los *eruditos* del egregio hispanorromano no son, como lo advierte el padre Mir: "aquellos escritores que no han hecho reposado estudio de la lengua patria, aunque en ramos científicos lleven la gloria de eminentes profesores. Porque éstos cuantoquiera científicos son comparables a los destituídos de autoridad para juzgar; pues no se diferencian de los ignorantes respecto de saber dar razón de la lengua. Con mayor fuerza de argumento se ha de negar el timbre de *erudito* al que no sólo es rudo cuanto a

las galas del idioma, pero aun le afea rudamente con jirones o andularios que le cuadran mal".

A estos últimos se refería don Marcelino Menéndez y Pelayo, en el tomo III de los *Heterodoxos españoles,* diciendo que han introducido en la lengua castellana "lo más bárbaro, lo más anárquico, lo más despreciable, tal en suma que parece castellano de Morería; lengua franca de arraeces argelinos o de piratas malayos".

Y no es de extrañar: si los primeros individuos de la Real Academia Española supieron distinguir a la clara el buen uso del idioma, reconociendo paladinamente la autoridad de los escritores clásicos españoles, del abuso que de él hacían los que empezaban ya a corromperle —así como "Quintiliano nivelaba la regla del bien decir latino con el uso de los clásicos florecientes en la edad de Augusto"—, fuerza es confesar que sus sucesores, por desgracia, se han ido ateniendo más y más cada día a la sentencia de Horacio mal interpretada, o por mejor decir, a un modo de práctica del famoso *¡Laissez faire, laissez paser!...*

Por ello es por lo que —aun careciendo de genuina autoridad en la materia, pues reconocí ya que no soy siquiera un escritor propiamente dicho, sino un mero enamorado de mi lengua materna— me atrevo hoy a expresar públicamente el voto de que la Real Academia y las Academias Asociadas de la América Española— *et quorum pars parvissima sum!*— volviendo sobre sí, apliquen de nuevo para limpiar, fijar y darle esplendor al idioma no el dictamen de Horacio sin restricción alguna, sino las mismas normas de discernimiento que, en su tiempo, aplicaron los que, con tan empeñoso como patriótico afán, pusieron manos a la obra de componer y dar a la estampa el primer *Diccionario* académico, el llamado *de Autoridades.*

Ya que, por mera necesidad, he vuelto a referirme a mí mismo, séame permitido decir a boca llena que no propugno, en modo alguno, el retroceso de la lengua de mis pasados, sino su legítimo, prudente y necesario enriquecimiento; que no soy, por tanto, en la acepción moderna, un *retrógrado,* y que pretendo tan sólo no renegar la infructuosa labor de los mejores años de mi vida, y mantener dentro, como fuera, de esta Academia Mexicana, mi posición de siempre.

Es menester, tal vez, explicarme más a la clara. Séame, también, lícito hacerlo trayendo a colación algo que leí hace mucho tiempo, y que se me quedó, desde entonces, grabado en la memoria.

Cuando el que, andando el tiempo, iba a llegar a ser el celebérrimo autor de *Cyrano de Bergerac* no tenía sino veintiuno o veintidós años, escribió un hermoso poema, intitulado *Le Contrabandier,* en que relata su encuentro fortuito, pero harto explicable, con el Caballero de la Triste Figura.

Rostand —en cuya lira, como él mismo lo dice, había "algunas cuerdas de guitarra" porque su abuela paterna era gaditana— se había pasado el día vagando por los senderos montañosos del país vasco, y, como le acontecía con frecuencia, había ido a dar a la frontera de Francia con España. Allí, sentado al atardecer cerca de la garita de la aduana, asistió a una escena singular:

Un viejecillo enclenque y encorvado, con la cabeza tocada de una boina y los hombros cubiertos de una capa de corte campesino, había llegado por el camino de España, arreando un asno de mansa catadura, que llevaba sobre el lomo un saco al parecer henchido de avena; pero al pasar frente al aduanero, que no le había tomado en cuenta, mirándole con indiferencia o con desdén, el pollino dio un bote súbito; y del saco de harpillera que cargaba, empezaron a brotar, saltando y rebotando con estrépito, todas las piezas de una vieja y herrumbrosa armadura, y señaladamente, un objeto de cobre, o por mejor decir, de azófar, un modo de platillo de balanza, "brillante, plano como un plato, martillado como un caso, bruñido como un copón sagrado", en que el joven poeta no reconoció luego al punto el famoso yelmo de Mambrino.

El borrico, habiéndose desembarazado de su estrafalaria carga, echó a correr cuesta abajo; y el de la aduana, al ver aquel montón de piezas de acero desarticuladas, se redujo a decir terminantemente: "¡Eso no pasa!"

Los allí presentes ayudaron al pobre anciano a recoger una a una las partes de su armadura; y éste, echándoselas a cuestas —en la espalda más encorvada aún bajo del peso de las viejas armas y del último fracaso—, emprendió resignadamente, y con paso tardo y pesado, el retorno a la tierra española.

A Rostand se le ocurrió seguirle a cierta distancia, y, con gran asombro suyo, fue advirtiendo que, al paso que se adentraba en España, la estatura del viejo crecía a ojos vistas. No era ya un pobre campesino encorvado, sino un hidalgo que erguía el talle con orgullo de casta. Luego, algo en el porte y traza de aquel viejo, "de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro", empezó a serle más y más familiar, hasta que, creyendo al fin reconocerle, dijo en voz baja no su nombre legendario, sino tan sólo: "¡Pero si es!..."

El anciano, entonces, se quitó la boina y la arrojó lejos de sí, asintió con la cabeza gris, y, como si hubiese oído en la brisa el nombre que Rostand no se había atrevido a pronunciar, puso silenciosamente sus armas en el suelo, se cubrió orgullosamente la cholla con la bacía de barbero, y, volviéndose, esperó a pie quedo al poeta marsellés que le seguía.

Luego, para que no hubiese confusión posible, el viejo se quitó, también, la capa de campesino, y se mostró vestido de badana, con la pobre sobrevesta

que solía usar debajo del peto y el espaldar —sin duda por no echar a perder el famoso sayo de velarte—, y con las piernas de ave zancuda forradas de cuero, y no enfundadas en las habituales calzas de velludo. Al marsellés casi se le fue el habla, y apenas pudo, haciendo una reverencia en la sombra, murmurar el nombre de aquel viejo. Este, al oírle, creció más aún; se sonrió de ver la impresión que causaba y, descubriéndose con gravedad, dijo: "Pues bien, sí, soy yo!" Volvió, entonces, a cubrirse la cabeza con la bacía de azófar, y se disculpó de hacerlo, señalando que su profesión le obligaba a permanecer cubierto con un yelmo: "Yelmo —añadió— porque dudo que un bachiller —¡así lo sea por París, que bien vale Salamanca!— tome un yelmo al que le falta la barbera por la oscura bacía de un rapista".

Enmudeció un instante, y después de escudriñar el rostro y la traza del joven poeta, que le satisficieron plenamente, empezó a contarle,

En ce langage où la sierra mit ses cascades
Et l'Alhambra ses rossignols,

sus últimas andanzas y sus nuevas cuitas: sesenta años de andar errante por los Pirineos buscando, en vano, un paso, un collado, un sendero por el cual poder entrar inadvertido en Francia, de donde la brisa le traía cierto tufo "de conciencia muerta que no le agradaría a Amadís".

La vida del de la Triste Figura no tenía ya otro fin, pues Dulcinea —y su voz, al decirlo, se tornó más doliente— se le había muerto años antes: Más; a Rocinante, que *tantum pellis et ossa fuit,* le habían matado, confundiéndole con un vil jamelgo, en una corrida de toros, por lo cual don Quijote se había visto obligado a constituir una caballería andante... a pie, pero que, eso sí, pese a su condición pedestre, podía suscitar celos en el propio Palmerín de Inglaterra.

El Ingenioso Hidalgo tenía que meterse en Francia para desenmascarar a su desleal escudero, que reinaba en ella y había promulgado su ley, cifrada en un solo artículo: "¡El fervor queda abolido!" ("L'enthousiasme est aboli!"). Tenía que estar en tierra francesa para desembozar y confundir a Sancho, al destripaterrones taimado que hacía mofa y escarnio de las hazañas de su amo, y a quien aplaudían cuando escupía con desprecio en la escribanía de Cide Hamete Ben Engeli; para poner en la picota a ese descarado impostor, a quien ya nadie reconocía porque le habían metido en recuelo para quitarle la costra de mugre que le cubría el corpachón; porque ya se lavaba por cuenta propia y se hacía rapar las barbas de simio; porque había aprendido buenos modales y se codeaba con reyes, cenando en casa de soberbias mujeres y diciendo agudezas en vez de ensartar refranes, pese a todo lo cual seguía siendo el Sancho Panza de siempre.

A éste, por supuesto, le dejaron entrar porque no llevaba armas; pero, en cambio, a don Quijote —que no estaba nada "contento de una Europa que miraba de reojo los rasgos de heroísmo superfluo"— le cerraban el paso obligado de Francia, porque su armadura movía a recelo; y antes de sonsacar abiertamente al poeta marsellés para que le ayudase a pasarla de contrabando —pues era menester volver a enseñarle al Viejo Mundo las nobles quimeras, "el ensueño, el olvido de sí mismo, el amor fiel y abnegado, y la manera de fingirse Dulcineas"— el inmortal manchego le explicó por qué, para acometer esa nueva empresa, no podía prescindir de aquellas "armas que habían sido de sus bisabuelos", ni, menos aún, del yelmo de Mambrino, que él había ganado en buena lid:

Je ne pourrais passer qu'en laissant mon armure!
Mais ce serait faiblir, admettre une entamure.
Mon armure est comme mon nom.
Et j'en irais là-bas prendre une autre, peut-etre?
Non, car je rougirais de ne plus reconnaître
La forme de mon ombre. Non,
Car à sa silhouette on doit rester fidèle!
La mienne me convient si c'est à cause d'elle
Qu'à la sottise je déplus!

esto es:

"¡No podría yo pasar sino dejando atrás mi armadura! Pero ello sería flaquear, admitir una mengua. Mi armadura es como mi nombre. ¿Y iría yo allá a ponerme otra, acaso? ¡No, pues me sonrojaría de ya no reconocer la forma de mi sombra! ¡No, porque no debe uno renegar de su traza! ¡La mía me conviene, si a causa de ella desagradé a los necios!...".

Ahora bien, señoras y señores míos, si para terminar con estas palabras del espejo de los caballeros andantes —aunque sean andantes a pie—, he traído a colación, tal vez a deshora, el poema juvenil de Rostand, no ha sido, ciertamente, porque pretenda yo hacer del ridículo, insinuando siquiera una comparación de mi humilde persona de "reprochador de voquibles" con la nobilísima de Alfonso Quijano el Bueno; sino tan sólo porque, ciñéndome a su ejemplo, no he querido, ni quiero, aun ahora que esta Academia Mexicana me ha honrado inmerecidamente acogiéndome en su seno, tener que sonrojarme de ya no reconocer la forma de mi sombra por haber renegado de la traza, o de la facha, con que a tantos escribidores he desagradado adrede y a sabiendas de lo que he estado haciendo.

Hace más de dieciocho años —con los auspicios y el espaldarazo de mi llorado amigo, el ilustre periodista y académico don José Elguero y Videgaray —¡que buen poso y buen siglo haya!—, hice mi primera salida por el campo de Montiel de las letras mexicanas; pero sin armadura ni loriga. Llevaba yo tan sólo una chupa recién estrenada, y mi única arma era una palmeta, que manejé sin miramiento ni compasión.

De entonces acá, como a la cotorra de Iriarte, muchos han sido los loros que, en perfecto gabacho, me han dicho: *"Vos no sois que un purista";* pero yo, como el pajarraco de marras, sigo diciendo: "A mucha honra"; ya que, según el propio don Tomás: "Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que llamar *puristas* a los que le hablan con propiedad, como si el serlo fuese una tacha".

En resolución, los tildados de puristas somos los que creemos, como el autor de *Perihermenías,* que: "La lengua nacional debe amarse y conservarse con el mismo cuidado que la integridad de la Patria, pues los delitos contra la lengua son delitos de lesa nación".

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

por don FRANCISCO MONTERDE.

LA ACADEMIA Mexicana Correspondiente de la Española, acaba de abrir simbólicamente sus puertas al Doctor don Manuel González Montesinos, para que ocupe en ella el lugar que merece. Está aquí, en el estrado del salón, con sus colegas y acabamos de oír, bien leído por él, su discurso de ingreso como Académico de Número de la corporación que se honra al contarlo entre sus miembros.

Por voluntad suya y decisión de la misma Academia —que me honró a la vez con ello—, la respuesta de su excelente discurso va a salir de los labios menos hábiles para darla en un tono equivalente al docto, elevado suyo, que escuchamos con tenso interés, justificado por la calidad de su contenido, por tan lucida prosa y por la dicción difícilmente superable.

Sucede esto en el edificio que la Academia adquirió —por la generosidad y el empeño de quienes han sabido ayudarla y servirla— para instalarse en él, tras ese peregrinar de varias décadas en que la perseverancia de los sucesivos directores comunicó a los académicos la fe en tal recompensa.

Del último de ellos, por quien la Academia Mexicana se enlutó recientemente al rendir a su memoria homenaje póstumo, hace una semana: don Alejandro Quijano, presente aún para nosotros por tantas razones valederas, recibió don Manuel González Montesinos cordiales palabras de bienvenida, cuando fue electo en la forma en que él mismo acaba de recordarlo en su discurso.

Me corresponde el inmerecido honor de refrendar esa bienvenida, y al hacerlo, me complace que sea precisamente la recepción del doctor González Montesinos la primera que la Academia Mexicana efectúa en sede propia. Como deberán comprenderlo quienes me favorezcan esta noche con su atención, que no agradeceré bastante, lo debo sobre todo a motivos afectuosos, de amistad cuyas raíces se hallan en tareas docentes compartidas.

Desde hace unos treinta años somos profesores en nuestra Universidad: tenemos ya más de un cuarto de siglo de coincidir, semana a semana, en su Facultad de Filosofía y Letras, donde él ha dado cátedras de Literatura, Castellano y Francés. Por esas aulas han desfilado alumnos, muy distinguidos a veces, que de una cátedra pasaron a otra, en su recorrido para alcanzar las metas de maestría y doctorado.

Si llegué primero a éstas y al profesorado de carrera, en la misma Universidad, fue sólo porque el tiempo empezó a contar para mí antes que para él. De lo contrario me habría precedido y guiado en la vida académica, pues tiene para ello títulos, preparación y conocimientos suficientes, que adquirió en la Universidad de París y que ha demostrado en diversos planteles educativos, del país y del extranjero, y en algunas Secretarías de Estado e instituciones privadas.

Por alumnos y alumnas mutuos he sabido de su capacidad para trasmitir conocimientos, y a través de compañeros y amigos tuve noticia de sus éxitos como conferenciante, en las Universidades inglesas de Oxford y Cambridge y en varias Universidades norteamericanas de aquellas que gozan de mayor prestigio.

Antes de que sus actividades se orientaran en definitiva hacia la docencia, pude apreciar en él otras cualidades y aptitudes, cuando las de poligloto fueron debidamente aprovechadas, durante algún tiempo, en el Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad y en la Secretaría de Educación Pública, y cuando desempeñó la Jefatura del Departamento de Relaciones y Publicidad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Por todos esos antecedentes, lo mismo que esta comisión —que me permite ahora divulgar algunos aspectos de la vida del doctor González Montesinos— acepté gustoso que mi nombre figurara, con el de dos estimados colegas, los académicos Jiménez Rueda y González Guerrero, para proponer a quien ya era compañero en otras jornadas, cuando se trató de cubrir, en la Academia Mexicana, la vacante que al desaparecer había dejado el académico don Alfonso Cravioto.

Que tal propuesta fue acertada, lo confirmó el voto de la veintena de académicos que asistieron a la sesión en la cual fue electo Académico de Número don Manuel González Montesinos, y lo ha ratificado ahora el mismo recipiendario, con las excelencias de un discurso que no podía defraudar a quienes por él dieron su voto entonces.

Tanto ellos como quienes lo apadrinamos, no sólo para llenar un requisito del Estatuto en vigor, sabíamos que la solidez del gramático y la certidumbre del lingüista —que se pueden apreciar en sus escritos— no necesitaban esa corroboración que representa el libro que él pudo haber publicado y que no ha dado aún a las prensas porque, según dice, jamás ha "dispuesto del tiempo necesario para componer, con esmero, meditación y arte, un libro digno de este nombre".

Aunque al aseverar esto último tal modestia resulte excesiva, pues las dos partes en que dividió su magnífico estudio sobre *La estética de Edgar Poe y los críticos "neohumanistas" norteamericanos* —trabajo que reúne las virtudes arriba enumeradas, ya que fue compuesto "con esmero, meditación y arte"—, bien podrán formar un tomo de trescientas páginas, cuando él resuelva que las impriman.

Así pude estimarlo cuando él me escogió, tan inmerecidamente como ahora, para asesorarlo —de manera casi nominal—, y le di, con entusiasmo que también entonces pude expresar públicamente, mi voto aprobatorio, unido a la mención honorífica, *summa cum laude,* en los exámenes de Maestría y Doctorado en Letras, al graduarse en nuestra Universidad el año precedente.

Aun aquellos a quienes no haya llegado noticia de ese estudio —en el cual la capacidad del maestro se apoya en la sensibilidad del crítico y en sus conocimientos de la literatura norteamericana—, no podrían admitir el papel que él pretende hacer en nuestra corporación, el de "académico desconocido", con el cual también su modestia se excede al juzgarse.

Parece olvidar voluntariamente, al afirmarlo, que no ha sido excepcional, dentro de la misma Academia, que un profesor de castellano, como él, por el hecho de que tiene que consagrar la mayor parte del tiempo, diariamente, a su magisterio y a la preparación de las clases, dentro de la labor docente, no encuentra horas disponibles —ya que la capacidad de producción intelectual es forzosamente limitada—, para dejar en el libro una huella de sus enseñanzas que, más bien, pasa a convertirse en legado espiritual, del que disfrutan sus alumnos.

Además, cuando se trata de don Manuel González Montesinos, profesor de gramáticas y literaturas, no es posible olvidar que, como en los *Menecmos* de Plauto, tiene un "gemelo" con el que frecuentemente se le confunde, hasta el punto de atribuir al uno las hazañas del otro. Porque es, no lo olvidemos —según la graciosa expresión hispana—, un hombre que tiene "duende". (Expresión gemela de aquella otra, según la cual, hay personas —sobre todo del sexo femenino— que tienen "angel").

El "duende" —y diablillo, a ratos— del doctor González Montesinos; su

verdadero "socias" o "doble" —no tan comprometedor, como en los Anfitriones—, se llama, ya lo sabéis, *"El dómine"*, que, aunque reconoce algún precedente ilustre: *El Dómine Lucas* —Bartolomé José Gallardo—, nació al mundo de las letras, bien armado, por una expresión de don José Elguero, quien aludió, en amistosa carta, al hecho de que, a pesar de sus travesuras de chiquillo, nunca recibió "los palmetazos del dómine". (En tal caso, claro está, el dómine Cabra).

Así surgió, dentro del periodismo mexicano, *El dómine* con su al principio inevitable palmeta; así comenzó a distribuir, equitativamente, palmetazos *El dómine*. Quienes no estaban en el secreto de su origen, lo imaginaban colérico, irascible, parapetado detrás del pupitre; las gafas de miope apoyadas casi en la punta de la nariz; el índice amenazador en alto y la palmeta ejecutora, terrible, descendiendo violenta sobre la palma de la mano del alumno distraído, perezoso, descuidado o torpe.

Mas, en realidad, en esas lecciones de *El dómine,* tan breves —¿citaremos a Gracián?— que con frecuencia se limitan a cuatro o cinco parágrafos, hay mucho que aprender, entre líneas y entre sonrisas, pues *El dómine,* como quisieron los preceptistas del siglo XVIII que siguían a los antiguos, prefiere "enseñar deleitando". Así, quien va en busca de enseñanzas, entre palmetazos de *El dómine,* al que supone airado, en realidad se deleita aprendiendo.

Pocos de sus lectores serán los que no hayan asimilado algún útil conocimiento de gramática; quienes no puedan recordar, gracias a él, alguna lección recibida antes, y olvidada desde los días del bachillerato. Su palmeta, que no lastima la epidermis, se insinúa —por la vista, por el oído—, para estimular la inteligencia y avivar el recuerdo. Y es que la palmeta, antes de que en su evolución tomara el rumbo de las "vías de hecho", tuvo por antecesor, en cuanto a la forma, según nos dicen, aquel "libro de cuerno", en el cual la hoja de lectura protegida por lámina córnea, pasaba de mano en mano, para que, a falta de otros libros, la tabla diminuta que podía empuñarse, transmitiera enseñanzas al circular entre los alumnos.

A tal palmeta —germen de libros— puede aludir, al honrar su origen, la palmeta de *El dómine*. A través de sus palmetazos se aprende, aun cuando él parezca, a veces, enfrascado en apasionadas polémicas, en las cuales el filólogo sale airoso, el gramático triunfa, el lingüista se impone, y el lector queda siempre, en el fondo agradecido. Aun quien experimente en mano propia aquel duro lema de los pedagogos anticuados, según el cual —terror de los abuelos al iniciarse en el abecedario— "la letra con sangre entra".

Con su rígido "socias", a don Manuel González Montesinos jamás podrá ocurrirle lo que al personaje de la comedia latina, pues por mucho que

intente mostrarse ceñudo y frucir el entrecejo, no llegará a confundirse con *El dómine* imaginado por quienes lo ignoran.

En el trato personal —lo sé por larga experiencia—, el amigo y ahora colega, digno de la mayor estimación, se adueña del interlocutor —y del alumno—, por su entonación jovial, por esa leve ironía, que va más bien hacia el humorismo delicado que hacia la hiriente sátira, tan distante del sarcasmo siempre. Quien lo trata a fondo, encuentra en él rectitud y bondad de hidalgo; el natural señorío de la gente bien nacida —y mejor educada—; es lo que trasciende, aun a distancia, de don Manuel González Montesinos, hombre de una pieza, raro en nuestros días, que en instantes decisivos, cuando otros buscan la evasiva y cómoda actitud que ahorre molestias, reacciona de modo noble —con la aristocracia interior que loaba nuestro don Juan Ruiz de Alarcón, en sus obras—, como lo que es y no podrá dejar de ser: como un caballero.

Y no olvidemos al hablar del hombre —porque la semblanza resultaría parcial, incompleta— que, por gratitud a Francia, a la que debe en parte su cultura, el impulso juvenil le llevó a luchar con los aliados, y al alistarse debajo de su propio pabellón, en la Legión Extranjera, combatió heroicamente; fue herido varias veces en la primera guerra mundial, y mereció por ello la Legión de Honor, la Cruz de Guerra y otras condecoraciones militares que no ostenta —aunque podría ostentarlas.

El nuevo Académico de Número de esta corporación tiene, pues, como escritor, como catedrático y como individuo méritos que lo hacen, por muchos conceptos, digno de esa distinción que, en su caso, no es sólo el honor, bien ganado, que los subraya, para que todos los adviertan, sino la recompensa a que se ha hecho acreedor, con sus acciones y sus obras.

Cerca de un millar de capítulos podría tener la que él formara con los escritos dispersos en diarios y revistas, entre los artículos y ensayos que realizó a lo largo de veinticinco años de labor literaria. Entre ellos queda alguno, perdido, sobre "La arquitectura del soneto".

En esos trabajos —y en los dictámenes que la Academia le ha confiado frecuentemente, desde que fue electo, segura de su competencia en asuntos gramaticales y en cuestiones filológicas—, se percibe el dominio que posee, por indudable derecho de conquista —la del saber—, no sólo en tales materias.

Sobre los firmes cimientos de una preparación lingüística con la cual penetró desde la adolescencia en las reconditeces del idioma, en contacto firme con los clásicos españoles —sápidos, tonificantes—, para su formación humanística el latín le abrió puertas a otros vedados. Por su educación europea,

se adueñó del francés en la Sorbona; y más tarde, el inglés, adquirido autodidácticamente, le entregó esa clave de sus clásicos. Otras lenguas vivas ampliaron después el campo de sus lecturas.

De su vasta preparación y de sus preferencias constantes, en cuanto a la lengua propia, ha dado muestras en su discurso de ingreso, el Académico don Manuel González Montesinos. Fiel a las tradiciones de cortesía, dentro de la corporación en que han convivido en paz aun quienes luchan por ideas contrarias, hizo el elogio de don Alfonso Cravioto —Director de las Bellas Artes, por el gobierno "constitucionalista", y diputado en las administraciones revolucionarias—, al justipreciarlo como poeta, orador y filólogo. Si al poeta del "Fragmento" que principia "Sé audaz y serás fuerte"...; al cantor de *El alma nueva de las cosas viejas* —que en sus últimos días se sintió conquistado por el franciscanismo de los misioneros— y al orador de sorprendente memoria, mantenedor de recordados Juegos Florales, prefirió el autor del aún inédito "Repertorio idiomático", la razonada admiración que siente por esa labor de gigante —más de quinientas mil papeletas— justifica su deseo de que la Academia Mexicana llegue a publicar dicha obra.

Como él nos advirtió, en su ameno, saboreado y aplaudido discurso, en el cual las citas en latín y en castellano —tan bien traídas por él, en el momento oportuno, con fines de ilustración de sus aseveraciones— no fueron sólo alarde y gozo de erudito, trató sobre la confusión que existe entre el recto y el torcido uso del castellano.

En el desarrollo del tema —logrado tan cabalmente que, al tratar de sintetizarlo, titubeo en la selección de sus propias frases—, partió de la evolución de las lenguas, para detenerse en la difícil delimitación de las épocas llamadas clásicas: las de la plenitud de cada una. A tal plenitud corresponde la mayor propiedad, la más diáfana pureza. Para el castellano, es el período que abarca desde el último tercio del siglo XVI hasta fines del XVII.

Entonces, cuando el metal del castellano está al rojo blanco en el crisol, Lope de Vega puede jactarse de darle "ricos aumentos". El antecedente horaciano de la *Epistola ad Pisones* lo autorizaba. Uno y otro son comparables, en su propósito de enriquecer las respectivas lenguas. Mas sobrevino la contaminación culterana, de la que se burlaran Quevedo y Barahona de Soto, a veces infundadamente, porque en buena parte los cultismos afinaron a tiempo el metal —en fusión— del castellano, procedente del latín vulgar, no del clásico de Cicerón y Virgilio.

De la escoria, candente aún aquel metal, habría que librarlo con el martillo del herrero. La tarea quedó encomendada por Felipe V a la Real Academia Española, fundada por él en 1714, que encendió, con su lema:

Limpia, fija y da esplendor, el fuego al cual pondría el crisol, para depurar su contenido. Doce años después se iniciaba la publicación del primer Diccionario de la Academia, el llamado *de Autoridades* para buscar en ellas el buen uso de las voces. Consciente lo indica así y el padre Mir lo confirma.

Cervantes había señalado en el Quijote el peligro de la afectación. Otros peligros acechaban: aquel Diccionario —como cualquier otro— incurrió en omisiones lamentables, que no han podido subsanar las obras de Terreros, Cejador y Frauca, Cuervo, Rodríguez Marín, el padre Aicardo y otros autores. A pesar de ellas, aún permanecen olvidados giros y voces de los siglos de oro.

La Real Academia emprendió la defensa del castellano, con apoyo en la que antes habían iniciado el Beato Alonso Orozco, Fray Luis de León y Fray Pedro Malón de Chaide. En cuanto a barbarismos, hay precedentes en la *Guerra de Granada,* de don Diego Hurtado de Mendoza, donde el autor censura el uso de voces extrañas, que no sustituyen a las propias. Por este camino seguirían Tirso de Molina y varios de los autores citados, quienes advirtieron ese otro fin de las lenguas que consiste en "crear belleza con las palabras".

A los germanismos bélicos; a los italianismos que llegaron a España con el arte renaciente, se iban a unir los galicismos, desde el siglo XVIII, y los anglicismos, posteriormente. Forner, en su tiempo, y otros escritores después, lo delatan.

El afrancesamiento de la literatura —y la lengua— de España, en el siglo XVIII, se debió al deseo de sacar a la península ibérica del aislamiento en que se había mantenido, en relación con el resto de Europa, entonces afrancesada porque Francia imponía normas de equilibrio, tras el desbordamiento barroco: afrancesarse era, pues, europeizarse.

En nuestros días, el afán cosmopolita nos empuja en diversas direcciones, y la lengua heredada sufre asaltos de voces procedentes de otras lenguas, que la desvirtúan. Para contener, hasta donde sea posible, ese afán e impedir, al menos en parte, la contaminación del castellano, alza su voz el *purista,* que lucha —la palabra lo indica— por la pureza de aquél.

Como "enamorado de su lengua materna", formula el deseo de que la Real Academia y las Academias Asociadas de la América Española y de Filipinas, al dedicarse a "limpiar, fijar y dar esplendor al idioma", apliquen "las mismas normas de discernimiento que, en su tiempo, aplicaron los que, con tan empeñoso como patriótico afán, pusieron manos a la obra de componer y dar a la estampa el primer Diccionario académico, el llamado *de Autoridades*".

Tales son sus palabras. Al pronunciarlas, advierte que no es un *retrógrado*: sólo pretende "no renegar la infructuosa labor" de sus mejores años "y mantener dentro, como fuera, de esta Academia Mexicana" su "posición de siempre".

El recuerdo del poema juvenil de Edmond Rostand, *El contrabandista* —en el cual reaparece el Caballero de la Triste Figura, a quien el poeta francés habría deseado ver en su patria—, pone un puente de ideales entre aquella poesía y la realidad a la cual vuelve seguro el *purista,* al afirmar su posición, palmeta en mano.

Aquí está, de nuevo, *El dómine*. Ahora, para reiterar, con la cita, que "la lengua nacional debe amarse y conservarse con el mismo cuidado que la integridad de la Patria, pues los delitos contra la lengua son delitos de lesa nación". Con esa frase, transcrita por él hace varios meses, don Manuel González Montesinos cierra su magnífico discurso, en el cual da bases firmes para lo que se ha llamado "la defensa oficial del idioma".

Al darle la bienvenida, a nombre de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española, en esta sesión pública —en la cual se efectúa su ingreso, como Académico de Número, en la misma corporación—, quiero finalmente aludir a esa rectitud de que hablé antes, ya que él mismo, al fijar su posición, la confirma.

Mueve a asombro, en apariencia, esa aversión hacia el galicismo, en quien, como él ha probado, como combatiente primero y como profesor de francés y de Literatura Francesa, su devoción hacia la "dulce Francia", con la que estuvo en horas difíciles.

Para nosotros, confirma a la vez el amor y el respeto que siente por Francia y el respeto y el amor que siente por la patria y por la lengua propia. De igual modo, sus estancias, como profesor y conferenciante, en las Universidades de Inglaterra y Norteamérica, no le impiden detestar los anglicismos, aunque tolere neologismos insustituibles.

Con su ejemplo vivo, de dignidad y respeto, no sólo define claramente una actitud de acuerdo con su manera de pensar acerca del castellano, que con tanto denuedo y patriotismo —bien entendido— él defiende: parece indicarnos que cada lengua se fortalece al afirmarse en su propia integridad y pureza, y que, al respetar las lenguas extrañas, como él sabe hacerlo, se impone el respeto a la propia.

Bienvenido sea, pues, a esta corporación, quien ha probado, con hechos, que es paladín esforzado, consciente defensor de la pureza del castellano, entre nosotros.

RECUERDO DE DON VICTORIANO *

por don José de J. Núñez y Domínguez.

YA CON LA donosura que caracteriza sus producciones, Artemio de Valle Arizpe, en famoso discurso académico, se refirió al "arte" de la conversación en México y a quienes lo cultivaron con descollantes cualidades. Y señalaba entre los maestros de éste que los antiguos llamaban don de gentes, al señor Licenciado Don Victoriano Salado Alvarez, ilustre novelista, historiador, filólogo y crítico literario, que no era sólo un conversador amenísimo, de cuyos labios estaban pendientes quienes le escuchaban por horas y más horas, sino que unía a su verba cautivante una fácil erudición y un ático humorismo.

Aunque en ese magnífico discurso de Artemio, se hizo el supremo elogio de Don Victoriano como conversador, yo vuelvo a las andadas en este artículo, sin otro propósito que rendir un homenaje a la memoria del insigne hablista, quien desde mozo sobresalió en el manejo de la plática. Así me lo han referido algunos de sus contemporáneos del Liceo de Varones de Guadalajara, en el que ingresó desde su llegada de Teocaltiche, pintoresco villorrio jalisciense en que naciera.

Su ingenio era proverbial; y se recuerda cómo entretenía a sus camaradas entre clase y clase, tejiendo y destejiendo sabrosas charlas que a todos solazaban.

Y cuando ya togado, se encaminó por la senda de las bellas letras y dio a la estampa su colección de artículos críticos *De mi cosecha,* la sonrisa burlona aparece en las parrafadas de prosa maciza, cuyo atildado lenguaje rememora el de los férvidos coribantes de los clásicos, como se usaba en esa época.

Sin embargo, el narrador sabroso, "que parece que está hablando", surgió con mayor relieve en la colección de cuentos *De autos,* cuyo curialesco título no es sino una reminiscencia a sus andanzas entre ministriles y leguleyos. Sus relatos, tomados de la vida misma, rebosan gracia y están escritos con

---

* Discurso pronunciado el 12 de Abril de 1957.

la llaneza de quien maneja la prosa con auténtica soltura. Y tienen tal verismo y tal acento realista, que, en efecto, se cree oír la propia voz de quien hace el relato. Cuando conocí a Don Victoriano y releí dichos cuentos, me causaron esa impresión y figurábame tener frente a mí la robusta y simpática persona de mi eminente amigo y maestro.

Seguramente quienes saborearon ese libro y trataron después a su autor, cuando trasladóse a la capital mexicana, fueron pregoneros de esas singulares dotes que particularizaban su estilo de escritor. Y de allí que cuando la casa Ballescá tomó el buen acuerdo de editar una obra que fuese a manera de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, para narrar en forma novelada hechos de la historia mexicana, se eligiera a Don Victoriano para que llevara a cabo esa tarea. Y nadie más idóneo para ello porque a su seriedad de hombre de estudio aunaba la fluidez y la galanura en la péñola que requiere ese género de obras.

Se quiso con esa serie de relatos completar la que escribiera don Enrique de Olavarría y Ferrari con el título de *Episodios históricos nacionales.* Y Don Victoriano, como no podía menos de suceder, salió airoso de la prueba y así lo testimonió el aplauso general con que recibió el público, primero *De Santa Anna a la Reforma;* y en seguida *La Intervención y el Imperio.*

El autor, consciente del trabajo que se le encomendara, se echó a buscar documentos y a recibir confidencias de contemporáneos de los sucesos que iba a describir. Y con todo ello, y como burla burlando a las vegadas, y siempre con fidelidad de cronista que cuenta las cosas sin otro ánimo que referirlas cual simple espectador, en ambos libros el Licenciado Salado Alvarez dejó cuadros llenos de colorido de la sociedad mexicana de otros tiempos y retratos de personajes, diestramente pintados, con detalles tan minuciosos, físicos y morales, que se asiste así a la contemplación de una galería de exactas efigies de hombres del pasado.

El México de ayer, del primer tercio del siglo XIX, desenfadado, sumido en la ignorancia y víctima de improvisados caudillejos militares que todo lo sacrificaban a su ambición de mando; el México de la Reforma, en que el pueblo despertó al fin de su letargo y en que la sangre de las luchas fraternas floreció en sublimes heroísmos; el trágico período de la Intervención, con un imperio de opereta, que dio material abundante al espíritu zumbón y mordaz de Don Victoriano para trazar escenas costumbristas de mano maestra, todo ello aparece allí revivido con imparcialidad de juicio pero a la vez con amenidad insuperable. El conversador reaparece en esas páginas en que se exhuman acontecimientos que, leídos en libros de historia, fatigan al lector común y corriente, pero que relatados por un escritor que los salpimenta de ingenio y travesura, encantan y atraen y fijan la atención de cualquiera.

Estas obras hubieran bastado para consolidar la reputación de un novelador de subidos quilates, que se habría acrecentado si Don Victoriano, urgido por exigencias de otro orden, no hubiera andado por tierras extrañas, como diplomático, desempeñando puestos públicos que absorbían su tiempo, o comiendo el amargo pan del destierro. Por ello apenas pudo, ya en las postrimerías de su vida, publicar algunos estudios lingüísticos como *México peregrino* (mexicanismos supervivientes) en el inglés de Norte América o discursos a que lo obligaba su cargo de Secretario Perpetuo de la Academia de la Lengua.

Lo tentó la figura de Don Carlos María de Bustamante, cuya "vida azarosa y romántica" relató en una obra editada por la Casa Calpe. Pero desgraciadamente, exigencias editoriales (esas terribles exigencias que mutilan despiadadamente las producciones literarias) suprimieron capítulos o los acortaron. Y el propio Don Victoriano se lamentaba de ello, cuando, en las tertulias de la librería de Don Pedro Robredo, aludía a ese desaguisado.

En la trastienda de esa librería, mientras en la penumbra fulguraban los anteojos de don Luis González Obregón o relucía la calva de "Fernán Grana" y el licenciado José Lorenzo Cossío se atuzaba sus mostachos "de aguacero"; en tanto que el Marqués de San Francisco hojeaba displiscentemente algún bello volumen de pastas de tafilete, Don Victoriano, teniendo como interlocutor a Artemio, a Pablo González Casanova, a Joaquín Ramírez Cabañas y a mí mismo, conversaba sobre diversos temas. Y todos le escuchábamos con delicia. Hundía a veces su barba "boulangereana" sobre el tórax, en actitud beatífica pero socarrona como para pescar mejor el recuerdo que flotaba en el piélago de su inteligencia y luego continuaba, argüía, preguntaba, sabía mil anécdotas. Su paso por el mundo le había dado un caudal de sabiduría que derrochaba como un manirroto.

Muchas veces, después de cerrarse la librería, nos deteníamos en la esquina, y sin hacer caso del tráfago nocturno, proseguía el palique en que Don Victoriano llevaba la batuta y los momentos se deslizaban sin sentir. Y cuando al fin nos despedíamos de él, seguía resonando en nuestros espíritus la voz cordial, erudita y amable de aquel gran maestro de la conversación.

ALFONSO REYES *

EN SU última sesión ordinaria, celebrada el viernes 26 de abril último, la Academia Mexicana de la Lengua eligió, para cubrir el puesto de Director —que quedó vacante por el sensible fallecimiento del Licenciado Alejandro Quijano— al Doctor Alfonso Reyes, poeta y ensayista, crítico y humanista, cuyo nombre es sin duda el más conocido, dentro y fuera del país, de todos los escritores modernos de México.

Que hemos hecho una elección acertada lo confirma el general beneplácito con que la noticia ha sido recibida en los medios literarios y en los diversos sectores atentos a la cultura, lo mismo de México que del extranjero. La resonancia de este nombramiento fuera del estrecho círculo que tradicionalmente se interesa en los trabajos de nuestra corporación, tiene una importancia que merece ser subrayada. Creo que significa que la Academia ocupa cada vez un lugar más amplio y de mayor influjo en la corriente cultural del país. Y ello se debe, tanto al desarrollo de la cultura literaria y al mayor número de personas que por ella se interesan, cuanto a las modificaciones que, insensiblemente, el tiempo ha ido imponiendo a la Academia, lo mismo en su composición que en sus propósitos.

Además de la honrosa tradición de pensamiento noble y desinteresado que se ejercita en un estudio a la vez sereno y concienzudo, que les viene a las Academias desde los tiempos de Platón, no hay que ocultar que el adjetico *académico* tiene también un sentido peyorativo que, por cierto, no registra el Diccionario de la Real Academia Española en su última edición. En él ha venido a cristalizar la desconfianza con que suelen verse, sobre todo en los medios españoles e hispanoamericanos, los trabajos de las Academias. Frente a la vida, que es creación y novedad, se considera que las Academias se aferran a una tradición en gran parte caduca, que obedecen a normas cuya vigencia ya no obliga a nadie. Se dice que la difícil tarea de cuidar del idioma, de vigilar por su pureza, trae a veces por resultado un esfuerzo de resis-

* Discurso del Dr. Antonio Castro Leal, en la toma de posesión del Dr. Alfonso Reyes, como Director de la Academia Mexicana de la Lengua.

tencia sistemática a toda corriente renovadora, una sorda solidaridad con un arte tímido que no se decide a romper con la tradición.

Pero hay, para las Academias, un camino medio. La verdadera cultura y aun el verdadero arte ¿no comienzan donde termina el camino recorrido por los antecesores? ¿No hay que aprovechar las palabras y las formas elaboradas por los demás para llegar a otras más sugestivas y elocuentes? Y si es cierto que una Academia, al recoger el pasado, *limpia* y *fija*, ¿cómo podrá *dar esplendor* si no aprovecha las luces que iluminan las nuevas obras de los hombres? En este sentido una Academia, nuestra Academia, es una institución que guarda un tesoro recibido del pasado para legarlo a la posteridad. Pero la única forma de dejar a nuestros sucesores un tesoro digno de custodia y reverencia es acrecentar lo recibido, hacerlo que valga más para las nuevas necesidades de expresión.

El ritmo de la vida moderna exige a las Academias la atención de los problemas del presente. Nuestra Academia, por ejemplo, tiene clara conciencia —por los estudios que constantemente realiza y por las frecuentes consultas que recibe del público— de que la lengua española está muy lejos de ser un idioma que ofrezca una expresión fácil, completa y satisfactoria de todo lo que el hombre de nuestro tiempo piensa, inventa, descubre o fabrica. Sostener en estas circunstancias un criterio tradicionalista, cerrado a toda innovación, sería un suicidio. Es noble y santo que una mujer, para librarse de las asechanzas de la vida, entre en un convento; pero no es menos noble ni menos santo que la mujer se incorpore valientemente al mundo y que deje en sus hijos testimonio de su consagración a la vida. Y una lengua es como una madre: mientras más sana y más fuerte mayor será su descendencia.

Es, por otra parte, un hecho irrefutable que el español se ha naturalizado definitivamente como la lengua de una gran federación de pueblos de una misma cultura. Todavía hace algunos años solía decirse que el español se hablaba bien en España, pero que había perdido calidad en Hispanoamérica, como un producto de exportación que se deteriora con el transporte y la aclimatación. Y como prueba se señalaba, unas veces, la pronunciación y, otras, el uso de ciertas palabras y expresiones. Que la lengua —perfecta en España— se haya deformado y corrompido en Hispanoamérica, es opinión que no resiste un examen serio. Ni en la pronunciación, ni en el uso de ciertas palabras —que actualmente tienen en la Península otras formas o han desaparecido del todo— no hemos hecho otra cosa que recibir y guardar lo que nos enseñaron los conquistadores y primeros pobladores españoles del siglo XVI. Las diferencias que existen —en pronunciación y en léxico— entre España e Hispanoamérica no son, en general, más que un reflejo de la diferenciación que en esta materia prevalece en España misma.

El estudio del español en la América, al que se han consagrado hombres insignes —entre ellos Don Rufino José Cuervo, a quien Menéndez Pelayo señalaba como el mejor filólogo de lengua española— ha puesto de relieve que no en todo lo que nos separa de España somos los pueblos hispanoamericanos los infractores. Con frecuencia es en América donde se conservan las formas más puras y tradicionales. La pronunciación hispanoamericana —que existe también en gran parte de España— va extendiéndose cada vez más en la enseñanza del español en los países extranjeros, en el doblaje de las películas, en la voz narrativa de los noticieros, en la radiodifusión y aun en los cuadros dramáticos de las mismas compañías españolas, que —según me hacía notar un amigo a propósito de las representaciones de Margarita Xirgu— *moderan* la pronunciación española como si, por cortesía, quisieran acercarse a la entonación hispanoamericana.

Sin negar que el ingenio y la invención populares hayan creado, casi siempre con profunda adivinación del espíritu del idioma, palabras y expresiones nuevas, elocuentes y sintéticas, desconocidas en España, que son como fórmulas insustituibles de duda maliciosa, de irónico desenfado, de ternura dolida, de irreverente estoicismo, de regocijada desesperación o de recalcitrante fatalismo, sin negar —decimos— que en este terreno popular hayamos enriquecido el idioma, habría que exigir —cuando nos pidan cuentas como depositarios de la lengua española— que se estudien las obras de nuestros escritores: y que nos digan si no hemos sabido tratar el idioma con cuidado, con amor y con genio. Quien tenga oído, quien pueda hilar, quien sepa de matices, luces y tornasoles que examine lo que hemos hecho de la lengua desde el Inca Garcilaso de la Vega, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz hasta los albores de la época moderna, cuando Manuel Gutiérrez Nájera y José Martí dieron, en prosa y en verso, ejemplo de nuevos colores, de sutiles armonías, de íntimas y variadas entonaciones. Y a partir de entonces no hay país hispanoamericano que no haya contribuido en su literatura a la gloria de la lengua española. Y a veces los países más pequeños han hecho la aportación más valiosa, como Nicaragua, patria de Rubén Darío.

Y así volvemos, señoras y señores, al punto inicial de nuestro discurso. Porque de la múltiple personalidad literaria del Doctor Alfonso Reyes, que hoy toma posesión como Director de esta Academia, deseo destacar, en primer lugar, su carácter de artífice de la lengua española. El es uno de los continuadores de Gutiérrez Nájera y de José Martí porque, con arte exquisito, domina lo mismo el verso que la prosa. En el ensayo, en el cuento, en la divagación; en la estampa, que retrata, con más luces que colores, escenas y cuadros cuya visión, apenas percibida, se transforma en recuerdos, una prosa fina y flexible se amolda a las sinuosidades del pensamiento como metal de buena ley, sin perder nunca ni su perfil ni su brillo. En el verso las palabras

se acomodan con una música sabia y discreta, concentradas y sugestivas, síntesis de todo un drama, como en los antiguos romances, o agujas que sugieren toda una arquitectura, como en la moderna poesía.

Pero si, según la imagen de Antonio Machado, el poeta blande su verso como el capitán su espada, Alfonso Reyes sabe también del docto oficio del forjador y de la técnica del cincel y del buril. Realizó en España, bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal, estudios de filología en los momentos en que una brillante generación española se preparaba en esa disciplina. Estudió desde el *Poema de Mío Cid* —cuya versión en prosa moderna hizo entonces— hasta los principales escritores del Siglo de Oro. Hubo un tiempo que en Alemania —en donde se agravan todas las cosas— la filología era una Loreley que, desde las márgenes del Rin, encantaba para siempre a los jóvenes. Y Nietzsche cuenta como una hazaña haberse librado de la filología clásica meditando sobre *El origen de la tragedia.* Alfonso Reyes, como Ulises, resistió a la tentación. Salvarse de la filología —declarémoslo de una vez —no es otra cosa que decidirse, con las armas que nos presta esta disciplina, a salir al verdadero campo de batalla, que es la mejor inteligencia de los textos.

En estos combates había participado Alfonso Reyes desde sus años universitarios, como lo prueban los variados temas de su primer libro, *Cuestiones estéticas* (1911). La generación del Ateneo de la Juventud, en la que ocupa un lugar de honor, respetaba la tradición pero quería conocerla en su verdadera esencia, en sus términos exactos. Sabía que la época porfirista tenía de ciertas manifestaciones humanísticas una concepción con frecuencia incompleta o borrosa; que su valoración de las realizaciones culturales supremas de Grecia y Roma, de España y Francia, de Inglaterra, Italia y Alemania no siempre correspondía a los cuadros establecidos por la crítica más autorizada. Y Alfonso Reyes, con todos sus compañeros del Ateneo, participó entonces en una labor cuyo resultado fue mostrar algunos de los grandes monumentos de la antigüedad clásica y de las grandes culturas modernas bajo una luz mejor y en sus verdaderas proporciones.

Fue esta una labor crítica digna de memoria. En Alfonso Reyes, como en otros grandes artistas modernos, la creación poética y la función crítica, en lugar de dañarse y excluirse, se completan y se refuerzan. En el artista la visión crítica afina el temple de la inspiración, y en el crítico la sensibilidad artística le permite entrar en los misterios de la obra estudiada, adivinar las intenciones ocultas del creador y encontrar el secreto estético, a veces no revelado ni al autor mismo. Los importantes trabajos críticos de Alfonso Reyes cubren un territorio muy extenso que, en los temas extranjeros, va desde la tragedia griega hasta la estética de Mallarmé. En los temas españoles, ha

iluminado, en multitud de páginas perspicaces y felices, diversos autores y obras desde la Edad Media hasta nuestros días.

El inveterado ejercicio de creación poética, y el estudio y apreciación de las obras antiguas y modernas han llevado a Alfonso Reyes a meditar sobre problemas de técnica literaria. Ha estudiado, en dos libros excelentes, la naturaleza y el alcance de la crítica en la Edad ateniense, primero, y, después, los principios y propósitos de la retórica latina. Podría decirse que estos estudios forman parte de otro, más general, que suele designarse con el nombre de filosofía de la literatura o filosofía de la composición literaria, al que Alfonso Reyes ha dedicado un libro fundamental —*El deslinde*— y otros trabajos menores. No sería difícil demostrar que esta cuestión le preocupó desde sus primeros ensayos críticos y acaso podrían encontrarse en *Cuestiones estéticas,* algunas páginas que ya están orientadas hacia este tema. En este terreno resbaladizo, en el que aun teóricos europeos suelen presentar como fruto de largas reflexiones consecuencias que, a poco de estudiar se desprenden de los textos mismos, Alfonso Reyes ha recorrido y acotado el campo, deslindando el fenómeno literario y dejando una serie de casos bien establecidos y clasificados. En esta nueva disciplina —que espera todavía que se aísle y se concrete mejor su materia de estudio— la contribución de Alfonso Reyes ha sido una de las más comprensivas y sólidas en lengua española.

Por Grecia ha tenido Alfonso Reyes una antigua y entusiasta devoción. Ya en sus tiempos de estudiante universitario hizo un estudio comparativo de las tres Electras del teatro ateniense. A la poesía, la filosofía y la religión griegas se ha consagrado preferentemente en los últimos tiempos. El fruto de sus trabajos son modelos felices de humanismo y de amenísima exposición. Entre sus últimos libros figura la versión de los primeros nueve cantos de la *Ilíada* que presenta la poesía homérica en una lengua sonora y limpia que la remoza y la acerca al lector moderno.

Nunca fue Grecia ese modelo de serenidad y paz que, desde el siglo XVIII, se complacían en pintar los que levantaron altares al ideal clásico. Pero aun restituyéndole todo lo que la pasión y la discordia, la inquietud y la tortura del pensamiento, los éxtasis y arrebatos religiosos y la crueldad del destino destilaron en aquellos pueblos, es de todos modos un consuelo reconocer que los movían un propósito de realización y un gusto por las formas, un deseo de organización y de belleza. Acaso aquí está el secreto de la atracción que lo griego ha ejercido siempre sobre Alfonso Reyes, espíritu para quien el mundo se resuelve en formas, y las formas en belleza.

No me queda más que expresar al Señor Director los parabienes de todos los miembros de la Academia y ofrecerle nuestra más entusiasta colaboración para todos los trabajos que realizaremos bajo su honrosa y bienvenida dirección.

EL LENGUAJE *

por don ALFONSO REYES.

"CONÓCETE a ti mismo" —aquellla máxima del antiguo Oráculo que Sócrates hizo suya para siempre y con la que andaba por las plazas, las calles, los gimnasios de Atenas, confrontando a todos con sus propias imágenes como se haría con un espejo— es precepto que se enuncia muy pronto y que se cumple, si llega a cumplirse, con dificultad y paciencia. Don Antonio Castro Leal, de quien acabamos de escuchar tan sanas doctrinas, ha encarnado para mí el consejo de Delfos, en las páginas de noble aleccionamiento con que ha seguido mi carrera. Quiero decir que, a través de sus palabras, en ocasiones creo haber ganado algunos palmos en esta ardua senda del conocerme a mí mismo. Con todo, confieso que hoy, como en otros casos anteriores, los rasgos con que me ha pintado —llevado de su cordialidad y benevolencia— más bien adulteran y engrandecen mucho mi imagen. Pero no podemos remediarlo: cada uno ve a los demás a través de la lente o el prisma de sus excelencias y sus virtudes personales. Ya he contado por ahí que, al encontrarse el dulce panameño Darío Herrera con el tempestuoso Díaz Mirón, exclamó: "¡Este hombre es una paloma!", mientras Díaz Miron, por su parte, exclamaba: "¡Este hombre es un león!"

Leer los versos de don Carlos Pellicer es un deleite consumado. Oírlo recitar sus versos es ya un transporte a las zonas de la belleza suficiente. Y si estos versos son los que el poeta mismo, en su desbordada generosidad, ha querido dedicarnos, entonces los versos de Carlos Pellicer vienen a ser un altísimo premio: casi perturba toda posible expresión de gratitud, y de tal modo nos ennoblece que ni siquiera deja ya fuerzas para el envanecimiento y el orgullo.

---

* Discurso del Dr. Alfonso Reyes en su toma de posesión como Director de la Academia Mexicana de la Lengua, el 17 de mayo de 1957.

No podía yo comenzar mis tareas bajo mejores augurios: al emprender la jornada, más afortunado que el Cid, sólo he visto "la corneja diestra". Don Antonio Castro Leal, sumo prosista, y (aun cuando él no se halla aquí en persona) don Carlos Pellicer, sumo poeta —quienes, a lo largo de muchos años, me han acompañado con una amistad que va más allá de las letras y que tanto me honra y me complace—, ahora me traen de la mano, como buenos padrinos, hasta este sitial en que ha querido instalarme la confianza, seguramente desmedida, de mis ilustres colegas. Pues lo cierto es que, a pesar de tan risueños auspicios, me confieso muy desigual para esta empresa, agobiado de gratitud y al mismo tiempo atemorizado. Dificulta singularmente mi desempeño el suceder a nuestro inolvidable Alejandro Quijano. Querer imitarlo sería ridículo; igualarlo, imposible. Me domina la impresión de que estoy ocupando un lugar que es suyo y no me corresponde, y reflexiono con melancolía en que él ni siquiera pudo ya disfrutar de esta casa, que tanto deseó para la Academia.

Se le ha llamado con justa razón Quijano el Bueno; pero, además de su bondad y sus prendas harto conocidas —simpatía, caballerosidad y rectitud, inteligencia nada común, exquisita cultura—, poseía alguna virtud indefinible que acaso supera las explicaciones racionales, una como electricidad atractiva, un don natural para convertirse en centro y apoyo de las energías sociales. Pues las sociedades, en efecto, necesitan organizar sus fuerzas en torno a estos hombres así dotados y como predestinados a servir de puntos de conexión y referencia. La desaparición de Alejandro Quijano afecta lo mismo a los suyos, a sus amigos, a sus colegas, que a la sociedad mexicana en conjunto y deja una zona oscura en el espacio, un hueco en la retina.

Por suerte esta Academia está en condiciones de gobernarse por sí misma, y la función que aquí me compete habrá de reducirse a no estorbar las actividades de los señores académicos y a adoptar las normas que ellos mismos quieran fijarme y que ellos mismos se han fijado. La relación con las Academias afines, el posible canje de publicaciones, el desarrollo de la naciente biblioteca, en que convendrá juntar poco a poco la obra completa de todos los académicos mexicanos pasados y presentes, tal vez algunas contribuciones a la preparación del siempre anhelado léxico de términos técnicos y científicos, al Diccionario Histórico ya emprendido por la Academia Española, al Diccionario académico de la lengua vigente, sobre todo lo relativo a mexicanismos que habrán de ampliarse, de corregirse o suprimirse, el cambio de servicios con instituciones culturales, el cubrir las plazas vacantes y demás labores de este orden establecen el cuadro mínimo de actividades que ni siquiera necesitan ser descritas o expuestas en un programa especial. Nuestras normas dependen de la naturaleza misma de nuestra institución; es decir: de su historia y de sus funciones. La historia de nuestra Academia ha sido

trazada al inaugurarse este recinto, y de mano maestra, por el Secretario Perpetuo don Alberto María Carreño, y no vamos a repetirla ahora. Las funciones de esta Academia no pueden resumirse mejor que recordando su misión de guardia vigilante y su cuidadosa atención para el desarrollo de la lengua; y todo ello aparece en los numerosos trabajos aquí y fuera de aquí presentados por tantos doctos maestros como honran esta casa. Será preferible que no intentemos competir puerilmente con lo mucho y bueno que ellos nos han dicho al respecto. Será mejor que mudemos la perspectiva y hablemos por ejemplo, de la lingüística general, remontándonos por sobre esta lengua castellana que es nuestra inmediata incumbencia, aunque sólo sea para dar algunas indicaciones en materia que va pareciendo insondable conforme se apuran sus extremos.

Los nuevos caminos por donde hoy discurre la lingüística aún no se han abierto al público, para decirlo pronto y mal, y son más bien privilegio de los especialistas. El estudio de la lengua posee una respetable antigüedad. Olvidemos los orígenes, y callemos sobre los aspectos más conocidos de la cuestión, si es que queremos ajustarnos a los términos de esta charla brevísima.

Durante el siglo XIX, tal estudio participó naturalmente del entusiasmo reinante por las teorías evolucionistas, que entonces comenzaron a derramarse por todos los meandros de la ciencia, y el resultado fue la estupenda edificación de la lingüística histórica y comparada, cuyos primeros vagidos se dejaron oír en el *Catálogo de las lenguas,* publicado en 1784 por el español Hervás y Panduro, pues el *Glossaire comparatif des langues de l'Univers,* publicado por orden de Catalina de Rusia y al que Salomón Reinach atribuye la prioridad, sólo apareció tres años después. En adelante se aplica a estos trabajos un método que alguien ha llegado a equiparar con lo que fue el telescopio para la astronomía. A las lucubraciones a puerta cerrada, en que se solicitaba de la Esfinge que, a fuerza de insistencias estériles, revelara sola sus enigmas y que nos dijera cuál era el secreto de una lengua, sucede la aristotélica comparación de lo semejante con lo semejante, de las "simpatías y *dispatías*" (valga el helenismo), con lo que al instante comenzó a adelantar el conocimiento.

De aquí algunas valiosas generalizaciones, singularmente sobre el principio de regularidad en el cambio de los sonidos, pero la atención de los estudiosos se concentró en el grupo indoeuropeo y en los pormenores de su historia, que fueron pacientemente hacinados. De un modo general, no se procuró entonces una teoría de la lengua, salvo por parte de algunos individualistas, cuyo escepticismo, por lo demás, preparó la ruta al método analítico del presente siglo; método estimulado también por la necesidad de asomarse a algunas de las llamadas "lenguas nativas", ajenas al grupo indoeuropeo, a las semíticas, y a otras más que cuentan con larga tradición exegética y literaria. A la vez, en

el estudio de las lenguas se fue abriendo paso una intención filosófica, que tiende a considerar el lenguaje como uno de los pocos sistemas fundamentales de formas simbólicas. Las relaciones funcionales compartieron entonces la atención antes exclusiva para las conexiones históricas. Se interrogó mucho más a fondo que nunca la inadecuación, que no ecuación, entre la arquitectura del habla y el discurso lógico; se investigó la densidad subjetiva y emocional que las lenguas traen consigo y que aún se revela en paralogismos y otros sobresaltos ajenos al puro razonamiento. En suma, la vida entera del lenguaje, con todas sus arbitrariedades y caprichos, fue objeto de examen respetuoso, como lo es para la botánica el arbusto silvestre, aun cuando carezca de las elegancias del rosal criado en los jardines.

En estos senderos, apenas transitados desde hace unos ocho lustros, la cooperación internacional, tan preciosa para el desenvolvimiento de las ciencias modernas, se vio entorpecida, y a veces completamente atajada, como consecuencia de las dos guerras. Pero se han logrado ciertas conquistas, se han trazado firmemente ciertas doctrinas. En fecha todavía cercana, la lingüística ha podido ser admitida, con carta de ciudadanía cabal, como uno de los elementos que contribuyen a la soñada unidad de la ciencia. Y, lo que es más, se ha llegado a la novísima aplicación de la lógica simbólica y las matemáticas a las cuestiones del lenguaje, adoptándolas así en la vasta familia que, más o menos de cerca, obedece aproximadamente a la rienda de las ciencias exactas. No exageremos el punto, pues el lenguaje no es sólo una agencia intelectual, de transmisión, información o comunicación, sino también todo lo demás que saben la estética y las letras, y las razones del corazón que la razón no conoce. Pero se ha esclarecido el hecho de que, en una proporción apreciable y desde luego para sus funciones prácticas, el lenguaje se mueve según procesos más regulares de lo que antes se sospechaba y que, en realidad, está gobernado históricamente por un orden preexistente y propio, el cual sin cesar se mantiene al par que se renueva. En contraste, los organismos vivientes tienden a caer en el desorden y, como dice Schroedinger, "se van acercando a aquel peligroso máximo de entropía que es la muerte". Los hechos lingüísticos, que son actos correlativos y conscientes de la actividad cerebral, pueden, en cambio, determinarse estadísticamente hasta cierto punto.

De suerte que la materia de las viejas gramáticas vino primero a corregirse y complementarse por la lingüística histórica y comparada. Poco a poco, la morfología, la semántica y la fonética se erigieron en objetos de investigación especial, y pronto apareció ese nuevo interés filosófico de que antes hablábamos. Y, todavía más recientemente, los descubrimientos en otros reinos (el trabajo cerebral, las máquinas calculadoras electrónicas), así como el empleo de técnicas estadísticas y otras apenas ahora desarrolladas, han traído

luz inesperada al estudio de la lingüística. Examínese, como el ejemplo más a la mano de estas investigaciones, el opúsculo de Yen Ren Chao sobre *La significación del lenguaje,* publicado en 1956 por el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos de nuestra Universidad Nacional, y compáreselo con el tratamiento tradicional que se concedía a estos problemas.

Por supuesto que, para ser completos, hay que sumergir el estudio lingüístico en el estudio general de las comunicaciones humanas, pues ya lanzados por este camino, unos conocimientos tienen que enlazarse con los otros, como cuando Sor Juana hallaba puentes o metáforas explicativas rumbo a las verdades teológicas en sus meditaciones sobre la música. El estudio general de las comunicaciones humanas tentó alguna vez mi curiosidad, en cierto ensayo que puse bajo la advocación de Hermes, dios de los comercios o cambios en todos los sentidos del término. Allí me detuve un instante a considerar el "rayo adánico" de Lacordaire o comunicación mística anterior aún a la palabra, y también la mímica (y un poco la mímica animal cuando es expresiva, como la famosa danza de las abejas), pues el lenguaje parece una mera especialización hablada de la mímica, sin que esto signifique caer en las extremosidades de aquellos que todo querían sacarlo de la onomatopeya. Me detuve un poco, asimismo en los ademanes, señas y señales de todo orden (¡hasta hay, pase el disparte, "lenguas silbadas"!), en los ideogramas y jeroglifos, las pasigrafías de que nos dan muestras los alfabetos de banderines y las marcas de las carreteras, y muchas cosas más que no es del caso exponer y ni siquiera enumerar. Para dar idea del tono adoptado en aquel viejo ensayo, copio aquí dos párrafos:

> *Cuenta Herodoto que Darío, al cruzar el Ister (Danubio), dejó a su retaguardia jonia cuidando un puente, con orden de esperar su regreso cierto número de días, al cabo de los cuales podían darlo por perdido, cortar el puente y regresar a sus bases. A este fin, les entregó una correa con tantos nudos como días contaba el plazo de espera. Aquí el uso de los nudos era un signo aritmético inmediato, era la aplicación del mismo principio que Robinson aplicaba en su isla, o el del preso que marca con rayas en el muro los días de su cautiverio. No así en los quipos peruanos, rama horizontal con lazos de distintos colores y anudados de diverso modo, en que los lazos representan una verdadera inscripción y se descifran como una clave. Primero se los empleó para contar, y luego se desarrollaron al punto de comunicar decretos enteros. Lo propio acontece con el* wampum, *sartas de conchas de los hurones o los iroqueses. La barra con muescas suele otras veces significar cómputos aritméticos, el monto de una deuda y la fecha de su cumplimiento; y partida lon-*

gitudinalmente en dos, constituye un par de documentos, uno para el acreedor y otro para el deudor, que reunidos nuevamente en uno verifican, por coincidencia de ranuras, la autenticidad del convenio.

El signo más elemental es el objeto que por sí mismo se aplica a la acción sugerida: un hacha, la guerra; una pipa cargada, la paz, la conversación amigable. Menos claro ya aquel mensaje de los escitas a los persas: un ave, un ratón, una rana y cinco flechas; lo cual aparentemente significaba (pues otros lo entendieron como un mensaje de sumisión): *"No intente combatirnos quien no sea capaz de remontarse como el pájaro, esconderse bajo tierra como el ratón o cruzar los pantanos como la rana, porque lo aniquilaremos con nuestras flechas". Cuando estos mensajes no consisten ya en el objeto, sino en la pintura del objeto, comienza el jeroglifo.*

(Hermes o de la comunicación humana).

Podríamos añadir, a título de ornamento, el caso de los tejos marcados que usan los guerreros aqueos para sortear el honor de combatir con Héctor, y el mensaje mortal que llevaba consigo Belerofonte (algo así como: "Al recibo de la presente, darás muerte al portador"), y que, por lo visto, él no era capaz de descifrar. Y, por cuanto a las relaciones entre la aritmética y los signos comunicativos, podríamos recordar a Descartes, quien presintió en la matemática una manera de pensar que nace del lenguaje, así como su lejano contrincante, Vico, desarrolló la doctrina de la fantasía en el lenguaje.

Si hoy volviéramos sobre aquellos temas, nos agradaría consagrar un capítulo a los recursos que se han inventado para escribir (o inscribir), conservar y transportar de un país a otro todo el movimiento de un *ballet*, recursos en que —si no me engaño, y aunque hay antecedentes que datan, con Beauchamps-Feuillet, de fines del siglo xvii— descuella hoy el sistema llamado *Labanotation* ("labanotación", por referencia a su inventor Rudolf Laban), lúcidamente expuesto hará un par de años por Ann Hutchinson, y que parte de algo como una estrella de los vientos, acompañada de signos convencionales y fáciles para fijar los pasos, saltos, quiebros de cintura y cabeza, avances y retrocesos, acciones de tronco y extremidades, enlaces entre los distintos personajes, y demás figuras de la danza; es decir, la coreografía como la define el Diccionario académico: "arte de representar en el papel un baile por medio de signos, como se representa un canto por medio de notas".

Además, si hoy volviéramos sobre aquellos temas, no habría más remedio que esforzarnos por explicar esa difícil teoría —ha venido a llamársela Teoría de la Información—, la cual se propone medir la cantidad de información contenida en un mensaje (por ejemplo, las señales telegráficas de cualquier

orden) y buscar los símbolos capaces de emitir y traducir los mensajes o señales del modo más económico posible —concepto de economía física, por supuesto— sin perder un adarme de la información transmitida; extremos que resultan análogos para la telefonía, la radiodifusión, la televisión, el radar y, en suma, para las mismas comunicaciones escritas u orales, puesto que, en el trato humano, todo parte del lenguaje y vuelve al lenguaje.

Si queremos una prueba sobre los peligros de un mensaje y cómo puede alterarse en la transmisión (lo que llegó a ser un "juego de trinchera", ya que no "de salón", durante la Guerra nº I), lo encontraremos en las estrofas 46 a 63 del *Libro de Buen Amor,* donde el regocijado Arcipreste de Hita nos cuenta el diálogo a señas ("señas de letrado"), entre un rústico romano y un sabio griego, donde cada uno entendió otra cosa y, mientras el sabio quedó satisfecho de que el romano había admitido la teoría de la Trinidad, el "ribaldo" o rústico se alejó furioso y dándose por agraviado ante las que tuvo por amenazas de su docto interlocutor. El cuento recuerda la disputa de Panurgo y Taumasto en Rabelais; se lo descubre por primera vez en ciertas glosas jurídicas de los siglos xii o xiii; reaparece en el diálogo medieval de *Plácidas y Timeo;* en los argumentos de Forcadel, rival de Cujas (Tolosa, siglo xvi); y todavía lo emplea Nebrija, entre otros, siempre con intención satírica y para azotar a los ignorantes.

Finalmente, y al sumergir el estudio de la lengua, como hemos dicho, en el estudio general de las comunicaciones humanas, no conviene olvidar la modulación de la voz, que escapa a la mera estructura del lenguaje, y sobre lo cual ofrezco dos ejemplos que casi son dos chascarrillos:

1) Un padre lee, indignado, este telegrama de su hijo:

a) (Tono autoritario). "¡Estoy arruinado, mándame dinero!" Y comenta, lamentándose: "¡Hijo irrespetuoso! ¡Si al menos me hubiera telegrafiado así!:

b) (Tono implorante): "¡Estoy arruinado, mándame dinero!"

2) En una comedia andaluza de los Alvarez Quintero, que cito de memoria, aunque aseguro que he respetado lo esencial:

—"Y qué ¿ha llovido en el cortijo?

—Pues verá usted, señorito:

a) (Tono menor): Como llover, llover, lo que se llama llover, sí ha llovido.

b) (Tono mayor): Ahora, que como llover, llover, lo que se llama llover, no ha llovido".

Pero recobremos el hilo de nuestro asunto. La Teoría de la Información se apoya en el cálculo de probabilidades y en la estadística matemática, y aun-

que ha partido de un principio práctico en apariencia (ingeniería de las transmisiones), trasciende a la ciencia pura, por donde se desborda al fin sobre las ciencias humanas, interesa al criterio histórico de la prueba o testimonio, a la teoría del conocimiento, y toca el lindero de la filosofía, donde será cuerdo que se detenga. Jurgen Ruesch y Weldon Kees, por su parte, rondando los límites de esta teoría, acaban de consagrar un sugestivo ensayo a la "comunicación no verbal, o notas sobre la percepción visual de las relaciones humanas". Piden allí auxilio a las conclusiones de la lingüística, la antropología, la sociología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la semántica, la matemática, la cibernética o "gubernática" de las máquinas, y la neurofisiología. ¡Ay, que ante este alud de consideraciones científicas la vieja lingüística romántica parece la imagen de la penuria, aunque también de la heroicidad! ¡Ay, que la lingüística va dando la espalda a los escritores y pronto se refugiará en los laboratorios atómicos! *(Cum grano salis).*

Por supuesto que estas sublimidades lingüísticas andan ya muy lejos del trato concreto de la lengua que a los escritores incumbe. Pero, aun sin salir de nuestro ámbito, da grima pensar que todavía corren por ahí manuales de gramática en que se habla de la "analogía", palabra y concepto pitagóricos, heredados de los remotísimos siglos en que aún se pensaba que existe una armonía secreta y necesaria entre el objeto y la palabra con que se lo nombra. De lo que ya hacía donaire Proclo, observando que, si existiera tal relación mística, Aristocles no hubiera podido llamarse Platón, ni Tirtamo hubiera podido llamarse Teofrasto. Como si dijéramos, que don José Martínez Ruiz no hubiera podido firmarse "Azorín", cuando se le antojó hacerlo, sin incurrir en alguna violación de carácter sacro. Y adviértase que estas vejeces se conservan aún por los días en que ya la gramática ha alcanzado, con la escuela danesa, ese desarrollo que le permite mudarse del orden normativo al orden llamado "estructural".

No quiere esto decir en manera alguna que la ley lingüística sea la arbitrariedad, lo que supondría una palmaria contradicción con lo que antes expusimos. Ya se entiende que la censura contra la tesis de los analogistas sólo se refiere a la doctrina sobre el origen o creación del lenguaje, no al lenguaje ya creado. Pues aquí hay, desde luego, aunque no una relación mística, sí algo como un convenio respecto a lo pactado o establecido, sea consciente o inconscientemente y las más veces por difuso arrastre secular. Si en el instante teórico de la creación verbal (su símbolo puede ser el instante en que Adán dio nombre a los animales) fue dable llamar "vino" al pan o viceversa, después del bautismo ya no queda más que llamar al pan "pan", y al vino, "vino", para dar un nuevo sesgo a la frase hecha.

Por supuesto también que, si en los usos prácticos del lenguaje hay cierta indiferencia, que en algo recuerda la indiferencia anterior al bautismo, el ri-

gor va aumentando —aunque no sea ya la armonía mística que soñaban los analogistas— según nos acercamos a los usos que llamaremos teóricos: la filosofía, las ciencias, las letras, la poesía. En efecto, en los usos filosóficos y científicos del lenguaje, habrá que ceñirse al concepto de la adecuación, propiedad, exactitud (que va desde la palabra precisa, pasando por el tecnicismo estereotipado, hasta la fórmula matemática); y en los usos del lenguaje artístico —letras, poesía— habrá que apegarse a la intención expresiva, prefiriendo éste o el otro término por múltiples razones de corrección léxica y gramatical, así como de valor estético (fundamento de la "estilística"); y en los usos teórico-prácticos, que por una parte atienden al encanto del habla y, por otra, a su eficacia persuasiva (en suma, la retórica o arte oratorio como lo define la antigüedad clásica), aun habrá que tomar en cuenta asimismo la oportunidad y la conveniencia social. Todo ello significa una fuerza atractiva mayor o menor entre el objeto y su nombre, fuerza que podrá mudar de un caso a otro, según las mil circunstancias que lo envuelven y le dan su carácter, pero no por eso deja de existir. Y en este sentido elástico y sometido a las distintas utilidades del momento y a ese *sí sé qué* llamado el gusto, es admisible todavía aquella vieja lección sobre las palabras *nobles* e *innobles*, expuesta, después de otros, por Casio Longino, secretario de la reina Zenobia de Palmira en el siglo III de nuestra era, o quien haya sido el autor del precioso tratadito *De la Sublimidad*. ¿Queremos, de paso, algún ejemplo sobre la variabilidad en el grado de nobleza de las palabras? Pues veamos cómo el popularísimo nombre de "Juana" queda dignificado por el solo hecho de haberlo incrustado en sus sonetos el Licenciado Tomé de Burguillos, o cómo el vulgarísimo de "Francisca Sánchez" queda como trocado en oro por haberlo acomodado Rubén Darío en un gracioso endecasílabo.

Pero, se preguntará el paciente auditorio, ¿corresponde todo esto al programa de la Academia? ¡Oh no! Aquí nadie prescribe sus obligaciones a nadie, ni estamos formulando programas, y ya los señores académicos honran sobradamente a nuestro país y a nuestra habla entregándose a las inspiraciones de su propia minerva. Yo sólo he querido desahogar ciertas inquietudes que han provocado en mí algunas lecturas recientes, aprovechando para ello la ocasión que me proporcionaba este acto, y así, con toda intención y muy de caso pensado, borrar un poco mi persona entre consideraciones abstractas, ya que, por desgracia, el carácter mismo de esta sesión la exhibía demasiadamente.

Señores académicos: muchas gracias. Muchas gracias, señoras y señores.

EL COMPROMISO DE LAS LETRAS *

por don MAURICIO MAGDALENO.

COMPAREZCO ante ustedes, señores Académicos, con el doble y difícil compromiso de significarles mi reconocimiento por la altísima honra que me dispensaron al llamarme al seno de esta benemérita Institución en cuya historia la inteligencia y el patriotismo han constituido señalada y corriente coincidencia, y de dar cumplimiento a un precepto de nuestros estatutos sobre el que pesa, en última instancia, la responsabilidad de ocuparlos con la lectura de estas notas por cuya ausencia de erudición invoco su benevolencia en mérito a que, al menos, atañen a algo que de algún modo se relaciona con sus diligencias.

Pocas veces como ahora cobra para mí una más manifiesta valencia el dicho del latino: "No es tuyo lo que la fortuna te dio". ¿Y qué cuenta en el humano existir, a fin de todo, que no sea de algún modo don de la fortuna? De cuando en cuando y por obra de un suceso feliz que hiere intensamente el meollo del ser, el hombre pára un punto el paso, se vuelve a sí y busca la secreta razón de su identidad. Y debe convenir, si su cavilación no fue vana, en que es harto dudoso que haya una obligada correspondencia de causa y efecto entre los anhelos de los años mozos, por ardientes que se los suponga, y la munificencia con que la fortuna sùele sorprendernos cuando de aquéllos no queda ni la estela. Dicho sea con el respeto que me merecen la generosidad estimulante de tantas seductoras frases hechas y el servicial pragmatismo de aquella sentencia de Goethe que el buen Samuel Smiles desarrollaría luego en copiosos libros: "Lo que deseamos en la juventud, lo poseemos ampliamente en la edad madura". Ojalá siempre fuera cierto, en efecto, que lo que soñamos en años tempranos se convirtiese, incuestionablemente y por la pura razón del tiempo, en más o menos opulenta mies de rea-

* Discurso de recepción como individuo de número en la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, la noche del 14 de junio de 1957.

lizaciones. Me placería proclamarlo por irrefutable como la ley de gravedad, para halago de muchas ilusiones que ahora mismo se preguntan si la semilla de sus afanes generará alguna finalidad práctica y, en ese caso, si devendrá un día y por modo natural cosecha. Yo sé decir, por mí, que considero no más que un lisonjero favor de la fortuna el encontrarme al lado de ustedes, inmerecidamente encumbrado por sus sufragios a la condición de individuo de número de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.

Puesto a decir verdad, no deploro del todo el significado de cierta antigua aversión a cuanto se me aparecía como un inconfesable propósito de estratificar la corriente vital del lenguaje en aras de un culto sin sentido a los grandes Siglos en que aquél produjo el más monumental catálogo de creaciones literarias. Me refiero concretamente al vacuo academicismo que es frecuente confundir (yo, desde luego, como tantos otros, me encarnicé virulentamente en dar por verdadera tamaña confusión) con el espíritu mismo de lo académico. Y no deploro del todo aquella fobia de mi beligerancia de otros años no porque ahora me parezca indebida ni mucho menos, sino porque no tengo que apurar ninguna duda al reconocer que la Academia no nada más no era —ni es— *eso,* sino que su verdadera y fecunda naturaleza se opone, orgánicamente, a toda manera de estratificación, de estancamiento y de calca servil de formas pretéritas. Ocurre con los términos Academia y academicismo lo que con el cuerpo, este nuestro mortal cuerpo de carne, respecto al tumor que un buen día —un mal día mejor dicho— descubre el médico, insertado en cualquier repliegue vascular, y que proviene, aunque patológicamente, del complejo constitucional mismo, y tanto que carece de explicación como algo autónomo, pero que no sólo no es parte integrante del cuerpo sino que se desarrolla con merma de su salud.

No era nada más aversión literaria. He empezado a evocar un estado de alma y ¿por qué no ahondar en él, siquiera sea para fijar la circunstancia en que se dio? Me remonto a un pasado de algo más de dos décadas, que si en términos de historia se colorea ya de lejanía, muchísimo más pesa en la vida de la simple y fugaz criatura. Eran años de juvenil y arrebatado ímpetu, de iconoclasta pasión: el obligado *Sturm und Drang* cuyo tributo suele pagar con creces toda generación, pero mayormente cuando la sorprenden en agraz catástrofes como las que afligen a nuestra época. ¿A quién, entre los que bordeábamos entonces la treintena, se le ocurrió pensar en la Academia sino en función de una irracional inconformidad con todo lo que reputábamos representación de lo tradicional y retrógrado, los valores más respetables inclusive? Si he de reconstruir el extremo de aquel sentimiento —o resentimiento, para decirlo más justamente— debo confesar que identificábamos en la pura idea de la Academia una suerte de intolerable obstrucción a

la libertad y a nuestro particular concepto de lo intelectual. Creo advertir, sin embargo, y para precisar el objetivo de aquella aparatosa puntería, que por sobre la Academia y lo académico, el verdadero adversario, no por inconsciente menos sensiblemente localizado, lo era algo más mediato: nada menos que el espíritu del clasicismo, entendido, claro está, no como excelencia idiomática o estética, sino como concreto significado político. En "lo clásico" confundíamos, a trompicones y cupiera o no, lo mismo los ideales que apodábamos burgueses (el orden, el prurito razonador, el equilibrio y el respeto a normas de convivencia social a las que atribuíamos la casi totalidad de los males de la especie) que la encarnación, ominosa encarnación de nuestros más implacables antagonismos, exacerbados por el traumatismo de la crisis del siglo.

Los años hicieron, luego, lo suyo. Es ley que los años castiguen toda laya de excesos. Otoñar: un verbo a cuya conjugación no escapa ningún ser vivo. Otro día, por pasos contados de vida, otra temperatura aireó el hervor de las fuerzas ciegamente iconoclastas y, más que la pura necesidad locomotriz, la de una elemental base de sustentación desvaneció lo que por instantes parecía llevar trazas de rematar en alguna forma de ataxia. El tempero, que se produce por obra de analogía meteorológica y que cuando no hay taras por medio acaba condicionando lo mismo el ritmo fisiológico que los compases intelectuales. El loco aleteo del viento y aun de la ventolera no han concluído ¡y que no concluyan mientras me sea dable ejercer el ministerio de hombre y de escritor!; pero no seré ya el siervo de sus poderes. El fiel de la balanza me llama a cuentas y celebro su registro como un modo, íntimamente grato, de verificar una serie de responsabilidades —conmigo mismo, en primer y fundamental lugar.

De ahí que al ingresar en Institución a la que pertenecieron y pertenecen huestes tan idóneas de mexicanos, me sea hondamente satisfactorio declarar mi adhesión sin reservas a un tan importante objeto como lo es "el estudio de la lengua española y en especial cuanto se refiere a los modos peculiares de hablarla y escribirla en México", conforme reza la letra de nuestros estatutos. Cuando hablamos o escribimos una lengua —la nuestra, en este nuestro personal caso— nos expresamos como idiosincrasia local tanto como destino. Que la lengua implica esencia profunda, lo comprueba el hecho de que su merma o su esplendor denuncia, por modo tan sensible como el mercurio una temperatura, la precaria o musculosa capacidad creadora del conglomerado que la ejerce. Me atrevo a agregar que el simple ejercicio de toda lengua que se respete —y su consiguiente sublimación literaria— determina una noción ínclita del hombre, al extremo de que parece imposible concebirla, ni siquiera fortuitamente, como instrumento de afrenta y degradación de sus más preciosos fueros. Por el contrario, parece connatural al

sentido mismo de la lengua el reconocimiento de la supremacía de la persona como valor. Como valor absoluto, según proclamó justamente uno de nuestros grandes, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos. De ahí y dado que a tanto montan los alcances de la lengua, deba convenir, finalmente, en que así la indagación lingüística y filológica como la contribución del escritor, coinciden, por razones de esencia constitucional, en el reconocimiento del hombre como valor absoluto.

Si la historia se midiera por simples términos de tiempo, la de la plaza que merced a la designación de ustedes ocupo en la Academia, no podría ser más breve. Su primero y único titular hasta su muerte, mi respetable antecesor, fue alguien que, aparte su excelencia literaria, trajo a nuestra institución una investidura de extraordinaria significación metafísica y humana: el doctor Luis María Martínez, Arzobispo Primado de México, a cuya memoria debo unas palabras de homenaje. Uno a su recuerdo el de don Alejandro Quijano, nuestro querido Director que causó baja en las filas de lo más granado de la patria hace unos cuantos meses, porque, amén de otras muchas razones, él, don Alejandro, respondió al discurso de recepción del doctor Martínez, un 30 de diciembre de 1953. En aquella ocasión dijo: "La Academia sigue (con el ingreso del Arzobispo) una amable y generosa tradición. Al lado de altos espíritus liberales: don Sebastián Lerdo de Tejada, don Justo Sierra, don Ignacio Mariscal, tuvo a nobles individuos del sector eclesiástico y a otros del partido conservador. Por tal manera se logró siempre una vinculación, tal vez única en nuestro país, en la que tratáronse amistosa y cordialmente, hombres de distinto pensar y diverso sentir".

Insigne, en efecto, es la categoría de los hombres de sotana que ocuparon y ocupan sendos sitiales en la Academia, desde los famosos Obispos don Ignacio Montes de Oca y Obregón y don Joaquín Arcadio Pagaza hasta el afable y sapientísimo doctor Gabriel Méndez Plancarte, cuya amistad tuve el privilegio de disfrutar, y su hermano el erudito don Alfonso, y por fin, venturosamente presentes en el día y en las letras nacionales, los no menos esclarecidos don Angel María Garibay K., a la autoridad de cuyas luces indianas tantas veces hemos acudido en solicitud de auxilio, y don Octaviano Valdés, hondo poeta, hondo de verdad y no de simple propaganda, que eso no reza con él. ¿Y qué tiene de raro que el eclesiástico haya figurado tan prominentemente en la vida de la Academia si el primero que echó su resplandor en México lo fue un cura intelectual, el humanista don Miguel Hidalgo, iniciador de nuestra Independencia?

Afirman los que le oyeron que el doctor Martínez fue un predicador y un orador elocuentísimo. El encanto de su conversación, agregan quienes le trataron de cerca, era fascinante, y tanto que no lo sobrepujaron en tan ga-

lana facultad ni los mismísimos don Federico Gamboa y don Victoriano Salado Alvarez, de quienes se han escrito tantos y tan merecidos elogios como conversadores. Por la huella que dejó su paso en la Academia y fuera de la Academia colijo su inusitada estirpe de valores. Yo no tuve la fortuna de tratarle y apenas si me enteré superficialmente, en su hora, de su obra escrita. Muchas de sus actividades eclesiásticas, en cambio, hicieron un ruido que, por la probada nobleza de su intención, trascendió la pura esfera confesional y nos impuso a todos de sus alcances. Dicho objetivamente y sin otro propósito que el de dar a mis palabras el justo valor que corresponde al sentido de esta sucesión para mí tan comprometedora, yo no pertenecí a su grey, lo cual, entiendo, confiere a mi opinión una más entrañable sinceridad. ¿No dijimos, por boca del ecuánime Quijano, que la Academia es y ha sido históricamente "una vinculación, tal vez única en nuestro país, en la que tratáronse amistosa y cordialmente, hombres de distinto pensar y diverso sentir"? Bueno, ahora me toca a mí confirmarlo, y nada menos que con ocasión de reemplazar a quien apenas escribió contadas páginas que no derivasen de su condición de indiscutible primate de la Iglesia católica. Protesto, de entrada, el gusto con que evoco figura tan singular en la que concurrieron prendas eminentes de literatura y patriotismo. Me he leído, por fin, una buena parte de su obra escrita, podría decir que casi toda su obra escrita, y puedo, por consecuencia, celebrar sus excelencias tanto como su fogoso y para mí determinante sentimiento mexicano.

El doctor Martínez escribió muchos libros específicamente religiosos, uno sobre un viaje a Europa y Tierra Santa, innumerables cartas pastorales y unos cuantos y por cierto admirables poemas —a ciencia cierta no sé cuántos, porque aún andan sueltos en periódicos y revistas— de una tan sensibilísima vena como que recuerdan a sus críticos, invariablemente, los de San Juan de la Cruz. A otro, un su exégeta enterado, le traen el eco de Lope "por la técnica del metro" y el de Fray Miguel de Guevara "por el excepcional dominio de la forma y la ductilidad sencilla del vocablo". Seguramente así sea y el oro macizo de su verso deba a aquellos próceres algo más que simple reminiscencia; pero, en todo caso, la ley es suya por la indiscutible propiedad de su experiencia y su peculiaridad. Y no me importa más para reconocer en él un delicadísimo poeta, y tanto que si yo me viese en el nada agradable compromiso de hacer una antología de la lírica mexicana, no sólo no lo olvidaría, sino que lo pondría sin vacilación al lado de los númenes más logrados. El, que sabía tanto de este mundo —y del otro, a cuyas obligaciones consagró por entero la vida— no pensó nunca, seguramente, en que su verso podría poner en aprietos a los antologistas y ni siquiera si los antologistas se ocuparían alguna vez de discernirlo; y sin embargo, quién sabe qué lugar tendrá un día, no sé cuándo (lo inmediato o mediato del

cuándo cuenta tan poco, nada, en el destino de las cosas hermosas), un día en que fatalmente se derrumbarán tantos fuegos de artificio que la publicidad cotiza a gritos en la bolsa de valores de nuestra época y tanta torturada disnea del idioma que el claridoso Unamuno reputó: "fríos refritos ultraístas". A sabiendas de que los versos sencillos —como también a sabiendas llamó a los suyos otro eminente poeta que además de poeta ejerció otros importantísimos ministerios americanos— carecen actualmente de tarjeta de circulación y precisa comprobar, para pasar la aduana, que se oficia en algún altar del túnel de alaridos del subconsciente, me quedo, por elementales razones de salud, con el verso clásico de Luis María Martínez. Como me quedo con su prosa sin complicaciones, su llana prosa fragante de tierra de Michoacán.

Un tan sensible artista debió, forzosamente, interpretar el sentido de los superiores intereses de su patria y, en hora de tormenta, sumar sus fuerzas a la necesidad de la unidad mexicana. No de otro modo me explico su política que tendió siempre a disolver diferencias de familia en beneficio de la República. Su voz de poeta, de bardo, exclamó, con acento que valdrá históricamente por una definición, que la Iglesia se debe al problema de la felicidad de la gloria, como al de la felicidad en este mundo la política. Repito, para confirmación de una verdad visceral de México, sus palabras: "La actitud firme y sincera de la Iglesia en México es abstenerse de toda política nacional o internacional, y de consagrarse enteramente a su misión espiritual, que está por encima de todo partido". Verdad de oro que, ejercida como él la ejerció, redunda en venturosa armonía nacional y que cuando es subvertida produce quebranto e infortunio. La Iglesia, diría nuestro ilustre antecesor don Sebastián Lerdo de Tejada, es una forma de convivencia espiritual que no prohibe, sino antes por el contrario robustece el sentimiento de los deberes de la República. En fin y para decirlo de una vez, el doctor Martínez, por la felicísima coincidencia de su estro mexicano y su función eclesiástica, llevó a noble realidad una idea fundada en el respeto recíproco del compromiso metafísico de su menester y la responsabilidad seglar de los regímenes que le fueron contemporáneos y procuraron lo que también para él era ardiente preocupación: la elevación de los niveles de vida de su pueblo.

Honro en su memoria la inteligencia, viva y palpitante inteligencia del sentimiento mexicano, que hizo posible, cuando se cernían amenazas procelosas, la integración de esto que somos como idiosincrasia local, como destino colectivo y como marca en el mundo, y que por sobre la cerrada noche de la intolerancia alumbró con diáfana luz el camino de la patria a través de Miguel Hidalgo, Servando Teresa de Mier, Miguel Ramos Arizpe, José María Luis Mora, Agustín Rivera. Y la Academia siga siendo valladar in-

franqueable a las furias de la sinrazón y confúndanse en su seno los destellos —nunca las sombras— de quienes unan, aprieten, consoliden la naturaleza mexicana, por vía de patria y de lengua, que es profunda y germinal raíz de patria.

He escogido por motivo de esta plática un tema específicamente literario que, aparte el puro interés que tiene para el todo mundo informado, por más de una razón y en última instancia, comprende puntos de vista a tal extremo ilimitados como que derivan del sentimiento de la vida misma. La sola palabra "literatura" ha venido sufriendo un deterioro, un quebranto tan sensibles, que no parece sino que implica algo lesivo para la integridad y aun para la dignidad de quienes la cultivan. El otro día me salió un mi amigo con que una novela de una celebrada autora italiana que hizo, por cierto, delicias comunes de nuestra mocedad —y sigue haciendo las particulares mías—, era "pura literatura", y como yo me sorprendiera de definición tan peregrina como intencionalmente peyorativa, agregó que en efecto "no tenía mensaje ni técnica". Algo así como si me dijese que un guiso cualquiera era "pura culinaria" porque en su confección no entró el chile poblano ni el azafrán, una receta "pura farmacopedia" por carecer de óxido salino y de veneno de cobra y la explicación de los órganos de una planta "pura botánica" por ignorar la tercera dimensión.

¿No será, me pregunto intrigado y sin la menor malicia, que la literatura padece, como toda expresión viva, los efectos de la fragmentación propia de la época? Desde que la especialidad lo domina todo, así en el arte como en la ciencia y hasta en las más banales aplicaciones prácticas de eso que llaman ahora estentóreamente la técnica, los temas grandes y, por consecuencia, los términos grandes son objeto de un tan abrumador menosprecio como que frecuentemente se les identifica punto menos que como algo monstruoso y ridículo. Priva lo pequeñito, la parte insuflada por obra de la especialidad a proporciones de totalidad. ¿Se acuerdan ustedes de aquel pobre Jorge Tesman de un drama de Ibsen, que lleva años, quién sabe cuántos años, compilando, depurando y clasificando las fichas de algo que un día hará un libro sobre la industria doméstica del Brabante en la Edad Media, indiferente a todo, mientras a su lado se revuelve el ansia sexual y la desesperación de su hermosa mujer, "la arrebatadora" Hedda Gabler, que acaba por matarse de un balazo, ¿simbólico balazo? ¡Grotesco engendro de la atomización del saber de nuestro tiempo, que por atomización se convierte en barbarie!

Séame permitido traer a colación unas frases de Benedetto Croce al respecto, las iniciales de un largo ensayo en el que cala con su característica

pericia la peculiaridad de la querella literaria: "En la conciencia estética actual —dice el famoso crítico y filósofo— ha venido incidiendo cada vez más hondo la distinción entre "poesía" y "literatura", que fue ya muy experimentada en la edad romántica, pero poco y sólo en algunas de sus notas particulares, en las edades precedentes, comprendida la antigüedad grecoromana. La diferencia adopta ahora, habitualmente, forma de contraste, no sin una pizca de desprecio hacia la "literatura", que es raro encuentre defensores, y más que en otros, entre aquellos que no temen o sienten una cierta complacencia en darse aires de retrógrados o de reaccionarios. Y aunque este contraste y desprecio carezcan de justificación lógica; aun cuando los motivos que incitan a la distinción misma no sean siempre del todo sanos y por esto no siempre entendida según la verdad, en sustancia la diferencia persiste, y la más vigorosa afirmación que hoy se hace de ella, se muestra como necesaria para bien juzgar y eficaz a los efectos de desatar nudos y de disipar confusiones que, de otro modo, continuarían atormentándonos".

En resumen: literatura es confesión a la que muy pocos admiten pertenecer hoy, así escriban en prosa o, sobre todo, en verso. Los prosistas prefieren que se les llame escritores, o novelistas, o ensayistas o lo que sea, pero no literatos. Cuanto a los poetas, han abierto un tan infranqueable abismo entre su índole lírica y todas las demás formas literarias, que el simple temor de tener que ver algo con la literatura suele sacar a los más de quicio y ponerlos frenéticos. Pues ¿qué es literatura entonces si el puro vocablo provoca tan escandalizada sublevación de quienes de un modo u otro escriben, es decir, hacen letras, literatura, para que los lean sus congéneres? ¿Qué razones hay o siquiera si tiene algo que ver la razón para que nunca como ahora se haya visto la materia literaria tan humillada y por humillada nunca como ahora se busquen tantos y tan complicados subterfugios para evadirla? ¿Se trata o ha llegado a ser, por abuso o inanidad de sus medios o de sus fines, o por abdicación de sus signos espirituales y sociales, una horrenda simonía, una ominosa transgresión del arte comunicativo que incuestionablemente y a través de tantos milenios han hecho la poesía y la prosa? En el siglo pasado, el tantas veces escarnecido siglo diecinueve al que ahora está de moda colgarle todos los sambenitos, escribir era hacer literatura, y a nadie que aderezase una obra en renglones cortos, en cerrados párrafos o en parlamentos teatrales —y unos y otros forman constelación luminosísima— le molestaba ni mucho menos que se le llamase literato. ¿Y acaso literatura no es, a secas, monda y lironda de interpretaciones y casuísticas de recuelo y allende toda especulación, el arte o artilugio de las letras? De las letras del linaje, modalidad, circunstancia, intención y alcances que se quiera: así, por acumulación. De las armas y las letras habló sin ambages don Quijote en memorable discurso —y no remolió con metafisiquerías sus sendas y autén-

ticas naturalezas ni hizo distinción de magia e iluminismo y de chaparrez conceptual entre sus formas poéticas y prosaicas, la suma de éstas, culminante, alcanzada por él mismo.

Eso de que el hombre dijo la primera voz de su estupor en verso o en prosa más parece preocupación bizantina que indagación seria, imposible, por otra parte, de verificar. La Biblia, nuestro más antiguo y fundamental hontanar, fue escrita lo mismo en verso que en prosa. Carece de jugo frangollar en materia que, si bien se ve, poco o nada tiene que ver con la hermenéutica y sí en cambio con la sana, la indispensable filología. El antagonismo que se ha inventado hoy en día entre poesía y prosa nada contará, al fin y al cabo, en el corte de caja que hace cada generación creadora, porque no destruirá la orgánica unidad literaria. Una y otra son imagen y representación de una misma plural y dramática peripecia: la del hombre y su destino. Y por lo demás la prosa seguirá confundiéndose con la poesía cuando sea menester, cuando el novelista o el ensayista acudan a ella y la inserten en su creación, tal como anda, y bizarramente y respirando a plenas agallas, en tantos territorios de Dickens y Tolstoy y Galdós, y la poesía con la prosa como en el caso de Whitman. Que haya venido la querella de donde haya venido y la hayan promovido —y la promuevan— quienes sean, no quita el sueño a nadie que tenga algo que decir en las letras, en la literatura. Croce habló de los románticos y admitió que sus teorías carecen "de justificación lógica". Afirmó, además, que se trata de propósitos no siempre sanos. "Entre los pucheros anda el Señor", dijo una prosista admirable, gala y gloria del idioma, y yo agrego que también anda en los túneles de alaridos —y todo ello es vida palpitando en las arterias de la literatura.

En plan de simple conversación, no de inútil polémica, admito, no me cuesta trabajo admitir que la poesía lírica es un mundo irreductible, por lo mismo que prescinde de todo elemento racional y satisface en su propia temperatura, en su propia autarquía, sus fines, tal como lo proclaman sus hierofantes. Debe serlo cuando obedece no a una explicación ni a un mero concepto ontológico, sino al puro sobresalto de lo irracional. Que bebe de la magia —y en franco plan de magia se mueve, parece obvio advertir— está fuera, por supuesto, de discusión y no creo que nadie tenga interés en negarlo. Se basta a sí misma, por el contrario de la prosa, que tiene que echar mano de todo lo que sea necesario para expresar una representación; es conjuro, *mantram* según los ocultistas. Y eso es, a fin de todo y para decirlo herméticamente y al gusto de sus cofradías: ocultismo, arte ignoto. Nadie siente más hondamente la pleamar de esas fuerzas sobrenaturales en cuya cresta el idioma, castigadísimo, logra inusitadas y extrañas alturas, que yo; pero insisto en que, quiéranlo o no los fulanos y fulanotes de sus logias, todo ello —la sombra espectral del hombre, su frecuencia vegetal y mineral, la levi-

tación del idioma, el grito de los légamos y las lavándulas, las abras del subconsciente— no es sino literatura, y literatura romántica, para acabar de una vez. Que la prosa nace de la poesía, a la cual deforma, desvirtúa y subvierte, daría motivo de explicación de un largo libro que no estoy dispuesto a escribir. Tengo para mí que así como la poesía vuela en alas del misterio y bucea en su aventura las circunstancias más abscónditas del subconsciente, la prosa, nuestra sufrida y vulgar prosa demanda, de entrada, una ancha respiración. Pero ¿es una herejía —y si lo es me declaro reo de lesa herejía— tratar de llegar a la conclusión de que verso y prosa, así sean tan inmensurables sus diferencias, nacen de la misma necesidad tribal, social, de la comunicación? Martí, que sabía tanto de verso y prosa, escribió que "el verso nace; la prosa viene con los años". Contemporáneos de Galdós, de Dostoyewsky y de Tolstoy fueron Mallarmé y Moreas, y ¿acaso unos y otros, hijos del mismo mal del siglo y de sus mismas ilusiones y fantasías, no dijeron en prosa y verso el mismo, sustancialmente, orginalmente el mismo testimonio de la peculiaridad de su tiempo? ¿Y todo ello no es, a fin de cuentas y cuentos literatura? Pues ¿qué se creen los de las torres de marfil de ahora que es literatura? Yo sé lo que se creen: la razón en el idioma y en la idea, la impureza —vital y magnífica impureza— de materiales que lo mismo echa mano del mito que de la historia y la sociología, la desnaturalización del ser íntimo e irracional, dicen. Yo iría más allá y les recordaría que las raíces de su romanticismo crecieron en prosa, desde Quevedo hasta Proust y Joyce y Unamuno y Mann y Faulkner, en cuyas angustias, profundas angustias de hombre y destino latió, en anchas parrafadas de prosa, el viento onírico de la lírica de hoy.

Ahí está el verso y ahí está la prosa, revolviéndose en sus sendos y comunes torcedores —y ambos hacen, quiéranlo o no, la literatura de nuestros días. No tengo, repito, el menor interés en contraponerlos. Cada uno responde a su revelación, a su misterio original. La circunstancia contemporánea se expresa en uno y otra con una elocuencia dramáticamente sintomática. Y todo ello es, compone lo que hemos convenido en llamar literatura, así la nieguen y deturpen quienes la cultivan, y no le son ajenos, ni mucho menos, las más informes distorsiones y los gritos del deliquio en que se expresa una porción del destino del hombre moderno.

Pero, ¿a qué conduce, supuesto que a algo y por obra de propósitos expresos ha de conducir, esa verbosa, feérica bullanga que elude y niega su condición literaria y se revuelve estentóreamente contra todo lo que no se pliega a sus ardides y que abruma con los peores epítetos? ¿Se trata, llana y deportivamente, de significar la superioridad de una manera escrita que nació

de lo sobrenatural y de la magia y vuelve hoy triunfalmente a la magia y a lo sobrenatural (así, a toda orquesta y ni más ni menos lo proclaman sus oficiantes), respecto a la corriente facultad de percibir y expresar las cosas, facultad que suponíamos que obedecía a la realidad desde que el hombre se manifiesta por palabras? ¿Tan equivocados andábamos que ni siquiera nos pasó por la sesera que el arte o la literatura que se ocupan de las cosas vivas, que refieren esto o aquello que ocurre a nuestro alrededor, lo que la realidad nos ofrece como tema de una novela o un cuadro, fuesen tan inferiores y tan sin valor como la misma realidad que los engendra?

La invectiva contra el realismo alcanza hoy en día, en efecto, acentos tan tremebundos, que más parece que se tratase de una atroz y punible infracción contra natura. Nada, que describir un instante cualquiera de la realidad que nos circunda y de la cual formamos parte inmanente, ésta, nuestra orgánica e intrínseca realidad de seres vivientes, constituye nada menos que soberana impostura, y expresarla, por consiguiente, fraude escandaloso. Las cosas, para serlo, deben no serlo. La realidad, lo real y sus manifestaciones conceptuales son injuria —y grave e intonsa injuria— a la valencia absoluta. De la vida, cuenta ¡y apenas porque el milagro hermético la roza!, la sombra, la vaga sombra del fenómeno, y tanto mejor si el extravío, el sagrado extravío de los de la poesía oculta la consuma en logogrifo, en conjetura de conjetura. ¡Y vaya jadeos y vaya espasmos los de esa no por minúscula menos belicosa cofradía que han hecho tarabilla del vituperio del realismo! Y vaya repertorio de que revisten revelación tan asombrosa y en el que se confunden los mareos de lo divino y lo maldito, la insaculación de lo más espectacular del budismo y el brahamanismo, la fruición de lo chino, la furia trágica del teatro griego, el humor de Chaucer y el romanticismo de Ossian, el individualismo angustiado de Kierkegaard y Heidegger, las vagorosidades de Mallarmé, las teorías de Freud y secuaces y de Einstein y Pavlov, la misteriosa dinámica de los carismas del surrealismo y derivados, la arcaica utilería de la torre de marfil retocada y *sanforizada,* la condenación de todo lo que implique simple sospecha de compromiso social, etc., etc. Si casi, casi se oyen los bronces de las exequias del realismo y su madre vitanda, la realidad.

La realidad, la mesura o desmesura de los hechos, el estremecimiento de las criaturas y lo que yace en aparente inmovilidad, la perpetua actividad ambiente, todo lo vivo y viviente de la Creación, lo que puebla nuestro contorno y nos entra, neto, por el sensorio y por consecuencia no es susceptible de discusión, aunque secundariamente la percepción intelectual de cada uno lo peculiarice y hasta descomponga en toda la complejidad de la conciencia y la subconsciencia. *El niño de Vallecas* responde a la realidad más elemental, la que vio Velázquez con sus ojos de carne y la que pudo

haber visto cualquier hijo de vecino que coincidiese con él en día y hora; y ese sencillísimo ver la realidad hace el genio, el incomparable genio del más grande pintor español. Y que hay algo ahí tras la pura visión, algo que emana de la luz, de las formas, de la intención humana, algo milagroso y mágico que concierne a lo inexplicable, dígalo si no el impacto que seguimos sufriendo, generación tras generación, frente a ese portento del realismo. Como seguimos perdiéndonos en la transparencia y la inmensidad de los cielos mexicanos que pintó Velasco, el viril, el rotundo realista cuyas telas reputó vil fotografía la desmayada delicuescencia de la época.

"Me importa la vida, no un resultado de la vida", proclamó Goethe con el énfasis de un programa, aludiendo precisamente al desprendimiento directo de la esencia vital que es característica orgánica de todo realismo, así en arte como en literatura. Antes que la primera reflexión, es verdad, el golpe de la vida tal como arroja su descarga en el sensorio; la reacción mental, la reflexión, viene como consecuencia y determina, en su caso, la creación estética, y no al revés, pensó, con el viejo sabio de Weimar, y si no lo pensó lo intuyó y lo practicó, el realista de todos los tiempos, desde San Lucas y Jenofonte hasta Bernal Díaz del Castillo y Galdós. "Yo no reflexiono; dejo que las cosas me golpeen los ojos", parece comprobar, al canto, el pequeño y penetrante Jules Renard. ¿Está dicho con ello que la realidad de las cosas no reconoce otro acceso? Ni con mucho. En otros penetra por el mero intelecto y eso hace, por cierto, moneda de curso muy acreditado entre una secta que no concibe la literatura sino como pretexto para cocinar doctrinas y teorías, lucubración filosófica, o sociológica, o biológica o de cualquier otra enjundia tan docta como ajena al verdadero y concreto respirar del acto literario. Y en otros más no penetra por ninguna vía y antes les es intolerable pensar que pudiese penetrar en ellos: como que son nada menos los que jadean en esa suerte de inmersión en estadios abscónditos del ser, estadios sin mayor explicación que la de los lapsus que todos soñamos en lo hondo del reposo.

Me atrevo a afirmar que el realismo en su más prístina expresión —prístina, esto es, primitiva— inspiró la primera conciencia del idioma, y de todos los idiomas, y que la excepción iniciática, el conjuro y el exorcismo de que dice emanar el sentido oculto de las formas poéticas de hoy, no sólo no lo antecedió, sino que debió utilizar sus materiales originales. "Háblame en cristiano", reclama todavía hoy el hombre de la tierra, el campesino, al hinchadote que le arroja sus conceptismos a la cara. Y en cristiano y no en lengua hermética se llevan las cosas más trascendentales al pueblo, tal como lo hicieron los frailes franciscanos entre los antiguos mexicanos. Y quedan joyas de aquel realismo en que lo divino y lo ignoto cobraron voz comunicante. Faltaría a la más simple verdad quien se atreviese a aseverar que

en aquel alumbramiento del idioma en nuestra patria tuvieron algo que ver ni el hermetismo ni ninguna otra índole literaria irracional. En México, como en todas partes, la noción de lo divino se produjo por medio de llano, de corriente procedimiento realista. Hablar en cristiano es propio de toda necesidad comunicante y con su pan se lo coman los que nada real tienen que decir al prójimo.

La historia de nuestro romance no me dejará mentir y me cobijo en la indiscutida autoridad de Menéndez Pidal, que sacó a luz cientos de antiquísimos y vulgarísimos papeles en los que se confunden el latín menos ejemplar y el balbuceo autóctono, frangollándose en aquella soberbia aventura que había de cristalizar en el castellano. Jerigonza oscura, plebeya y acumulativa en la que dieron voz las ínfimas peripecias cotidianas del fundo y la mercadería, las pintorescas reclamaciones de colindancias y servidumbres y el loor de los hechos excepcionales que más hondamente hirieron la sensibilidad popular. Cuando se fraguó la primera ruda, bronca versificación de juglaría, la prosa andaba ya corrientemente en las alquerías, las ventas y los caminos, embarneciendo como carne sana de rústico y cobrando una musculatura que acabó por barrer todos los latines. De ahí a que la sangre del idioma —el idioma es sangre en la más rigurosa significación, y jugo de vísceras, y torrente vascular— alcanzase compás rotundo en las partidas, los estatutos y las crónicas de Alfonso X, don Juan Manuel y el Canciller Ayala para, por fin, animar el poderoso latido de *La Celestina,* no había más que un paso; y otro para consumarse en plétora impar en la invención de Cervantes, logro monumental del realismo. Y el concierto de la antigua y venerada sangre se agranda, se agranda más y más conforme se desenvuelve el estro hispanoamericano, cuyas empresas soñamos si mediatas no remotas. Y la lengua común palpite siempre en ellas y dé unidad a la demasía o parvedad vernáculas.

¿Sería mucho decir que la historia del hombre occidental, del nacimiento de las lenguas actualmente activas a nuestros días, excluye todo otro modo de inteligencia que no sea el realista, y si no lo excluye, porque la capacidad de todas alimenta aún la excepción, lo deja al margen de ninguna auténtica función comunicativa? Apenas si la marejada romántica creyó contradecirlo —¡y qué furioso fuego de bombarda el de aquellos encantadores energúmenos!—, y eso nada más por exagerar hasta el síncope ciertas intenciones que, como la supremacía del sentimiento respecto a la razón, no eran ajenas, ni con mucho, a ciertos reblandecimientos del realismo. ¿Y acaso todo aquello que nació de las nieblas melancólicas del Norte, que bebió ávidamente en las fiebres de Rousseau y puso al rojo blanco la aversión a la realidad, no pararía en exaltación de lo nacional —más aún, de lo típico— y en un desbordamiento apasionado de la libertad —más aún, del liberalis-

mo? "Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia", proclamó el romántico Larra en una parrafada digna de Juan Bautista Say. Pero hay más todavía: la diosa Razón de la Comuna revolucionaria significó algo —mucho, en puridad, y no accidentalmente, por cierto— en las altas temperaturas del romanticismo, pese a sus deliquios, morbideces e hinchazones. Si no el movimiento en sí ni el estado de alma que lo produjo, la operancia romántica atañe, al fin y al cabo, al gran complejo realista, en no menor grado que las doctrinas ulteriores que también y a su modo lo deformarían al reducir al hombre a marioneta condicionada por la simple fisiología.

De otro angustioso estado de alma dimana, asimismo, la crisis intelectual, antirrealista, de nuestro tiempo. Cualquiera que sea su origen remoto, estalló por obra del desquiciamiento de la primera Guerra Mundial e inmediatamente achuchó las más enloquecidas furias contra el realismo. Por pronta providencia, los terroristas del lenguaje lo identificaron como la expresión de un ser literario fraudulento y condenable, imputándole a trompatalega las peores insanias derivadas de algún modo de las fallas del humanismo y el liberalismo, del Renacimiento al siglo diecinueve, insanias y fallas que Nordau y Freud, entre otros, habían denunciado previamente con un sensacionalismo que a la fecha carece de atracción. De tan aparatosa materia fúsil salieron aquellos desaforados triquitraques que en su hora asustaron tanto al pobre, apabullado pequeño burgués, y andando los años, unos cuantos años, devendrían fascismo en la política y rompecabezas conceptual (o las dos cosas a la vez); aquellos bromazos que clamaron: "¡Guerra, sola higiene del mundo!" y prescribieron a todo tupé: "Tómese un periódico. Tómese unas tijeras. Elíjase el artículo. Recórtese después cuidadosamente cada una de las palabras que lo componen y échense en un saco. Agítese éste con suavidad. Colóquese luego cada recorte en el orden en que haya salido del saco y cópiese concienzudamente. El poema se os aparecerá y tendréis un escritor altamente genial y de una sensibilidad encantadora, aún no apreciada por el vulgo. . .", etc., etc. Y a ver quién da más, como grita el de la puja de pueblo, y así andan puja que te puja con la más asombrosa combinación de recortes y de paso secretando —de secreción, no de secreto— unos elaboradísimos humores capaces de reducir a la nada la más universal realidad y su manifestación literaria.

El vituperio del realismo alcanza sin ambages —como que constituye el bulbo mismo de la cuestión— a su preocupación humana y social. Nada menos, me atrevo a argüir, que la actividad orgánica, la función intransferible, la razón de ser de toda viva y viviente literatura. Pero, me digo (y téngaseme por mero prurito de limitación sensorial, si se quiere, este argüir y redargüir lo que bien visto no sea acaso más que un inocuo reactivo in-

telectual), la vida, la de mis congéneres desconocidos y la de quienes me rodean y la mía propia; la vida que no admite chapuza ni truco, sigue por su cauce eterno, y de su oxígeno tanto como de su fuerza cósmica vivimos. Y el hombre, el hombre que es y compone la vida, pese a lo temporal de su accidente terrestre, y su circunstancia local y universal, y la coerción de su medio físico, y la servidumbre de su idiosincrasia, y su compromiso social, y la conciencia de su torcedor moral, y su fatigosa actividad, y su soledad y su solidaridad —todo eso que hace la singularidad de nuestro destino, ¿puede expresarse literariamente, acaso, sin el aval de la vida misma y de su realidad, esta nuestra realidad de sangre y carne sin la cual hasta lo sobrenatural carece de causa explicable?

Con gusto dejaría para nunca lo demás que en descarga del asendereado realismo podría agregar y que, viéndolo bien, no cuenta más que la enfermedad en que cayó el portugués de la donosa cena de Baltasar de Alcázar; pero me sale por ahí cierto malicioso equívoco al que no cabe responder con un simple encogerse de hombros. Me refiero a la intención que le dan los de la literatura abstracta a la palabra "compromiso" y que se ha dado en emplear hoy en día a porrillo y venga o no venga al caso. Suele tildarse de "compromiso", en efecto, a escribir (o en su caso a pintar o valerse de cualquier otro procedimiento artístico) con fines de propaganda de una idea política, y "comprometido" a quien desnaturaliza el acto estético por tan espurio modo. De ahí que el poeta o el escritor "comprometido" sea el que sirve intereses de partido y hace de su facultad grosera proclama, como ocurre con tantos que se ganan una soldada como cualquier publicista de una negociación comercial, empleando para ello la literatura.

Castro Leal señala claramente tan desventurada mistificación en su examen de la poesía mexicana moderna: "Nuestra poesía se ha enfrentado en los últimos años con un problema que no acaba de resolver: el *imperativo social,* la exigencia de que comparta y haga sentir la importancia de los nuevos valores sociales. Las soluciones más fáciles —a todas luces insuficientes— han sido la "poesía política", el poner en verso frases o principios de acción social nacionales o de otros países; la "poesía del pueblo", la celebración de la vida humilde, del trabajo, de los dolores del proletario, y la "poesía de la vida nacional", que canta costumbres autóctonas, tradiciones pintorescas, temas folklóricos que se confunden —en su oposición a las condiciones de existencia de otras clases— con la celebración de la vida humilde y también con los nuevos programas de acción social. Y aunque no hay nada en estas tres zonas que las excluya radicalmente del campo de la poesía, y aunque nuestra lírica moderna ofrece ejemplos —no muy abundantes, por cierto— de plausibles realizaciones en cada una de ellas, nadie podrá negar que hasta ahora esta poesía de inspiración social no ha llegado a te-

ner ni la calidad ni la importancia que le asignaban los nuevos teóricos del arte para las mayorías".

Toda esa materia relativa a "las frases y principios de acción social nacionales o de otros países", entiendo yo, corresponde a la polémica, al discurso militante, al artículo de periódico, a la transmisión radiofónica, a los recursos de la televisión, etc., etc. Ni a don Francisco Bulnes ni a Blas Urrea se les ocurrió nunca escribir sus acerbas invectivas contra Juárez y sus famosos "cargos concretos" en verso ni en novela, ni se les ocurre discutir o censurar esto o aquello de la peripecia política a tantos comentaristas que llenan páginas enteras de los periódicos cada veinticuatro horas y cumplen con su compromiso específico de propaganda. Apenas a unas cuantas décadas de la exaltación de lo político como exclusivo motivo literario, ¿quién puede tomar en serio aquella garrafal definición del ruso Mayakovsky que reza: "El valor de la poesía reside en su utilidad estatal"? El pistoletazo con que se mató sigue siendo la mejor demostración de la calidad del tal estatismo y de la rampante "poesía estatal". Y quien dice "poesía estatal", me imagino, podría agregar con no menos escalofriante propiedad: "poesía dictatorial" y "poesía policial". Una salvedad, nada más: tal como lo advierte Castro Leal, tamaña desnaturalización —si es que se trata de una desnaturalización— no obsta para que la garra de un auténtico creador determine las más "plausibles realizaciones".

Lo absurdo, lo inadmisible es que se pretenda hacer extensiva la deformidad del llamado "compromiso" a las manifestaciones vitales del realismo, porque ahí sí que hay distancia por medio, y enorme y hasta inabordable. El hecho de que el realismo recoja el estremecimiento social de su hora nada tiene que ver, venturosamente, con ninguna laya de compromiso polémico o de propaganda. Ni Galdós ni Machado, ni entre los nuestros Delgado y Díaz Mirón, para no abundar en ejemplos, movieron nunca sus sendas intenciones por obra de compromisos de ésos. Yo diría que el "compromiso" de marras, en todo caso, rebasa las convencionales fronteras que le fijan los abstraccionistas y reclama, si hemos de entendernos y no estamos haciendo un galimatías, la puridad de su significado. Vivir es compromiso, y lo es pensar, y escribir, y nada que provenga de nuestra condición humana es ajeno a alguna activa manera de compromiso. El compromiso de las letras comienza en uno mismo y obedece a nuestros más inmediatos intereses y a los mediatos de nuestro destino. Puestos a ver las cosas y a darles su verdadero nombre de acuerdo con lo que Papini llamó "nuestro vigoroso buen sentido de realistas", es evidente que todo paso por la tierra, el más oscuro por supuesto, y su consecuencia moral e intelectual, cuentan por razón del compromiso que le da sentido, el importante, el intransferible compromiso de existir.

Cuando Alfonso Reyes afirmó que "por su propia gravitación, la literatura no puede dejar de decir algo", se refirió, me parece entender, a una índole de responsabilidad propia del compromiso de las letras, y su gentil decir es harto concluyente para los fines del realismo. Realismo, franca y directa verdad humana, la más antigua y servicial expresión del individuo y el conglomerado, su manera congénita de lenguaje y el estro por virtud del cual el hecho más intrascendente alcanza significado intemporal. Nativa, maliciosa inspiración mexicana la de aquella andanza de pícaro en la que se produjo el primer sobresalto de lo nacional y constituye soberbio lienzo de costumbres, de clases, de castas, hirviendo en horno de forja vernácula. Fiel y sanguínea inspiración de Inclán y de Payno, en la que la novedad de la tierra sacó a flote las peculiaridades de nuestra idiosincrasia y la fragancia de los caminos por donde correría el ansia del mestizo, engendro tumultuoso del choque de las dos sangres primigenias. Vigilante inspiración social de Delgado y López Portillo y Gamboa, decantada en un rumor de ternezas pueblerinas, "todas comunes y corrientes, llanas y vulgares, y tanto que, puedes creerlo, son como el pan de cada día"; y en la apreciación de problemas universales que fustigan lo nuestro al afirmar que "los exámenes veraces de la conciencia social dan siempre buenos resultados"; y en los largos y amorosos compases del respirar de esta nuestra ciudad capital que aún era pequeñita, tan pequeñita que los jamelgos de sus carretelas la recorrían en menos que hoy cualquier vecino se translada de su domicilio al yugo burocrático, y en la que vibraron las bullangas del Centenario de la Independencia, bullangas en cuyo hondón germinaba ya el estallido que provocó la premonición del "anhelo de que las frentes (que) se inclinen sobre mis páginas piensen en las demás independencias de que México ha menester, y que sólo sus hijos podemos procurarle, si, según afirman los de arriba y los de abajo, gobernantes y gobernados, buenos y malos, de veras lo amamos y de veras anhelamos verlo sin peligros de fuera ni llagas dentro, realizar su vida y alcanzar los destinos de relativa ventura, alcanzados por las nacionalidades que, no obstante sus imperfecciones y manchas —fatales para todas las humanas agrupaciones—, tienen derecho a que se les considere felices y grandes". Estremecida y generosa inspiración de Frías y Azuela, furia y llamarada de pueblo que busca a ciegas su destino y tarda en comprender que la revolución —todas las revoluciones y su terrible dialéctica— "es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, sino la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval".

Apurar el sentido nacional del compromiso de las letras me llevaría a una manera de erudición a la que no me siento llamado ni responde a la índole de mi vocación, por más que tratándose del realismo y sus alcances hu-

manos, tengo por honroso repetir con el anónimo poeta del *Cantar de Myo Cid* que "esto non me a por qué pesare", o, para decirlo en la versión de Alfonso Reyes, "tal encargo en manera alguna podría serme gravoso". Encargo, que por muchas razones desemboca otra vez en el tan traído y llevado compromiso, aunque, eso sí, con la clara especificación de que se trata de una suerte de encargo consustancial a la función misma de pensar y escribir.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

por don ANTONIO CASTRO LEAL.

CON Mauricio Magdaleno entra en la Academia Mexicana una nueva generación literaria. Hasta ahora la de *Contemporáneos* era la última que figuraba en nuestro instituto, representada por José Gorostiza, Salvador Novo y Jaime Torres Bodet. Esta brillante generación se formó en un momento en que, bajo las prestigiosas dictaduras de Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, parecían resueltos los grandes problemas y asegurado el porvenir del país. En ese ambiente de paz octaviana —con sus interludios de paz varsoviana— redondeó su cultura y logró un dominio de la técnica literaria que le permitió dar expresión a muchas sensaciones e inquietudes. Parecía que, después de una larga revolución de diez años, había llegado el momento de descansar de la patria —que siempre ha sido entre nosotros un noble sufrimiento— y de volver los ojos hacia los horizontes que ofrecían las letras contemporáneas en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

La generación de Mauricio Magdaleno vive en su juventud, intensamente, la crisis de aquella paz organizada de Obregón y Calles, que sólo pareció definitiva a los que no oían crujir el suelo que la sustentaba. Cuando yo en París, en 1931, visitaba, con algunos otros funcionarios mexicanos, al general Plutarco Elías Calles en la clínica donde seguía un tratamiento inofensivo, le oí decir varias veces que la Revolución Mexicana ya había cumplido su misión, porque todos los problemas nacionales habían sido resueltos: el obrero, el agrario, el político, el internacional, el religioso, el educativo y el económico. Escribí entonces a mis amigos de México anunciando que aquel antiguo revolucionario se había echado en brazos de la reacción y que la Revolución Mexicana se comenzaba a corromper. La generación de Mauricio Magdaleno —que aprendió lecciones de rebeldía y de esperanza en José Vasconcelos, desterrado por Calles y enemigo de la imposición callista— volvió a sentir, como llaga en carne propia, la dolorida realidad mexicana.

Mauricio Magdaleno no nació en la ciudad de México ni tampoco se

crió en ella, de modo que no tenía esa visión optimista y falsa de que la organización y la cultura de la metrópoli imperan, más o menos, en el resto de la República. Era provinciano, había nacido en Villa del Refugio (Estado de Zacatecas), un pueblo cercano a Aguascalientes, del cual nos da una visión enternecida en su libro de cuadros y paisajes mexicanos *Tierra y Viento* (México, 1948). Como a todos los provincianos, los problemas de México le aparecían más descarnados y punzantes. En la provincia —como a través de las ropas desgarradas de los indios— se ve mejor el cuerpo requemado de la patria. Terminó la primaria en Aguascalientes y entró al instituto que dirigía Pedro de Alba. Su padre —que había sido maderista— tenía una tiendita que era nido de conspiradores. De ahí salían —como en los tiempos de la lucha contra la Intervención y el Imperio— los arrieros que fomentaban el comercio y distribuían la propaganda sediciosa. Llega a México en 1920 e ingresa en la Escuela Nacional Preparatoria. Cae Venustiano Carranza y se entroniza Alvaro Obregón. José Vasconcelos, el gran José Vasconcelos, restablece la Secretaría de Educación Pública, suprimida por la Constitución de 1917. En aquella generación de preparatorianos figuraron Héctor Pérez Martínez, Salvador Azuela, Alejandro Gómez Arias, Gabriel Ramos Millán y, también, Miguel Alemán.

Después de un año en la Escuela de Jurisprudencia, Magdaleno no puede continuar sus estudios y se incorpora al periodismo. Trabaja en *El Demócrata,* de Vito Alessio Robles. Escribe de todo y recorre, como agente de ese diario, algunos Estados de la República. Se enfrenta de nuevo con la realidad de la patria. De regreso a la ciudad de México oye, durante dos años, algunos cursos en la Escuela de Altos Estudios. Se inicia entonces la campaña política de José Vasconcelos como candidato independiente a la presidencia de la República, en contra de la imposición callista. A sus simpatizadores se agrega un grupo de jóvenes generosos y valientes, entre ellos Mauricio Magdaleno. En su reciente libro *Las palabras perdidas* (México, 1956), que es una historia apasionada y apasionante de ese movimiento, nos dice que fue un "acto de adhesión a un eminente mexicano en el que identificamos las más altas excelencias de un pensamiento y una conducta imperiosamente afines a nuestra aspiración de arrancar el país de la oligarquía que lo oprimía". Pelearon entonces "por la revisión del concepto mismo de la Revolución, que para la feroz intransigencia de nuestros años había sido deformado y escarnecido por quienes, proviniendo de ella, la convirtieron en inadmisible negocio personal". En aquella lucha, que lo llevó de nuevo por diversas zonas de la República, Magdaleno pudo comprobar y retocar su visión de la realidad mexicana, y consideró que era bueno que esa realidad fuera bien conocida de todos, porque su conocimiento era ya un principio de redención.

Disueltas ya las filas del vasconcelismo, Magdaleno obtiene algunas cátedras en escuelas del Gobierno. Empieza a escribir para el teatro y, con la cooperación del Lic. Narciso Bassols, entonces Secretario de Educación Pública, organiza, en compañía de Juan Bustillo Oro, una temporada en el viejo "Teatro Hidalgo". Se trataba de presentar lo que llamaron el "Teatro de ahora", producciones de carácter social y político que estaban dentro de la corriente iniciada por el director alemán Erwin Piscator, discípulo de Max Reinhardt y alma del teatro de izquierda en Alemania, que en 1930 dirigió en los Estados Unidos el "Taller dramático" de la Nueva Escuela de Investigaciones Sociales. El 5 de febrero de 1932 Magdaleno estrena su *Emiliano Zapata,* episodio en que el Gobierno, incapaz de resolver el problema de la distribución de la tierra y la organización de la economía campesina en el Estado de Morelos, acaba por mandar asesinar al gran caudillo agrario suriano. En *Pánuco 137* (estrenado el 15 de marzo y cuyo tema ya había tocado en su primer esbozo de novela, *Mapimí 37,* de 1927) presentaba a los intereses capitalistas estadounidenses —en complicidad con funcionarios mexicanos poco escrupulosos— atropellando y matando a los campesinos de la Huasteca para arrebatarles sus tierras y dedicarlas a la explotación petrolera.

Magdaleno y Bustillo Oro compusieron entonces varias revistas, que presentó Roberto Soto en el "Teatro Iris", entre las cuales —según dice Rodolfo Usigli en la interesante introducción histórica que sirve de prólogo a la *Bibliografía del teatro en México* (1933) de Francisco Monterde— se destacaba la titulada *El Periquillo Sarniento* que, "por la selección de temas, traspone las habituales fronteras de la revista". Con las ganancias de estas producciones y una pensión de la Secretaría de Educación Pública, partieron ambos a España a estudiar teatro.

En Madrid encuentra Magdaleno a José Vasconcelos y a Martín Luis Guzmán; estudia en la Universidad Central y sigue la intensa vida teatral de la ciudad. En un concurso hispanoamericano, cuyo fallo no llegó nunca a darse, su drama *Pánuco 137* fue escogido para el primer lugar, y Cipriano Rivas Cherif, apóstol y técnico del teatro, estuvo a punto de llevarlo a escena. Además de escribir para algunos periódicos madrileños, Magdaleno termina, en noviembre de 1932, un nuevo drama, *Trópico,* que presenta el mismo conflicto de los intereses capitalistas estadounidenses desquiciando, esta vez en Chiapas, la vida de la población autóctona para establecer una gran explotación chiclera. A la oposición de los grupos indígenas, se agrega aquí la acción de la naturaleza, que trastorna, con el ardor de sus selvas y de sus mujeres, el débil equilibrio mental de los modernos conquistadores. En su conjunto, los tres dramas de Magdaleno, más que piezas construidas alrededor de un núcleo de conflictos psicológicos personales, son una especie de crónica dramática que presenta un panorama de un estado social; su perspectiva se abre,

como ya lo anuncia y ejemplifica uno de los personajes de *Trópico,* hacia el desarrollo cinematográfico.

Ya de regreso a México se dedica Magdaleno a la novela. En 1935 publica *Campo Celis,* hecha con recuerdos de Villa del Refugio y una tragedia en que la ambición de la tierra y el adulterio envenenan y acaban con la vida de dos familias. Al año siguiente viene *Concha Bretón,* en la que el autor se interna más en el alma de sus personajes, y, como remate de ese período de intensa producción, *El resplandor* (1937). Con colores sangrientos y sombras elocuentes muestra la tierra, tragedia de los de abajo y botín de los de arriba. Pueblos pobres, que la cal y el tepetate y la falta de lluvias hacen ingratos y estériles, y junto a ellos, por un capricho de la naturaleza, las tierras húmedas y jugosas de un fundo privilegiado, posesión que fue del encomendero, que después pasó al hacendado y que acabará por ser del gobernador del Estado. Alrededor de esas tierras fértiles, que nadie trabaja, gravita la vida de esos dos pueblos miserables. Al llegar la Revolución el caudillo del lugar, hijo de la gleba, promete que esos campos y una presa se pondrán a disposición de ambos pueblos. Pero cuando el caudillo llega a gobernar, se olvida de la miseria de los pobres. Reconstruye la finca y organiza la explotación como un gran fundo agrícola, que goza del apoyo oficial como en una estación experimental, y acaba por vender sus productos en la capital del Estado mientras el pueblo miserable espera, maldice y agoniza. Y sucede lo inevitable: el asesinato del administrador y el saqueo de los graneros. Y luego la feroz represalia: se incendian las chozas de los indios y se dispara contra las mujeres y los niños. Reportaje emocionante y frío que tiene la objetividad de un testimonio judicial y la estoica sinceridad de una narración popular. *El resplandor* lleva a sus términos más extremos un episodio frecuente en la vida mexicana: el del político que inicia su vida pública con los más ardientes deseos de trabajar por la redención de los menesterosos, y que, con el tiempo, se le va enfriando la generosidad y el espíritu apostólico, de modo que cuando está en situación de ayudar a su pueblo, resuelve, con prudente cálculo, que —como la caridad principia en casa— es mejor resolver su propio problema económico antes que el de la anónima masa de desvalidos. Porque si éstos han esperado unos trescientos años ¿qué más da que esperen diez o quince más? Y a los desvalidos no les queda más que lo de siempre: "lo que Dios nuestro señor quiera darnos", o bien, como decía don Ignacio Ramírez en su famoso discurso de 1861: "el desierto, el ejemplo de Hidalgo y las armas de la desesperación y el patriotismo".

Desde los dramas de Magdaleno en el "Teatro Hidalgo" no faltó quien condenara su pintura valiente y su visión descarnada y pesimista de la realidad mexicana. En el prólogo a *El compadre Mendoza* (1934), un cuento revolucionario que escribió en España, nos dice que tanto amigos como des-

conocidos solían calificar su tarea literaria "como de desprestigio para el país, desprestigio para el país en cuanto a los temas bruscos, violentos, sin concesiones al *happy ending,* ni menos al romanticismo embarazoso *de lo que debió haber sido;* crudos porque no temieron nunca exhibir las lacras de la entraña mexicana". Pero en su punto de vista Magdaleno tiene razón. Muchos aspectos de nuestra realidad exigen colores que impresionen y tonos de indignación y denuncia. Nada se gana con paliar nuestras lacras bajo expresiones tibias y azucaradas que no levanten gritos de protesta ni inspiren anhelos de redención. La verdad —dice José Vasconcelos, gran artífice del aforismo— es lujo de naciones fuertes.

Magdaleno persistió en el género novelesco. Después de *Sonata* (1941), en cuyos sucesos se detiene con un mayor afán analítico, se publicaron, en el mismo año de 1949, *Cabello de elote* y *La tierra grande.* En esta última vuelve al tema de las rivalidades agrarias, que ahora se enhebran y complican con los nuevos desarrollos políticos y sociales, acabando con el derrumbamiento de un latifundio y la desaparición de una familia de terratenientes. *Cabello de elote* —la rubia hija de una india y de un italiano que aplicó métodos de explotación de su patria en una zona agrícola de Michoacán— ofrece un ejemplo elocuente de ese mestizaje en que la belleza europea esconde una inestabilidad psicológica que va de la pasión sin freno a los desfallecimientos más pasivos. Domina muy bien Magdaleno este género de narración en que se acomodan incidentes y peripecias, dando una impresión fuerte de realidad, a veces palpitante, aunque en ocasiones demasiado rápida para que el lector tenga tiempo de asomarse más al alma de los personajes y de trabar con ellos un conocimiento más estrecho y revelador.

En 1942 se incorpora Magdaleno a Films Mundiales y comienzan sus actividades en el cine. Al año siguiente principia la producción de esas películas intensas, que presentan la vida mexicana del campo en los niveles menos desarrollados; dramas dolorosos y primitivos en que la población autóctona choca con el amo, con el extranjero, con los esfuerzos del progreso y con los abusos del gobierno. Después de *Flor silvestre* y de *María Candelaria* vienen *Bugambilia* (1944), *Río Escondido* (1947), *Maclovia* (1947) y *Pueblerina* (1948). Con estas y otras películas semejantes, el cine mexicano adquirió categoría y prestigio en el extranjero. A los esfuerzos coordinados y admirables de Emilio Fernández como director, Gabriel Figueroa como fotógrafo, María Félix y Dolores del Río como primeras actrices y Pedro Armendáriz como primer actor, se agregan los de Mauricio Magdaleno como creador literario. Ha sido autor o coautor de una cincuentena de argumentos cinematográficos, entre los que figuran los de las cinco o seis mejores producciones de la última época. Y aunque no se puede negar que en la visión de la realidad mexicana que presenta ese tipo de películas y los incidentes dramáticos que desarrollan,

haya influído la inspiración de los artistas extranjeros que concibieron y realizaron *Tormenta sobre México* (de Einsenstein) y *El pueblo olvidado,* es justo reconocer que, en lo que toca a la elaboración literaria, esos temas ya habían sido tratados por Magdaleno en su drama de 1932 y en sus novelas de la primera época, que se cierra en 1937 con *El resplandor.*

La colaboración de Magdaleno dio a la producción cinematográfica mexicana de ese tiempo un nivel de realidad en sus asuntos y un decoro literario que, por desgracia, faltan con frecuencia a nuestro cine. En este campo los temas escogidos aparecieron también, a veces, denigrantes para México en su cruda realidad, y me es grato recordar en esta ocasión que, tanto para su producción como para su exhibición, la película *Río escondido* requirió la defensa que, ante las autoridades, hice de ella como Jefe de Supervisión Cinematográfica.

Habría que agregar todavía, para tener una idea completa de los trabajos literarios de Magdaleno, sus diversos ensayos y reflexiones sobre el indio, la tierra, la vida de provincia, las ciudades y el campo, los paisajes y las costumbres, los problemas y los prejuicios de México, que ha reunido en *Rango* (1941), *Tierra y viento* (1948) y *Ritual del año* (1955). Estos artículos y ensayos son como una serie de pequeños cuadros de caballete que pueden colocarse junto a los grandes frescos de sus novelas. Ya mencionamos antes su historia del movimiento vasconcelista, intitulada *Palabras Perdidas* (1956), que tiene todo el calor y la vivacidad de un episodio autobiográfico.

Magdaleno, que a los veinticinco años llevó al teatro dos dramas sociales, que a los treinta había publicado tres novelas sobre los conflictos de la tierra, y que a los treintaicinco comenzó a escribir para el cine; Magdaleno, que ha visto en los escenarios, en las tramas novelescas y en la vida inquieta de la pantalla las creaciones de su fantasía, defiende —como acabamos de oír en su magnífico discurso— los fueros de la realidad. ¿Cómo puede expresarse el artista —se pregunta— sin el aval de la vida misma y de su realidad, "esta realidad de sangre y carne sin la cual hasta lo sobrenatural carece de causa explicable?" Y a esta pregunta creo que todos damos la misma respuesta que él propone.

La realidad, sí, la realidad. El jardinero de un poema de Pedro Prado se preguntaba, ante un problema menor: ¿Dónde comienza a florecer la rosa? ¿Dónde comienza la realidad? ¿Dónde comienza y dónde acaba? La realidad la hemos ido conquistando duramente desde los tiempos en que estaba envuelta en los terrores de la magia y las figuraciones de la mitología. Un tiempo pareció que Grecia la había dominado para dar sentido a la cultura y equilibrio definitivo al arte. Pero Grecia —que pareció un ideal universal, insuperable y eterno— no vino a ser andando el tiempo, más que un fragmento de nuestro pasado, todo lo glorioso que se quiera, pero nada más un fragmento.

Grecia se fue empequeñeciendo en el curso de los siglos, desde el cristianismo, desde la basílica de Santa Sofía y los mosaicos de Rávena, desde el arte gótico y San Francisco de Asís, desde Dante y la música gregoriana. La geometría euclidiana, que durante mucho tiempo fue la única manera de organizar el espacio, es ahora una de tantas geometrías. Y el hombre fue conquistando nuevas realidades, que Grecia ni siquiera había soñado. Y cuando llegamos al poema de amor de Tristán e Iseo, a la tragedia de Hamlet y a las aventuras de don Quijote, se abre ante nosotros un mundo que no procede ya de la antigüedad clásica.

El *Quijote,* que Magdaleno considera, con justicia, como "logro monumental del realismo", ¿qué es sino un extraordinario tratado sobre el poder de los sueños? ¿Dónde comienza a florecer la rosa? Si la realidad es la vida, porque el hombre es la medida de todas las cosas ¿dónde comienza y dónde acaba la realidad? Una de las conquistas del pensamiento moderno es haber llegado a la conclusión de que los campos opuestos del objeto y del sujeto, de tan abrumadora evidencia, no pueden divorciarse nunca; que el mundo está en nosotros en el mundo indisolublemente y que cualquier suposición teórica en contrario no puede llevarnos muy lejos. El arte es una de las formas más sutiles y eficaces de conquistar la realidad, acaso la única, si consideramos ciertos métodos de la filosofía y aun de la ciencia moderna. Su función es encontrar imágenes, formas y símbolos que delimiten y capten, con valores accesibles y permanentes, esas nuevas zonas de la realidad. No sabemos si algún griego de la época clásica sintió el amor hasta el ansia de disolverse en el amado, como Tristán e Iseo; ni si haya cavilado sobre los móviles de su conducta hasta llegar a parecerle la acción un atropello al mundo interior, como sucede a Hamlet; ni si, finalmente, se haya sentido con tanta valentía y rigor lógico como don Quijote, distinto de sí mismo. Todo lo que podemos afirmar es que, en la literatura griega, la más admirable de las literaturas antiguas, no encontramos representaciones estéticas que nos revelen el descubrimiento de esas nuevas zonas de la realidad. Y desde Shakespeare y Cervantes nos hemos ido internando en otros territorios desconocidos.

¿Dónde comienza a florecer la rosa? ¿Hasta qué tenebrosas tierras de jugos mortales prolonga sus raíces la subconciencia? ¿Hasta qué altura, confundidos con las briznas de la luz y los flecos de las nubes, ascienden los tallos invisibles en que mueven sus hojas los sueños? Porque este árbol que es el hombre comienza en sus raíces más hondas y se prolonga hasta sus hojas más temblorosas. El arte ha venido encontrando imágenes, formas y símbolos a lo que parecía imposible; ahora sacamos agua de la realidad sin que se escurra entre los mimbres de la canasta. David H. Lawrence llegó, en muchas páginas de extraordinaria fuerza y adivinación, a seguir delicadamente los frágiles tentáculos que alimentan la subconciencia; Marcelo Proust pudo

fijar, con la finura de un sabio que trabaja sobre materiales que descompone la luz y pulveriza el viento, el punto en que el nuevo instante recibe la carga de la serie infinita de instantes anteriores, presente en nuestra memoria; Franz-Kafka levantó, con un genio de composición que tiene algo de arquitectura filosófica, el mundo complicado que puede dar realidad a esa especie de remordimiento que es la vida. Y entre el Ulises homérico, que durante años excursiona por el Mediterráneo, y el Ulises irlandés, que se pasea un día en la ciudad de Dublín, hay toda la diferencia que va de la clara geografía del mundo exterior a los oscuros laberintos en que el mundo se desdobla en la conciencia. Pero este mundo del Homero irlandés también es la realidad. En el poema de Pedro Prado el jardinero, que al fin no descubre dónde comienza a florecer la rosa, se conforma con una verdad más fácil; en el rosal —piensa— es toda la tierra la que florece. Y acaso podamos aprovechar su lección. El arte, modo de vida más hondo y permanente que este frágil existir de todos los días, es la verdadera medida de la realidad. Conformémonos con pensar que es real todo aquello cuya sustancia puede encontrar formas y redención en el arte.

Para quien conozca su obra, Magdaleno apenas necesita decir que concibe la misión del escritor como un compromiso, como una noble obligación, como un pacto tácito de apostolado. Baste decir que es artista, porque el arte —sin salirse de sus propios límites— revela, orienta y redime. El gran filósofo alemán Martín Heidegger, explicando unos versos de Hölderlin, radica en el lenguaje la misión más alta del hombre; la palabra es revelación de lo existente y garantía de la historia. El lenguaje es el más peligroso de los bienes, canta Hölderlin —porque es el que hace el mundo en que el hombre se salva o se pierde, comenta Heidegger. La palabra es la espada con que conquistamos el mundo en que vivimos. El poeta es un guerrero en campaña. Y el escritor que no sabe el arma que lleva en la mano, muy poco podrá ayudar en las batallas del espíritu.

Bienvenido, Mauricio Magdaleno, a la Academia Mexicana; bienvenido porque todo artista que siente y que responde al desafío de la realidad con una palabra valiente, iluminada y generosa, es timbre y ornamento de cualquier Academia.

HISTORIA DEL HISPANISMO EN LOS PAISES BAJOS *

por el Dr. J. A. VAN PRAAG.

DOS VECES nuestra Academia recibe el mensaje del hispanismo holandés. Ayer, y no hace mucho tiempo, fue el Profesor Van Dam, Director del Instituto de Estudios Hispánicos, Portugueses e Iberoamericanos de Utrecht; correspondiente a la Academia Española, filólogo y erudito editor de clásicos españoles, quien nos deleitó con una conferencia sobre las funciones del subjuntivo, cuya amenidad sorprendió a todos a pesar de la aparente aridez del tema. Hoy el Dr. J. A. Van Praag nos envía una conferencia sobre la historia del hispanismo en los Países Bajos. El Dr. Jonas Andries Van Praag nació en 1895; es catedrático de lengua y literatura españolas desde 1948; Doctor en Letras Españolas graduado en 1922, y titulado en la Licenciatura de Derecho el año 1926; desde 1927 desempeña cátedras en las Universidades de Amsterdam, Leyden y Groninga; y ha disertado sobre la Comedia Española en los Países Bajos durante los siglos XVII y XVIII así como ha publicado un Diccionario Español-Holandés. Este hombre eminente se proponía visitarnos, pero como no le ha sido dable llegar hasta nuestro país, ha tenido la gentileza de enviarnos su conferencia, que el Sr. J. B. ten Broek, Agregado de Asuntos Culturales de la Embajada de los Países Bajos en México, nos hará el favor y la honra de leer en esta sesión, por lo cual, a nombre de nuestra Academia, le ofrezco la expresión de nuestro más vivo agradecimiento. Tiene la palabra el Sr. ten Broek.

ALFONSO REYES.

---

* Conferencia leída por el Sr. J. B. ten Broek, el 12 de julio de 1957, después de leídas la presentación hecha por el Dr. Alfonso Reyes, Director de la Academia, y las palabras del Sr. ten Broek.

Palabras de Introducción

EN NOMBRE de mi País y sobre todo del gran número de mis paisanos que se interesan por la cultura hispánica, agradezco a la Academia Mexicana la acogedora recepción y la hospitalidad que brinda al movimiento lingüístico hispano, que también en Holanda existe, al oír nuevamente un estudio hecho por un hispanista de este país.

Es ésta la segunda vez que la Academia acoge a un Académico holandés. La primera, hace poco más de dos años, esta ilustre Academia escuchó las palabras del hispanista holandés Dr. Van Dam, que en aquella ocasión disertó sobre un tema puramente linguístico.

Era entonces Director de la Academia el licenciado Alejandro Quijano que siempre mostró un vivo interés en las relaciones culturales entre México y Holanda. Durante los años que tuve el privilegio de tratar al Licenciado Quijano, siempre quedé impresionado por sus altos valores culturales y por su gran actividad de índole humanitaria, merecidamente recompensados al recibir el nombramiento de Director de la Academia Mexicana de la Lengua y el de Presidente de la Cruz Roja Mexicana, valores que fueron también reconocidos por la Reina de Holanda quien designó al licenciado Alejandro Quijano, Oficial de la Orden de Orange Nassau.

Me siento muy honrado en presentar un trabajo de otro estudioso de la lengua y literatura españolas ahora que esta ilustre Academia está bajo la dirección de un sabio mexicano, Don Alfonso Reyes, cuya fama como literato se ha difundido en muchas partes del mundo y cuyas obras son leídas en los países de habla española y en todos los círculos del mundo donde el hispanismo ha penetrado como en mi país.

Por lo que se refiere a esto, cabe, en este ambiente de letras mexicanas, recordar a otro ilustre escritor que hasta hace poco fue Embajador de México en La Haya, el Abogado Manuel Chávez, que supo despertar en mi país un gran interés hacia la cultura mexicana y su folklore que ya ha dado frutos con la creación de un convenio privado entre los literatos holandeses que en el momento estudian la posibilidad de traducir obras mexicanas al holandés y viceversa. Por su gentileza y simpatía y su vasta cultura, don Manuel Chávez ha dejado muchos amigos en Holanda.

El estudio del profesor Van Dam, fue leído en la Academia por él mismo y como ustedes recordarán, lo hizo con su entusiasmo natural y magnífica pronunciación y me da mucha pena que en cambio tengan que aceptar la mía defectuosa en el seno de esta Academia en donde el idioma y el arte de la oratoria siempre han sido "conditio sine qua non".

Ruego a ustedes que acepten mis disculpas por la violación de esta regla que cometo.

J. B. ten Broek.

Historia del hispanismo en los países bajos

Al preparar una charla sobre la historia del hispanismo en los Países Bajos, mi primera perplejidad nace de las múltiples acepciones que esta palabra de hispanismo ha venido tomando. El Diccionario de la Real Academia le presta ya cuatro designaciones diferentes: 1o. giro o modo de hablar propio y privativo de la lengua española; 2o. vocablo o giro de esta lengua, empleado en otra; 3o. empleo de vocablos o giros españoles en distinto idioma y 4o. afición al estudio de la lengua y literatura españolas y de las cosas de España. Mas, por ser mi cometido hacer historia del hispanismo y no el de tratar de los hispanismos, creo que está claro cuál de las cuatro acepciones cuadra con mi propósito: no puede ser más que la cuarta. Me propongo sin embargo, hacer alto al llegar a las postrimerías del siglo XVIII. Si incluyera los tiempos modernos, abusaría de la paciencia de ustedes y la cosa que más aborrezco es aburrir a mis prójimos.

El origen de las relaciones, sobre todo comerciales pero también artísticas y culturales, entre los Países Bajos y España se remonta a la Edad Media. Al principio, más bien eran los Países Bajos Meridionales los que sostenían animado comercio con la Península Ibérica y más concretamente el Condado de Flandes. Este Condado perdió su preponderancia por el siglo XVI ante la pujanza de la activísima y ambiciosa ciudad brabanzona de Amberes que llegó a ser el mayor emporio de este siglo.

La presencia de colonias españolas en los territorios de Flandes y Brabante, de las guarniciones de los famosos tercios —aun después de la marcha definitiva de Felipe II de las Provincias del Norte— y sobre todo la intromisión en los cuerpos gubernativos de no pocos funcionarios españoles, compelían a los neerlandeses a aprender la lengua castellana, que, por lo demás, después de haberse esparcido por el Nuevo Mundo, parecía estar en vías de constituirse en lengua universal. De sobra es sabido que Carlos V, flamenco de nacimiento, prefería el idioma de sus nuevos súbditos al francés incluso que le era más familiar, y que en presencia del Papa se negó a expresarse en otra lengua que no fuese el español.

El hecho de que en el siglo XVI se imprimiesen tantas gramáticas españolas y diálogos en español y flamenco, o en tres idiomas: español, francés y flamenco, tiene además otra explicación. Los Países Bajos, por aquel entonces, fueron erigiéndose en centro del mundo editorial, rivalizando con Francia e Italia que les precedieron. Las grandes imprentas de las ciudades flamencas y brabanzonas (las holandesas habían de cobrar su mayor importancia un siglo más tarde), no cejan ante ninguna dificultad: estampan con gran maestría en caracteres griegos, hebreos y árabes; tienen el monopolio de los libros de rezos en español y proveen al mismo tiempo de biblias hebraicas

a cuantas comunidades de judíos vivían esparcidas por Europa. Y no ha de sorprendernos que, entre los estudios gramaticales, se encuentren algunos de autores españoles, cuyos ejemplares, por cierto, son rarísimos en el mercado de libros antiguos, habiendo merecido reimpresión muy pocos. Sin embargo, disponemos del utilísimo libro del Conde de la Viñaza, titulado: *Biblioteca histórica de la filología castellana,* obra premiada por la Real Academia Española y publicada por su cuenta en 1893, en el cual figuran extractos de varios de estos manuales.

En 1550 se publica en Amberes un libro de enseñanza titulado: *Suma y erudición de gramática en metro castellano, muy elegante y necesaria para los niños que oyen Gramática, o la han de oír,* por el Bachiller Thámara, profesor y preceptor de ella en Cádiz". Fue editada por el impresor Nuyts que españolizó su apellido en Nucio. Cinco años más tarde ve la luz otra gramática anónima en tres idiomas (español, francés y latín) intitulada: *Util y buena institución para aprender los principios y fundamentos de la lengua española.* Esta vez no es en Amberes, sino en la prestigiosa ciudad universitaria de Lovaina donde radica la imprenta que publicó este libro rarísimo que todavía en nuestro tiempo ha servido al malogrado profesor Amado Alonso para fijar la pronunciación de entonces. Tres años más tarde, el impresor antuerpiense Guillermo Simón edita la gramática castellana del Licenciado Villalón, acaso más importante ésta que la anterior, también estudiada por el mismo Alonso y por nuestro compatriota el Profesor de Leiden, Kukenheim, conocedor como pocos de las gramáticas del período renacentista.

Los amsterdameses aprendieron el castellano más tarde en la gramática de Ulrick Raetkens. El filósofo Espinosa poseyó un ejemplar y en 1718 el sefardí Manuel Texera Tartaz que enseñaba la lengua de sus mayores a los hijos de los ricos comerciantes y navegadores, la reimprimió revisada. Otro sefardí de nombre Fonseca publicó una *Ortografía Castellana.* El poeta romántico Isaac da Costa, judío de origen portugués que se convirtió al protestantismo, guardaba un ejemplar de ésta heredado de sus padres.

Durante dos siglos enteros, los Países Bajos, como llevo dicho, proveyeron al mundo de libros de enseñanza de índole puramente práctica. Se trata de métodos en forma coloquial que aún en nuestros tiempos gozan del favor del público. La serie de estos diálogos didácticos comienza con *El Vocabulario para aprender francés, español y flamenco,* publicado en 1520 por el editor antuerpiense Willem Vorsterman, más famoso por la biblia en lengua neerlandesa editada por él mismo ocho años más tarde. En 1551 los diálogos se tradujeron al latín, probablemente para uso de los estudiantes y profesores que se valían de esta lengua en los centros universitarios de toda Europa. En 1580, precisamente dos años después de su adhesión a la causa de la libertad, Amsterdam los reimprimía y en 1608 Rotterdam seguía su ejemplo. Pero ya

desde 1576, el impresor Heyndrix de Amberes que poco después, por motivos religiosos, había de trasladar sus negocios a Holanda, incluyó en los Diálogos una traducción al inglés y otras al italiano y al alemán. El gusto del Renacimiento se deleitaba en ediciones plurilingües con caracteres distintos para cada idioma. Pronto se incluyó una versión portuguesa y desde entonces eran casi exclusivamente las imprentas holandesas las que divulgaban en esta ampliada forma el apreciado librito, primero las de Delft y luego las de Flesinga, La Haya, Amsterdam y Middelburgo. La última edición de los famosos diálogos, de los cuales se ocupó detenidamente el profesor flamenco Verdeyen, salió de las prensas de una casa antuerpiense, la de Henrik Aertsens en 1662, con lo que la carrera brillante de este libro se cerró donde había empezado.

Desde luego, hemos de reconocer que estos coloquios distaban de ser perfectos; eran sencillísimos y, en honor a la verdad, tenemos que confesar que en aquellos tiempos los hubo extranjeros de mejor calidad. Palidecen, por ejemplo, al lado de los célebres diálogos del francés César Oudin, autor también de un conocidísimo diccionario francés-español. Sus *Diálogos muy apacibles escritos en lengua española y traducidos en francés*, por otra parte también se publicaron en estos Países Bajos. Entre 1611 y 1675 fueron estampados cinco veces en Bruselas.

Aunque, también considerablemente inferiores a los que circulaban en Francia e Inglaterra, los Países Bajos contaban a partir del siglo XVII con diccionarios de la lengua española. Francia poseía en el de Oudin un verdadero tesoro, como en realidad se titulaba: *Tesoro de las dos lenguas francesa y española*. Las prensas de Bruselas, por entonces residencia oficial de un gobernador español, lo publicaron cuatro veces. De modo que los que en Flandes hablaban y entendían el francés, que no eran pocos, podían prescindir de un diccionario español-neerlandés, pero quedaba una buena parte de flamencos hispanófilos que no dominaban el francés, y, una vez establecida la paz con España, también los holandeses, ávidos de entrar en contacto con los que fueron sus adversarios, sentían la necesidad de un buen trujamán que les tradujera su lengua al español.

Generalmente se considera el *Nuevo Diccionario tesoro de la lengua española y flamenca* sacado a la luz por la casa Jerónimo Bautista Verdussen en Amberes por el 1659, como el primero y único de su género. Pero, con ser el mejor, no dejó de tener predecesores.

Tanto el finado Profesor flamenco Willem de Vreese, como el malogrado romanista holandés William Davids nos han procurado datos de los dos diccionarios que le precedían. El primero fue escrito por un tal Juan Francisco Rodríguez, y salió de las prensas del impresor antuerpiense Trognesius en 1624. El segundo no fue otro que el mismo con la añadidura de otra tercera parte en francés. De la ya citada obra de 1659 se dice autor Arnaldo de la Porte,

capellán mayor del Castillo de Amberes, que la dedica "a los Magníficos Señores Don Florencio de Berchem, Señor de Tongerlaer, y Gregorio Mertens, Cónsules, y a los Señores Senadores, Tesoreros y Recibidores Generales de la Ciudad amplísima de Amberes". Este diccionario, por más que no lo confiese su autor, ha contraído fuertes deudas con el de Oudin. Es en gran parte un calco e inferior en todas sus partes al de éste. De la Porte se contenta con la traducción escueta de un término, las más de las veces sin consignar más que una sola acepción del mismo. Y le faltan las locuciones adverbiales. La *Gramática Española muy provechosa para la Juventud y amadores de la lengua española* que se incluye, es tan pobre como el diccionario y en todo punto inferior a las que por aquel entonces se escribían en Francia, tales como la del mismo Oudin y la de su rival español Ambrosio de Salazar.

Pues bien; los Países Bajos casi hasta nuestros días no tuvieron revisores de la obra de Arnaldo de la Porte y se han tenido que remediar, para mal de sus males, con ese pobre léxico.

Después de haber tratado, siquiera sea superficialmente, del material de estudio de que ya disponían los flamencos en el siglo XVI y a fines de esta misma centuria los holandeses, vamos a tratar de los libros que, con ayuda de los citados diccionarios, vocabularios y gramáticas, servían de pasto a la curiosidad de nuestros antepasados hispanófilos.

Podemos clasificar esta bibliografía en tres categorías: libros impresos en Holanda en español, libros de traducción francesa, y, por fin, los de versión flamenca u holandesa.

De los de la primera categoría hizo un inventario el belga J. Peeters Fontainas *(Bibliographie des impressions espagnoles des Pays Bas)*, llegando al respetable número de las 1484 ediciones, no limitándose, naturalmente, a las primeras. Pero todavía se quedó corto. El erudito alemán Dr. Hermann Tiemann de Hamburgo, afirma que fácilmente podría aumentar la lista con otros 300 libros. Sin embargo, hay que decir que en esta enorme cantidad, se hallan comprendidos los numerosos libros impresos en Amsterdam por los miembros de la comunidad sefardita, y que respiran ambiente completamente distinto.

Huelga decir que sólo una mínima parte de los ejemplares de las obras españolas impresas en nuestra tierra, había de saciar la sed de lectura de los hispanófilos de estas provincias; por una parte, los editores antuerpienses y amsterdameses tenían vastísima clientela en el extranjero, y, por otra, buen número de las ediciones que aquí se hicieron corrieron a cargo y encargo de España.

Sirva de muestra una pequeña lista de libros españoles de singular mérito que, gracias a los cuidados de nuestros antiguos impresores, se han dado a conocer en estas provincias: *La mística ciudad de Dios* de Sor María de Agreda (6 ediciones antuerpienses); *Guzmán de Alfarache* de Mateo Ale-

mán (3 ediciones bruselenses y 4 antuerpienses); *El comentario de la guerra de Alemania* de D. Luis de Avila y Zúñiga (4 ediciones); las obras de Boscán y de Garcilaso (11 ediciones).

De sobra es sabido que el *Cancionero de romances*, el primero de todos, se publicó en Amberes entre 1540 y 1550 y que fue reimpreso repetidas veces y cada vez con nuevas aportaciones. El Quijote mismo se imprimió en Bruselas en vida del propio Cervantes. También *Las novelas ejemplares* fueron aquí honradas con una de sus primeras ediciones, la de 1614 del bruselense Velpius. Y el *Persiles* salió en la misma capital cuatro años más tarde. Es notorio también que una de las primeras ediciones del *Lazarillo de Tormes* es la de 1554 de Nucio de Amberes. Pero ¿a qué continuar detallando títulos de libros españoles publicados en Flandes? Tal vez no esté de más, sin embargo, demostrarles que también Holanda tuvo su buena cosecha de obras españolas impresas en la lengua original. La célebre casa Blaeu publicó las obras de Gracián; los Elsevier de Amsterdam editaron reunidos en un espléndido in folio, aparecido en 1670, el *Opus epistolarum* de Pedro Mártir de Anglería y *Las Letras* de Hernando del Pulgar. *Saavedra Fajardo* no sólo llegó a imprimirse en español y, por cierto, ornado con primorosos emblemas, sino en casi todos los idiomas europeos. Las casas Jansonius y Elsevier divulgaron a porfía, no se sabe si en competencia o en colaboración, el famoso *Príncipe cristiano político* por todas las naciones europeas.

En Flandes se imprimieron también legión de libros devotos: Santa Teresa, Nieremberg, el venerable Juan de Palafox y Mendoza. Como es de comprender, éstos faltan en la oficialmente protestante Holanda. Aquí más bien se publicaron biblias en español, según la versión del reformista Cipriano de Valera.

El número de traductores de libros españoles entre 1500 y 1700 es asombroso y la calidad de algunos de ellos excelente. Pasando por alto el enorme número de versiones al francés publicadas en los Países Bajos Meridionales y enumeradas en nuestros tiempos por el conocido hispanista Raymond Foulché-Delbosc, les voy a hablar hoy de lo que se les ofrecía a los flamencos que ignoraban el francés y a los holandeses interesados por la literatura española, que no dominaban el castellano tan a la perfección como para saborear sus obras maestras en el texto original.

Por de contado que en Holanda, como en España y en Francia, nuestros bisabuelos y tal vez más aún nuestras bisabuelas, eran entusiastas lectores del Amadís. La serie completa de los Amadises, o sean 22 libros, vieron la luz en ropaje holandés desde 1598 hasta 1624 sucesivamente. Los editores eran holandeses de Leiden, de Rotterdam, de Amsterdam y de Utrecht. Sabido es que Guillermo de Orange se deleitaba en estas lecturas (aunque él con toda

probabilidad hiciera uso de una versión francesa). Varios episodios se llegaron a dramatizar: Starter escribió su *Daraïde* (1621), Salomón Questiers un *Griekxsen Amadís* (1633), y Breeroo adaptó a la escena holandesa tres episodios del Palmerín de Olivar, en su *Rodd'rick ende Alfonsus* (1611), *Griane* (1612) y *Stommen Ridder* (1618).

La novela pastoril, cuya patria de origen se ha de buscar en Italia, llegó a su apogeo, no obstante, en la Península Ibérica. Andrien van Nispen tradujo la célebre *Diana* de Montemayor y la publicó en Dordrecht (1653), cuyo texto va aquí unido al de la *Diana enamorada* del valenciano Gaspar Gil Polo. Y a esta obra le precedieron buen número de *Arcadias* originales. Otra publicada posteriormente, la *Dordrechtsche Arcadia* de Lambert van Bos (1662), muestra una marcada influencia española, lo que era de esperar tratándose del traductor del mismísimo Quijote.

La versión holandesa de esta obra inmortal por el mismo rector de la escuela latina de Dordrecht, data de 1657. Y por primera vez, a don Quijote le cupo el honor de aparecer ilustrado, no inmejorablemente, desde luego, puesto que debe ser el libro que ha merecido las más ingeniosas y magistrales ilustraciones andando el tiempo. Pero, con los medios técnicos con que se contaba en el siglo XVII, seguramente fue Holanda el país mejor dotado del mundo para la ilustración realista. La vida de Don Quijote y Sancho ha lucido su primer ropaje holandés en siete ediciones consecutivas. En 1746 el editor de La Haya, Pieter de Hondt, publicó un in folio que todavía hoy constituye un tesoro para los coleccionistas de libros cervantinos. Es la edición abreviada de Jacob Campo Weyerman, con sus 31 grabados hermosísimos de Coypel. En 1706 los lectores compatriotas nuestros pudieron asimismo enterarse del texto del Quijote bastardo de Fernández de Avellaneda, a través de la traducción libérrima de Alain René Lesage. De las dramatizaciones entresacadas del Quijote, que fueron numerosas, se mantuvo en los carteles la chusca *Don Quichot op debruiloft van Kamacho* (1712, del dramaturgo harlemense Pieter Langendijk).

En la patria de van Ostade, Teniers y Jan Steen, no es nada extraño que gustara tanto la novela picaresca. *Lazarillo de Tormes* fue traducido, a través del francés, en 1579 e inspiraría luego a Breero para crear su *Spaansche Brabander*. *Guzmán de Alfarache*, despojado de sus discursos moralizadores, tuvo un traductor anónimo en 1655, y Thomas Asselijn sacó materia de este libro para una de sus comedias. El aristocrático Jan Six, se dignó también dramatizar uno de sus capítulos.

El *Buscón* de Quevedo y sus *Sueños* lograron una asombrosa popularidad.

Pero desviémonos de los libros en prosa y dediquemos algunos momentos a la historia de nuestro teatro. Los románticos de entre nuestros

dramaturgos se inspiran, tal como es comprensible, en los dos teatros nacionales más significativos: el inglés y el español. El más entusiasta de Lope y de sus contemporáneos fue Theodoro Rodenburg, quien visitó España por los años 1610-1613 y que volvió zumbándole todavía los oídos de sonoros versos españoles. De Lope tradujo tres comedias, de Aguilar otra. Si él dominaba suficientemente la lengua castellana para trasladar al verso holandés las obras de los ingenios españoles, otros de sus contemporáneos habían de recurrir a los auxilios de algún judío sefardí que se encargaba de la traducción en prosa, después rimada por el poeta holandés.

La comedia lopesca que más éxito cosechó y que durante dos siglos se mantuvo intermitentemente en los carteles del teatro municipal de Amsterdam, fue *Los locos de Valencia,* que aquí se dio a conocer bajo el título *De min in het Lazarushuis,* y su traductor fue el aventurero Focquenbroch, médico de profesión e infatigable viajero. También Flandes pudo deleitarse con Lope en el idioma vernáculo. Antonio Francisco Wouthers (que, como ustedes ven, españolizó sus nombres de pila) tradujo *El castigo sin venganza* y *El gran duque de Moscovia;* Cornelio de Bie, notario de la pintoresca y pequeña ciudad de Lierre (que asimismo dio a su nombre tinte español) vertió al flamenco *Las pobrezas de Reynaldos.*

En total se tradujeron de Lope 19 obras, de Calderón cinco, de Ruiz de Alarcón 1, otra de Vélez de Guevara y algunas más.

Los que fulminaban contra el teatro español en nombre de los sacrosantos principios del teatro clásico, acabaron por defender las mismas comedias españolas, transformadas por los clasicistas franceses. Traduciendo al holandés las refundiciones de dichos autores, nuestros comediógrafos dieron a conocer a nuestro público otras muchas comedias y aun de las mejores, que aquí pasaban por francesas.

La gente beata que detestaba el teatro por considerarlo liviano pasatiempo, no por eso estaba privada de lectura española en traducción. En 1667 el librero de La Haya, Johannes Tongerloo, publicó *La cuna y la sepultura* y *Las cuatro pestes,* de Quevedo, en ropaje holandés, y recopilados por J. de Bosch que vivía entonces en Madrid y los dedicó desde allí a su amigo van Heemskerck. Mas no es éste el único libro de devoción española que se leía en la oficialmente protestante Holanda. Se hizo popularísimo el tratado *Scht der zielen, ofte begeerder,* que las más de las veces se editaba junto con el Kempis. En la portada se dice que había sido escrito en español en tiempos remotos. Nadie sabía su origen, hasta que yo tuve la fortuna de descubrir el original *Tratado del deseoso* de mediados del siglo XVI.

En la católica Flandes se comprende que hubiese gran demanda de obras devotas españolas en traducción flamenca, y en efecto la cosecha fue rica. En Amberes varias casas editoriales, entre las cuales descuella la de

Cnobbaert, contribuyeron enormemente con repetidas ediciones a la divulgación de las traducciones flamencas de *La guía de pecadores* de Fray Luis de Granada, de la *Vida de Santa Teresa,* de las *Moradas* y de *Camino de perfección* de la misma santa, de las obras de San Juan de La Cruz, de Nieremberg, de Luis de la Puente, Alfonso Rodríguez, Palafox y Mendoza, Castañiza, Ribadeneyra, Fray Luis de Palma y de casi todos los libros de escritores jesuitas, que llegaron a conocerse profundamente.

Hablar del hispanismo en Holanda sin abordar el capítulo de la influencia sefardí en Amsterdam sería tanto como omitir un factor de primera importancia en la historia que nos ocupa. Los llamados sefardíes o sefarditas, eran los judíos de origen español y portugués que desarrollaron una notable actividad espiritual y comercial en nuestra capital. Pero no se crea que esta comunidad se componía de los que se vieron obligados a expatriarse a raíz del edicto de los Reyes Católicos, por rehusar el bautismo, porque la mayoría de éstos se encaminaron a los estados italianos o a los países mahometanos. Y muy pocos emprendieron el camino de los Países Bajos desde Africa o desde el Próximo Oriente. No, la mayoría de los que fundaron la comunidad israelita de Amsterdam emigraron solos o en pequeños grupos directamente de la Península Ibérica o por vía de Francia, y eran en punto a religión, cristianos nuevos. Ya en tiempos de Carlos V había una comunidad floreciente de los mismos en Amberes. A fines del siglo parte de ellos pasaron a Amsterdam, donde se quitaron la careta católica y se confesaron judíos; los más llegaron después, a principios del siglo XVII, con autorización de establecerse en la capital, a cuya prosperidad contribuyeron en gran medida.

Esta comunidad que, en el curso de un siglo, llegó a contar con algunos miles de almas, aunque hablaba portugués por haber residido la mayoría temporalmente en Portugal, usaba el español en las ocasiones solemnes, para la traducción de la Biblia y de los libros de oraciones.

La actividad literaria de este grupo de emigrados era considerable. El mundo conoce y admira la sabiduría y el genio filosófico del disidente Benito de Espinosa (que sin embargo se expresa en latín); el teatro y la novela se han enriquecido con las vicisitudes de la vida azarosa de otro disidente: Uriel da Costa; entre los rabinos se destaca el conocido Menasse ben Israel, inmortalizado por el retrato de Rembrandt y por sus obras latinas y castellanas. Vinieron a refugiarse los poetas españoles Don Antonio Enríquez Gómez y Don Miguel de Barrios, ambos cristianos nuevos, cuyas obras llegaron a publicarse en las prensas de los mismos sefardíes.

Como los miembros de la comunidad mantenían su propio teatro, donde daban representaciones en español, publicaron por su cuenta colecciones de comedias españolas, escribieron otras de su cosecha y tradujeron algunas

del francés. Hace tiempo tuve ocasión de ocuparme de la interesante versión que en 1758 Benjamín García publicó e hizo representar del *Brutus* de Voltaire. Dedica su edición a Don Enrique Gómez Suárez, director del colegio de la comedia española.

Los ejemplares de biblias españolas, libros de rezo, colecciones de poesías, folletos en ocasión de un día memorable, se han hecho raros en el comercio. Gracias al celo de sus bibliotecarios, la Biblioteca del Seminario de la Comunidad dispone de una hermosa colección que, con justo orgullo, administra, y ofrece ocasión a los estudiosos, de enterarse de su contenido.

Interesantes son las comedias de tema bíblico como la de Amán y Mardoqueo por Isaac Cohen de Lara y el auto sacramental judío *Diálogo dos montes,* en portugués, representada en la misma sinagoga.

La Comunidad tenía varias academias, cuyos miembros celebraban certámenes y vejámenes, tal como se solía hacer en la España de aquel tiempo. Y para uso de los niños se compusieron gramáticas españolas y hasta libros de aritmética y geometría en castellano.

Hasta las primeras decenas del siglo XIX siguió expresándose la Comunidad en las dos lenguas de la Península Ibérica, pero después, por orden del Gobierno que les había dado los derechos de ciudadanía, tuvieron que conformarse al uso del idioma holandés.

Una de las cosas que podrían preguntarse es si los literatos holandeses, cuya fama ha traspuesto las fronteras —un Vondel, un Hooft, un Huyghens—, mostraron también interés por España y su literatura: empecemos por el "Príncipe de las letras holandesas". Vondel probablemente conocía la lengua de Castilla, puesto que sostuvo correspondencia con Bernardino de Rebolledo, cuando éste era embajador de España en la Corte de Dinamarca. En cuanto a Hooft, es seguro que sus conocimientos del español eran profundos. En su *Nederlandsche Historiën* da pruebas convincentes de haber leído a cuantos españoles escribieron sobre la Guerra de Flandes. Y Huyghens, aparte de ser un estilista consumado en francés, conoció suficientemente el español para traducir una enorme cantidad de proverbios españoles a nuestra lengua. Cats versificó *La Gitanilla* de Cervantes, pero probablemente a través de una traducción francesa.

Verdad es que ninguno de ellos conocía España por haberla visitado, pero las numerosas relaciones y descripciones de viajes emprendidos por otros holandeses, y un gran número de relatos franceses o alemanes, publicados en estas provincias, les proporcionaron los conocimientos requeridos para hacerse una idea del país español y de sus habitantes. Los relatos de conquistadores y exploradores de Indias encontraron aquí ávidos lectores. El conocido explorador y navegante holandés Jan Hyghen van Linschoten tradujo la famosa obra del Padre Acosta: *Historia natural y moral de las Indias.* Nues-

tros aficionados al género conocen también la interesantísima colección de relatos de viajes traducidos y publicados por el editor leidense Van der Aa.

Que en el siglo XVIII el interés por los navegantes aún seguía vivo, lo prueba la publicación en holandés del célebre relato de Don Jorge Juan y de Don Antonio de Ulloa del viaje que por orden del Rey de España hicieron a su imperio colonial. Fue un editor de la pequeña ciudad Zelandesa de Goes quien emprendió su lujosa publicación. También las Cartas de Cortés a Carlos V se vieron trasladadas a nuestro idioma en 1780. Incluso el mismo arte de navegar pudieron aprender nuestros marineros del célebre maestro Pedro de Medina, cuyo famoso libro se publicó aquí bajo el título *De zeevaert oft Conste van ter zee te varen,* salido de las prensas amsterdamesas de Cornelis Claesz en 1598.

Pero... me dirán ustedes, y con razón, que me pierdo un poco en el mar de libros, sin seguir el rumbo que pocos minutos ha, había elegido o sea el de las distintas descripciones de España.

Y por cierto que no eran pocas. Una de las primeras, que no hallé incluída en la conocida bibliografía de Tiele, es un anónimo *Breve relato del estado de España* ...sacado de los registros de la secretaría regia de España, publicado por Jacques Charpentier, librero en la Rozengracht de Amsterdam, año 1633. A éste le siguió el conocido elseviriano en latín de manos de Juan de Laet. En varias ediciones se leyó el relato del alemán Zeiler y el del holandés Aertsen van Sommelsdijck, escrito éste en francés. De 1705 data la descripción de Willem van den Burge y entonces ya se conocían aquí dos ediciones holandesas del tan famoso libro de la fantasista Madame D'Aulnoy.

Sigue siendo un enigma la verdadera paternidad del precioso libro que circuló bajo la de cierto Don Juan Alvarez de Colmenar. Nuestras prensas lo difundieron bajo distintos títulos. Hay ediciones en francés, tituladas *Annales d'Espagne et de Portugal,* o *Les délices de l'Espagne et du Portugal.* Existe también una espléndida edición en holandés, precioso in folio titulado: *Beschrijving van Spangien en Portugal.* Todos ellos aparecieron profusa y ricamente ilustrados. Son las láminas del libro de Colmenar las que todavía adornan a casi todas las obras modernas sobre la España del siglo de oro.

El interés por España fue decayendo a fines del siglo XVIII, para volver a nacer en el último tercio del siglo pasado y llegar a un nuevo florecimiento en nuestros días. Elocuente prueba de esto fueron las *Jornadas hispánicas,* que celebramos en la prestigiosa y acogedora ciudad de Carlo Magno.

Nos anima a los hispanistas holandeses de hoy un gran entusiasmo y está viva en nosotros la convicción de que el estudio español en nuestra patria, lenta pero seguramente, va marchando hacia un nuevo apogeo. Que sea nuestra divisa la que orgulloso lucía el que fue común señor de España, Flandes, de Holanda y de las Indias, el Emperador Carlos V: "¡Plus ultra!"

HOMENAJE AL SEÑOR LIC. DON ALEJANDRO QUIJANO DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

DISCURSO DE LA PROSA CASTELLANA

por don Ermilo Abreu-Gómez.

DIRÉ ALGUNAS palabras acerca de la evolución de la prosa castellana, partiendo de las formas mismas del lenguaje para hacer más fácil la comprensión de la tesis que trato de exponer. Me valdré de mis lecturas y observaciones, y también de lo que sobre el tema han dicho otros escritores de más experiencia y mejor doctrina.

Lengua y estilo

"El lenguaje —escribe Menéndez Pidal— es algo ajeno a la voluntad del individuo, pero tanto el más pequeño, como el más grande cambio que ocurren en el idioma, obedecen a la iniciativa de alguien y a la adhesión que a esa iniciativa prestan otros sujetos, imitándola o reajustándola a su propio gusto; por tanto, el resultado de muchos actos individuales, voluntarios y conscientes, aceptado por una colectividad, no es ajeno al individuo ni tampoco inconsciente ni ciego ni mecánico".

En su origen, pues, el lenguaje es oral; por eso se dijo: en el principio fue el Verbo. Al pueblo le gusta crear y recrear palabras, imponerles significado traslaticio y alterar el sonido de ésta o de aquella letra. En su boca nacen y mueren los vocablos y, cuando menos se espera, también resucitan y, a veces, en forma tan lozana que bien podría decirse que nunca estuvieron muertos.

La lengua escrita, en cambio, determina alteraciones en la sintaxis, en la distribución de las frases y en el orden de la oración. La primera es más sensible; la segunda más racional. De ahí que la lengua hablada evolucione con más lentitud que la escrita. A veces lo hablado y lo escrito se funden. Pero también se bifurcan y hacen su camino aparte, como si pretendieran determinar su independencia y crear un canon único y ejemplar. De la vinculación o del predominio aislado de uno u otro recurso, se derivan los valores

literarios. De ahí que languidezca la expresión escrita que se muestra sorda a las enseñanzas del lenguaje oral, y que decaiga la expresión hablada que ignora o desdeña las influencias del modelo escrito. La expresión justa es la suma o la concordia de aquellas fuentes que son algo así como las dos caras de la misma moneda; quiere decirse del mismo metal.

Por otro lado, el castellano responde a principios que, en su más íntimo y remoto origen rebasan el campo lingüístico e invaden el psicológico, tal como explica Navarro Tomás. Navarro Tomás dice: "En cada época la lengua literaria ha desarrollado algún aspecto de la construcción oracional. La formación fonológica ha acompañado a la sintáctica, aunque las líneas de una y otra no se correspondan con completa identidad. En la prosa antigua, las frases se agrupan en largos períodos, con el tenue y repetido enlace de contadas partículas conjuntivas. Un reflejo vivo de esta tradición parece conservarse en los relatos de los cuentos populares. Las oraciones de dos, tres y cuatro grupos, con simplicidad de coordinación, parecida a la de los viejos textos, componen casi la totalidad de estos relatos. La lengua renacentista adoptó giros clásicos, ensanchó el marco de la frase y enseñó a poner en la unión de las palabras flexibilidad y armonía. El estilo romántico añadió extensión y rotundidad. El tono moderno da preferencia a la frase ágil de variado corte y de moderada extensión. El grupo octosilábico es la unidad formal del castellano en el aspecto más espontáneo de la expresión artística. Su medida y compás representan un cierto grado de elevación sobre el estilo irregular del diálogo cotidiano. La inclinación a unidades superiores a los octosílabos sólo se manifiesta como producto literario de escritores propensos a la elocuencia ampulosa. La tendencia a medidas más cortas obedece en unos autores a un propósito estilístico y en otros a influencias del habla familiar. La entonación castellana no se compone de escalas, arpegios ni ligaduras, sino de notas prolongadas, relativamente uniformes y acordadas entre sí por intervalos regulares. El orden y el compás de estos movimientos y la pureza y sobriedad de estas líneas dan al acento castellano su pausada armonía y su señorial distinción".

Estas consideraciones hacen pensar en la naturaleza del *verso romance* tan acorde con la convivencia de lo hablado y de lo escrito. De ahí su continuidad —casi nunca interrumpida en la historia de la literatura; de ahí sus bríos, precisamente, en los momentos en que la expresión literaria gana en calidad y en espíritu popular.

El romance es clave de una maduración idiomática, puede variar de decorado y de temario, pero permanece inmutable en su sabor, en su ritmo y en su raíz, aunque se disfrace de sabio o se engalane con ropajes artísticos. Con cuánta razón Lope de Vega decía: "algunos romances nacen al sembrar los trigos".

Cabe pensar, pues, que, bajo los estilos individuales y los estilos de las escuelas literarias, existe también el estilo intransferible y hondo del idioma. Los primeros obedecen a normas del intelecto, el último es eco de impulsos, esencialmente emotivos. El escritor que tiene conciencia del lenguaje lo denuncia o lo deja traslucir en las páginas que compone.

Un sucinto examen de la historia literaria es bastante para comprender la influencia de aquellas normas idiomáticas en la prosa castellana.

Edad Media

Ya se sabe que la prosa castellana no tuvo validez estética sino en el reinado de Alfonso X. Pero su expresión literaria, en varios aspectos, fue más *europea* que castellana. Y no podía ser de otra manera si se recuerda que la Edad Media constituía un cuerpo de cierta unidad espiritual y humana en la que, por mucho tiempo, sobrevivió un concepto imperial.

El escritor medieval califica la lengua hablada de rústica y de vulgar. "Hasta el siglo XII —observa Lapesa— el romance sólo recibió de los letrados la denominación despectiva de habla rústica, o la más exacta y duradera, de lengua vulgar". En efecto, el letrado la tiene en menos por su valor incierto o por su natural imperfección y por ello cree necesario seguir los modelos que le ofrece el mundo exterior. Sin embargo, parece inútil indicar que para el hombre sencillo de Castilla el naciente romance no podía ser ni perfecto ni imperfecto, pues era su lengua y de ella se servía como un campesino de Roma empleaba el latín vulgar en su vida cotidiana.

El autor que se proponía escribir en castellano debía, pues, copiar los modelos —para él insustituibles— que le ofrecían los idiomas cultos divulgados en España: el latín, el árabe y el hebreo. El propio Lapesa advierte que "la falta de costumbre en el uso de la prosa y el influjo de los textos traducidos se revelan en la simplicidad de su sintaxis y así la construcción se reduce casi a una sucesión de oraciones simples enlazadas por conjunciones copulativas". De este modo, el escritor imprimió a su propio idioma el estilo de aquellas lenguas. Su preocupación artística radicó en reflejar los matices, las formas más destacadas de sus modelos. Tal es el caso que ofrecen, la *Crónica General de España* y el libro de cuentos *Calila y Dimna,* en cuyas páginas se advierte el doble acento expresivo del oriente y del occidente.

Pero a medida que el castellano adquiere fuerza y fisonomía, la actitud del literato también cambia. El autor de la *Gran Conquista de Ultramar* oirá mejor y con menos desconfianza, el ritmo de la lengua hablada; aprovechará más libremente su caudal vivo y aun se dará maña para recoger re-

franes y giros populares. Al referir su historia lo hará con naturalidad, con el tono del relato casero, habitual de los juglares que van de plaza en plaza haciendo su oficio. Jamás variará de tono ni dará cabida al influjo de ninguna retórica extraña. Lo que tiene que decir lo dice con cierto dejo de cortesanía pero sin alejarse del sabor castellano; no se preocupa por copiar ningún estilo extranjero como tampoco pretende lucir un estilo propio; se contenta con exponer su historia sin importarle que su lengua sea torpe o infantil.

Pero todavía la raíz hablada del romance se hará más visible en la obra de don Juan Manuel. Este escritor se mantendrá fiel a lo que las palabras dicen y quieren decir, y la arquitectura de sus frases dependerá menos del cotidiano enlace de yuxtaposiciones copulativas. Tras su estilo se va a transparentar el estilo castellano. Gran lección la suya. Con justo orgullo juzga su propio arte. "Sabed —dice— que todas las razones son dichas por muy buenas palabras y por los más hermosos latines que yo nunca oí decir en libro que fuese hecho en romance". Con tal arte, don Juan Manuel fue el primer escritor que tuvo idea de los procedimientos estilísticos.

El Arcipreste de Talavera será todavía más audaz; echará mano de los recursos del habla popular y de su caudal tomará palabras, locuciones y dichos, y todo lo incrustará en su obra. Mas aquí, con ser mucha la ganancia que revela su osadía, se nota la presencia individual de aquellos elementos populares. Su ensayo es de mérito; pero, al mismo tiempo, de técnica demasiado visible, para tener verdadero valor estético. En realidad fue, lo que se dice, un virtuoso, y todos los virtuosos confunden el oficio con la destreza interior.

Siglo XV

En el siglo XV, al volcarse sobre España la herencia clásica, surgió una desmedida afición por la literatura latina. Y fue tanta la admiración que se tuvo por tal modelo, que no pocos escritores quisieron sujetar el castellano a las normas de aquella lengua. Empeño absurdo y hasta negativo. Para ello abusaron del hipérbaton y del adjetivo y dieron a la prosa una forma ostensiblemente simétrica. Inventaron así entre otras aberraciones, lo que se llamó el *gótico florido* que es una manera oscura y pedante por exceso de ornamentación, en el que tan diestro se mostró don Enrique de Villena. Por fortuna una reacción saludable vino pronto. Al finalizar el mismo siglo aparece el sentido científico y moderador de Antonio Nebrija y de los gramáticos de su escuela y bajo su influjo fue dable corregir tales excesos y el castellano tornó a ceñirse a su verdadera naturaleza; es decir, al cauce de su vital tradición.

La Celestina va a realizar la cabal restauración de la prosa. Juan Valdés dirá de este libro: "Ninguno hay escrito en castellano donde la lengua esté más natural, más propia ni más elegante". Y no importa que ésta sea de transición, pues contiene ya el modelo que han de seguir los mejores escritores del siglo XVI. El prestigio de la lengua hablada había vuelto a imponerse en la conciencia literaria de la época. Se ha hecho tan presente que el mismo Valdés confiesa que escribe como habla y que pone cuidado en los vocablos que usa y que todo lo dice llanamente porque "en ninguna lengua está bien la afectación". Un poco más tarde, Castillo Solórzano dirá lo mismo: "Esta prosa que hablo es la que escribo porque veo que más admite lo natural que lo afectado y cuidadoso". Claro que en esto de escribir tal como se habla cuenta mucho la calidad de los sujetos. Con tal disposición literaria quedaron de lado los estilos extranjeros que antes se imitaban y se impuso la lengua nativa con todos su recursos vivos.

Siglo XVI

En el siglo XVI predominan dos tendencias en la prosa: en una se advierte el nativo sabor de la lengua y en la otra la sobrevivencia del influjo clásico. Gracias a la primera, la prosa va a ofrecer ejemplos de acento coloquial. Por virtud de la segunda, las más de las veces llegará a una expresión enfática y, a veces, rígida. Sólo cuando se suman ambos elementos surgirá de nuevo el tipo de la prosa ideal.

El Lazarillo de Tormes muestra la lengua popular y corriente con sus naturales incorrecciones y sus términos rústicos. *El Lazarillo* está sumido en el clima de la lengua castellana, la cual luce suelta y franca. De igual tenor es el idioma de Santa Teresa. Su prosa es eco de la conversación familiar —más de Avila que de Toledo— propicia para el discurso interior y la plática con Dios. Bien sabía la Santa que a Dios no se le puede hablar con enclíticos ni transposiciones. El Evangelio no lo dice, pero Jesús prefirió siempre la poética a la gramática.

Es verdad que la prosa de la Santa mantiene ciertos términos arcaicos, pero éstos ni son hijos de fingimiento ni menos proceden de libro alguno; pertenecen al decir cotidiano de su región. La lengua de la Santa es tan vital que parece nacer en sus propias manos.

La prosa de Fray Luis de Granada corresponde a la otra tendencia. Más que ningún otro autor de su tiempo, Granada imprime a la prosa un tono elevado y oratorio. Toda ella está dentro de la corriente renacentista y su modelo más ostensible es Cicerón. Granada anhela enriquecer la sintaxis, pero alejándola de la sencillez popular y también del acento de la plática

común. El mismo declara su gusto: "cuanto más larga, tanto más elegante es la frase, con tal, empero, que guarde tasa en esta extensión". "Granada, —dice Azorín— parece que goza viendo cómo su prosa se dispersa". A veces consigue esta amplitud con un mero enlace de copulativas y de relativos. Granada fue orador antes que escritor y a la postre hizo más mal que bien porque muchos, sugestionados por la brillantez de su estilo, lo tomaron como ejemplo y se dieron a imitarlo. Mas como no poseían el espíritu superior del autor, resultaron enfáticos en vez de elocuentes. Este influjo clásico latinizante llegó hasta a los más acordes con el ambiente popular, como es fácil de advertir en la *Arcadia* de Lope de Vega.

Si *El Lazarillo* y Santa Teresa libertaron la frase y Granada la manejó como si fuera un amplio e inasible silogismo, Fray Luis de León la convirtió en una obra de arte.

A Fray Luis no le podía satisfacer ni el estilo rural de *El Lazarillo* ni el familiar de Santa Teresa, ni menos el oratorio de Granada. El quiso otra forma más ceñida, más acorde con el ritmo y el aliento del castellano y para ello seleccionó palabras y las sujetó a medida y disposición. "El bien hablar —explica— no es común, sino negocio de particular juicio así en lo que se dice, como en la manera cómo se dice y negocio también por el cual el escritor elige las palabras que le convienen y mira el sonido de ellas y aun cuenta a veces las letras y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que pretenden decir sino también con armonía y dulzura". Así consiguió crear una prosa concisa y móvil, dentro de los límites naturales del idioma mismo.

Manera semejante a la del Fray Luis de León fue la adoptada por Fray José de Sigüenza y por Fray Antonio de Guevara. Contra el común descuido de los escritores de su época, Sigüenza puso ojo en la composición de su prosa y la hizo clara y le dio equilibrio; y Guevara, no obstante su amaneramiento, nos dejó páginas de extraordinaria y ágil sobriedad.

Siglo XVII

En el siglo XVII se acentúan las cualidades y también los defectos de la prosa castellana. Los más de los escritores de esta época dan la impresión de que no se inspiran en la lengua común —rústica o cortesana— sino meramente en los modelos escritos del siglo XVI. Se empeñan en lucir más habilidades formales que auténticos recursos de creación idiomática y así la prosa que escriben resulta más inteligente que espontánea. La elaboran con deliberada intención artística, aunque de diferente apariencia. Es curioso, pero los que cultivan la prosa vulgar —contenida en la picaresca— resultan los

más retóricos, los de más ostensible artificio. Alemán, por ejemplo, alarga la frase, la hace sonora, pero su empeño es más reflejo de disciplina que eco del ritmo del idioma. Su prosa responde a una manera y no a una actitud. Quevedo es un caso singular; todo lo avasalla su talento y todo lo deja impregnado de su personalidad. Pero su propia osadía hace ver que es más hábil que natural en las formas expresivas que cultiva. Con razón decía Antonio Machado: "Quevedo fue hombre de pomposa paradoja, de antítesis forzada y de pensamiento constantemente rebuscado". Quevedo, en efecto, se adueña con dominio ostentoso de los estilos vigentes: el *hablado* y el *renacentista*. En su lenguaje —cuando quiere y como quiere— mezcla el artificio con la llaneza. Su voz es arcilla que se amolda al capricho y al pensamiento del escritor.

Espinel es un respiro de buena ley. Escribió en una prosa intermedia entre la rústica de *El Lazarillo* y la culta de *El Buscón* y es que supo recoger del hablar el acento y del escribir la técnica. Un crítico moderno dijo: "escribió con claridad, acaso porque tuvo la virtud de escribir de lo que sabía". Extraña virtud de la cual, por desgracia, muchos se olvidan.

Después de Quevedo, la prosa conceptista encuentra en Gracián su más genuina expresión. Pero si en Quevedo ésta es híbrida, bronca y tenaz, en Gracián resulta uniforme y artificialmente ceñida, como que es mero reflejo de la lengua escrita. Menéndez Pidal asegura que Gracián es quizás el escritor más conciso de nuestra lengua. Al explicar su manera, el autor denuncia su propio vicio. "Son los conceptos —dice— la vida del estilo". Y así, limitándolo, lo hizo artificial. La naturalidad está lejos de su expresión; y sólo porque esta falta de sencillez sin duda le era congénita, se salva de cometer un pecado mortal. En él no hay engaño y ante él sabemos a qué atenernos. En una pieza, Gracián fue culterano y conceptista.

Cervantes sigue la línea de don Juan Manuel, del Arcipreste de Talavera y de Fernando de Rojas; es decir, pertenece a la escuela de los que saben oír la lengua hablada y no se desentienden de los recursos técnicos ganados por la escrita. Por vía de juego remeda el estilo medieval, acentúa el picaresco y se regodea en el latinizante que sobrevive a su lado; pero cuando él habla, entonces emplea el castellano más natural y más recio. El propio Cervantes definió su estilo cuando dijo: "Procurad que a la llana, con palabras significantes y honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo".

Antonio Solís escribe en una prosa tan correcta, tan pulcra y tan lamida, que resulta prueba inequívoca de la decadencia que con ella se inicia. En Solís todo está en su punto: el traje, el modelo y el sastre.

Siglo XVIII

El caos provocado por culteranos y conceptistas y la introducción del seudoclasicismo contribuyeron a dislocar la prosa del siglo XVIII. "A fuerza de repetir imágenes y conceptos —apunta Lapesa— la literatura se había apartado del habla y el léxico estaba empobrecido". Los más de los escritores de esta centuria creyeron que no había más modelo que el modelo clásico y a él se atuvieron ciegos e inocentes. De ahí que Menéndez Pidal haya podido decir: "El siglo XVIII es la gran decadencia de la prosa. Apenas se emplea ésta más en la exposición doctrinal y en la controversia; abundan los investigadores de historia, pero si sus escritos están llenos de crítica, carecen de estilo. Apenas se hallarán dos maneras de esta prosa: la didáctica y la polémica. A consecuencia de esta pobreza de la vida literaria, los buenos escritores de este siglo encontraron gran dificultad en su camino, pues lejos de disponer de una lengua artística favorable, la hallaron estragadísima, teniendo que aplicar cuidado y atención especiales en huír de los muchos defectos en que abundaba la lengua que entonces se escribía ordinariamente. El vocabulario de la lengua *escrita* andaba muy mermado por el mal gusto de amanerados autores que ni se inspiraban en los clásicos ni en el *habla viva del pueblo:* su principal fondo lo formaban, de un lado, los latinismos extravagantes y los términos abstractos introducidos a manos llenas en la poesía y en la oratoria de los culteranos y en la prosa de los conceptistas". Y aunque esta pintura esté un poco recargada, como apunta el filólogo Ricardo J. Alfaro, las observaciones básicas son irrefutables. Por fortuna no faltaron espíritus avisados que reaccionaron contra estos desvíos. Sin su labor todo habría quedado perdido; cada uno en su campo hizo lo posible por volver a la prosa tradicional, a la prosa clásica según la entendía Goethe, "la que se forja en relación con lo vivo del idioma".

En Forner, por ejemplo, se condensa —acaso con demasiada ira— la mejor doctrina acerca del arte de escribir. Además, Forner predicó con el ejemplo. Se le puede acusar de verdugo pero no de filisteo; conocía su arte y tenía conciencia del idioma. La prosa de Torres de Villarroel es tan alegre y tan ligera que recuerda la gracia del propio *Lazarillo*. Cadalso logra un estilo claro, casi sin acento personal, que aún hoy se puede leer con agrado, mal que pese a la opinión de Unamuno. Jovellanos maneja una expresión moderada y concisa; hay páginas suyas que son ejemplares, como las que luce en las *Memorias del Castillo de Belver*. Mayor desenfado muestra el Padre Isla, en su *Gil Blas de Santillana,* pero, sobre todo, en su saladísimo *Fray Gerundio*. La prosa de Moratín tiene señorío, pero resulta más notable por su falta de defectos que por su sobra de virtudes. Es tan cabal, está tan en su sitio que parece escrita con falsilla. El mejor respiro de esta centuria nos lo ofrece

la recreación del diálogo callejero. En los sainetes de don Ramón de la Cruz vuelve a estar presente el gusto del castellano. Con el diálogo la prosa readquirió frescura.

Siglo XIX

En términos generales la prosa romántica tiende a subir el tono; engola la voz y parece que todo lo que quiere decir con acento patético o que todo debe ser impreso con letra cursiva. Por fortuna no faltaron los que, sin dejar de ser románticos amainaron el ímpetu y se avinieron a un estilo más comedido, más llevadero con la realidad del idioma, tal como se ve en la prosa fácil y salpicada de llanos recursos de Mesonero Romanos y en la más sobria de Martínez de la Rosa.

Pero la prosa más cabal va a ser producto de los costumbristas, especialmente la que nos legaron Fernán Caballero y Mariano José de Larra. La prosa de Fernán Caballero, sobre todo cuando interviene lo coloquial, pone de relieve el tesoro del habla de su región andaluza. ¡Qué placer dejan en el oído los dichos y refranes que recoge del acervo popular! Pero Larra hizo más, mantuvo el idioma en un doble juego: entre tenso y dócil. Su humor dio a su estilo peculiar rapidez. Larra consiguió la expresión justa que sólo se logra con el equilibrio de lo hablado y de lo escrito.

En el período inmediato los humoristas y los novelistas imprimieron a la prosa un avance más coherente. Lástima que, en términos generales, los primeros hayan sido menospreciados por la crítica; se pasa sobre ellos como sobre ascuas, como si el humor fuera cosa indigna de la seriedad de los doctos; y, sin embargo, merece la pena acercarse a la obra que nos legaron con tanta sinceridad y llaneza. La prosa de Pérez y González, de Vital Aza y de Ramos Carrión —para no citar sino a unos cuantos— está escrita con soltura y responde al hablar más castizo de la época.

Acaso porque pertenece a un género de más prestigio, la prosa de los novelistas ha sido mejor estudiada. Toda ella revela calidad aunque da la impresión de que está cortada por la misma tijera. A veces es difícil advertir el diferente sabor de la prosa que escriben Alarcón, Clarín, Pereda, Valera y la Pardo Bazán. Casi siempre *saben* a lo mismo. Unos, es verdad, sobresalen en la descripción; otros en el diálogo; y otros más en el género epistolar; pero cuando se apartan de su cuerda o se alejan de su peculiar vena, su expresión llega a producir fatiga. Y es que todos ellos, impulsados por el ambiente, querían ser redomados puristas. Sólo en *El Sombrero de Tres Picos* Alarcón logró revivir el lenguaje hablado que tanta gracia proporcionó a su obra. *Clarín* abusó de los incisos y éstos obstruyeron el ritmo de su prosa y

la hicieron árida. El diálogo popular, milagrosamente captado, libró a Pereda de la pesadez clásica. Valera se evadió del enfado purista cuando escribió cartas. Ya Ortega y Gasset decía que Valera "fue maestro en el arte epistolar". Si se hubiese limitado a este género, sería hoy un caso único en la literatura del siglo XIX. La Pardo Bazán se empeñó en dar a su prosa un sabor arcaico. Leyéndola se llega a la certeza —un poco paradójica— de que con menos literatura hubiera conseguido más valimiento estético.

Galdós fue la excepción, pues no quiso simular ni rusticidad ni casticismo ni nada que estuviera fuera de su temperamento. Supo adueñarse de la lengua circundante y con ella y sólo con ella realizó su obra. Pero en esta tarea tuvo que vencer no pocos obstáculos. Con sobrada razón dijo: "Una de las dificultades con que tropieza el novelista en España consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para producir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad. Y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, resultan infranqueables diferencias entre la manera de escribir y la manera de hablar, diferencias que son desesperación y escollo del novelista". Con todo, la prosa llanísima que consiguió, no siempre fue bien apreciada; antes, no pocos de sus émulos —algunos de renombre— se volvieron contra ella y la calificaron de burda y de torpe.

Siglo XX

En el siglo XX se realizan cambios radicales en el concepto de la prosa castellana. Contra aquella casi uniforme tendencia purista del siglo XIX, surge una nueva técnica que anhela expresiones más libres, más acordes con la índole del escritor. A una unidad de estilo se va a oponer una pluralidad de estilos. Ahora no es el estilo de la época lo que se busca sino la creación de múltiples estilos individuales para caracterizar esa época. Mucho bien hizo esta generación en la cual convergen impulsos españoles y americanos; a ella se debe, en gran parte, un nuevo sabor de la prosa. Esta va a adquirir mejor disposición de sus partes, acortando o alargando la frase, según la necesidad del caso y sin sujetarla a un cartabón preestablecido. Pero, con todo, dio ocasión a desvíos perniciosos que se convirtieron en extravagancia y en flamante preciosismo. Un pecado sustituyó a otro. Un afán de renovación literaria, en ocasiones, en lugar de ser útil puede resultar perjudicial. Renovar no siempre es mejorar. Sin advertirlo, no pocos escritores de este período acabaron por ceñirse a la misma retórica. De tanto identificarse con las normas de su es-

cuela, se convirtieron en hermanos gemelos y se hicieron idénticos, destruyendo así la raíz de toda originalidad.

Fue tan grave el error, que contra éste acabaron por protestar los ingenios de más conciencia. Sus opiniones responden a un propósito de enmienda. "Para los modernistas —dijo Baroja— la gracia en el adorno, la prosa recargada de metáforas y de adjetivos con colorines, es lo que significa estilo".

"Estos señoritos —dirá a su vez Unamuno— han dado a la palabra estilo una significación arbitraria y hasta inhumana. Para ellos, estilo es cierta quisicosa puramente formal y técnica que se trabaja a fuerza de lija y de barniz". Azorín apuntó: "Tener estilo es no tener estilo. Cuando se lee a alguien que de veras tiene estilo y se cierra el libro, no se sabe cómo ha escrito el autor de la prosa que acabamos de leer. La prosa de los estilistas es cosa muerta y sin vitalidad". Y Antonio Machado añadirá: "Huíd del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad. Pensad que escribís en una lengua madura, repleta de folklore y de sabor popular".

Tales son los caminos que, a grandes rasgos, ha seguido la prosa castellana. Sus principales hitos constituyen preciosa lección que no debemos olvidar. Los que practicamos el oficio de escribir hemos de tener presente los aciertos que alcanza en sus momentos más felices. Recordemos que, a veces, los estilos literarios son máscaras para un día y que tras ellos permanece vivo y vigilante —no digo inmutable— el estilo de la lengua. La lengua admite ser nuestro espejo; pero jamás se aviene a ser nuestro cómplice.

EL NACIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD

por don Alberto María Carreño. *

AYER HIZO 400 años que la capital de Nueva España se vistió de fiesta: iba a ver convertido en realidad el anhelo que surgió en la mente de Don Fray Juan de Zumárraga y desde 1536 hizo conocer al Emperador Carlos V, por medio de sus procuradores Fr. Juan de Oseguera y Fr. Cristóbal de Almazán, terminando su petición con estas palabras: "...Por tanto suplica a S. M. el Obispo mande en todo caso establecer y fundar en esta gran ciudad una Universidad en la que se lean todas las facultades que suelen leer en las otras universidades... haciendo merced de algún pueblo o pueblos para los salarios de los lectores y edificios de las Escuelas..."

Aquella idea la apoya más tarde el Ayuntamiento a través de sus representantes Gonzalo López y Alonso de Villanueva; luego la Orden Dominicana por la voz de Fr. Domingo de Santa María, Fr. Pedro Delgado, Fr. Andrés de Moguer y Fr. Jordán de Bustillos y finalmente el Virrey Don Antonio de Mendoza, quien primero había opinado: "que no la hubiese tan presto"; pero ni Zumárraga ni Mendoza verían la ceremonia que hoy conmemoramos: el primero había muerto cinco años antes; el último había sido trasladado al virreynato del Perú.

Sin embargo, ambos conocieron la primera orden para el establecimiento del "Estudio General", que no se expidió en 1551, sino en 1547, por cédula real fechada en Madrid a 30 de abril del citado 1547 por el Príncipe Felipe II, refrendada por Juan de Samano, y confirmada en sobrecédula enviada desde Valladolid en 27 de noviembre de 1548.

Todo habrá de verse menudamente en la nueva historia de este glorioso Instituto que estoy escribiendo; lo que ahora importa es recordar lo ocurrido hace 400 años.

La sola noticia que tenemos y a la que acudió el ilustre Secretario y

---

* Discurso oficial pronunciado al celebrar la Universidad los cuatrocientos años de la iniciación de sus trabajos.

Cronista Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén [1], es la que debemos a otro cronista insigne, quien representó un importante papel en la Universidad: Fray Juan de Grijalva.

Menciona éste las cédulas de 1551 por las cuales en definitiva se estableció la Universidad y se otorgaron los primeros subsidios que recibió; hace el merecido elogio del Emperador Carlos V y de Don Luis de Velasco; y refiriéndose a la ceremonia que hoy conmemoramos, dice: "En cumplimiento desta cédula, el día de la Conversión de S. Pablo de 1553, juntó a los Oidores, y a todos los hombres de letras que había en el Reino en la Iglesia de S. Pablo (que es colegio de nuestra Orden), e hizo la fundación con ceremonia pública. Cantaron allí una misa solemne, y de allí fueron en procesión a las Escuelas, que habían sido antes casas de Doña Catalina de Montejo, nombrando por catedrático de Prima de Teología al Padre Fr. Pedro de la Peña, dominico, varón muy docto, y que después fue obispo. La de prima de Sagrada Escritura al P. M. Fr. Alonso de la Veracruz, el cual la leyó por algún tiempo, hasta que después se ordenó que fuese también de Teología Escolástica con iguales preeminencias que la del Padre Peña. Nombraron también para las demás facultades hombres muy doctos, y eminentes, con que quedó la Universidad llena de grandes esperanzas, y todos pronosticaron aquellos grandes aumentos en que ahora la vemos: de que no le cabe la menor parte y gloria a mi Religión; pues las primeras piedras en que se fundó, fue el doctísimo Fr. Alonso de la Veracruz, cuyas letras son estimadas y respetadas en todas las universidades del mundo, y de todos los hombres de letras que han alcanzado sus escritos. Después se ha ido continuando con hombres los más eminentes, y de mayor reputación de todo el Reino, con que ha crecido y se conserva hasta estos tiempos con catedráticos y maestros de mi Religión, en tan gran número y con tan grande reputación como todos saben. . ." [2].

Y conociendo lo que fueron ceremonias semejantes en los siglos XVI y XVII, es bien fácil reconstruir la procesión organizada para poner la Universidad bajo la protección de aquel gran filósofo y sociólogo, batallador por excelencia con la palabra y con la pluma a fin de sostener sus convicciones, que se llamó Pablo de Tarso, y a quien se da el título de Apóstol del Cristianismo cuando se convierte del más enconado enemigo de los cristianos, en su mejor amigo y guía; y para ello el Virrey y la Real Audiencia escogieron precisamente le fecha en que se recuerda esa conversión.

La parroquia que desde el siglo XVI lleva su nombre se halla bastante lejos de lo que fueron las Casas Reales trasladadas a lo que hoy llamamos

---

[1] *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México,* tomo I, pp. 7-8.

[2] GRIJALVA, *Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de la Nueva España,* pp. 254-255.

Palacio Nacional. Para los frailes, incansables andariegos, que iban a pie de México a Guatemala, como Fr. Domingo de Betanzos; o desde Centro América hasta Texas, como Fr. Antonio de Jesús Margil, aquella distancia era un juguete; pero para el Virrey, la Audiencia y los Cabildos, civil y eclesiástico, tenía que parecer mortal.

Los religiosos caminarían por la antigüedad reconocida de sus respectivas órdenes en esta Nueva España: los menos antiguos a la cabeza, o sean los agustinos; luego los dominicos y finalmente los franciscanos; tras de los religiosos, el clero secular; enseguida el Cabildo de la Catedral Metropolitana, presidido por el Deán; a continuación la "Ciudad, Justicia y Regimiento", o sea el Ayuntamiento, encabezado por el Alcalde Mayor; después la Real Audiencia y finalmente el Virrey; pero inmediatamente antes de la Audiencia las "Siete columnas" sobre las cuales reposaría el grandioso edificio intelectual de la Universidad, las siete grandes inteligencias que en breve iniciarían las labores universitarias.

Era Virrey Don Luis de Velasco el primero; hombre probo en grado sumo, aunque de recio carácter conforme al decir de algún contemporáneo suyo. Había sucedido a Don Antonio de Mendoza como Gobernador y Capitán General del Reino de la Nueva España.

Constituían la Audiencia el Doctor Don Antonio Rodríguez de Quesada, que iba a fungir como primer Rector del nuevo Instituto; el Licenciado Gómez de Santillán, quien sería el primer Maestrescuela o Cancelario, y el Licenciado Herrera.

El Ayuntamiento en aquel año, que recibía el nombre de la "Ciudad, Justicia y Regimiento", como ya se dijo, lo formaban García de Vega como Alcalde Mayor o Alguacil Mayor; Pedro Zamorano y Juan de Carbajal como Alcaldes Ordinarios; y Regidores, Bernardino Vázquez de Tapia, Gonzalo de Ruiz, Ruy González, Luis de Castilla, Francisco Vázquez Coronado, Pedro de Villegas, Pedro de Medinilla y Alonso de Mérida [3].

El Cabildo de la Catedral lo presidía entonces el Doctor Alvaro de Treminño, como Deán, y quien sería el segundo Maestrescuela de la Universidad.

Las "Siete Columnas", como llama el Cronista Plaza a los siete *lectores* o catedráticos con quienes nuestro Instituto principió sus labores, y que ocupaban lugar conspicuo en aquella procesión eran: el Provincial de los dominicos Fray Pedro de la Peña, que iba a enseñar Teología; el superior de los agustinos Fray Alonso de la Veracruz, que tenía a su cargo la Sagrada Escritura; el Licenciado Pedro Morones, la Cátedra de Cánones; el Doctor Bar-

[3] *Libro de Cabildo e Ayuntamiento desta Insine e muy Leal Ciudad de Tenustitan de México desta Nueva España que comenzó a 1o. del mes de diziembre de 1550 años. Fenece a fin de diziembre de 1561.*

tolomé de Melgarejo, la de Decreto; el Canónigo Juan García, la de Artes; el Doctor Francisco Cervantes de Salazar, la de Retórica, y el Bachiller Blas de Bustamante, la de Gramática, o sea de Latinidad.

En aquella procesión cada orden religiosa llevaría su respectiva "cruz alta", lo mismo que el clero secular; pero en el frente de los miembros del Ayuntamiento, como de costumbre, irían los maceros suntuosamente ataviados y portando sendas mazas de plata. El pertiguero de la Catedral ostentaría rica túnica blanca de seda, y su maza o pértiga de plata reluciente como aquéllas.

Pero los cabildos, la Audiencia y el Virrey, incapaces de seguir el ejemplo de los misioneros, de ir a pie, caminarían en hermosas cabalgaduras, cubiertas con ricas gualdrapas, como se hizo siempre en ocasiones semejantes.

Y aquella procesión que por necesidad tenía que moverse con lentitud, iría precedida de pífanos, clarines y atabales para avivar el interés de la multitud que formando valla presenciaría entusiasmada aquel inusitado desfile de tantas y tan grandes personalidades.

Así recorrieron la bien larga distancia entre la parroquia de San Pablo hasta la esquina de las calles que hoy se nombran del Seminario y Guatemala; en el costado Oriente de la Catedral Metropolitana, donde actualmente existe la excavación que debió ser el sótano del proyectado Museo de Arte Religioso.

Porque la noticia dada por Grijalva ha ocasionado por desgracia dos errores: creer que la misa y demás ceremonias religiosas se verificaron en el "Colegio" y no en la "parroquia" de San Pablo; señalar un sitio para el funcionamiento de las Escuelas, que no es el verdadero.

Hay error en el primer caso, porque el "Colegio" se fundó hasta 1575, y es Grijalva mismo quien nos ha hecho conocer la fecha de su fundación; en cambio la parroquia existía desde antes de 1532, pues se menciona de manera especial en la *erección provisional* de la Catedral de México, fechada en 27 de mayo de ese año de 1532; y aun se nombra al Capellán Alejo de Villanueva, como encargado de tal parroquia [4].

El otro error consiste en asentar que la procesión llegó "a las Escuelas que habían sido antes casas de Doña Catalina de Montejo"; porque tales casas estuvieron situadas en la calle que se llamó "de la Acequia" y hoy forma parte de las "de la Corregidora". Así aparece de la ejecutoria en el juicio seguido por Doña Catalina contra Melchor de Valdés.

El error de la colocación de la primera casa de las *Escuelas* se debió a una mala interpretación por Don Carlos de Sigüenza y Góngora del *México*

---

[4] Carreño. *Un desconocido Cedulario del siglo XVI perteneciente a la Catedral Metropolitana de México,* pp. 74-7.

en 1554 por el Doctor Francisco Cervantes de Salazar; error seguido sin nueva averiguación por dos grandes historiadores: Alamán y García Icazbalceta, y que el autor de estas notas aclaró debidamente en su estudio *La Plaza Mayor de México en el Siglo XVI.*

Y no pudieron notarlo aquellos tres notables y rectos escritores, porque no conocieron el plano que he denominado Torres Lanzas-Paso y Troncoso y que Manuel Toussaint fue el primero en publicar, aunque dudando aún si se refería al primer asiento de la Universidad; ni el de Don Joaquín García de Torres, que me tocó en suerte encontrar y publicar, lo mismo que la escritura relativa a las casas de Doña Catalina de Montejo.

¿Qué ceremonia se verificó en las Escuelas en ese día? Lo ignoramos y hay que esperar a que llegue el 3 de junio siguiente para presenciar el brillantísimo principio de una vida llena de grandeza intelectual que sólo niegan quienes no han seguido de cerca los altibajos de nuestra *Alma Mater;* altibajos como los de toda institución humana.

Permítaseme para cerrar esta recordación reproducir un fragmento del capítulo IV de la moderna Historia de la Universidad de México.

"Es el sábado 3 de junio de 1553; el imponente edificio de las Escuelas, muestra singular animación. Desde que se penetra por el ancho zaguán y se llega a los espaciosos corredores de la planta baja, se le ve severamente engalanado; y con mayor primor, si cabe, los corredores de la planta alta.

"En amigable bullicio se mezclan hombres de madura edad y aun algunos ancianos con otros jóvenes y llenos de alegría; y éstos 'llevan capas largas y bonetes cuadrados hasta las orejas' [5]. Son los futuros estudiantes que ostentan ya el vestido uniforme adoptado por los organizadores. Entre los primeros hay dignidades y prohombres del Clero secular envueltos en amplísimos mantos; provinciales y priores de órdenes religiosas; y junto a los hábitos morenos de los franciscanos ceñidos por áspero cordón, se advierten los blancos de los dominicos con largo escapulario y negra capa; y los negros de los agustinos con su correa de cuero de igual color.

"Con los abogados de la Real Audiencia, que se encargan de dirimir si no de más enredar las contiendas, se ve a los conquistadores que aún viven, elegantemente ataviados; y a los hijos de éstos que se sienten quizá valer más que aquéllos; algunos ya ostentan la capa y el bonete estudiantil.

"De pronto se hace silencio; los concurrentes se colocan en dos filas para dejar paso al cortejo que encabeza un bedel que lleva brillante maza de plata. Siguen quienes van a constituir el Claustro de Maestros y Doctores; luego el Cabildo de la Catedral Metropolitana y los alcaldes y regidores de

[5] Cervantes de Salazar. *México en 1554. Tres Diálogos Latinos.* Trad. de García Icazbalceta, p. 21.

la Ciudad; a continuación los Oidores de la Real Audiencia y, por último, el Presidente de ésta, que es al mismo tiempo el Virrey, Gobernador y Capitán General de la Nueva España: Don Luis de Velasco.

"Penetran en el *General de Actos;* sobre una plataforma se ha colocado el sitial para el Virrey y para toda la Audiencia; y cuando la Ciudad o Ayuntamiento, el Claustro Universitario y el Cabildo Eclesiástico se han acomodado en sus respectivos asientos, se levanta el Rector temporal, Doctor Antonio Rodríguez de Quesada, que también es Oidor, para pedir la venia del Virrey a fin de dar principio a la ceremonia.

"Concedida, se levanta de entre los miembros del Claustro un caballero de alrededor de cuarenta años, con traje talar, antiguo Catedrático de Retórica en la Universidad de Osuna, cátedra que iba a desempeñar en esta nueva; antiguo secretario latino del Cardenal Don fray García de Loaysa, general de la Orden de Santo Domingo, que había llegado a ser Presidente del Consejo de Indias [6].

"Asciende con desparpajo a la tribuna, y en una oración latina que acredita la fama con que ha llegado a estas tierras, pone de manifiesto la trascendencia de aquel acto que significa que la capital de la Nueva España no necesitará enviar a sus moradores, ávidos de ciencia y de saber, para adquirir éstos en las universidades europeas; la visión de Felipe II había hecho realidad el ensueño y las ambiciones del Obispo Zumárraga y de sus procuradores; los de la Ciudad, Justicia y Regimiento de la capital de la misma Nueva España; los del Provincial y un grupo de religiosos dominicos; los del propio Virrey Mendoza, que si de pronto creyó prematuro el establecimiento de las Escuelas, él mismo lo pidió después, y todo hace creer que se apresuró a poner en práctica la orden del propio Felipe II, expedida en 1547 y ratificada en 1548.

"México tenía ya los ambicionados Estudios Generales dentro de las normas establecidas en las Leyes de Partidas, obra del gran Rey Alfonso el Sabio; y mientras llegaba el día en que pudiera darse sus propios Estatutos y Constituciones, se regiría conforme a los de una de las más célebres universidades de aquellos días: la de Salamanca.

"Un joven Notario Apostólico, Esteban Portillo, que al correr de los años alcanzaría entre otros muy elevados puestos el de Rector de la misma Universidad, había estado presente para dar, como dio, testimonio de aquel solemne acto, de aquel grandioso *initio*" [7].

---

[6] Joaquín García Icazbalceta. Introducción a los *Tres Diálogos Latinos* de Cervantes de Salazar, p. IX.

[7] Portillo en su certificación llama *licenciado* a Cervantes de Salazar. Primer Libro de Claustros, f. 1. La descripción de la apertura es ideal, porque la certificación del Notario es muy sencilla y no existe dato concreto fuera de esa certificación.

Dos días después comenzaban las lecturas o lecciones con asistencia del Virrey, de la Real Audiencia y de brillantísimo concurso, Fr. Pedro de la Peña; los Doctores Melgarejo y Morones; el Canónigo García y el Br. Bustamante. El viernes postrero de junio Fr. Alonso de la Veracruz dio principio a sus enseñanzas, comentando precisamente algunas epístolas de San Pablo.

El 2 de julio siguiente el Licenciado Bartolomé Frías inauguró la cátedra de Instituta y el 12, Cervantes de Salazar la de Retórica.

La constitución legal del Claustro de Doctores y Maestros se realizó por el Virrey y por la Real Audiencia en la Sala de ésta el 21 del mismo julio; y en una ceremonia por extremo grandiosa se otorgaron los primeros grados que concedió el nuevo Instituto.

¡Cuántos hombres ilustres en las ciencias y en las letras ha dado desde entonces a México y al mundo nuestra gloriosa Universidad en cuatro siglos de existencia, sólo por breve espacio interrumpidos!

Rindamos el tributo de nuestra gratitud a cuantos en una forma o en otra han hecho posible esta cooperación a la cultura universal.

PRESENCIA DE AUSENTES ILUSTRES

por don Enrique Cordero y T.

El poeta

I una vez sobre el odio y la mentira,
Sobre el mar encrespado de la mofa,
Sobre las rebeliones de la ira,
Templó el Poeta su argentada lira
I entre sus cuerdas floreció una estrofa.

I a su conjuro de dolor creyente
I a su canto de pesar genuino,
I a su grito de amor puro y doliente
Dijo el Señor, magnánimo y clemente:
—"La estrofa será bálsamo divino".

Desde entonces no teme la mentira
Ni se siente dardeado por la mofa,
No se siente golpeado por la ira...
Cuando empieza a sufrir, templa la lira
I surge, como bálsamo, la estrofa.

...Prolongados, resonantes aplausos de la selecta concurrencia al teatro "Guerrero", se suscitaron al anunciar el maestro de ceremonias el triunfo y la presencia del señor Don Alejandro Quijano, quien había conquistado, con el poema transcrito, el principal premio, en el tercer tema, de los primeros juegos florales del glorioso Colegio del Estado, en 1902, que jamás han sido superados, como puede verificarse por la edición reducida —cien ejemplares— conmemorativa de ellos, distribuída entre los miembros del jurado calificador, concursantes y señaladas personas, amantes de la buena literatura,

libro que constituye hoy una joya bibliográfica poblana, al alcance únicamente en la biblioteca Lafragua.

Pero esta presentación provocó una situación desconcertante para el triunfador y su auditorio, pues al salir al proscenio se guardó profundo, insólito silencio.

La explicación fue muy sencilla: en la ciudad de Puebla era muy conocido y apreciado el industrioso e industrial Don Alejandro Quijano (y además Rueda), a quien no se le conocían dotes líricas, y por esto fue más el entusiasmo en festejarle su triunfo, ignorándose que se trataba de un homónimo.

El verdadero autor —joven mazatleco de brillante porvenir—, que vino de la capital de la República a recibir su lauro en esa espléndida justa, al aparecer ante el público y notar el repentino silencio se turbó; mas a la explicación del equívoco, por quien dirigía la tenida literaria, recobró el ánimo y con gallardo entusiasmo, haciendo sentir al público su hermosa concepción poética, la declamó, para oír el estruendo de prolongados y cálidos aplausos, más de los que a su anuncio, resonaran.

Indudablemente que esta reminiscencia, de nuestra ciudad, no fue la primera que perduró en el recuerdo del ilustre hombre de letras y filántropo Don Alejandro Quijano, pues en la sesión extraordinaria del Ayuntamiento de la Angelópolis, efectuada el 6 de enero de 1951, en la que fue declarado —junto con sus colegas de docta corporación— "Huésped de Honor", expresó: "Estoy vinculado con la capital del Estado de Puebla por recuerdos de infancia, recuerdos de mocedad, recuerdos ya de hombría".

Ese sentimiento de él lo recogimos y guardamos unciosamente, muy hondo, más profundo cuanto que después volcó su acción en beneficios de nuestros conterráneos a través de las mexicanas Cruz Roja y Academia de la Lengua; en una enjugando lágrimas, mitigando penas, atenuando duelos; en la otra enseñando, orientando, estimulando, exultando a las agrupaciones e instituciones de nuestra provincia, acercándose, comunicándose.

El era el gran capitán de esas dos portentosas y benéficas instituciones de nuestra patria.

El se llamaba ALEJANDRO, nombre que supo hacer pronunciar con dulzor por sus conquistas humanas como el prócer macedonio lo impuso por sus hazañas guerreras; Alejandro: contraposición de El Magno con El Quijano; aquél en sus conquistas de pueblos destruía, mataba, sembraba la muerte y el dolor; éste hacía nacer el amor, la gratitud en sus conquistas de corazones, porque construía, elevaba, mitigaba y enjugaba lágrimas.

El era QUIJANO, como aquel iluso Manchego; mas no iguales. Recordamos los conceptos que el Doctor don Alberto María Carreño le dedicara en memorable y propicia ocasión sobre esta idea: "Hay diferencia funda-

mental entre aquél y este Quijano; aquél iba en pos de agravios producto de su imaginación, cuando no de sus propias acciones; éste tras de daños reales y cruentos; aquél aguijoneado por su mente perturbada y su cerebro enfermo; éste, guiado por su sereno juicio y su sana inteligencia; aquél creyó viajar por los aires, sin que Clavileño del suelo se moviera, para aliviar penas fingidas de fingida condesa; éste ha cruzado el Océano volando en pájaros metálicos en busca de alivios y consuelos para en verdad humildes afligidos; aquél duró en la ruda tarea escaso tiempo; éste le ha consagrado veinticinco de los mejores años de su vida".

Sí, en efecto; bien distinto nuestro Señor Quijano de aquel Señor de la Mancha; el de la Triste Figura era enjuto, bilioso, desgarbado; en cambio, el nuestro: gordo, sonriente, apuesto, pulcro; siempre bueno, en todo tiempo y lugar respetable.

El *Club Unión* estuvo ubicado en la segunda, antigua calle de los Mercaderes. Allí, el domingo 10 de marzo de 1946 nos reunimos miembros del grupo literario *Bohemia Poblana* y del Círculo de Veteranos de la Cruz Roja, para rendir sincero, cariñoso homenaje al en verdad gran humanitario y literato, licenciado Don Alejandro Quijano. Se buscó la ocasión de celebrar el primer aniversario de la fundación del Círculo de Veteranos, cuyo promotor principal fue Daniel Sánchez, y aun su existencia al empeño de Manuel Acevedo. Miembro de ambas agrupaciones fui el escogido para organizar la convivialidad.

Tengo la creencia que Don Alejandro, en esta vez, se llevó grata impresión, pues se desbordaron las manifestaciones de cariño y gratitud hacia él, por su obra en ambas actividades. Aunque numerosa fue la concurrencia, la reunión tuvo la característica de familiar, haciéndose partícipe del homenaje al licenciado Don José Vasconcelos, al ser invitado por el Director de la Academia Mexicana.

Antes de dejar a Puebla estuvo en la residencia de Don Francisco Velasco el señor Quijano. Lo halló al abrigo de su alcoba, defendiéndose de los achaques de sus ochenta años, de la carga de sus penas y glorias de su existir. Le llevó su cariño y el reconocimiento por haber sido de los poblanos que más lucharon por la instalación de la Cruz Roja en nuestra ciudad. El estimado anciano, a quien se le tiene presente haber sido el transformador de la capital del Estado en su administración municipal como presidente de 1906 a 1911, emocionado, falto de ímpetu físico, en penoso esfuerzo logró ponerse de pie y abrazar apenas a su ilustre visitante. Escena sentimentalmente conmovedora para los que allí estuvimos, sin lograr contener las lágrimas,

porque presentimos que era la despedida de un hombre que vivió en el ideal de hacer el bien con el otro que seguiría siendo bienhechor de la humanidad.

La sublime grandeza de alma y los profundos sentimientos de compañerismo del licenciado Don Alejandro Quijano los valoramos y admiramos más en la visita que, a mediados de octubre de 1949, hizo a su colega de Academia, el presbítero Don Federico Escobedo y Tinoco, conocido en el mundo literario por Tamiro Miceneo, nombre pastoril que tomó de la Arcadia Romana.

El ilustre, décimo Director de la Academia Mexicana al enterarse que el P. Escobedo sufría grave enfermedad, que no sobreviviría por muchos días, acompañado por sus compañeros de corporación, Prof. Raimundo Sánchez, P. Gabriel Méndez Plancarte, Don Darío Rubio —entonces Secretario Perpetuo—, Lic. Rafael Gravioto y (no estoy seguro) Don José María González de Mendoza, en viaje ex profeso de la capital se llegaron hasta el "Sanatorio Dr. Isaac del Río", de la Av. de La Paz para visitarle, con la convicción de que no volverían a verle. Desde días anteriores el P. Escobedo sufría un decaimiento —pese a las diarias transfusiones de sangre y sueros sin interrupción— que nos hacía temer, pero cuando vio a sus compañeros de Academia reaccionó extraordinariamente, incorporándose del lecho para saludar a Don Alejandro. La visita fue breve, que hubiera deseado el paciente se prolongara —según nos lo manifestó—, y se sintió tan feliz y confortado que en los días siguientes no cesaba de recordarlos y hablar de ellos.

Tamiro Miceneo falleció el 13 de noviembre de 1949. Don Alejandro estuvo atento a la salud de su amigo, y a sabiendas de que no se contaba ya con recursos para el pago de los costosos medicamentos, nos envió la cantidad de trescientos pesos.

El nombre de Don Alejandro Quijano está inscrito en la historia de la ciudad de Puebla con el del ilustre presbítero, poeta, humanista, Don Federico Escobedo, al inaugurar el monumento que se levantó en perenne honor al traductor de la obra del P. Landívar *Rusticatio Mexicana,* en el primer jardín del fraccionamiento El Carmen, al que la ciudad le dio el nombre de esta gloria de las letras nacionales e hispanoamericanas.

Para esto, llegóse a los lares angelopolitanos en compañía de los señores Académicos licenciado Don José Vasconcelos, maestro y filósofo, escritor y polemista, cuyos lauros de "Maestro de América" no se han marchitado; Don Carlos González Peña, historiador y escritor estilista, periodista y maestro, Censor de la Academia; licenciado Don Miguel Alessio Robles, atildado es-

critor, el de más reciente ingreso; profesor Don Raimundo Sánchez, valiosísimo cuan modesto filólogo; Doctor don Alberto María Carreño, maestro multifacético y prolífico, ejemplo de vigor intelectual y también paradigma de laboriosidad; Don José María González de Mendoza, excepcional, delicado amigo, erudito crítico de extricta justicia, cervantista notable; Don Darío Rubio —Secretario Perpetuo de la Academia—, quien nos hizo la distinción —muy agradecida por nosotros— de traernos sus estudios lexicográficos *La anarquía del lenguaje en la América Española* que tan buen empleo le diéramos para ilustrar a nuestros alumnos de la Escuela Normal Superior del Colegio Benavente; y licenciado Don Rafael Gravioto, poeta y escritor, diplomático y político.

Es oportuna la reimpresión de lo que escribimos en la revista de nuestro Grupo, número 93, año IX, correspondiente a enero de 1951: "Nuestra agrupación literaria *Bohemia Poblana* ha logrado convertir en éxitos halagüeños tres propósitos: Perpetuar la memoria del eminente humanista, inspirado poeta, presbítero y gran patriota Don Federico Escobedo, individuo de Número de la Academia Mexicana, con el modesto monumento que se le erigió en el jardín de la calle 16 de Septiembre (1900) que lleva su nombre a proposición y gestiones de nuestra propia organización.

"Patentizar públicamente nuestro homenaje de admiración y reconocimiento a la Academia Mexicana de la Lengua, como la Institución cultural más alta de nuestra nación, y a su digno Director que lo es el eminente jurisconsulto, literato y hombre de infinitos sentimientos humanos, Don Alejandro Quijano.

"Reunir el mayor número de representantes de las agrupaciones culturales más destacadas, para estrechar los lazos de comprensión entre la intelectualidad de todos los ámbitos de la Patria.

"Los tres propósitos los llevamos a feliz término durante los días 6 y 7 (sábado y domingo) de enero del presente año".

Como caso excepcional en los anales literarios poblanos quedó escrito, por generosidad del señor Quijano, que la Academia Mexicana celebraba sesión extraordinaria, fuera de su sede, la ciudad de México, en el aula máxima de la Universidad de Puebla; hecho relevante que motiva la gratitud de los literatos angelopolitanos hacia el Director de la docta corporación, Don Alejandro.

Referente a la inauguración del monumento al P. Escobedo, el Censor de la propia Academia, maestro Don Carlos González Peña, en su discurso dijo: "No hay ejemplo —tal vez en ninguna parte, evidentemente entre nosotros— de que una sociedad literaria acometiera y lograra dar remate a tamaña empresa. Los monumentos aquí, o los expensa el Estado o no se levantan... hazaña es que debe escribirse en lápida blanca y que jamás había

registrado la historia de nuestras letras". Conceptos que nos llenaron de satisfacción al haber logrado ser los primeros en la República en honrar a un poeta, y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, en esta forma.

La patria mexicana puso en sus lares literarios y culturales grandes crespones luctuosos el 17 de febrero de 1957, porque uno de sus nobles hijos, que le honró sin límites, se alejaba hacia regiones infinitas a gozar de la paz y tranquilidad que tiene prometidas el Señor a los hombres buenos, a los hombres justos, a los hombres sabios, como lo fue Don *Alejandro Quijano*.

En la Puebla intelectual él grabó su recuerdo en alto-relieve.

II

Tatempamchocani

de Federico Escobedo.

Todo en la natura es simbolismo...
Hay de Puebla en la Sierra encantadora
una a que el indio llama: ¡Flor que llora,
flor que llora colgada en el abismo!...

Perfecta analogía
encuentro en ella con la patria mía,
y el hado adverso me parece el mismo:
México *es una flor encantadora,*
pero ¡ay!... es flor que llora,
flor que llora colgada en el abismo!

Este pequeño, gran poema —cuyo original, manuscrito, me obsequió el autor a los treinta y seis años de haberlo escrito y conservo como un joyel lírico— data del año de 1914, fecha que, con amargura, registra la historia de México por la invasión norteamericana.

El Padre Escobedo estuvo durante algún tiempo de párroco en la ciudad de Teziutlán, llamada la "Perla de la Sierra de Puebla", en donde, indudablemente, admiró, al borde de los profundos barrancos que ahí hay la "tatempamchocani", inclinando su tallo hacia las simas.

Don Federico fue un gran patriota, con el arraigo del patriotismo reli-

gioso que supera a los patriotismos cívico y político. Embargado por el dolor al ser hollada la patria mexicana por el extranjero y con el presentimiento de sojuzgamiento en el porvenir encuentra el símil en la hermosa flor serrana y exclama: México ¡ay! es flor que llora colgada en el abismo.

El amor entrañable e inacabable a su México le inspiró el poema "La Virgen de mi Patria" *(Aromas de Leyendas* —Edic. *Sus Ojos*— Pue., 1941) del que es este fragmento:

De California, por eso,
hasta la remota Pampa,
la Virgen de Guadalupe
su imperio extiende y dilata;
y a la América Española,
que humilde besa su planta
y le rinde sus banderas,
y el corazón de la patria;
la Virgen agradecida
bajo su manto la ampara
y la protege, y bendice,
diciendo: —No temas nada
del poderoso Nabuco
que, desde el Norte, te amaga
por invadir tus dominios
y hacerte perpetua esclava.

Su mexicanidad es enérgica y su temor de sentir a la patria estrujada hermana las dos concepciones citadas.

Mas sus sentimientos no son de patriotismo teórico; pruebas de ello exhibe cuando una Universidad estadounidense le propone comprar el original, para editar su estupenda traducción, en versos, de la *Rusticatio Mexicana* del Padre guatemalteco Don Rafael Landívar y que él intituló: *Geórgicas Mexicanas,* habiendo hecho la primera edición el Departamento Editorial de la Secretaría de Educación, el año de 1924. Ventajosa, tentadora proposición recibió con la que hubiera mejorado su posición económica —que siempre fue estrecha—; pero no aceptó porque quiso que su obra se quedara en su país, y en su segunda patria: la Angelópolis. Entrega a la Universidad de Puebla, ante el Notario Público, licenciado Nicolás Vázquez, el 18 de noviembre de 1942, los originales, con el compromiso de la institución de editarlos, lo que hasta la fecha no se ha cumplido. El precio, en comparación a la oferta extranjera, fue insignificante, diez mil pesos, que le fueron pagados

en partidas que él empleó en auxiliar a gente necesitada, prosiguiendo en su pobreza franciscana.

Don Federico Escobedo fue bastante conocido y muy apreciado entre la población de la ciudad de los Angeles (Puebla), tanto por sus actividades literarias como sacerdotales. Nos agradaba ir los domingos a la catedral, en la que invariablemente celebraba misa de diez, en el altar del Perdón, porque decía breve alocución que constituía documentada y amena cátedra lírico-religiosa. Aquejándole vieja y pertinaz enfermedad tenía la necesidad de sentarse, no sólo cuando desarrollaba su tema doctrinal, sino durante la misa porque le dominaba un temblor en las piernas. Después íbamos —mi padre, el poeta, fabulista, licenciado Don José María Cordero y yo— a saludarlo a la magnífica sacristía, acompañándole hasta su casa, animándose la plática en el trayecto, sobre asuntos culturales y literarios. Era el Padre Escobedo un charlista erudito, que podría haber estado hablando y uno escuchándolo sin la menor fatiga, durante muchas horas.

Cuando aún tenía familia —dos hermanas viejecitas— vivió en la calle del 16 de Septiembre, frente a los baños "La Estrella", con cuyo propietario, un señor Philip, platicaba diariamente, ya al salir, ya al entrar a su casa. Era raro para recibir visitas; cuando alguien lograba una había tenido mucha fortuna. Por lo regular la doméstica entreabría la puerta viendo quién llamaba, e incontinenti decía que no estaba el Padre, aunque sí estuviera; pero había excepciones en este caso, resultando esas personas ser privilegiadas de su amistad; entonces la sirvienta —que ya conocía a las personas que el Padre recibía—, ya sin consulta, sin variar una sola palabra, como si se supiera la oración de memoria, decía: "Pase Ud., horititita sale el Señor". Entre las contadísimas personas que distinguía Don Federico así, cito al periodista Don Luis Castro y al culto optometrista, editor de la revista *Sus Ojos,* Don Leopoldo Sánchez, que mandó imprimir varios libros del señor Escobedo, obsequiándole las ediciones íntegras. Yo me contaba entre los afortunados.

Cuando murió la última de sus hermanas encontró atenciones y cariño en la familia Mora Medina, viviendo en ese hogar hasta días antes de su muerte, acaecida en el "Sanatorio Dr. Isaac del Río". Allí había una pequeña angelical que le cuidaba con verdadero cariño filial: María Dolores, le acompañaba a todas partes. El y ella, todos los días pasaban por las calles de Mercaderes, Portal Morelos y Calle del Ochavo para entrar por el Cobre a Catedral, temprano, a fin de celebrar la misa de siete; a las ocho volvían a su domicilio, para repetir la ruta a las diez, la Hora del Coro, regresando cerca de las once, pero deteniéndose en el portal, en una peluquería que allí aún existe, platicando con el dueño y con la clientela; seguía su camino y antes de

llegar a su casa, en la calle de Estanco de Hombres, se detenía en los almacenes de ropa denominados "Las Fábricas Universales" charlando también con el dueño, señor Edmundo Cobel. Esas escalas en su diario tránsito se debían a que se cansaba de caminar y sentía la necesidad de sentarse, hasta que recobraba las fuerzas en sus piernas.

Cierta ocasión una potentada señora, que quiso tener cerca a tan insigne señor, le hizo capellán de su finca, aledaña a la ciudad de Puebla, Santa Cruz Guadalupe; lo rodeó de todas las comodidades y confort de la vida moderna y le prodigó sus atenciones, pero a poco tiempo a todo esto renunció el Padre Escobedo porque se sentía muy aislado, incomunicado.

Por su bien ganada fama de orador y poeta recibía numerosas invitaciones, hasta para fiestas familiares; por lo regular complacía a sus amistades, quienes en muchas veces abusaron de su bondad, porque sabiendo que su ministerio era el único que le proporcionaba los medios de subsistencia no le recompensaban el sermón en una boda, en unos quince años, en una primera comunión, etc.

Los Ilmos. señores Márquez y Toriz, Don José Ignacio y Don Octaviano, respectivamente 4o. y 5o. arzobispos de Puebla, le tuvieron en muy alta estima; el primero lo hizo Canónigo, acción que mereció los más cálidos elogios al jerarca por hacer justicia al humilde sacerdote, a quien durante muchos años se le tuvo postergado, indudablemente por lo siguiente:

Se posesionaron de la ciudad de Puebla las tropas carrancistas, al mando del general Pablo González, como jefe superior e inmediato el general Francisco Coss, rabiosos clerófobos que hicieron sentir sus pasiones aprehendiendo y persiguiendo sacerdotes, cerrando templos, asaltando el Seminario, elevado a Universidad Católica, clausurando escuelas, etc.

"El día 25 de agosto de 1914, el general González hizo reunir a los canónigos en la sacristía de la catedral, imponiendo allí como gobernador de la Mitra al presbítero don Federico Escobedo, conocido poeta, árcade romano, profesor de Humanidades en la Universidad Católica y hermano del mayor constitucionalista Vicente Escobedo. Allí mismo el propio general disolvió el venerable cabildo y prohibió las confesiones. En el atrio fueron quemados tres confesonarios" *(Diccionario General de Puebla.* Ficha 7704-XIX-12).

Ampliando la anterior información: El general Pablo González tuvo la intención de cometer más terribles atentados de los que llevó a cabo contra los sacerdotes poblanos, lo que ya no efectuó porque en sus tropas venía un hermano del Padre Escobedo, con grado de mayor, Don Vicente, quien tuvo el valor de oponerse a su jefe. Enterado éste de que la defensa se debía a que tenía un hermano "cura", quiso que se lo presentara, aprovechando la oportunidad el P. Escobedo para disuadir al mílite de cometer los asesinatos que se proponía. Entonces, y por su ignorancia supina, el general

González quería nombrarle "obispo", a lo que se opuso el señor Escobedo y en defensa de sus compañeros sacerdotes aceptó quedar —ante los revolucionarios solamente—, como gobernador de la Mitra, atenuando los propósitos satánicos del citado revolucionario.

El Padre Escobedo fue un hombre íntegro, de criterio firme, de voluntad férrea, y sobre todo, de lealtad a carta cabal, lo que comprobamos en el curso de las labores de nuestra agrupación literaria *Bohemia Poblana,* de la que fue su primer presidente honorario y a la que le dio todo su apoyo y prestigio. Su colaboración para nuestra revista fue inédita: en sus páginas está su poema *Aves de mi enramada* que es una reminiscencia de sus discípulos de Literatura, la mayoría poetas destacados: Delfino C. Moreno, Florencio Carrillo y Alvarez, León Sánchez Arévalo, José Rubio y Contreras, etc.

El 7 de mayo de 1948, en una sesión-cena que le dedicamos, dio lectura a su drama *Seila o la Hija de Jefté,* la que fue presidida por el señor Académico don Alberto María Carreño, redescubridor de los restos mortales del Conquistador Don Hernando Cortés, y con la asistencia del poeta, escritor oaxaqueño, ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, licenciado Don Alfonso Francisco Ramírez. Se encomendó la crítica al poeta, licenciado Agustín Haro y Tamariz. Fue una velada prolongada que se nos hizo corta y dejó recuerdos constantemente renovados.

En todas las latitudes "pequeñas discordias hay en todos los climas literarios", escribió en el prólogo de *Poetas y Escritores Poblanos* el señor Académico, eminente maestro, literato y crítico Don Francisco Monterde; así, queriendo contrarrestar el prestigio que alcanzaba nuestra organización, a base de trabajo, se inventó constituir un "Consistorio literario", celebrándose la primera y única reunión en la casa del poeta Don Gregorio de Gante, promotor de la idea; el P. Escobedo fue invitado sin aceptar porque "no soy poeta laureado", contestó, condición que se exigía para pertenecer al frustrado consistorio.

En el año de 1945 se suscita una escisión en *Bohemia Poblana* —otra "pequeña discordia"— formándose otro grupo que se adjudicó la denominación de *Bohemia Angelopolitana.* Sus organizadores invitaron al P. Escobedo a que se les uniera recibiendo una filípica contra los "separatismos" y dando una lección de lealtad.

Nosotros supimos corresponder sus atenciones estando siempre con él hasta los últimos segundos de su vida. Durante toda su enfermedad —que fue prolongada y penosa— lo acompañamos, recogimos su último aliento y a su lado estuvimos, al inhumar su cadáver en el Panteón Francés, en una crip-

ta propiedad de nuestro compañero Don Ambrosio Nieto y al reinhumar sus restos en la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, en Catedral, en este año, a ocho de distancia de su fallecimiento.

A propuesta del Ilmo. señor Ramón Ibarra y González, primer arzobispo de la arquidiócesis de Puebla (antes fue diócesis de Tlaxcala, con sede en Puebla de los Angeles), la Arcadia Romana aceptó en su hermandad al humanista Don Federico Escobedo, el año de 1907, adoptando el nombre pastoril de Tamiro Miceneo.

En 1908 (19 de marzo) la Academia Mexicana de la Lengua le hace su miembro correspondiente en la ciudad de Puebla.

A la muerte del ilustre novelista y maestro cordobés (20 de mayo de 1914) Don Rafael Delgado, que ocupaba la silla número 12 de la docta Corporación, el P. Escobedo queda como individuo de Número (1915).

La Real Academia Española, directamente le nombra su miembro correspondiente, en la República Mexicana, el año de 1918, signando el diploma respectivo los Excmos. señores Don Antonio Maura y Montanar y Don Emilio Cotareli y Mori, Director y Secretario, respectivamente.

El pequeño libro (10 x 7 cms., 240 págs.) empastado a la "Española", que le envió esta Academia, contiene: Origen de la Real Academia Española, sus directores, secretarios, censores, bibliotecarios, tesoreros, académicos de número y correspondientes españoles y extranjeros; lista de las academias correspondientes, con sus miembros de: Colombia, Ecuador, México, El Salvador, Venezuela, Chile, Perú, Guatemala, Argentina y Academia Científico-literaria de Honduras; lista de señores académicos fallecidos hasta 1917; juntas de academia, días de celebración de éstas; cargos académicos; catálogo de obras de la academia y personal de otras Reales Academias de Madrid. Esta obrita me la obsequió el P. Escobedo un año, o año y medio antes de su fallecimiento, la que tengo en el mejor lugar de mi biblioteca.

Hemos perpetuado la memoria de tan ilustre personaje en esta ciudad de Puebla, con un monumento en el jardín que lleva su nombre. En su inauguración, el discurso oficial estuvo a cargo del también ilustre y recordado señor académico don José Rubén Romero, que sustituyó a nuestro Padre Escobedo en la silla número 12. El celebrado autor de *Pito Pérez* no cumplió el encargo por enfermedad, pero encomendó leyera su trabajo a su colega Don Alberto María Carreño. El discurso tiene por título:

Laudanzas para Federico Escobedo

Queden el granito y el bronce para levantar estatuas a los guerreros victoriosos, a quienes se representa con la espada en la mano y el gesto iracundo, o sobre un brioso corcel que caracolea en el aire, desafiando las leyes de la gravedad, a capricho de escultores, que, acaso, jamás hayan visto un caballo de cerca.

Queden el alabastro y el mármol para Minervas mitológicas y Apolos paganos, que toman el sol y lucen el tórax, cual artistas de cine en los jardines de Hollywood, la nueva Grecia de los partenones de cemento armado.

Queden el cedro y la caoba para labrar el severo perfil de los santos, que van a coronar los altares y a oler el humo de los pábilos apagados.

En cuanto a ti, Señor, que no esgrimiste ninguna espada, ni adornaste tu gloria con cadáveres, ni domaste cuadrigas de caballos blancos, ni reclamaste nunca ningún sitio en ningún altar, en cuanto a ti, Señor, deja que unas almas amigas amasen con lágrimas tu recuerdo, y con tan prima materia levanten un pedestal para tu imagen, sutil como el viento, transparente como el agua, encendido como la llama, y más durable que el granito, que el mármol, que la caoba y que el bronce...

Es domingo. Las campanas de todos los templos de Puebla de los Angeles llaman a misa, que los sacerdotes celebran y los fieles escuchan devotamente. Pues bien, en este sitio que se levanta como un ara al aire libre, para el divino sacrificio, la liturgia ha cambiado: son los creyentes los que ofician y el sacerdote el que escucha silencioso y conmovido, porque es el evangelio de su vida el que rezan los fieles, y a la hora de la consagración su palabra se ha hecho eterno pan del espíritu.

Es domingo. Hasta aquí nos llega el tañer de las campanas que están llamando a misa. También yo sé rezar el ofertorio:

Laudanza para Federico Escobedo, peregrino del ideal, franciscano del Arte, que a todos entregó la dádiva de su poesía; que lo mismo departió con el lobo que con la oveja, y a los dos amorosamente llamóles hermanos.

Laudanza para Federico Escobedo, juglar enamorado de la Virgen María, a cuyas plantas desgranó sus endechas más dulces, blancas como la harina de las hostias, puras como la cera de las oblaciones...

¡Pequeño pajarillo de humilde plumaje que con su solo canto deshizo las tormentas, y anidó lo mismo en el rosal florido que en todos los zarzales del páramo!

¡Pequeño pajarillo que, por no herir, no hincó jamás el pico en la fruta del árbol, y por no escatimar a los pobres un solo pan, no recogió del suelo ni siquiera un grano de trigo!

¡Pequeño pajarillo de humilde plumaje y de argentino trinar, nosotros creemos que en cada verano volverás!...

Un día, entre el indiferente gentío que pasaba por la calle nos encontramos Federico Escobedo y yo, el ático poeta y el ladino palurdo, la luz y la sombra, el bien y el mal, el ángel y el demonio. Fue precisamente en una Navidad. Conversábamos de cosas triviales, de esas cosas que se dicen sin entusiasmo dos personas que nada tienen que decirse. Los ojos del poeta, fijos en el escaparate de una juguetería, miraban absortos la pelota y el tren, el payaso de rostro pintarrajeado, el soldadito que tocaba el tambor, la vaca de cuerda que movía el testuz y la muñeca de rizos de oro y de sonrisa enigmática ya de mujer. Yo seguía conversando, y el Padre Escobedo no apartaba la vista de los juguetes, con una profunda tristeza en los ojos.

—¡Quién fuera niño! exclamó suspirando; y nos despedimos sin saber que era para siempre.

—¡Quién fuera niño! dijo, y yo sigo diciendo: ¡Quién fuera hombre, como él, sin la vanagloria de la sabiduría; sin la intolerancia de la falsa virtud; sin la locura del genio, ni la testarudez de la engreída ignorancia! Sencillo, como un árcade; humilde, como un santo; humano, como un pecador. Un alma de cristal en un cuerpo de barro, así fue el poeta, como soñamos ser todos los hombres sin llegar a alcanzarlo!...

El sino de Escobedo fue venturoso: nació en la provincia, lejos del mundanal ruido. Su niñez correteó por las calles de un pequeño lugar; creció a la sombra del templo, escuchando el gorgeo de las campanas en las oraciones matinales y el *Angelus* del crepúsculo. La música de las esquilas sirvió de diapasón a sus versos, y su negra sotana fue la caja del estradivario que tuvo por alma.

Vivió en la provincia, repartió sus afectos entre los feligreses de su parroquia y entre los consonantes de sus poemas, feligreses devotos de su pensamiento.

Y murió en la provincia, en una tierra que no lo vio nacer, pero que le amó como un hijo propio, porque es tierra de una misma patria, fecun-

da y maternal, a la que él comparó con una *flor que llora,* y que llorará eternamente sobre su inmarcesible memoria...

Federico Escobedo guió almas, exultó a la patria, enseñó a amar con pureza, hizo poesía, sembró bondades. Los frutos de su cosecha: la gratitud de su Puebla amada.

III

Don Enrique Gómez Haro fue en Puebla miembro correspondiente de la Academia Mexicana. Otra amistad entrañable que heredé de mi padre, como la de Don Federico Escobedo.

Don Enrique dio a la historia y a las letras locales imponderable acervo. Hijo de Don Eduardo Gómez Morales —fundador de agrupaciones sociales y religiosas por las que se hizo estimar ampliamente—; hermano del historiador y periodista Don Eduardo, que legara también a las letras poblanas algunas comedias y dramas, sainetes y zarzuelas, porque fue dramaturgo; padre de la más exquisita poetisa que la lírica poblana ha cultivado: Luz del Carmen, hoy Sor María del Carmen de la Eucaristía.

Su biografía es meritoria como abogado, catedrático, poeta, historiador y ejemplar ciudadano.

Periódicos, revistas, folletos, libros, etc., de Puebla, que de sesenta años a la fecha contienen artículos, versos, estudios, investigaciones del señor Gómez Haro. Dos publicaciones contienen y resaltan lo mejor de su vida literaria e historiográfica: el Boletín del Ayuntamiento de Puebla, desempolvando infolios y traduciendo pergaminos para dar a conocer las excelencias históricas y tradicionales de la Puebla de los Angeles, que llega a su culminación con las ediciones especiales, elegantísimas, del centenario de la independencia nacional —1910—; y la revista *Puebla Ilustrada* que dirigió y en la que colaboraron los señores: licenciado Don José López Portillo y Rojas, Director de la Academia Mexicana de la Lengua, licenciado don Silvestre Moreno Cora —también miembro de la citada Academia— y los consagrados poetas de nuestra provincia angelopolitana: Felipe Neri del Castillo, Federico Escobedo, Francisco Neve —dramaturgo, autor de *La Llorona* que logró asistir a la celebración de las bodas de oro de este drama—, Manuel Rivadeneyra y Palacios —llamado "El Poeta Blanco"—, José Miguel Sarmiento, etc.

La ciudad de Puebla le reconoce participación principal en su transformación, al desempeñar el puesto de secretario del Ayuntamiento durante los años de 1908 a 1912. Por su consejo tranquilo, desapasionado, inteligente, Don Francisco de Velasco, que presidía la Comuna, no cometió errores que hubieran puesto en peligro la magna obra que se impusieron.

En época propicia, cuando el ambiente político hacía el análisis de los méritos de los hombres públicos de Puebla, durante la administración municipal del licenciado Don Nicolás Vázquez, se señaló como insigne hijo de la ciudad a Don Enrique Gómez Haro y, lograda la reforma a la Ley Municipal que prohibía se pusiera a lugares públicos nombres de personas vivas, se hizo un jardín, ex profeso, en el segundo fraccionamiento El Carmen y se le dio su nombre, obra debida a las gestiones de Don Enrique Benítez, poblano ejemplar que con hechos ama a su natía ciudad.

La inauguración se efectuó el domingo 13 de junio de 1953. Dejaré la reminiscencia al propio licenciado, en su artículo que publicó en El Sol de Puebla, el domingo 19 de julio del ya mencionado año.

Mi Jardín

de Enrique Gómez Haro.

Jardín de Enrique Cordero.
Construído por hidalgos y amigos.
Bautizado con mi nombre por la Ciudad.
Recibida por ella solemnemente.

Ese es el resumen de lo que vieron algunos lectores de *El Sol de Puebla;* de lo que vio la mayor parte de quienes lo leen.

Enrique Cordero y Torres fue el padre de la criatura. Engendró, con la fe de todo lo que emprende, la idea del agasajo. La llevó al seno de su otra hija, la mayor de edad, la *Bohemia Poblana,* quien la hizo suya. Diéronle su apoyo entusiasta otros dos nobles amigos: Enrique Benítez y Cruz González. Valiosísimo apoyo.

Los dos Enriques fueron en busca de la autorización y ayuda oficial, ante el Presidente del Cuerpo Edilicio, Lic. Nicolás Vázquez, amigo también del presunto agasajado.

El ejemplar Alcalde se las impartió sin rodeos, gestionando que el Congreso removiera el estorbo único presentable: la reforma del decreto que prohibe dar a lugares públicos nombres de personas vivas.

La legislatura del Estado respondió en forma muy discreta y no hubo dificultades.

El engendro "corderil" crecía y crecía.

Vino a empujarlo un grupo más de amigos y consocios, dirigiendo a la Presidencia Municipal sus adhesiones a lo que *Bohemia Poblana* solicitábale: la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente a la Española.

Y otro más, desde España, mi viejo amigo el Lic. Rodolfo Reyes, colega mío, además, en la Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, Correspondiente de la Española, como aquélla.

Enrique Cordero y T. no cabía en sí de satisfacción. Triunfaba como en todo lo que se propone alcanzar.

Pero los munícipes no tenían fondos para la construcción del jardín. Su presidente lo expresó *claris verbis,* a los dos Enriques, a los cuales ninguna mella les hizo.

Y allá van Enrique Benítez y Cruz González en pos del vellocino de oro.

Llaman de puerta en puerta a los despachos de los industriales de hilados y tejidos, con quienes me ligan añeja amistad y añejos e inolvidables servicios profesionales, y se reunió el dinero que se necesitaba.

El parto de Enrique Cordero y la *Bohemia* resultaría sin novedad.

Bueno, esto es un decir, porque ¡vaya si no era una novedad lo que iba a hacerse!...

Y llegó la mañana apacible del domingo 12.

Multitud de caras sonrientes. Abrazos a granel. El Ayuntamiento en masa, presidido por Nicolás Vázquez, colmándome de finezas. El representante de la Sociedad de Geografía y Estadística haciendo otro tanto.

Al fin llegaron mis consocios de la Academia Mexicana, con los Académicos de Colombia y Costa Rica en nombre del Congreso de Academias.

Abrióse la ceremonia, tocando la banda municipal. Pepe Robledo, con su reconocida elocuencia, comenzó el combate de flores, arrojándolas sobre mí. Lo siguió Sánchez Arévalo, altísimo poeta y también elegante prosista. Nicolás Vázquez que el último tirador, cerrando con broche de oro el festival. Yo, apabullado materialmente, sólo pude musitar estas cortas frases que he podido retener: Emocionado hasta el exceso, mis ideas se confunden, mis ojos se nublan, mi lengua tiende a enmudecer, mi corazón palpita henchido de gratitud.

...

Luego, a la *Bohemia* "sesión-comida, en el salón Azteca de la Malinche.

...

Julio Jiménez Rueda, tribuno grandilocuente, hablando por la Academia Mexicana de la Lengua, me dio el tiro de gracia en el combate de flores. No sé cómo cupieron tantas en mí.

...

Y cambió la escena con el cuadro final.

Mi dilectísimo fraternal amigo, Alberto María Carreño, Secretario Perpetuo de la Academia Mexicana, se unió a mí en un abrazo efusivo, vaciando su corazón entre sollozos. Los dos lloramos por la emoción que nos embargaba.

. . .

Estuve tan fuertemente unido a la amistad de Don Enrique Gómez Haro, y a sus hijos, que su primogénita, la dulce monjita-poetisa Luz del Carmen de la Eucaristía, me incorporó a su familia considerándome su hermano.

Cuando, por exceso de bondad de los señores Dr. Alberto María Carreño, Maestro Francisco Monterde e ilustre Cronista de la Ciudad de México, Don Artemio de Valle Arizpe, se me admitió en la Academia Mexicana, como correspondiente en Puebla, al comunicarle la para mí sorpresiva noticia, viendo en el rostro de Don Enrique la imagen de mi difunto padre, en su frente le di ósculo, hondamente filial.

A los cinco meses, en la tarde del 9 de febrero de 1956, todos los hijos del insigne poblano Don Enrique Gómez Haro recibían su bendición y el beso de despedida; a mí también me bendijo y en mi frente dejó un beso que aún siento, amorosamente paternal.

UN GRAN PROPULSOR DE LA ENSEÑANZA Y DIFUSION DEL IDIOMA ESPAÑOL EN LA NUEVA GALICIA

Por el Lic. J. Ignacio Dávila Garibi, como mínima aportación al Libro que la Academia Mexicana, correspondiente de la Española, dedica a su finado Director, Sr. Lic. D. Alejandro Quijano.

El problema lingüístico en la evangelización de la Nueva Galicia fue mucho más agudo que en cualquiera otra parte de la Nueva España.

Honda preocupación fue para los abnegados y celosos misioneros que emprendieron la conquista espiritual de dicha provincia y las demás que con ella formaron parte del antiguo obispado neogallego, el gran número y variedad de idiomas y dialectos hablados en tan dilatada región, cuyos litorales por el Poniente, en una extensión de varios kilómetros bañaban las aguas del Océano Pacífico y cuyas fronteras septentrionales se hallaban situadas mucho más allá del Río Bravo.

Fray Juan de Torquemada, el P. Fray Antonio Tello y otros antiguos cronistas asombrados por esa gran diversidad de lenguas llamaron "Babel Indiana" a lo que durante la dominación española se nombró Nueva Galicia.

Ante tan grave problema los religiosos, cuando menos de pronto, se encontraron frente a una penosa disyuntiva: Aplazar la evangelización hasta aprender cuando menos algunos de los idiomas nativos, lo cual requería mucho tiempo, o convertirse rápidamente en poliglotos y esto era prácticamente imposible.

A lo primero se oponía el gran celo apostólico que tenían los misioneros por la conversión de las almas, el cual los obligaba a enfrentarse con las mayores dificultades; a lo segundo lo difícil que era aprender en breve tiempo algunas de tantas lenguas nativas muy diferentes de las que dichos religiosos conocían.

Era menester buscar una solución inmediata que pudiera resolver si-

quiera en parte el problema: Ocurrióseles a los misioneros valerse temporalmente de una lengua auxiliar. ¿Cuál fue ésta?

Una de las lenguas dominantes en parte de la Nueva Galicia era la cazcana que además de ser hablada como propia por numerosos pueblos que en conjunto formaban la Gran Cazcana, era también la principal en otras varias regiones de la Nueva Galicia.

Por otra parte, la diferencia entre ésta y la azteca náhuatl o mexicana hablada en el valle de México en el siglo XVI no era muy grande. Ambas habían tenido un cercano origen común.

Como ya lo dije en la conferencia que sustenté en la Sociedad Mexicana de Antropología el 18 de julio de 1940, trátase a mi modo de ver, de dos ramas idiomáticas desprendidas desde hace varios siglos, de un tronco común, las cuales, ya en el siglo XII, cuando menos, tenían vida independiente y características especiales que hacían que la una no se confundiera con la otra.

La mexicana propiamente dicha, más o menos evolucionada, un tanto limada y caminando en trayectoria siempre ascendente hacia un alto grado de perfeccionamiento, elegancia y pulidez a que no llegaron otras muchas lenguas coetáneas; la cazcana llamada por los antiguos: rústica mexicana, anticuada, sin pulir y con cierta marcada tendencia a conservar sus formas arcaicas, como nos lo demuestran algunas de ellas que subsistieron hasta la época colonial.

La primera era la rama avanzada, la reformadora, la que paulatinamente se iba superando a sí misma y dejando atrás a otras con las cuales estaba emparentada.

La segunda, era la tradicionalista, la conservadora, algo así como una supervivencia de la lengua antigua.

Es posible que en el cazcano se hayan introducido algunos vocablos desconocidos para los aztecas, tomados tal vez del tecuexe o de alguna otra de las lenguas aborígenes habladas en la zona dominada por los cazcanos o en las que colindaban con ella.

"Aunque hay muchos Artes de la Lengua Mexicana, no sirven para estas partes —escribía en 1692, Fray Juan Guerra en su *Arte de la Lengua Mexicana que fue usual entre los indios del Obispado de Guadalajara y parte de los de Durango y Michoacán*— porque la lengua mexicana que acostumbraban hablar los naturales de ellas, es muy diferente que la mera mexicana, porque ya le añaden sílabas a los vocablos, ya se las quitan y muchas veces son del todo diferentes".

En las informaciones levantadas por las autoridades neogallegas en la época de la colonia, de las cuales, algunas fueron compiladas por el Gobierno de Jalisco y publicadas bajo el título de: *Noticias Varias de la Nueva*

Galicia, el año de 1878, consta que en algunas poblaciones se hablaba simultáneamente cazcano y mexicano.

A pesar de esas diferencias aztecas y cazcanas podían, a lo que parece, entenderse con relativa facilidad.

Indudablemente debido a estas circunstancias fue elegido el idioma náhuatl como auxiliar durante la conquista de que se trata y algunos lustros después de realizada ésta.

Creo, sin embargo, que el uso de esa lengua no resolvió plenamente el problema pues en tanto que los eclesiásticos y los intelectuales se preciaban de hablar la rica y hermosa lengua náhuatl que habían aprendido en colegios y universidades, la población indígena seguía hablando la lengua cazcana, es decir la arcaica, la que los doctos de ese tiempo llamaban rústica y algunos impropiamente dialecto de Jalisco.

Fue menester que se publicaran libros como el Arte del P. Guerra, al que acabo de referirme y años más tarde, esto es, en 1765, el que el docto Br. D. Jerónimo Tomás de Aquino Cortés y Zedeño, Presbítero Domiciliario del Obispado de Guadalajara y Examinador Sinodal en dicho idioma, intituló: *Arte, Vocabulario y Confesionario en el Idioma Mexicano como se usa en el Obispado de Guadalajara.*

Muy intensa fue la campaña en pro de la lengua náhuatl durante la dominación española. Por mucho tiempo se enseñó dicha lengua en los conventos de San Francisco y de San Agustín de la ciudad de Guadalajara, en el Colegio de la Compañía de Jesús, en el templo de la Soledad y sobre todo en el Seminario, donde por real cédula de Felipe II fechada en Lisboa el 27 de mayo de 1582 se estableció dicha cátedra pues estaba ordenado que ni a clérigos ni a religiosos se extendiese nombramiento de ministros doctrineros si no hablaban dicha lengua.

En casi todos los curatos y doctrinas de indios, durante muchos años la enseñanza del náhuatl fue obligatoria y hubo obispos tan celosos por el cultivo de la misma, como el Ilmo. Sr. Dr. Juan de Santiago y de León Garabito, uno de los prelados más insignes del siglo XVII quien ordenó que todos los clérigos de menores órdenes "So pena de no ser ascendidos en la jerarquía eclesiástica, acudieran diariamente de 9 a 11 de la mañana a la Capilla de la Soledad a cursar la Cátedra del Idioma Mexicano", según consta en su edicto diocesano de 6 de septiembre de 1678.

Por su parte, la Audiencia también se había mostrado celosa de la difusión del náhuatl, y uno de sus presidentes, el Lic. D. Francisco Calderón Romero, dos años antes de que el Ilmo. Sr. Garabito expidiera el edicto diocesano a que acabo de referirme, lograba el restablecimiento de la cátedra de Lengua Mexicana, que dicha Audiencia había dejado de proveer, en los últimos años, por motivos que ignoro.

Por lo anteriormente expuesto se ve claramente el empeño que las autoridades tanto eclesiásticas como civiles tuvieron en la propagación del idioma náhuatl en la Nueva Galicia, dando a este idioma hasta cierto punto mayor importancia que al español como lengua oficial de la Nueva España.

Hubo, sin embargo, un insigne obispo neogallego que estimó más necesario que imponer el náhuatl como idioma auxiliar, enseñar por todos los medios posibles el idioma español en todo su obispado en ese tiempo extensísimo.

Fue éste el Ilmo. Sr. Doctor D. Pedro Gómez Maraver, quien tomó posesión del gobierno de la diócesis de Guadalajara el 13 de diciembre de 1546 y a quien con justicia puede considerarse como un gran propulsor de la lengua de Cervantes en lo que durante la dominación se llamó Nueva Galicia.

Estimaba Su Ilma. que la enseñanza del idioma español era el medio más eficaz para lograr la unificación lingüística de su obispado. De ello hay constancias en varios autos contenidos en su Libro de Visitas Pastorales abundante en noticias históricas de interés.

El mismo prelado en repetidas ocasiones informó sobre este particular al rey de España como puede verse en algunos de los documentos publicados por el Excmo. Sr. Doctor y Maestro D. Francisco Orozco y Jiménez en la Colección de documentos históricos, inéditos o muy raros referentes al Arzobispado de Guadalajara y en el Tomo I de mis *Apuntes para la Historia de la Iglesia de Guadalajara.*

Ya D. Luis Páez Brotchie en el tomo primero de su *Historia Mínima de Jalisco* (pág. 94) y posteriormente en su artículo *D. Pergómez Maraver, primer obispo de Nueva Galicia,* publicado en la *Gaceta de Guadalajara,* había llamado la atención sobre este particular. "Este prelado se empeñó —dice textualmente— en extender el idioma castellano entre los indios". (Año 9, tomo 9, núm. 96). Y en este mismo artículo, refiriéndose a la carta que el Sr. Maraver escribió al rey de España en 12 de diciembre de 1550, dice que dicha carta "acusa una buena instrucción literaria en el mitrado..." (loc. cit.).

Por lo que toca a los informes que sobre su actuación en pro de la lengua castellana envió el Ilmo. Sr. Maraver al rey de España, copio de su misiva fechada el 7 de mayo de 1551 el párrafo siguiente:

"Luego que por mandato de vuestra majestad, tomé el gobierno espiritual de este reino, el nombre del Señor comenzó a ser invocato y tener mayor noticia nuestra religión cristiana, tomada la cruz, muy desnuda y pesada sobre nuestros hombros por sólo servir a Dios y a vuestra majestad con nuestra hacienda, sudor y trabajo, el estado espiritual y temporal de este reino se ha mucho levantado y soy *el primero que en la lengua española he pues-*

to la mano, no sin falta de contrarios y detractores y siendo como es obra tan santa y piadosa, a vuestra majestad suplico sea servido mandarla mucho favorecer con su limosna e ayuda de costa para que los ministros se sustenten y los pobres necesitados. . ." *(Historia de la Iglesia,* antes citada, I, 435).

En otra parte de la carta pide al rey ordene al Superior General de los Franciscanos le envíe cien religiosos y agrega:

"Y para los traer a ello e que otros hagan lo mismo, a vuestra majestad suplico, se pida a Su Santidad conceda indulgencia plenaria a los religiosos que entendieren en esta santa doctrina, por cada vez que predicaren o enseñaren o bautizaren o dijeren misa o enterraren o hicieren otro beneficio espiritual o corporal a estos naturales que ayudaren a convertir las bárbaras gentes al conocimiento de nuestra santa fe católica *y a que todos aprendan la lengua española*" (Ibidem, pág. 347).

Por último para no ser muy prolijo me limitaré a copiar a continuación un tercer párrafo de la propia misiva:

"Por la misericordia e gracia del Señor en este nuevo reino se comienza a levantar la doctrina cristiana con mucho fervor, en especial, en las comarcas de esta ciudad de Guadalajara e cazcanes, e los muchachos e hombres mozos e mujeres comienzan *a hablar la lengua española* y por que lo comenzado crezca y se levante a gloria de Dios, a vuestra majestad suplico sea servido mandar dar su real provisión, para todas las justicias e sus encomenderos de los pueblos e los españoles de todo este reino, para que nos ayuden a *enseñar la lengua española a estos naturales por que se extienda a todo el reino,* e para que los ministros e religiosos e todos los suso dichos lo hagan con más amor y caridad, vuestra majestad sea servido mandar se les conceda a lo que ello entendieren e lo favorecieren, la misma indulgencia plenaria e todas las demás gracias e indulgencias que se ganan, por ser hermanos de la cofradía del Santo Sacramento la cual hemos establecido en todo este reino, lo mismo ganen los naturales que la deprendieron e los que nos ayudaren por el beneficio que de ello todos reciben para ser industriados y así mismo que pues los naturales a su costa e con nuestra ayuda hacen las escuelas e casa donde se enseñan. . ." (Ibidem, pág. 438).

EL ALMA EN EL TRASMUNDO DANTESCO

por don GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR.

A LOS HOMBRES que hablan con acento divino, dice Benedetto Croce, o más bien, con acento profundamente humano, los antiguos les diputaban genios. Dante fue uno de los máximos, y sus concepciones son tan significativas, que cada una de las generaciones venidas después de él, encuentra en su poesía una nueva hondura, un mensaje propio.

Sin plena conciencia de los misterios que tocaba, tuvo atisbos soberanos sobre lo que la ciencia, la filosofía y el arte posteriores a él habían de descubrir, y así, es lícito y provechoso ahora, pasearnos, con nuestra sabiduría moderna, por el vasto mundo dantesco, pues, como dice el citado Croce, no se puede pensar a Aristóteles con Aristóteles y a Dante con Dante, a menos de inferirnos el terrible tormento de mutilar nuestra ánima y nuestra mente, las cuales de cierto pueden reconstruir y repensar lo antiguo, pero sólo en cuanto lo superan.

El propósito de este ensayo es estudiar cómo el concepto poético de Dante sobre el alma humana en el trasmundo fue transformándose paulatinamente, desde que entra al Infierno, hasta que columbra a la Trinidad en un rapto místico inefable, para destacar que aquel concepto tiene gran similitud con los de la moderna física energética, la que, por supuesto, puede sostener una pareja metafísica.

Como Dante era católico, y católico medioeval, sus ideas sobre la otra vida siguen en sus lineamientos principales las doctrinas de Santo Tomás de Aquino. El alma humana, substancia puramente intelectual, posee libre albedrío, y labra en este Mundo su bienaventuranza o su condenación, las cuales se le comienzan a remunerar después de su separación del cuerpo. Porque la dicha y la desdicha radican principalmente en el alma, enseña el aquinense, y así, aun antes de la resurrección, aquélla ora goza de la felicidad, ora es entregada a los tormentos, los cuales no son solamente espirituales, sino también, por decirlo así, corporales. Pues, aclara el mismo autor, si se en-

cuentran en las Sagradas Escrituras algunos pasajes que prometen a las almas de los santos una remuneración de bienes corporales, deben estos pasajes entenderse en el sentido místico, por la razón de que en la Escritura las cosas espirituales suelen estar designadas por imágenes corporales. En cuanto a los pasajes que amenazan con penas corporales a los condenados, como aquellos que declaran que serán atormentados por el fuego del infierno, *estos pasajes deben entenderse a la letra.* [1]

En el infierno

Ya sabemos que al mediar el transcurso de su vida el poeta se pierde en la Selva Obscura, impelido por sus pecados. Lleno de pavor y de angustia topa con las tres fieras simbólicas, y cuando está a punto de desfallecer, se presenta ante sus ojos algo con forma humana, que él pinta inmóvil y silencioso, en los siguientes versos:

dinanzi agli occhi mi si fu offerto
chi per lungo silenzio parea fioco... [2]

Era Virgilio, que lo esperaba para auxiliarlo. El lo invoca:

Miserere di me, gridai a lui,
quel che tu sii, od ombra od uomo certo. [3]

Grito vacilante de su desesperación, que indica que tenía ya, desde ese momento, la sospecha de haber salido del Mundo, para entrar en el Trasmundo; de otra manera no se explicaría que demandara piedad al ser que tenía delante, ya fuera hombre, *o ya fuera sombra nada más.*

El hecho de que, pudiendo ser sombra, se presentara con cuerpo humano, es reminiscencia del Hades heleno, en donde las almas revestían la misma forma que tuvieran en vida, como lo dice Homero, cuando lleva a los reinos

---

[1] Et ideo si qua in Scripturis sacris inveniantur, quae sanctis animabus corporalium bonorum retributionem promittant, mystice sunt exponenda, secundum quod in praedictis Scripturis spiritualia sub corporalium similitudine designari solent. Quae vero animabus damnatorum praenuntiant poenas corporeas, utpote quod ab igne inferni cruciabuntur, sunt secundum litteram intelligenda. (Brevis Summa de Fide. Caput. CLXXXIX.)

[2] Delante de los ojos se me apareció alguien, que por su prolongado silencio parecía mudo. (Inf. I, 62-63)

[3] Apiádate de mí, le grité, quienquiera que seas, sombra u hombre verdadero. (Inf. I, 65-66)

infernales a su héroe, Odiseo. Ve allí los muertos como *vanas cabezas,* como cráneos vacíos, y cuando Odiseo pretende, sin lograrlo, abrazar la sombra de su madre, ésta exclama: "¡Ay, hijo mío, el más infeliz de todos los hombres! Perséfone, hija de Zeus, no se burla de ti; sino que tal es la ley de los efímeros cuando han muerto. En efecto, los nervios no sostienen ya las carnes y el esqueleto; la fuerza del fuego ardiente los consume luego que la vida abandona los blancos huesos, cuando el alma, como un sueño, emprende el vuelo..."

En la misma vanidad de las sombras creían también los romanos, y Virgilio hace mención de ello cuando pinta la visita de Eneas al Averno. Mas parece que Dante, tan versado en la literatura de la antigüedad, olvida temporalmente la impalpabilidad de esas sombras, para dar mayor realce a los episodios que describe. Así, Virgilio aparece repetidas veces con miembros ponderables y capaz de contacto. Recuérdese que ante la puerta del Infierno, que ostenta escritas en su umbral las duras palabras que quitan la esperanza, cuando el viviente vate siente que se le encoge el corazón ante ellas, *el Maestro le toma la mano para darle valor:*

E poi che la sua mano alla mia pose,
con lieto volto, ond'io mi confortai,
mi mise dentro alle segrete cose. [4]

Idénticamente, cuando del fango surge Filippo Argenti provocando su desprecio, el Maestro lo ciñe con los brazos y le besa el rostro:

Lo collo poi con le braccia mi cinse,
baciommi il volto e disse: "Alma sdegnosa,
benedetta colei che in te s'incinse. [5]

Ante las mortíferas Gorgonas, Virgilio no se concreta a aconsejar a su protegido que no las mire, sino que con sus mismas manos, que aquí se vuelven opacas como la materia, le tapa los ojos:

e non si tenne alle mie mani,
che con le sue ancor non mi chiudessi. [6]

---

[4] Y después de que sus manos puso en las mías, con rostro apacible, lo cual me infundió valor, me hizo entrar en las cosas secretas. (Inf. III, 19)

[5] Después, con los brazos me rodeó el cuello, me besó el rostro y me dijo: "Alma altiva, sea bendita la que te concibió". (Inf. VIII, 43-45)

[6] Y no se atuvo sólo a mis manos, mas con las suyas me tapó los ojos. (Inf. IX, 59-60)

Más adelante, Gerión, el gigante escorpión alado, se apresta a descender sobre su escamosa grupa a los dos poetas, del séptimo círculo infernal al octavo. Dante, presa del pánico, intenta decir a Virgilio, sin lograr articularlo, que desea que lo abrace. Virgilio entiende, y sus brazos se tornan, aquí también, seguros y fuertes sostenes:

Ma esso, che altra volta mi sovvenne
ad altro forse, tosto ch'io montai
con le braccia m'avvinse e mi sostenne.[7]

Cuando Dante lanza su fiera diatriba contra Nicolás III, el mantuano parece complacido por su actitud, y tomándolo en brazos, en muestra de ternura, trepa con él hasta una empinada cima:

Però con ambo le braccia mi prese,
e poi che tutto su mi s'ebbe al petto,
rimontò per la via onde discese...
Quivi soavemente spose il carco....[8]

Toma nuevamente Virgilio en brazos a Dante, para librarlo de los diablos que los acechan en el sexto círculo:

Lo duca mio di subito mi prese,
come la madre ch'al romore ē desta
e vede presso à se le fiamme accese,
che prende al figlio e fugge e non s'arresta...[9]

Dante sentía esos contactos, y aprovechábase de sus efectos, otra vez patentes, cuando hubieron de trepar por el rocoso respaldo de la sexta bolsa, teniendo a los pies el abismo de la séptima, donde los ladrones son mordidos por terribles serpientes. Virgilio coloca a su protegido más alto que él, y lo empuja hacia arriba, ayudándole a escalar:

---

[7] Pero él, que ya me había socorrido en otra vicisitud, tan pronto como yo monté, me rodeó con sus brazos y me sostuvo. (Inf. XVII, 94-96)

[8] Por lo tanto, me tomó en sus brazos, y manteniéndome pegado a su pecho, subió por el mismo camino que antes había bajado... Allí depositó suavemente su carga... (Inf. XIX, 124-126, 130)

[9] Mi guía me asió de pronto, como la madre que despierta sobresaltada por súbito ruido, y viendo que la cercan las llamas de un incendio, toma en brazos a su hijo, y huye sin detenerse. (Inf. XXIII, 37-40)

Le braccia aperse, dopo alcun consiglio
eletto seco, riguardando prima
ben la ruina, e diedemi di piglio. [10]

Sin embargo, Virgilio era una sombra, de la estofa intangible de todas las sombras; mas Dante parece recordarlo sólo hasta el Purgatorio, al prepararse a subir el Monte Sacro, lado a lado de su guía. Nacía el sol detrás de sus espaldas, de modo que Dante tenía ante sí su sombra proyectada sobre el suelo. Iba ensimismado, y no se daba cuenta de tener a su lado a Virgilio; y cuando súbitamente se percata de que la propia sombra no tiene compañera en el terreno, se vuelve con espanto, a buscar a su amigo:

Io mi volsi da lato con paura
d'esser abbandonato, quando io vidi
solo dinanzi à me la terra oscura... [11]

Virgilio tiene que calmarlo, recordándole que su cuerpo mortal está en Nápoles:

Ora, se innanzi à me nulla s'adombra,
non ti maravigliar più che d'cieli
che l'uno all'altro raggio non ingombra. [12]

En seguida, por primera vez, alude el Maestro a la naturaleza especial de las sombras, dispuesta por Dios para que sufran tormentos, mas de manera que no quiere El revelar:

A sofferir tormenti, caldi e geli
simili corpi la virtù dispone,
chè, come fa, non vuol che a noi si sveli. [13]

No obstante, en el Canto XXV del Purgatorio, se expone cómo se forma el aparente cuerpo de los muertos, teoría en la que se hará luego especial

[10] Abrió los brazos, después de considerarlo un poco consigo mismo, y mirando antes la pendiente empezó a empujarme. (Inf. XXIV, 22-24)

[11] Cuando miré ante mí sólo la tierra oscura, volví el rostro hacia un lado, con el miedo de haber sido abandonado. (Purg. III, 19-21)

[12] Ahora bien, el no ver ninguna sombra ante mí te debe maravillar tanto, como que en el cielo un rayo de sol no opaque a otro. (Purg. III, 28-30)

[13] La Virtud (Dios) dispone que tales cuerpos puedan sufrir tormentos, calores y hielos, aunque no quiera revelarnos cómo sucede tal cosa. (Purg. III, 31-33)

hincapié. Entre tanto nótese que la sombra de Virgilio pierde paulatinamente en el Purgatorio la cuasi materialidad asumida en el Infierno; y así, cuando los dos peregrinos encuentran al poeta Estacio, y éste, sabiendo por Dante quién es su compañero, se abaja a abrazarle los pies en señal de aprecio y admiración, el autor de la Eneida lo contiene, recordándole que ambos son puras sombras:

già si chinava ad abbracciar li piedi
al mio dottor; ma egli disse: "Frate,
non far, chè tu se'ombra, ed ombra vedi[14]

A lo cual Estacio responde que el amor que le tiene le hizo olvidarlo:

or puoi la quantitate
comprender dell'amor ch'à te mi scalda,
quando dismento nostra vanitate
trattando l'ombre come cosa salda.[15]

Dante, ya se ha visto, trata la sombra de Virgilio de una manera particular, pues es para él un alma de elección, un justo que mora en el Limbo únicamente porque no conoció a Cristo; sin embargo, en su tránsito por el Infierno le hace cobrar la densidad de la materia. Si de él se pasa a los demás habitantes de aquel lugar de tinieblas y tormentos, se observa que sus sombras son casi idénticas a los cuerpos que tuvieron en la Tierra, sólo que los mayores sufrimientos no los pueden aniquilar. Parece que la substancia de que están compuestas se hace más compacta que en vida, más densa, por decirlo así, como si la distancia que separa a los réprobos de Dios, los relegara a los más bajos grados de la materia bruta.

Desde que traspasa la muralla del bajo reino y entra "en las cosas secretas", el bardo confronta una barahunda de sonidos discordantes, tan materiales como los que hay en un campo de batalla:

Quivi sospiri, pianti ed alti guai
risonavan per l'aer senza stelle,
per ch'io al cominciar ne lagrimai.
Diverse lingue, orribili favelle,

---

[14] Ya se inclinaba a abrazar los pies de mi guía, pero él dijo: "Hermano, no lo intentes, que tú eres sombra y yo soy sombra también." (Purg. XXI, 130-132)

[15] Ahora puedes comprender el gran amor que siento hacia ti, puesto que hasta me hace olvidar nuestra vanidad, y creer que nuestras sombras son cosas sólidas. (Purg. XXI, 133-136)

parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte e fioche, e suon di man con elle,
facevano un tumulto, il qual s'aggira
sempre in quell'aria senza tempo tinta,
come la rena quando a turbo spira. [16]

Los condenados sufren mil géneros de tormentos en sus carnes palpitantes, cruentas y crispadas. En ellos los huesos y los nervios, son huesos y nervios reales; las arterias y las venas, como las que tenían en el mundo; las carnes rojas y sensibles. Allí están los indecisos, los neutros, desnudos y picados por monstruosas avispas, chorreando sangre por sus heridas; los lujuriosos muertos violentamente, arrebatados por una ráfaga colosal, y percutidos cruelmente contra las cortantes aristas de la inmensa caverna que los aprisiona, y resuena con sus ayes y sus llantos; los golosos, yacientes en el fétido fango, expuestos a una lluvia eterna, maldita, fría, pesada; los avaros y los pródigos, empujando ponderosas moles, y chocando entre sí al par que profieren horribles blasfemias; los iracundos, inmersos en las pantanosas aguas de la Estigia, y destrozándose ellos mismos las carnes; allí también se atascan como cerdos los orgullosos y los soberbios.

Y ya dentro de Dite, los heresiarcas arden en candentes sepulcros; los violentos flotan en un río de bullente sangre, asaeteados por los centauros. En una selva de resecos árboles, las arpías los desgarran con picos y zarpas, en un ambiente pletórico de lamentos e imprecaciones, salidos de los árboles, que son los seres que obraron violencia contra sí mismos. Dante, invitado por su guía, arranca una rama, y el tronco le increpa. Se trata de una rama tangible para la mano viviente del poeta, y de cuya quebradura sale mezclada con las palabras verdadera sangre negra:

come d'un stizzo verde che arso sia
dall'un de'capi, che dall'altro geme
e cigola per vento che va via;
sì della scheggia rotta usciva insieme
parole e sangue: ond'io lasciai la cima
cadere, e stetti come l'uom che teme. [17]

---

[16] En aquel aire sin estrellas, resonaban suspiros, llantos y altos lamentos, que al principio me hicieron llorar. Diversas lenguas, terribles imprecaciones, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncas, juntamente con golpes dados con las manos, todo ello forma un gran turbión que atruena eternamente aquel ambiente negro y fuera del tiempo, como las arenas cuando las hace girar el vendaval. (Inf. III, 22-30)

[17] Cual un tizón verde que arde por uno de sus cabos, gime y silba por el otro, a causa del viento que por él se escapa, así de la rama rota salían juntamente palabras y sangre, por lo cual la dejé caer sobrecogido por el miedo. (Inf. XIII, 40-45)

En este episodio, Dante se aparta de la doctrina católica que enseña la reunión del alma con su cuerpo, después de la Resurrección. Las almas de estos condenados permanecerán encerradas en los troncos arbóreos, y sus cuerpos, arrastrados al Infierno después del Juicio, serán suspendidos de las sendas ramazones.

Señalemos rápidamente los pródigos destrozados por fieros canes; los blasfemos bajo una lluvia de llamas tan reales, que Virgilio advierte a Dante no ponga los pies en la ardida arena, pisada también por sodomitas y otros pecadores que hicieron violencia a la naturaleza. Miremos, sin detenernos, a los engañadores, flagelados por los demonios; a los aduladores, sumergidos en estiércol; a los simoníacos, encajados cabeza abajo en pozos flameantes; a los adivinos, que caminan con el rostro de revés. Todos sufren en sus sombras sensitivas dolores verdaderamente humanos.

La quinta bolsa está poblada por una legión de diablos que poseen los caracteres que les atribuía la Edad Media: fealdad repugnante, cerdosos cuerpos, cuernos, cola con aguijón, garras, obscenidad, malas intenciones y pésimas obras. En un mar de hirviente pez se zabullen los estafadores, vigilados por los espíritus malignos, que los mantienen bajo la superficie a punta de aguzados tridentes. La pez es tan material, y las membranas de las alas de los demonios, tan iguales a las de los murciélagos terrestres, que cuando Calcabrina y Aliquino pelean y caen enmedio del bullente estanque, no pueden elevarse, de tan empezadas que tenían las alas:

ma però di levarsi era niente,
sì aveano inviscate l'ali sue. [18]

Camino adelante, las sombras de los hipócritas son capaces de aguantar pesadas capas de plomo; los ladrones, mordidos por horribles serpientes se convierten, unos, en cenizas, de las cuales renacen constantemente para recomenzar el tormento, y otros mezclan y trastruecan sus cuerpos con los reptiles; habitantes de encendidas llamas arden los consejeros fraudulentos; un demonio verdugo infiere con su espada heridas horrendas a los promotores de discordias civiles y religiosas, y los deja mancos, cojos, desventrados, acéfalos, enmedio de un horrible esparcimiento de miembros desprendidos a cercén; los falsificadores y mentirosos padecen, unos hidropesía, otros, fiebre ardentísima; los gigantes del Antiguo Testamento y los de las fábulas paganas se retuercen encadenados, y, finalmente, en los hielos de la Caína, la Antenora y la Giudecca, ingentes lagunas heladas, están incrustados los traidores.

[18] Pero en cuanto a levantarse, no pudieron, de tan empezadas que tenían las alas. (Inf. XXII, 143-144)

Sus sombras son consistentes, como lo demuestra el hecho de que Dante, al pasar, hiere con el pie en el rostro a un condenado. El contuso, Bocca degli Abati, lanza voces contra el precusor, lo que provoca a éste a repelerlo asiéndole por los cabellos del cogote:

Allor lo presi per la cuticagna,
e dissi: "E'converrà che tu ti nomi,
o che capel qui su non ti rimanga".
Ond'egli a me: "Perchè tu mi dischiomi,
nè ti dirò ch'io sia, nè mostrerolti,
se mille fiate in sul capo mi tomi".
Io avea già i capelli in mano avvolti,
e tratti gli n'avea più d'una ciocca,
latrando lui con gli occhi in giù raccolti; [19]

Cabellos reales son los que se quedan entre los dedos al airado güelfo.

Después del episodio sublime del Conde Ugolino, topa con Fray Alberigo, que le pide, sabiéndolo posible, que le rompa con la mano las costras de hielo que le oprimen los ojos. Pero el poeta, que lo promete, a cambio de que responda a sus preguntas, no observa el pacto, so pretexto de que no deben mitigarse los dolores del infierno:

ed io non gliele apersi,
e cortesia fu in lui esser villano. [20]

Olvida allí que había *hecho cortesía* a un compatriota suyo inominado, que estaba en la selva de las harpías convertido en tronco, y cuyas ramas, rotas y esparcidas por la carrera de otros condenados, recogió y colocó a su pie:

Poichè la carità del natio loco
mi strinse, raunai le fronde sparte,
e rende'le à colui ch'era già fioco. [21]

---

[19] Entonces lo tomé por el pelo del cogote y le dije: "O accedes a nombrarte o te quedas sin cabellos." Entonces él me dijo: "Aunque me arranques todos no te diré quién soy ni te lo mostraré, aunque mil veces me repeles." Yo ya tenía un mechón enredado en la mano y le había arrancado varios, mientras que él ladraba con los ojos clavados en tierra. (Inf. XXXII, 97-105)

[20] Yo no se los abrí, y fue cortesía obrar villanamente con él. (Inf. XXXIII, 149-150)

[21] Y como el amor del terruño me urgió, reuní las frondas esparcidas, y se las devolví al que había quedado mudo. (Inf. XIV, 1-3)

En la Giudecca encuentran finalmente la figura inmensa de Lucifer, que pasa por el centro de la tierra, teniendo medio cuerpo en cada hemisferio. Para salir del Infierno tienen que pasar los viajeros, por la especie de embudo en que se encaja el ángel rebelde, y lo ejecutan trabajosamente valiéndose como escalones de sus desmedidos vellos, suficientemente espesos y materiales para soportar el peso de Dante. Nuevamente, el mantuano abraza al florentino para sostenerlo, y así, unidos, la sombra y el viviente, salen a los antípodas y vuelven a contemplar las estrellas:

Com'à lui piacque, il collo gli avvinghiai;
ed ei prese di tempo e loco poste,
e, quando l'ali fûro aperte assai,
appligiò se alle vellute coste:
di vello in vello giù discese poscia
tra il folto pelo e le gelate croste... [22]

Ya se ve, pues, que las sombras del Infierno dantesco tienen una consistencia pesante y material, que las hace capaces de experimentar los sufrimientos a que están condenadas, y de ser palpadas muchas veces por el viviente poeta. Y tan materiales son las sombras de los condenados, como las de los entes de pura fantasía que Dante toma de la fábula antigua, para trasladarlos a su propia fábula: Caronte, el viejo blanco de antiguo pelo, Minos caudado, Cerbero trifauce, los centauros, tales figuras aparecen macizas y sólidas, descritas menudamente con todos sus atributos corporales; así, por ejemplo, Quirón, se alza la barba con una saeta, para hablar:

Chiron prese uno strale, e con la cocca
fece la barba indietro alle mascelle. [23]

El mismo Quirón ordena a Nesso que lleve a Dante en su grupa:

chè non è spirto che per l'aer vada. [24]

Y ya se ha visto que los mismos demonios tienen también alas y cuernos tangibles.

---

[22] Como él lo quiso, le rodeé el cuello; y después de elegir lugar y tiempo, cuando las alas quedaron bastante abiertas, se pegó a las costillas hirsutas, y de vello en vello se puso a descender, entre la pelambre y la costra helada. (Inf. XXXIV, 70-75)

[23] Quirón tomó una saeta, y con la punta se levantó la barba hacia la mejilla. (Inf. XII, 77-78)

[24] Que no es espíritu que pueda volar por el aire. (Inf. XII, 96)

En resumen, las sombras en el infierno dantesco tienen una materialidad acusada, que hasta parece mayor que la que tuvieron en la vida. Se esboza en ello, tal vez, un significado: el de que la materia creada es densa en razón directa del alejamiento de su origen, siendo más compacta, más obscura, más bestial, en los últimos e infinitamente lejanos círculos concéntricos de la Creación.

En el purgatorio

En el purgatorio, en donde las almas aspiran con anhelo hacia su Creador, del cual están separadas únicamente por la necesidad de la penitencia, su ser se hace más tenue, más luminoso, igualando al concepto que de las almas en los Campos Elíseos tenían los antiguos.

Así, cuando los visitantes encuentran la primera turba de sombras, una, la del músico Casella, se adelanta a abrazar a Dante, el cual lo reconoce, y abre también los brazos para estrecharlo, aunque vanamente:

Io vidi una di lor trarsi davante
per abbracciarmi, con sì grande affetto
che mosse me a far lo simigliante.”
O ombre vane, fuor che nell’aspetto!
tre volte retro à lei le mani avvinsi,
e tante mi tornai con esse al petto.
Di maraviglia, credo, mi dipinsi;
per che l’ombra sorrise e si ritrasse,
ed io, seguendo lei, oltre mi pinsi. [25]

¡Con qué detalle describe el poeta su intento de abrazar tres veces a su caro Casella, amigo de juventud! Ahora que ya no le importa, como en el Infierno, sentirse abrigado por los brazos de Virgilio, restablece la absoluta intangibilidad de las sombras: “¡Oh sombras vanas, excepto en la apariencia!” Pero volverá a romper esta regla impulsado por el amor patrio, cuando el mantuano trovador Sordello se encuentra con Virgilio, y se lanza a su coterráneo para abrazarlo, en memoria del terruño y de la poesía, que les son comunes:

---

[25] Miré que una de ellas se adelantaba para abrazarme, con tan grande afecto, que me movió a obrar idénticamente. ¡Oh sombras vanas, excepto en la apariencia! Tres veces crucé detrás de ella las manos, y otras tantas se reunieron vacías en mi pecho. Mi rostro reflejó la estupefacción, por lo cual, sonriendo, la sombra se retiró un poco, y yo, a imitación suya di también un paso atrás. (Purg. II, 76-84)

"O mantovano, io son Sordello
della tua terra"; e l'un l'altro abbracciava. [26]

Mas pronto reitera la calidad incorpórea de las ánimas del Purgatorio, haciendo, en el Canto XXV, una explicación de cómo adquieren la forma humana. Dante contempla en ese momento el suplicio de las sombras de los golosos, reducidos por el hambre a una horrible magreza:

Negli occhi era ciascuna oscura e cava
pallida nella faccia, e tanto scema
che dall'ossa la pelle s'informava... [27]

Entonces, en su cerebro se formula la cuestión que no se le había presentado en el Infierno: ¿Cómo puede enflaquecer quien no tiene necesidad de nutrirse?

¿Come si può far magro
là dove l'uopo di nutrir non tocca? [28]

Estacio es el encargado de resolver el problema, y lo hace en una larga digresión, que toma por punto de partida una teoría de la generación y de la formación del cuerpo humano: la esperma, sangre perfecta, producto de cierta digestión, y nunca absorbida por las venas, recibe del corazón del hombre virtud o *potencia formativa,* como la que tiene la sangre ordinaria que corre por el sistema circulatorio para formar y alimentar los diversos miembros. Unida a la sangre de la mujer, en su entraña, da nacimiento al embrión, el cual, en su desarrollo, a su tiempo adquiere alma vegetativa y sensitiva, hasta que ya formado el cerebro, recibe del Primer Motor nuevo espíritu repleto de potencia. Atrae éste a sí, haciéndolas substancias propias, las otras dos almas, y queda formada una sola, que a la hora de la muerte, se lleva tanto lo humano, es decir, lo sensitivo, como lo divino, es decir, lo espiritual. Esto, memoria, entendimiento y voluntad, en su nuevo estado, crece en agudeza. Luego que el alma desprendida del cuerpo, sabe su destino, su potencia informativa irradia alrededor, como lo hacía cuando formaba los miembros corpóreos, y conforma el aire que la circunda, imprimiéndole una sem-

---

[26] "Oh! mantuano, yo soy Sordelo, tu conterráneo; y se abrazaron ambos. (Purg. VI, 74-75)

[27] Cada uno tenía los ojos velados y hundidos, la faz pálida y tan magra, que los huesos parecían únicamente cubiertos por la piel. (Purg. XXIII, 22-24)

[28] ¿Cómo puede enflaquecer quien no tiene necesidad de nutrirse? (Purg. XXV, 20-21)

blanza de cuerpo, así como el sol, al pasar entre la lluvia, produce el iris. Y como la flama sigue al fuego doquiera que éste se mueva, idénticamente, la nueva forma sigue al espíritu que la crea, organizando y proyectando en ella todos los sentidos. Por eso las sombras hablan y ríen, lloran y suspiran. Si el espíritu experimenta una pasión, ésta se refleja necesariamente en la sombra. Así, queda resuelta la cuestión propuesta por Dante, quien describe en los siguientes tercetos la extraña palingenesia del alma:

E quando Lachesìs non ha più lino,
solvesi dalla carne, ed in virtute
seco ne porta e l'umano e il divino:
l'altre potenze, tutte quante mute;
memoria, intelligenza e volontade,
in atto molto più che prima acute.
Senz'arrestarsi, per sù stessa cade
mirabilmente all'una delle rive;
quivi conosce prima le sue strade.
Tosto che loco lí la circonscrive,
la virtù formativa raggia intorno,
così e quanto nelle membra vive;
e come l'aer, quand'è ben piorno,
per l'altrui raggio che in sé si riflette
di diversi color diventa adorno,
così l'aer vicin quivi si mette
in quella forma, che in lui suggella
virtualmente l'alma che ristette;
e simigliante poi alla fiammella,
che segue il fuoco là'vunque si muta,
segue allo spirto sua forma novella.
Però che quindi ha poscia sua paruta,
è chiamat'ombra; e quindi organa poi
ciascun sentire infino alla veduta.
Quindi parliamo, e quindi ridiam noi,
quindi facciam le lagrime e i sospiri
che per lo monte aver sentiti puoi.
Secondo che ci affliggono i desiri
e gli altri affetti, l'ombra si figura,
e questa è la cagion di che tu ammiri. [29]

[29] Cuando Laquesis no tiene ya más lino, el alma se separa de la carne, y se lleva consigo tanto lo humano como lo divino. Enmudecen las potencias sensitivas,

Las sombras que se purifican en el Purgatorio, por tener esta contextura aérea, poseen ya una inmaterialidad y una poesía muy grandes, que el poeta exalta describiendo sus estados anímicos: delicadeza, humildad, vergüenza, sincero arrepentimiento, paz y mansedumbre. La rodea, también, de paisajes y ambientes serenos, en los que hace resonar, por primera vez en su trasmundo, la música.

Apenas comienzan a andar por el valle que precede al Purgatorio, aparece "un no sé qué blanco", un pájaro angélico cuya presencia brillante no puede sostener la mirada. Luego cuando encuentran al músico Casella, éste canta dulcemente "Amor che nella mente mi ragiona" la canción dantesca comentada en el Convite, y las almas quedan suspendidas de sus notas, hasta olvidar por un momento su necesidad de penitencia.

¡Qué magnífica escena la de la noche que sobrecoge a los viajantes en el valle de los príncipes! Hora en que los navegantes sienten la nostalgia de su patria; en la que se llena de ternura el corazón de los que acaban de decir adiós a sus amigos:

e che lo novo peregrin d'amore
punge, se ode squilla di lontano,
che paia il giorno pianger che si more; [30]

Un alma entona el bello himno nocturno de San Ambrosio:

Te lucis ante terminum,
Rerum Creator, poscimus,
Ut tua pro clementia,

---

mientras que la memoria, la inteligencia y la voluntad, se hacen más agudas que antes. Sin tardanza, el alma por sí misma llega maravillosamente a alguna de las orillas, y allí conoce cuál ha de ser su camino. Tan pronto como ya está en su sitio, la virtud formativa irradia en su torno, de la misma manera que cuando habitaba dentro de sus miembros. Y así como en tiempo de lluvia el aire se adorna de varios colores, a causa de los rayos solares que se reflejan en él, de la misma manera, el aire vecino al alma adopta la forma que ella imprime virtualmente en él, y como una llama sigue al fuego por doquiera que éste vaya, así la nueva forma sigue al espíritu.

Por fin, como esta forma copia la de su cuerpo, por eso se le llama sombra; en ella se va desarrollando cada uno de los sentidos, hasta el de la vista. Por eso hablamos, y nos reímos, por eso lanzamos los llantos y los suspiros que has podido oír en este mundo. Los deseos y los otros afectos que nos conmueven se reflejan en nuestra sombra; y esta es la razón de lo que te admiró al principio. (Purg. XXV, 79-108)

[30] Y en lo que el novel peregrino siente la herida del amor, al oír a lo lejos una esquila que parezca plañir al día que se muere. (Purg. VIII, 4-6)

Sis praesul et custodia.
Procul recedant somnia
Et noctium phantasmata:
Hostemque nostrum comprime,
Ne polluantur corpora.
Praesta, Pater piissime,
Patrique compar Unice,
Cum spiritu Paraclito
Regnans per omne saeculum. [31]

Las almas se recogen bajo el amparo de dos verdes ángeles que blanden espadas desnudas, para alejar al Enemigo, y allí el florentino tiene un sueño, en la hora matutina:

Nell'ora che comincia i tristi lai
la rondinella presso alla mattina,
forse a memoria de'suoi primi guai,
e che la mente nostra, peregrina
più dalla carne e men da'pensier presa,
alle sue vision quasi è divina; [32]

Sueña que un águila lo arrebata, siendo la realidad que Lucía lo transporta al Purgatorio propiamente dicho.

Ya en él, aparecen vivamente esculpidas las sombras penitentes: los soberbios, cariátides que soportan pesos ingentes; los envidiosos, con los párpados cosidos; los iracundos, ahogados en el humo; los perezosos, obligados a correr; los avaros, con las bocas pegadas a la tierra; los golosos, languideciendo en el hambre y en la sed; los lujuriosos, ardiendo dentro de un muro de llamas, vasto y profundo como un río.

Pero en ese mismo lugar de penitencia aparecen figuras femeniles etéreas, por virtud del sublime arte del poeta: la Pía, que apenas, en unos cuantos versos, lanza un suspiro para decir su tierna historia de amor y de aban-

---

[31] A ti, Creador de todas las cosas, te pedimos, antes de que se extinga la luz. que ejercites tu clemencia constituyéndote en amparo y custodia nuestra. Aleja los malos sueños y los fantasmas nocturnos; ten prisionero a nuestro Enemigo, para que no venga a macular nuestros cuerpos. Te lo suplicamos, ¡oh Padre piadosísimo, Padre también del Unigénito, que con el Espíritu Paráclito reinas por todos los siglos!

[32] En la hora que inicia sus tristes ayes, ya cerca de la mañana, la golondrina, tal vez al recuerdo de sus primeros amores; cuando nuestra mente, casi desprendida de la carne y casi semejante al espíritu, vaga, asumiendo una contextura casi divina. (Purg. IX, 13-18)

dono; Lía, fresquísima beldad, que camina por una landa recogiendo flores y cantando:

Sappia, qualunque il mio nome domanda,
ch'io mi son Lia, e vo movendo in torno
le belle mani à farmi una ghirlanda... [33]

Luego, la soberana aparición de Matilde "en la divina selva espesa y viva, que a los ojos templaba el nuevo día", llena de cantos de pájaros, de aroma de flores y de luz matinal, todo lo que, sin embargo, se olvida ante su personal belleza:

e là m'apparve, sì com'egli appare
subitamente cosa che disvia
per maraviglia tutt'altro pensare,
una donna soletta, che si gia
cantando ed iscegliendo fior da fiore,
ond'era pinta tutta la sua via. [34]

Finalmente, acaece la epifanía de Beatriz, en un verdadero triunfo imperial, formado por siete ardientes candelabros; veinticuatro ancianos coronados de lirios; cuatro animales místicos que circundan un carro triunfal, tirado por un grifo, al cual rodean a diestra y siniestra las siete virtudes, y seguido por otros siete ancianos coronados de flores bermejas. Suenan himnos litúrgicos: "Benedictus, qui venis", "Manibus o date lilia plenis"; y como el sol nace del rosado oriente

così dentro una nuvola di fiori,
che dalle mani angeliche saliva
e ricadeva in giù dentro e di fuori,
sopra candido vel cinta d'oliva
donna m'apparve, sotto verde manto,
vestita di color di fiamma viva. [35]

---

[33] Sepa cualquiera que mi nombre ignore, que yo soy Lía, y que voy moviendo en torno mis bellas manos, para hacerme una guirnalda. (Purg. XXVII, 100-102)

[34] Allí me apareció, como visión súbita que hace huír maravillosamente cualquier otro pensamiento, una doncella sola, que iba cantando, y escogiendo flores de entre las que esmaltaban su camino. (Purg. XXVIII, 37-42)

[35] Así, dentro de una lluvia de flores derramada por las manos angélicas, y que caía por todo el ámbito, coronada de olivo sobre su cándido velo, me apareció una doncella, con un verde manto, y vestida de color de llama viva. (Purg. XXX, 28-33)

Dante no acierta a separar su vista de los beatíficos ojos de la amada, y ciega, porque no puede sostener su lumbre.

En el paraíso

Apenas el poeta sale de las ondas del río Eunoé, renovado y puro, entra en el Cielo que es un mecanismo de nueve esferas concéntricas, dispuestas a la manera del sistema cósmico de Tolomeo. La Tierra es el centro de ese sistema, y de ella alrededor se extienden los nueve cielos móviles de la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, las Estrellas, y, finalmente, el Primer Móvil fijo, a diferencia de los demás. En ellos tienen sus moradas los beatos según el grado de su gloria.

Ya los antiguos comentadores de Dante notaban que las almas del primer cielo conservan aún la figura humana, aunque ya radiante de luz divina; mientras que las de los otros revisten forma de esplendores (esferas, antorchas, centellas, gemas, lámparas) que se reavivan a cada instante.

Hasta el mismo cuerpo carnal del poeta cobra la agilidad de un rayo de luz, al moverse por aquellas felices regiones. Contempla a su Beatriz embebida en la vista del Sol, y él también, con sus ojos humanos que han adquirido en la Gloria virtud extraordinaria, lo mira fijamente. De súbito le parece que la claridad del día se duplica, como si hubiera dos soles; oye la música de las esferas y le parece nadar en un lago de llamas. La novedad de esos hechos le suscita el deseo de indagar, y Beatriz lo satisface diciéndole que ya no está en la Tierra, pues como una exhalación ha volado de ella, y explícale la causa de la levedad de su cuerpo: todas las cosas creadas observan un orden, que es el principio que les da unidad haciéndolas semejantes a Dios; todas proceden de él, y, por consiguiente, hacia él gravitan, de acuerdo con la naturaleza de sus facultades, sintiendo mayor atracción las capaces de inteligencia y de amor:

Non dèi piú ammirar, se bene estimo
lo tuo salir, se non come d'un rivo
se d'alto monte scende giuso ad imo.
Maraviglia sarebbe in te, se privo
d'impedimento giù ti fossi assiso,
come à terra quiete in foco vivo. [36]

[36] A mi juicio, tu facultad de ascender debería causarte tanta admiración como que un río descienda de una cima al valle. Maravilla sería, por el contrario, que estando ya libre de impedimentos, permanecieses inmóvil, como lo sería que en la Tierra quedase quieto un fuego vivo. (Par. I, 136-143)

La substancia corporal del poeta, limpio e inmémore de sus culpas, se ha desmaterializado, al par que su intelecto y su corazón se vuelven hacia Dios. La admiración lo hace pensar si es sólo su alma la que asciende, o si su cuerpo, transformado por el amor, ha adquirido tal facultad.

Cuando llega al primer astro, la Luna, se siente inmerso en una nube lúcida, espesa, sólida y pulida, a semejanza de un diamante herido por el sol. Su cuerpo penetra en la maravillosa margarita:

com'acqua recepe
raggio di luce, permanendo unita. [37]

Esto le hace pensar cómo dos dimensiones pueden compenetrarse, o en otras palabras, cómo dos cuerpos pueden ocupar el mismo lugar.

Las primeras almas le aparecen en la Luna como el reflejo de alguien en un cristal terso y transparente o en un agua diáfana y tranquila. Lo que él cree sólo imágenes son las almas mismas, todavía con figura corporal, "debili si che perla in bianca fronte". [38] Después de hablarle se desvanecen: "come per acqua cupa cosa grave". [39]

En el cielo de Mercurio las ánimas se presentan, como los peces de un vivero nítido acuden si se les echa alimento; sólo que aquí las almas refulgen ya:

Como in peschiera, ch'è tranquilla e pura,
traggonsi i pesci a ciò che vien di fuori,
per modo che lo stimin lor pastura;
sì vid'io ben più di mille splendori
trarsi vêr noi...
E sì come ciascuno à noi venía,
vedeasi l'ombra piena di letizia
nel fulgór chiaro che da lei uscía. [40]

Beatriz, cuya luminosidad cegadora aumenta a cada momento, explica este refulgir atribuyéndolo a la perfecta visión de Dios que gozan los beatos: el que más se adentra en la divinidad más luz cobra de la divina fuente:

---

[37] Como el agua recibe un rayo de luz, permaneciendo unida... (Par. II, 35-36)

[38] Débiles, cual una perla en una blanca frente... (Par. III, 14)

[39] Como en una agua profunda una cosa pesada... (Par. III, 123)

[40] Así como en un vivero de aguas tranquilas y puras, afloran los peces si se le arroja algo que ellos creen que es alimento, así vi más de mil esplendores acercarse a nosotros... Y a medida que cada uno se acercaba, veíase su sombra llena de alegría, manifestada por el fulgor que emanaba. (Par. V, 100-108)

S'io ti fiammeggio nel caldo d'amore
di là dal modo che in terra si vede,
sì che degli occhi tuoi vinco il valore,
non ti maravigliar; chè ciò procede
da perfetto veder, che come apprende,
così nel bene appreso move il piede. [41]

Los beatos, pues, brillan más a medida que sus lugares en los cielos están más cercanos al Primer Móvil. También la caridad, el amor, la alegría aumentan su luminosidad: Justiniano, cuando se apresta a hablar con Dante,

fêssi
lucente più assai di quel ch'ell'era; [42]

fenómeno que llega a tal intensidad que su reverberación esconde a los ojos de Dante la figura del Emperador. Folchetto da Marsiglia, explica cómo se adquiere claridad con la alegría: "Per letiziar là su fulgor s'acquista, sì come riso qui;" [43] Dante aprende, así, a distinguir los sentimientos de las almas por el aumento de su ardor: "così nel fiammeggiar del fulgor santo,... conobbi la voglia in lui di ragionarmi ancora alquanto". [44] Cacciaguida nombra a sus compañeros en la bienaventuranza, y ellos dan muestra del gusto que con ello reciben, girando y destellando. Ve a Judas Macabeo: "roteando, e letizia era ferza del paleo". [45] San Pedro Damiano, al terminar su discurso, gira como una muela de molino:

Nè venni prima all'ultima parola
che del suo mezzo fece il lume centro
girando se, come veloce mola. [46]

---

[41] Si refuljo movida por el fuego de mi amor, más de lo que solía en la Tierra, y más de lo que tus ojos pueden sufrir, no te maravilles, que ello procede de mi profunda visión, que a medida que más comprende, da nuevos pasos en el camino de la piedad. (Par. V, 1-6)

[42] Se hizo brillante, mucho más de lo que se manifestó al principio. (Par. V, 131-132)

[43] Aquí la alegría nos hace despedir más fulgores, como allá tener mayor sonrisa. (Par. IX, 70-71)

[44] Por el flamear del santo fulgor, conocí que tenía deseo de departir conmigo todavía un poco. (Par. XVIII, 25-27)

[45] Giraba, y el látigo de aquel movimiento era la alegría. (Par. XVIII, 41-42)

[46] Apenas había pronunciado la última palabra, cuando haciendo centro de su eje, empezó a girar como si fuera una veloz muela de molino. (Par. XXI, 79-81)

Desde este cielo de Mercurio la felicidad de las almas se manifiesta también por medio de la danza y del canto. Justiniano y sus bienaventurados compañeros se retiran del poeta girando como velocísimas centellas que se pierden en la distancia:

ed essa e l'altre mossero à sua danza,
e, quasi velocissime faville,
mi si velâr di subita distanza... [47]

El cielo de Venus es una llama viva, dentro de la cual, como brillantes chispas se columbran las almas beatas:

E come in fiamma favilla si vede...
vid'io in essa luce altre lucerne
moversi in giro più e men correnti,
al modo, credo, di lor viste eterne. [48]

Ha desaparecido ya la forma humana; quedan los luminares, que más brillan y se mueven según su mayor o menor conocimiento de Dios, lo que confirman ellas mismas haciendo saber que giran al par de los príncipes angélicos, sedientas de amor divino, pero que para complacer a Dante consienten en detenerse un momento:

Noi ci volgiam coi principi celesti,
d'un giro e d'un girare e d'una sete,
ai quali tu del mondo già dicesti:
"Voi che intendendo il terzo ciel movete";
e sem sì pien d'amor che per piacerti
non fia men dolce un poco di quiete. [49]

La alegría las hace irradiar luz, y dentro de esa especie de aura se es-

---

[47] Ella y las otras volvieron a su danza, y como si fueran chispas bellísimas se me apagaron en la súbita distancia. (Par. VII, 7-9)

[48] Y como en las llamas se contemplan las chispas, así vi en esa luz otras luccillas que se movían en torno más o menos aprisa, según la agudeza de su visión eterna. (Par. VIII, 16-21)

[49] Nosotros giramos con los príncipes celestes en su mismo círculo, con su mismo girar, con su misma sed, según tú ya lo dijiste en el mundo: "Vosotros que llenos de inteligencia movéis el tercer cielo"... y sentimos tanto amor, que por complacerte no nos importa detenernos un poco. (Par. VIII, 34-39)

conden como si estuvieran dentro de un capullo: "Quasi animal di sua seta fasciato". [50]

Las almas que se encuentran en la región del Sol son tan esplendentes, que pueden distinguirse aun dentro del globo de fuego del gran luminar. Son los teólogos que se disponen en corona alrededor de Dante y de Beatriz, como el halo que ciñe a veces a la Luna. Cantan, y su canto es de aquellos que no pueden describir sino quienes tienen alas ya. Giran tres veces en redor de los visitantes, alternando el movimiento y el canto, como si fueran una ronda de danzarinas. Otro y otro círculo de teólogos rodean concéntricamente al primero, y giran los tres en sentido opuesto emitiendo sus lampos: "O vero isfavillar del santo spiro!" [51] La danza es comparable a la de las quince estrellas de primera magnitud que hay en el cielo. Quien pueda imaginar tal espectáculo,

avrà quasi l'ombra della vera
costellazione della doppia danza,
che circulava il punto dov'io era. [52]

Y todavía la intensidad lumínica habrá de crecer en la eternidad, proporcionalmente al mérito de cada uno, pues la gracia es el toque de la unión con Dios:

La sua chiarezza seguirà l'ardore,
l'ardor la visione, e quella è tanta,
quanta ha di grazia sopra il suo valore. [53]

Suprema luz tendrán aún los beatos después de la resurrección de la carne, y como el carbón encendido se distingue de la flama que produce, así los cuerpos vencerán con su fulgor el aura luminosa que los acompañará.

En Marte, las almas se disponen en forma de cruz griega, cegadora de estrellas:

Di corno in corno, e tra la cima e il basso,
si movean lumi, scintillando forte
nel congiungersi insieme e nel traspasso, [54]

---

[50] Como una oruga se envuelve en su seda... (Par. VIII, 54)

[51] ¡Oh! alto coruscar del Espíritu Santo. (Par. XVI, 76)

[52] Tendrá una vaga idea de aquella magnífica constelación y de la doble danza que circuía el punto en donde yo estaba... (Par. XIII, 1921)

[53] Su luz será proporcional a su calidad, su calidad proporcional a su visión, y ésta será tan grande como lo conceda la gracia divina. (Par. XIV, 40-42)

[54] De punta a punta y de arriba abajo, discurrían luces que brillaban más al unirse o al cruzarse. (Par. XIV, 109-111)

El poeta las compara a las partículas luminosas que se ven flotar en un rayo de sol. De uno de los brazos de la cruz se desprende el alma del antecesor de Dante, Cacciaguida, como una estrella fugaz:

Tale, dal corno che in destro si stende,
al piè di quella croce corse un astro
della costellazion che lì risplende:
nè si partì la gemma del suo nastro,
ma per la lista radial trascorse
che parve foco retro ad alabastro... [55]

En el cielo de Júpiter los fulgores santos que amaron la justicia, forman letras y palabras y se dispersan después, como una explosión de chispas, para formar una ígnea e inmensa águila:

Poi, come nel percoter dei ciocchi arsi
surgono innumerabili faville,
onde gli stolti sogliono augurarsi,
risurger parve quindi più di mille
luci, e salir quali assai e quali poco,
sì come il sol, che l'accende, sortille; [56]

Cada una de las almas resaltaba en aquel mar de fuego como un rubí herido por el sol:

Parea ciascuna rubinetto, in cui
raggio di sole ardesse sì acceso
che nei miei occhi rifrangesse lui. [57]

En Saturno hay una escala áurea que se pierde en la altura, por la que, como por la mística de Jacob, suben y bajan tantas almas como astros hay en el firmamento:

---

[55] Así, de la punta del brazo izquierdo se desprendió, hasta el pie de la cruz, un astro de la constelación que en ella refulgía. La exhalación no se apartó de su estela y se movió por dentro de la columna de la cruz, iluminándola como un fuego que pasa por detrás de un alabastro. (Par. XV, 19-24)

[56] Después, así como del choque de dos tizones ardientes salen innumerables chispas, de donde los necios deducen augurios, parecióme que se elevaban más de mil luces, remontándose unas más y otras menos, según las hacía salir el Sol que las enciende. Par. XVIII, 100-105)

[57] Cada una de ellas parecía un pequeño rubí, en el que brillaba tan encendido el Sol que reflejaba a mis ojos su imagen misma. (Par. XIX, 4-6)

Vidi anche per li gradi scender giuso
tanti splendor ch'io pensai ch'ogni lume,
che par nel ciel, quindi forsse difusso. [58]

Pero, cosa extraña, Dante que había podido escuchar al entrar al Paraíso la música pitagórica de las esferas, lo mismo que los cantos dulcísimos de los bienaventurados en los primeros cielos, se percata de que las centellas que suben y bajan por la escala parecen mudas, por lo cual demanda a San Pedro Damiano, por qué no suena allí la dulce sinfonía del Paraíso:

e dì perché si tace in questa rota
la dolce sinfonia di paradiso,
che giù per l'altre sona sì devota. [59]

El santo le hace observar que su oído y su vista como mortales que son, no podrían resistir toda la gloria del séptimo cielo; y agrega que por el mismo motivo, la sonrisa de Beatriz, que ha ido creciendo en los cielos inferiores, en éste ha debido cesar, para no anonadarlo. Cuando termina este discurso, Dante contempla que por la escala suben y bajan girando innúmeras llamas, cuyo esplendor se hace más vivo. Todas unidas lanzan un grito tan extraordinario, que el poeta no entiende sus palabras, y sólo es vencido por su trueno.

En el mismo incendio de la escala, Dante mira más de cien esferas de fuego que se prestan mutuamente sus refulgencias. Son San Benito y una cohorte de almas contemplativas:

e vidi cento sperule, che insieme
più s'abbellivan coi mutui rai... [60]

Cuando el fundador de Monte Cassino termina de decir su historia, vuelve al turbión de su colegio, que se aprieta en su torno:

Così mi disse, ed indi si ricolse
al suo collegio, e il collegio si strinse;
poi, come turbo, tutto in su s'accolse... [61]

---

[58] Vi también bajar por sus escalones tantos resplandores, que pensé que todas las luces que brillaban en el cielo estaban congregadas allí. (Par. XXI, 31-33)

[59] Dime por qué no se oye en esta esfera la dulce sinfonía del Paraíso, que tan devotamente resuena en las otras. (Par. XXI, 58-60)

[60] Y vi cien esferillas, que se embellecían unas a otras con sus mutuos rayos. (Par. XXII, 23-24)

[61] Así habló, y después se reunió a sus demás compañeros, que se reconcentraron, y como un torbellino se elevaron a lo alto. (Par. XXII, 97-99)

En el octavo cielo, de las estrellas fijas, el poeta contempla desde tan empinada altura lo que ha dejado abajo de sí. Al columbrar nuestra Tierra, sonríe de su pequeñez:

Col viso ritornai per tutte e quante
le sette spere, e vidi questo globo
tal ch'io sorrisi del suo vil sembiante. [62]

Allí admira el triunfo de Cristo, que le aparece como un inefable sol, rodeado por el número infinito de esplendores de los santos:

vid'io sopra migliaia di lucerne,
un sol che tutte quante l'accendea... [63]

Pierde la mente, y pierde la memoria, y sólo una cosa gana: el poder contemplar, sin riesgo, la sonrisa de su amada:

Apri gli occhi e riguarda qual son io;
tu hai vedute cose, che possente
sei fatto à sostener lo riso mio. [64]

Sucede a esa indecible visión, la del triunfo de María, que es un deslumbramiento; Ella es la más fúlgida estrella, en medio de un abanico de rayos que proceden de un foco invisible, y en cuya luz nadan legiones de esplendores. Un halo desciende a coronar a María, formado de querubines que cantan su gloria, con música inimaginable:

Qualunque melodia più dolce suona
qua giù, e più à se l'anima tira,
parrebbe nube che squarciata tuona,
comparata al sonar di quella lira,
onde si coronava il bel zaffiro,
del quale il ciel più chiaro s'inzaffira. [65]

---

[62] Recorrí con la vista las siete esferas, y vi a nuestro globo tan pequeño, que me reí de su vil aspecto. (Par. XXII 133-135)

[63] Tal vi, sobre millares de luces, un Sol, que las encendía a todas. (Par. XXIII, 28-29)

[64] Abre los ojos y mírame cual soy; has visto cosas que te han dado fuerza suficiente para sostener mi sonrisa. (Par. XXIII, 46-48)

[65] La melodía que más dulcemente se deje oír en la tierra, y que más embebezca el ánimo, parecería una nube que desgarrada truena, comparada con el sonido de aquella lira de que estaba coronado el bello zafiro con que se engalana el más claro cielo.

Dante es examinado por San Pedro, respecto a la fe, y los beatos muestran su alegría brillando a la sólita manera, en círculos dispuestos como las ruedas de un reloj:

e quelle anime liete
si fêro spere sopra fissi poli,
fiammando forte à guisa di comete.
E come cêrchi in tempra d'oriuoli
si giran sì che il primo à chi pon mente,
quieto pare, e l'ultimo che voli,
così quelle carole differente-
mente danzando, della sua ricchezza,
mi si facean stimar veloci e lente... [66]

Luego que Dante responde, San Pedro demuestra su satisfacción, girando tres veces en su torno:

tre volte cinse me, sì com'io tacqui,
l' apostolico lume... [67]

También Santiago que lo interroga sobre la esperanza, flamea:

Mentr'io diceva, dentro al vivo seno
di quello incendio tremolava un lampo
subito e spesso, à guisa di baleno... [68]

San Juan llega, como una doncella que entrase en una danza:

Così vid'io lo schiarato splendore
venire ai due, che si volgeano à rota,
qual conveníasi al loro ardente amore. [69]

---

[66] Y aquellas almas gozosas se convirtieron en esferas que giraban alrededor de polos fijos, resplandeciendo vivamente a guisa de cometas. Y como las ruedas en el mecanismo de un reloj se mueven de tal suerte, que a quien las observa parece que la primera está quieta y la última vuela, así también aquellos glóbulos, danzando diferentemente, me hacían estimar su velocidad o lentitud por el grado de sus resplandores. (Par. XXIV, 10-18)

[67] Y cuando cesé de hablar, aquella apostólica luz me rodeó tres veces. (Par. XXIV, 152-153)

[68] Mientras yo hablaba, en el seno de aquel incendio fulguraba un súbito y frecuente lampo, que semejaba un relámpago. (Par. XXV, 79-81)

[69] Así vi al esclarecido esplendor acercarse a los otros dos, que seguían dando vueltas cual era necesario a su ardiente amor. (Par. XXV, 106-108)

Los beatos, pues, no tienen otra manera de expresar su felicidad, que el movimiento, el brillo y el canto. Los dolores en el infierno eran variadísimos; en el cielo no podían serlo los goces, porque allí no hay sino uno solo; el de la comunión con Dios. La contemplación de este beatífico estado era indecible para Dante, quien resume su impresión asentando que le parecía una sonrisa del universo, captada por sus sentidos del oído y de la vista:

Ciò ch'io vedeva mi sembiava un riso
dell'universo; per che mia ebbrezza
entrava per l'udire e per lo viso... [70]

Los seis últimos cantos del Paraíso son un éxtasis. En el noveno cielo o Primer Móvil aparece Dios, un punto luminoso, pequeñísimo, para simbolizar la unidad divina: "un punto vidi che raggiava lume"... [71] Allí está el principio y fin de todas las cosas, la causa de todas las causas, y en su redor giran nueve círculos ígneos formados por las cohortes angélicas: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Principados, Angeles y Arcángeles. Beatriz hace observar a Dante, que el universo está construído a imagen de estos círculos, con sus nueve cielos concéntricos alrededor de la Tierra:

Distante intorno al punto un cerchio d'igne
si girava si ratto ch'avria vinto
quel moto che più tosto il mondo cigne;
e questo era d'un altro circuncinto,
e quel del terzo, e il terzo poi dal quarto,
dal quinto il quarto, e poi dal sesto il quinto:
sopra seguiva il settimo sì sparto
già di larghezza che il messo di Giuno
intero a contenerlo sarebbe arto:
così l'ottavo e il nono; e ciascheduno
più tardo si movea, secondo ch'era
in numero distante più dall'uno. [72]

---

[70] Lo que veía me parecía una sonrisa del Universo, pues mi embriaguez penetraba por el oído y por la vista. (Par. XXVII, 4-6)

[71] Contemplé un punto que irradiaba luz. (Par. XXVIII, 16)

[72] Distante del centro de aquel punto, un círculo de fuego giraba tan rápidamente, que hubiera vencido en celeridad al movimiento del cielo que más velozmente gira ciñendo al mundo. Este círculo estaba rodeado por otro, y éste por un tercero, y el tercero por el cuarto, por el quinto el cuarto, y después por el sexto el quinto; sobre éstos seguía el séptimo de tan grande extensión, que la mensajera de Juno sería de-

En el cielo Empíreo, contempla Dante, con ojos que por milagro se tornan adecuados a ello, las dos cortes celestes, que, primero, se le aparecen como un río de indecible luz:

E vidi lume in forma di riviera
fulgido di fulgore, intra due rive
dipinte di marabil primavera.
Di tal fiumana uscían faville vive,
e d'ogni parte si mettean nei fiori,
quasi rubin che oro circonscrive;
poi, come inebriate dagli odori,
riprofondavan sé nel miro gurge,
e, s'una entrava, un'altra n'uscía fuori. [73]

¡Qué inimaginable fresco ardor de aquella corriente, de cuyo cauce se levantan coruscas las almas que se posan en fulgurantes flores, y después, embriagadas por los perfumes, se sumergen de nuevo en el maravilloso río, mientras otras se elevan de él, perpetuando indefinidamente aquella pirotecnia!

El río de luz se cambia repentinamente en círculo, y las flores brillantes y las mariposas fulgentes, se revelan como almas beatas que adoran a los dos polos de aquel reino de deslumbramientos: Dios y María. La suma luz torna allí visible el Creador a la criatura, y se manifiesta en un círculo de tan enorme circunferencia, que dentro de él cabría holgadamente el sol. Pero tal luminosidad es apenas un rayo de la Divina Luz, reflejado en la superficie exterior del Primer Móvil, que de él deriva su potencia y sus movimientos.

Vasto circo de gradas se despliega, inmerso en aquella claridad, y allí se acomodan las almas que merecieron la salvación. El espectáculo semejaba una rosa lumínica, cuyos pétalos arden con los destellos de los santos:

In forma dunque di candida rosa
mi si mostrava la milizia santa,
che nel suo sangue Cristo fece sposa;

---

masiado estrecha para contenerlo por completo. Lo mismo sucedía con el octavo y el noveno y cada cual de ellos se movía con más lentitud según su mayor distancia del Uno. (Par. XXVIII, 25-36)

[73] Y vi una luz en forma de río, fúlgido de fulgores, que corría entre dos orillas ornadas de admirable primavera. De tal corriente salían vivas chispas, que por doquiera iban a posarse sobre las flores, en donde quedaban como rubíes engarzados en oro; después, como si se embriagasen con aquellos perfumes, se sumergían de nuevo en el maravilloso caudal, y así, mientras unas entraban, otras salían de él. (Par. XXX, 61-69)

ma l'altra, che volando vede e canta
la gloria di colui che la innamora
e la bontà che la fece cotanta,
sí come schiera d'api, s'infiora
una fiata ed una si ritorna
là dove suo lavoro s'insapora,
nel gran fior discendeva, che s'adorna
di tante foglie, e quindi risaliva
là dove il suo amor sempre soggiorna. [74]

Estos ángeles-abejas eran de una belleza y claridad, que el poeta pinta como sigue:

Le facce tutte avean di fiamma viva,
e l'ali d'oro, e l'altro tanto bianco
che nulla neve à quel termine arriva. [75]

Se acerca la hora suprema del rapto inefable. Los ojos humanos del Alighieri han adquirido una virtud milagrosa, y son capaces, después de tanta luz, de discernir el misterio de la Trinidad, a ruego de San Bernardo y por intercesión de la Virgen María. Le queda de la visión portentosa, como el recuerdo de un sueño cuyos detalles no pueden precisarse, aunque el placer que causó llene todavía toda el alma:

cotal son io, che quasi tutta cessa
mia visione, ed ancor mi distilla
nel cor lo dolce che nacque da essa. [76]

¿Cómo expresar tal arrobamiento? Pide a la Suma Luz que le dé poder para pintar siquiera una vislumbre de aquella gloria:

---

[74] En forma, pues, de cándida rosa se ofrecía a mi vista la milicia santa, que Cristo con su sangre hizo su esposa; pero la otra, que volando ve y canta la gloria de aquel que la enamora, y la bondad que tan excelsa la ha hecho, como un enjambre de abejas que ora se posa sobre las flores, ora vuelve al sitio donde su trabajo se convierte en dulce miel, descendía a la gran flor que se adorna con tan innumerables hojas, y desde allí se lanzaba de nuevo hacia el punto donde siempre permanece su amor. (Par. XXXI, 1-12)

[75] Todas estas almas tenían el rostro de llama viva, las alas de oro y lo restante de tal blancura que no hay nieve que pueda comparársele. (Par. XXXI, 13-15)

[76] Así estoy yo, pues ha cesado del todo mi visión, y aún destila en mis labios la dulzura que de ella nació. (Par. XXXIII, 61-63)

e fa la lingua mia tanto possente
ch'una favilla sol della tua gloria
possa lasciare alla futura gente; [77]

La sola Luz Divina le causaba tal deleite, y era tan diferente de todas las otras que hasta allí había contemplado, que el apartar sus pupilas de ella lo hubiese privado del sentido:

Io credo, per l'acume ch'io soffersi
del vivo raggio, ch'io sarei smarrito,
se gli occhi miei da lui fossero aversi; [78]

Acaece el pasmo: mira tres círculos de tres diferentes colores y de la misma dimensión, tanto que uno parecía reflejo del otro, y dentro de ellos distingue el rostro humano del Verbo:

Nella profonda e chiara sussistenza
dell'alto lume parvemi tre giri
di tre colori e d'una continenza;
e l'un dall'altro, come iri da iri,
parea riflesso, e il terzo parea foco
che quinci e quindi egualmente si spiri. . ." [79]
. . .
dentro da se del suo colore stesso
mi parve pinta della nostra effige,
per chè il mio viso in lei tutto era messo. [80]

El arrobo le hace perder la conciencia. Vuelto en sí, falla su alta fantasía de poeta, y no alcanza a proferir una sola palabra. Pero ya está cumplida en él la obra de purificación, y su voluntad opera obedientemente de acuerdo con:

---

[77] Y haz que mi lengua sea tan potente, que pueda transmitir a lo menos un destello de tu gloria a las generaciones venideras. (Par. XXXIII, 70-72)

[78] Era tal la intensidad del vivo rayo que soporté sin cegar, que creo me habría desmayado, si hubiera separado de él mis ojos. (Par. XXXIII, 76-78)

[79] En la profunda y clara substancia de la alta luz, se me aparecieron tres círculos de tres colores y de una misma dimensión; el uno parecía reflejado por el otro, como un iris por otro iris, y el tercero parecía un fuego procedente de ambos por igual. (Par. XXXIII, 115-120)

[80] Parecióme que dentro de sí, con su propio color, aparecía nuestra efigie, por lo cual mi vista quedó absorta en ella. (Par. XXXIII, 130-132)

l'amor che move il sole e l'altre stelle." [81]

Tal es la extraordinaria visión. Siguiéronse minuciosamente todas sus fases, reiterando las citas, tanto para volver a admirar la sublime imaginación del poeta, como porque era necesario colacionar todos los casos que apoyan la idea de este ensayo, al cual se pretende dar el valor de una verdadera inducción.

El concepto dantesco del alma que pena, se purifica o se gloría en el más allá, parece paralelo a las últimas teorías físicas sobre el Universo.

En efecto, lo que ellas predican esencialmente es que la materia es una; que sus diversos aspectos son sólo estados, transformaciones de algo inicial que se llama Energía. Es obvia la mudanza de los cuerpos en cualesquiera de los tres estados, sólido, líquido y gaseoso. Lo es igualmente, que una forma de energía puede mudarse en otra, el movimiento en calor o en electricidad o en luz, o en Rayos Gama o en Rayos X, y recíprocamente. Hasta se ha realizado ya el sueño de los alquimistas, que era trasmutar los metales, pues el "radiotrón" cambia la estructura del átomo.

En otras palabras, la energía produce todo aquello que nuestros sentidos aprehenden, desde los sólidos más pesados y compactos, hasta la luz, que participa de la naturaleza del movimiento ondulante y de la forma corpuscular, y que parece marcar el límite de la velocidad alcanzable en el Universo.

La materia, combinación, por tanto, de energía y de espacio, posee inercia y movimiento, y está compuesta de moléculas, las que a su vez están formadas por átomos, y éstos, según se cree ahora, son solamente una combinación de cargas eléctricas desincorporadas, que llevan el nombre de electrones. Estos representantes mínimos de la materia parecen no seguir estrictamente las leyes de la causación, y poseer una especie de albedrío, que hace indeterminable su comportamiento individual.

La estructura del átomo es una miniatura del sistema solar. Es como una pequeña esfera en cuyo centro se encuentran cargas positivas de electricidad, que se llaman protones, alrededor de las cuales giran los electrones.

El físico moderno ve, pues, la materia, como pura energía, como puro movimiento que va, en una escala ascendente, desde lo más denso (el elemento llamado uranio), hasta lo más sutil y más veloz que es la luz. Todo movimiento cesa a la temperatura del cero absoluto, y alcanza su velocidad máxima en los rayos del sol. La materia está presente no solamente en los astros que pueblan el Universo, sino también en los espacios interestelares, en forma de radiación, resultado de su tendencia a desintegrarse. De esta manera, lo

---

[81] El Amor que mueve al Sol y a las demás estrellas. (Par. XXXIII, 145)

material se hace continuamente inmaterial; lo tangible continuamente se muda en lo intangible.

Ampliando esta maravillosa gradación, pudiera pensarse que más allá de esa materia imponderable que se llama luz, o radiación, hay otra forma de energía, mucho más sutil, mucho más veloz, mucho más luminosa, que es el espíritu.

Y no se tache esta idea de materialista, ya que no afirma —ni podría hacerse científicamente— que el alma sea únicamente energía como la que los sentidos perciben en el Universo, produciendo todas las cosas; sino que intenta sugerir solamente una unidad en el plan de todo lo existente, sin entrar a definir esencias.

Dante, como que adivinó este plan, como que intuyó, por maravillosa manera, las conclusiones de la física moderna, anticipándolas en su concepción del alma en el trasmundo. Recuérdese que para él el alma precita tiene una densidad casi material, siendo de notarse que en el mismo Infierno parece haber densidades mayores y menores. Así, acierto fue del vate florentino no haber colocado el castigador fuego eterno en el último círculo infernal, en donde preside Satanás el castigo de los traidores, poniendo allí, por el contrario, el desierto de hielo que aprisiona a los condenados, cuyas almas, diríase, asumen de este modo una mayor densidad, una materialidad más grande, así como la materia sometida a las más bajas temperaturas, deja de tener movimientos brownianos, y queda sumergida en el marasmo.

La velocidad de la materia crece, y por ende crece también su sutileza, cuando se acerca al estado luz. Así las almas que tienden a Dios, que es la Suma Luz, y que de Él están separadas únicamente por la necesidad de la purificación, aparecen ya diáfanas, contenidas en una "sombra", que se estructura tal y como la concebía el paganismo, aunque a veces se haga más insubstancial y etérea.

Por fin, las almas que moran en el Paraíso, gozando de la bienaventuranza, que es la vista de su Creador y el unimismamiento con Él, se desmaterializan completamente, como las más altas formas de la energía en el Universo, y asumen la semblanza de puntos lumínicos dotados de mayor o menor movimiento, según su beatitud, haciendo su danza esférica alrededor del Primer Móvil, cual si fueran santos electrones.

El espíritu, así, sería una radiación de infinitamente mayor intensidad que la lumínica, aun cuando ignoremos cómo se verifica esta nueva forma de Energía, cosa que por lo demás sucede respecto al tránsito de lo inorgánico a lo vital, y de esto a lo consciente.

En esta cosmogonía que se acerca a la plotiniana, todo es radiación que procede de un foco único. ¿No parece pintarlo así Dante, al describir el "miro gurge" el "maravilloso río" de las dos cortes celestiales? Aquel candente

río, en el que se hunden y afloran las almas como otras tantas centellas, recuerda (si parva magna...) la maravillosa pirotecnia, el fulgurante bombardeo de una aguja impregnada de radio, dentro del aterciopelado negror de un "espintariscopio".

Dante mira, por último, a la Causa Primera como a un trino círculo de luz, del cual derivan movimiento los siete cielos, y en cuyo torno giran las legiones resplandecientes de los ángeles, cual si esta magnífica disposición presentara el arquetipo del infinitamente pequeño nuestro, del átomo.

Así pues, todo es emanación de una única fuerza creadora, que según los altos representantes de la ciencia moderna, se asemeja mucho a un pensamiento matemático, equiparable a un verbo. Sir James Jeans, por ejemplo, cree que las leyes a que obedece la naturaleza distan de aquellas a que obedece una máquina, y se acercan a las que obedece el músico que compone una fuga o el poeta que escribe un soneto; que los movimientos de los electrones se parecen más a los movimientos de los danzarines que ejecutan un cotillón, que a los que efectúa una locomotora. [82] Y agrega, ampliando el mismo símil de la danza, que ya hemos visto usar a Dante para describir la alegría de sus beatos, que si la verdadera esencia de las substancias nos es para siempre incognoscible, no importa que el cotillón se ejecute en un baile verdadero, en la pantalla de un cinematógrafo, o en un cuento de Boccaccio. Si ello es así, concluye, entonces el Universo puede ser descrito, aunque muy imperfecta e inadecuadamente, como informado de un pensamiento puro, el pensamiento de alguien a quien, por falta de una palabra más significativa, podríamos nombrar, un pensamiento matemático. [83]

"In principio erat Verbum", dijo el evangelista, y esta afirmación que los creyentes juzgan dictada por el Espíritu Santo, es intuída por el gran artista e insinuada por la ciencia actual. En el Universo hay evidencia de una facultad planeadora, creadora y reguladora, que tiene algo en común con nuestros espíritus, por lo menos con nuestro pensamiento puro, si no con nuestras emociones, nuestra moral o nuestra estética. El Universo no es del todo indiferente u hostil a la vida, pues hay en él mucha semejanza con las actividades fundamentales de ésta. No somos, pues, extraños o intrusos en la Creación, ya que los átomos inertes, que dentro del limo primordial esbozaron los atributos de la vida, y de la conciencia, obraron precisamente en consonancia con la naturaleza fundamental del Todo.

¡Bellas y libres cogitaciones que nos llevan a comprender y a amar cuanto aquí existe y cuanto existir pueda más allá!

---

[82] Sir James Jeans, *The Misterious Universe.* (Pág. 169)

[83] Id. Id. (Pág. 170)

ELOGIOS DE POETAS

por don ANGEL MA. GARIBAY K.

UNO DE LOS aspectos de la poesía náhuatl más digno de ser aquilatado es el de la suavidad, nacida de una delicadeza que se antoja femenina. Paradójico hecho, si tenemos en cuenta la opinión común de que el pueblo azteca era sanguinario y cruel. Lo que debe tenerse en vista es que la crueldad y la efusión de sangre nacen de la misma fuente que la más alada poesía. Pueblo místico, pueblo religioso, en un simplicismo raro, funde la dureza del morir con la sutil elevación a los ámbitos de la belleza.

Dos fases pueden tomarse en cuenta para este juicio: la idea de los orígenes de la poesía y la forma en que los poetas se elogian unos a otros por la hermosura de sus cantos.

En este homenaje a un hombre de suavidad extrema, bondadoso y sutil en sus afectos, me es grato tejer una guirnalda de flores, algunas desconocidas del todo, tomadas de los florilegios de poemas que nos trasmitió la antigüedad mexicana. No haré más que insinuar el tema que, para agotarse en su integridad, exigiera mucho mayor espacio.

1.—EL ORIGEN DEL CANTO

Ponen los poetas de Anáhuac la "raíz del canto": *cuicanelhuáyotl,* en la misma región de donde procede la vida, en la "Tierra Florida", "Casa de las Flores", "Casa de nuestro origen". Es decir, en el Tlalocan, reino y dominio del numen de la vida y el dador de todos los bienes necesarios para sustentarla. Con dorados colores, de iris, de nieblas de luz, es pintada esta misteriosa región en que las almas mismas se hospedan antes de regresar a la tierra.

Muchos poemas hallamos acerca de esta región del mito. Todos los primeros que hallamos en comenzar el Manuscrito de Cantares Mexicanos existente en la Biblioteca N. de México pueden colocarse en esta serie. Voy a

citar ahora otro de una sección muy lejana. Bello como ninguno, nos da la serie de ideas e imágenes que necesitamos para nuestro intento de hacer ver la tónica emotiva de aquellos pueblos.

No desdeñaría literatura alguna, menos una primitiva, cuadros como el siguiente, que tomo del principio del segundo poema de la colección recogida por Fr. Bernardino de Sahagún y conservada felizmente, tras novelescas vicisitudes, en la Biblioteca Nacional de México. El nombre con que tituló el coleccionador esta obra es *Cantares Mexicanos* y la citaré en este trabajo con la sigla Cant. Mex.

Dice el proemio de dicho poema en literal versión:

Entré, yo cantor, a la tierra de variadas flores,
sitio en que hay gran placer, en que hay gran recreo para el hombre.
Allí la lluvia persiste hecha de reluciente rocío, que baña el sol;
cantan allí las preciosas aves,
allí lanza sus cantos el ave-cascabel:
intermitentes son sus trinos: deleita al Dueño de todo.

Allí es donde oigo el origen del canto, yo cantor:
¡No por cierto es la tierra donde vino a tener origen el canto:
a la verdad, en el interior del cielo se deja oír,
el que eleva el precioso pájaro cascabel,
los que elevan los variados pechirrojos, las aves color de oro,
ciertamente allí celebran al Dueño del mundo... (Can. Mex. F 2 R)

Semejante a este poema hallamos muchos con la misma visión de un mundo en que se reúnen aves canoras y nieblas de sol, flores de mil colores y perfumes, con agua que rumora. Es natural que el cuadro cerrado de aquella cultura haga que degenere en monotonía en la imaginación del poeta no muy hábil, pero otras veces, los elementos de la misma imaginería se combinan en hermosa novedad.

El poema que voy a dar ahora es de esta calidad.

Lo hallamos en un repertorio de varios rumbos, que se puede leer en la F 52 V del Ms.

Ajustado a la técnica del poema náhuatl, está constituído por estrofas binarias, terminadas por el mismo estribillo, que se repite al fin de cada media estrofa. Carácter peculiar que entraña no poco encanto y lleva sugerencias de preciosidad:

Pintura de esmeraldas es el libro de cantos;
cual pluma de quetzal que se encorva, es el hermoso canto.

Viene el canto desde una casa de mariposas:
de allá lo oigo yo cantor.
Allí dentro solamente variados,
encerrados están los cantos:
Viene el canto desde una casa de mariposas:
de allá lo oigo yo cantor.

Anda por campos florecidos que el agua riega,
en donde vuelan las floridas guacamayas del dios,
en donde andan revoloteando las luciérnagas listadas de oro,
sobre el agua, junto al tambor.
Dentro el verdor primaveral,
el canto se adorna con niebla: es su collar de finos jades,
en donde vuelan las floridas guacamayas del dios,
en donde andan revoloteando las luciérnagas listadas de oro,
sobre el agua, junto al tambor.

Si resolvemos a términos lógicos, quitada la suma de imágenes, este cuadro puede encerrarse en esta sola frase: "En el Tlalocan, sede de la vida, es también sitio de origen del canto." Pero el poeta, con finura que hallamos sólo en los breves poemas chinos o japoneses, ha unido una serie de elementos imaginativos: esmeraldas, plumas, mariposas, guacamayas, oro, luciérnagas, agua y el son del atabal que repercute en el ambiente de paraíso.

2.—Elogios de los poetas

Otro de los campos en donde hallamos la expresión de la delicadeza y el sentido de la finura es el de los elogios que hacen los poetas de sus mismos poemas o de los poemas de sus colegas. La mies es muy abundante. No es posible dar más que algunas muestras que traigan la noción de lo que eran estos breves y atildados poemas. La total perfección de ellos solamente sería perceptible en su propia lengua. No citaré ninguno en ella por diversas razones.

He aquí cómo alaba su propio canto un poeta, que con toda probabilidad es el rey Moquihuitzin, último de Tlatelolco:

Perforo esmeraldas, fundo oro:
es mi canto.
Esmeraldas engasto:
es mi canto.

(Ms. F 23 R).

En un poema que con alguna seguridad podemos atribuir a Nezahualcóyotl, hallamos esta expresión de lo que es su canto:

DENTRO DE MI CORAZÓN SE QUIEBRA LA FLOR DEL CANTO:
HAGO QUE LLUEVAN FLORES:
CON CANTOS ALGUNA VEZ HE DE SER AMORTAJADO,
CON FLORES MI CORAZÓN HA DE SER ENTRELAZADO.

(Ms. F 29 R).

En otro repertorio de poemas, que perteneció a don Fernando de Alva Ixtlixóchitl y que fue elaborado por el principio del siglo XVII, hallamos otro canto que puede ser del mismo rey poeta. Hay una hermosa elevación como podrá juzgarse con el texto. El Ms. se titula *Romances de los Señores de la Nueva España,* y se halla en la Biblioteca de Austin, por haber pertenecido a la colección de don Genaro García. En su F 19 V tenemos:

Hasta ahora lo sabe mi corazón:
oigo un canto, veo una flor:
¡que jamás se marchiten en la tierra!

Poema sencillo en su contextura, pero hondo en su contenido. La vida humana que efímera pasa, entraña el anhelo de algo inmortal.

Pero al alabar a otros, la fantasía sugiere diversas imágenes a los poetas nahuas. Un poeta dice a otro esta alabanza:

Macollan las flores,
están rozagantes, echan sus botones,
abren sus corolas:
de tu interior sale
el canto florido:
sobre otros lo viertes,
lo esparces en lluvia: eres cantor.

(Ms. Cant. Mex. F 34 R).

Otro inicia su poema con estas frases:

Oh cantor, canta,
tú que tienes escudo de luz del sol:
al arcoiris igualo tus cantos...

(Ms. F 36 R).

Y hallamos loores como éstos:

Yo recojo tus cantos: colecciono esmeraldas,
hago acopio de ajorcas de oro sólido
¡adórnate con ellos: son tu única riqueza!
Con plumas de quetzal, de guacamaya
de zorzal, o de ave de oro, adornas tu atabal: es tu canto:
¡adórnate con él: es tu única riqueza!

(Ms. F 34 V).

No es poco elogio decir a un poeta que el único adorno digno de él son sus mismos poemas.

He aquí otro no menos sutil:

Cual precioso collar, como ungüentos,
como esmeraldas, como oro, cual una hermosa flauta,
estimo yo tu canto: ¡son tus flores al dios!
Cual gargantilla de esmeraldas, redondas y lucientes,
cual penacho de plumas de quetzal,
como un rollo de plumas finas retorcidas en arco,
como oro, cual una hermosa flauta,
estimo yo tu canto: ¡son tus flores al dios!

(Ms. F 22 R y V).

El mismo pensamiento, pero en forma más concisa hallamos en otro breve poema:

Un jade cayó al suelo,
nació una flor: ¡tu canto!
Cuando tu canto entonas
aquí en México el sol está alumbrando.

(Ms. F 22 R).

Jades y flores: la luz del sol condicionada por el canto del poeta. Hay refinamiento en la imagen y la contextura del poema en su brevedad lacónica es ropaje digno del pensamiento.

Interminables fueran las citas. Daré otras de calidad diferente, en que ya no se alaba a uno, sino a todos los poetas reunidos en las sesiones de canto que podríamos asimilar a nuestras reuniones o concursos literarios. Un rey de Huexotzinco, Tecayehuatzin, dice a sus convidados los reyes circunvecinos:

Cual pluma de quetzal, fragante flor,
el conjunto de amigos se estremece,
como banderolas de pluma de garza se entrelaza:
sobre ramas chupando rojas flores andan los príncipes.
Es vuestro canto un ave cascabel: lo estáis entonando.
El seto florido, las ramas de las flores:
sobre ellas andan chupando miel los príncipes.

(Ms. F 10 R).

Y con mayor refinamiento el mismo rey en otro poema dice:

Por ahí oigo un canto, veo en la verde primavera
junto al agua enflorada andar cantando:
el ave de las mieses, el ave que conversa con la aurora,
el ave de cuello azul, el príncipe Monencauhtzin.

(Ms. F 11 R).

Terminaré mis citas con una de otro género de expresión, también enlazada con los elogios poéticos: Un viejo rey de la misma comarca había dejado este hermoso poema en que se atenúa a sí mismo en comparación con los poetas sus colegas:

Oh amigos míos, a vosotros busco:
cada sementera recorro: aquí estáis.
Alegraos, discurrid unos con otros:
he llegado, oh amigos, yo también amigo.
¿Pero, entre las flores vengo yo a meterme?
¿Yo flor de cadillo, yo flor de muicle? [1]
¿No soy eso acaso, no soy un inoportuno?
¡Soy un pobrecillo, oh amigos míos!
¿Quién soy, en efecto? Me vivo volando:
¡Algo concibo: cantos floridos, mariposas de canto...!
¡Mi mente se ensanche, mi corazón sea feliz!
Junto a otros vengo, he bajado ya:
cual ave primaveral de rojo plumaje llego a la tierra,
expando mis alas junto al atabal:
mi canto se eleva, se difunde en la tierra...

(Ms. F 11 V).

[1] Las plantas mencionadas en este verso son "Erigeron pusillus Nutt." y "Serico-graphis mohuitli"; ambas de poca importancia, pero bellas.

¡Tristes ironías de la fortuna: el rey a quien debemos este poema murió trágica muerte! Un año antes de llegar Cortés a Veracruz quiso retornar a su patria, después de tres años de hallarse refugiado en Tenochtitlan. Xayacamachan Tlapaltecutli, que tal es su nombre, había huído de los disturbios de su pueblo, que amenazaba acabar con su vida, como lo hizo con su ancestro y homónimo años antes (Muñoz Camargo, *Hist. de Tlaxcala,* p. 83 s). Una hermana suya pasó al serrallo de Motecuhzoma II. Cansado el rey de Huexotzinco y sus nobles de la estancia en la ciudad de los lagos quisieron volver a su casa. Mala idea suya fue el irse en secreto. Salen de noche, pero un traidor ha dado cuenta al rey de México. Este manda que se les salga al paso. Cerca de Amecameca, ya en el camino que iba a andar el Conquistador, fue alcanzado y con sus acompañantes sacrificado a los dioses. (Ms. de Cuauhtitlan, pág. 63).

En esta forma hallamos los dos eternos contrarios aspectos del México misterioso. Como si su dualismo sagrado en los númenes, o en el numen biforme para decirlo mejor, se impusiera a todos sus hechos y caminos. Si para el náhuatl era el sol una luz en el día y una sombra en la noche, ese sol único dominaba su vida integralmente, con sus dos poderes: la luz que todo lo dora; las tinieblas, que todo lo arropan en el misterio.

Ya no daré sino esta breve composición que resume la nostalgia que provoca en el alma el recuerdo de aquellos hombres que nos precedieron en este suelo. Es también de un poeta de la región tlaxcalteca. Tochihuitzin, contemporáneo de Xayacamachan, dice este breve y conceptuoso poema al recordar a los antiguos poetas:

¡Como un canto vivisteis,
cual una flor abristeis la corola,
oh príncipes:
allá va un sartal de flores!

(Ms. F 15 R).

No hay mejor epitafio para los cantores del viejo Anáhuac. También, al recordar al varón insigne en cuyo loor se teje esta guirnalda, podemos decir que su vida fue un canto y sus acciones flores que se abrieron, perfumadas y bellas, cuya esencia difundida perdura.

EL DIARIO DE MEXICO, MINA PARA EL LEXICOGRAFO

por don J. M. González de Mendoza.

DE VEZ EN CUANDO algún filólogo clama —en el desierto— contra el descuido e incorrección con que muchos periodistas escriben. Temen que ese pernicioso ejemplo dañe la pureza y unidad de la lengua castellana. Temor justificado: la prensa es en cierto modo una cátedra y, por otra parte, nada se contagia con tanta facilidad y rapidez como lo vicioso.

Añejo es aquel defecto periodístico. Si se hojea la colección del *Diario de México* (1805-1817), se hallará copia de vocablos incorrectos. No pocos de ellos son barbarismos que, para bien del idioma, no subsistieron, tales como *al latere, desgote, el antitesis, franqué* (e), *ilegadidades, huzmado, última analisis, una cutis.* Otros son neologismos tan superfluos como ridículos, que por suerte no arraigaron; así *abismación, bicornuto, espirituosidad, funestidades, pecatriz, politonsoria, rosatigo, talentosidad.* Abundan las imitaciones no siempre certeras de las corruptelas prosódicas propias del pueblo, como *enefeuto, güellas, güidos, indirguen, menclino, nostante, quijiere.* Hay metaplasmos burlescos, tal la aféresis *chas gracias* o la matátesis *epigolaré;* galicismos como *cutó a la titus, remarcables, antes que se me vayan las especies;* inclusive faltas de ortografía como *convinar, Chiguagua, Campos Elysios, derepente, sumbarán, ecsamenes* —aunque esta última grafía sea más bien un arcaísmo.

Ciertos vocablos aparentan ser barbarismos, pero son propiamente intentos de neologismos con propósito humorístico. Así *arrogustez, decrepitez, doncellazgos, Diaristero* o —en el número 108, fechado el jueves 16 de enero de 1806— el inesperado adverbio *contentamente.* Le supera en extravagancia el que hallamos en el número 862, del lunes 8 de febrero de 1808, en un comentario burlón a una fábula de Avete Nherreric: "Conque ¿elegantes *hablastesmente?*"

Todo eso y cuanto, análogo, detona en el *Diario* es la parte negativa de éste, la que yace en justo olvido. Otros son sus méritos en lo atañedero a la lexicografía. Darlos aquí por ignorados equivaldría —permítasenos adaptar

al medio geográfico la conocida comparación— a descubrir el Mar de Cortés. Pero por muy surcados que sean los mares no huelga hacer en torno a ellos propaganda turística. Tal es, *mutatis mutandis,* el objeto de este artículo, donde recopilaremos algunos apuntes redactados años atrás. Los apoyaremos con ejemplos tomados de otras fuentes.

Encierra el *Diario* abundantes mexicanismos, entre ellos *atranchetada, bartolinas, butaque, cotón de sabanilla, cotonía del popotillo, cuapastles, chichigua, habladas, hacer mil cóleras, jalocote, macuteno, macho* (por: mulo), *malacagüile, nomás, pilmama, plus café.* Esa veta ya ha sido explotada por eminentes filólogos. Es asimismo riquísimo en vocablos que, si bien correctos, tienen hoy escaso o ningún uso, por ejemplo: *almofrez, almoronía, causídicos, cambujas, clin, dechado* (labor de aguja), *deprender, defensión, estregándose, farfalaes, gandingas, humildosa, horruras, lastar, malenconia, motitas, orbicular, pítima, tudeles, zamarro, zorroclocos.* Por lo coloristas, place encontrar ahí locuciones como *andar con dime que te diré, andar como panderete de bruxas, andarse a grillos, hacer carocas a las mozas, hacer el caldo gordo, hacer el mohino, hacer la agachadiza, con su pelo y su lana, sin decir párate castaño;* o modos adverbiales como *al proviso, a traque barraque, a suda copete.* Unos y otras demuestran que el vocabulario del castellano escrito en México al comenzar el siglo XIX era más rico que el de nuestro tiempo, empobrecido por la ignorancia. ¿A quién se le ocurriría hoy despedirse diciendo *Agur,* como leemos en el número 830 del Diario (7 de enero de 1808), o como Demócrito de Heráclito en el prólogo de Lizardi a su diálogo entre ambas sombras [1], o el francés del italiano con quien conversa sobre la América Septentrional? [2] ¿Quién terminaría una carta asegurando al corresponsal: "Es de V. afecto", según vemos en el número 106 (martes 14 de enero de 1806)? Desaparecidos ya del habla cotidiana, aquellos vocablos y giros perduran en el *Diccionario,* sin ayuda del cual serían incomprensibles no pocas páginas del *Diario de México.*

No siempre se recomiendan por su corrección literaria las colaboraciones que recogía el periódico. A fuerza de apurar el estilo se llegaba en ocasiones al retorcimiento, y éste conducía a resultados tan grotescos como decir "anciana cerilla". Es indudable que "vieja" debió de parecerle vulgar al escritor, como le pareció a Lizardi cuando, en la Introducción a su *Alacena de Frioleras,* [3] dijo: "y cada uno, nos acordamos de aquel anciano versito". Por cierto que incurre ahí en un doble mexicanismo: llamar "verso" a un poema, siquiera sea tan humilde como lo es una cuarteta, y decirlo en diminutivo.

---

[1] Apud *Noches Tristes y Día Alegre,* México, Ediciones Mensaje, 1943.

[2] Apud *El Pensador Mexicano,* México, Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. XV, 1940; 2a. ed. 1954.

[3] Apud *Noches Tristes y Día Alegre,* ed. cit.

Siempre ha sido inclinada a éstos el habla popular mexicana, y desde "modito" a "Cupidillo", desde "tironcito" a "indianilla", a docenas ofrece ejemplos el *Diario*. Algunos son desusados, tales "estomaguito" o "escolapito"; pero no son tan sorprendentes como los que Lizardi emplea, por ejemplo, en *El Periquillo Sarniento* [4]: "bienecillos", "riquillo", "principalito", "gramatiquillo", "actillo", "oracioncillas" o el involuntariamente grotesco "religiosito". A todos los supera, bajo su fecunda pluma, el diminutivo de aumentativo que pone en boca del narrador: "me dio mi padre un recordoncito". Al extremo opuesto: el diminutivo de diminutivo, hallamos en una pastorela anónima —que en manuscrito de fines del siglo XVIII o principios del XIX nos dio a leer hace tiempo el distinguido historiador de la música mexicana don Gabriel Saldívar Silva— la voz "mantequillita".

En el número 101, del jueves 9 de enero de 1806, artículo *Bellas Letras* por "El Ex.-D. P.", a vueltas de frases vernáculas como "rempujón a mí desde la talanquera", de locuciones figuradas como "santiguar las secas", de vocablos inesperados como "malignante", leemos la extraña palabra *efetá*. Es, según el *Diccionario*, [5] "voz con que se califica la obstinación o renuencia de alguno". Pero Lizardi, en *Los paseos de la Verdad*, [6] la acomoda con propósito humorístico como sinónimo de "al contado" (o "al contante", según se lee en el *Diario*, número 106, martes 14 de enero de 1806): "Lo célebre era que los que pagaban *efetá* los papeles públicos, ni los leían allí, ni se quedaban" en el puesto de la *Gaceta*. Adviértase, de paso, el mexicanismo "célebre" por "chistoso" o "singular".

Un pintoresco barbarismo hallamos en la *Consulta de una madre de Familia*, por María Eusebia, inserta el viernes 17 de enero de 1806 en el número 109: "vienen a tener con *migo los acreedores*". Pudiera creérsela excepcional, o inclusive una simple errata, si en una pastorela incompleta —manuscrito de 20 páginas, al parecer de fines del siglo XVIII, cuya lectura debemos también a la generosidad del señor Saldívar— no dijese Bato, tras de contemplar al Niño Jesús:

> mas después que lo vi digo
> que es Dios como *tigo y migo*.

Y más lejos:

> yo de ninguna manera
> que siempre estoi con *migo*.

---

[4] México, Editorial Porrúa, 1949.

[5] *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Real Academia Española, 1939.

[6] Apud *El Pensador Mexicano*, ed. cit.

Algunas voces son desusadas porque dejó de utilizarse el objeto, la prenda de vestir, etc., que denominaban. Así, es dudoso que sin acudir al *Diccionario* sean muchos los lectores que al hojear el *Diario de México* entiendan cabalmente, por ejemplo, un anuncio de robo inserto en el número 863, del martes 9 de febrero de 1808: "Un armador negro, de mangas boleras y bricho sobredorado de piedra inga". El *Diccionario* da "armador" como sinónimo de "jubón". En las *Ordenanzas de Venus para las Majas y Chinas de Volatería* —recogidas por don José Miranda y don Pablo González Casanova en la jugosa antología titulada *Sátira anónima del siglo XVIII* [7]—, "la Cipria diosa" dice, al establecer "el plan del pitiuniforme":

A las chinas determino
que suelten el armador;
que el listón atacador
ande en el aire sin tino.

Ha de entenderse el tercer verso como "la cinta con que se ajusta" al torso el "armador" —aquí más bien "corpiño" que "jubón".

Usa la voz don José Mariano Acosta Enríquez en su *Sueño de Sueños* [8] al describir la indumentaria de Torres de Villarroel: "su armador y calzones eran morados"; y en la donosa pintura que, como de bicho raro de su tiempo, hace del atuendo del currutaco, cubre a éste "del pecho al pescuezo" con "un armadorcito a modo de peto de mujer". Por cierto que esa pintura permite fijar con bastante exactitud la fecha en que fue escrito el ingenioso y amenísimo opúsculo, que la erudición situaba vagamente "en la segunda mitad del siglo XVIII". Hay que traerlo hasta los primeros años del XIX, cuando llegó a nuestro país la moda francesa de la época del Directorio. En 1792, Fray Joaquín Bolaños se burlaba del *petimetre* [9], aún no existía el currutaco, que fue en España y en los reinos españoles de América lo que el *incroyable* y el *muscadin* en París. La minuciosa y divertida descripción que Acosta Enríquez hace de aquel fantoche no deja lugar a dudas: coincide con burlas análogas publicadas en el *Diario* a partir de 1806.

Volvamos al "armador" robado en 1808, y a su adorno. Quizá en el vocabulario de los bordadores perdure el sustantivo *bricho,* que vale, según el *Diccionario,* por "hoja angosta y sutil de plata u oro que sirve para bordados, telas y galones". A juzgar por diversos indicios, a principios del siglo pasado tenía un significado más lato y venía a ser poco más o menos lo que "adorno

---

[7] México, Fondo de Cultura Económica, 1953.

[8] México, Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. LV, 1945.

[9] *La portentosa Vida de la Muerte,* México, Biblioteca del Estudiante Universitario, Vol. XLV, 1943.

metálico" y, en general, "baratija vistosa". Véase, por ejemplo, lo que Lizardi pone en boca del ya mencionado italiano que dialoga con el francés: "hallar luego protección: consistir ésta en oropel, cintas y *brichos*". En cuanto a la piedra *inga,* nadie ignora —si acude al *Diccionario*— que es la pirita, sulfuro de hierro, durísimo, de color amarillo brillante. "Aretes de piedra inga muy relumbrantes" lleva Marantoña en *La Quijotita* [10] el día de sus nupcias.

No hemos indagado cómo eran las *mangas boleras* del perdido *armador,* porque cuanto concierne a la indumentaria "es laberinto de muy dificultosa salida"; y, puestos a averiguar aquello ¿por qué no, también, lo que eran las *medias del bastón,* los *zapatos de* (h)*ocico,* el *chaleco de bosque,* el *calzón de rompecoche*(s)? Tocante a esta última voz diremos que figura en el *Diccionario,* el cual remite a *sempiterna,* definida como "tela de lana, basta y muy tupida, que la gente pobre usaba para vestidos".

En las *Bellas Letras* —por antífrasis, pues enhébranse ahí muchos vocablos deformados adrede para simular la prosodia vulgar— del número 107 (miércoles 15 de enero de 1806), leemos: "le han *embocado* encima un tamaño reperiquete". El verbo está usado, evidentemente, en el sentido figurado de "echar, dirigir a uno algo que no ha de recibir con gusto", según el *Diccionario.* Lo mismo, al parecer, cuando lo emplea "un Cocole Bachiller" en su *Diálogo estoico* con Cacolé, recogido en *Sátira anónima del siglo XVIII:* "querer embocarnos ahora, Cacolé, un pie a la francesa". Lizardi, en *Los paseos de la Verdad,* pone el verbo en boca del *"currucacho* que estaba de postema en la alacena" donde se expendía la *Gaceta* y que opinaba sobre "las porquerías del Pensador" con acritud en la que no podemos creer puesto que el propio Pensador se la prestó: "Sólo nos emboca moralidades añejas, sátiras frías, y cuentos de cocina". Huelga recordar que "postema", en sentido figurado, es "persona pesada o molesta". Adviértase, de pasada, la voz "reperiquete": parece tener ahí el significado de "reprensión" o "regaño"; sin la partícula inicial se emplea en el modo adverbial "en un periquete", o sea "en brevísimo espacio de tiempo". En cuanto a *currucacho* es sin duda una deformación despectiva de *currutaco,* ya que también se llama "caballerazo" al personaje, y "charlatán con casaca".

Puesto que con el *currutaco* hemos vuelto a topar, detengámonos un momento a examinarlo. Don Francisco J. Santamaría, en su *Diccionario General de Americanismos,* [11] lo inserta como adjetivo —u.t.c.s.— con la acepción de "regordete, achaparrado". No sabemos dónde se emplee así. El diccionario de la Academia mantiene el concepto tradicional, derivado de *curro:* "Muy afec-

[10] José Joaquín Fernández de Lizardi, *La Quijotita y su prima,* México, Cámara Mexicana del Libro, 1942.

[11] México, Robredo, 1942.

tado en el uso riguroso de las modas". Esa es la significación que evidentemente tiene en las frecuentes menciones hechas en el *Diario,* las cuales van desde el título de un poema anónimo, en el número 93 (miércoles 1o. de enero de 1806): *El currutaco perdido,* hasta el seudónimo de uno de los colaboradores. En el número 831 (8 de enero de 1808), la locuaz "Coquetilla" pone a ese vocablo en la función adjetiva que el *Diccionario* le da como principal: "corazón currutaco", dice; y el 19 de ese mes, en el número 842: "¿Y el vestido? No, no lo he visto más currutaco". Pero como sustantivo lo emplea en ese mismo artículo: "el Cupidillo artero de los currutacos septuagenarios".

Una de las palabras de más frecuente uso en México hace siglo y medio, y ya punto menos que desaparecida, es *túnico.* El *Diccionario* la deriva de "túnica" en su 3a. acepción: "vestidura exterior amplia y larga", y da la definición siguiente, en lo que a indumento femenino concierne: "túnica que usan las mujeres". La pone como voz empleada en Colombia, Costa Rica, Honduras y Venezuela. Es probable que en México se aplicase primeramente a los vestidos sin cintura que la moda francesa del Directorio y del Consulado difundió por doquier en el último lustro del siglo XVIII y el primero del XIX. Después se extendió a los demás vestidos femeninos. Se infiere así del contexto de las menciones en el *Diario.* Aparecen allí con frecuencia anuncios de pérdidas de esas vestiduras; por ejemplo, en el número 462: "el día último del pasado, tres varas de sarguilla lisa, cortada para túnico". (Alúdese al 31 de diciembre de 1806, pues ese número del *Diario* lleva la fecha 5 de enero de 1807). Ahí mismo se mencionan "tres túnicos de crespón amarillo, verde y color de aurora, bordados de plata y oro, embueltos en un pañuelo de muselina". Dos observaciones: el color de aurora es el sonrosado; y los bordados metálicos caracterizaban a los vestidos femeninos de gala en aquella época en que la emperatriz Josefina imponía la moda a buena parte del mundo. Otra pérdida, anunciada en el número 103, correspondiente al sábado 11 de enero de 1806: "La noche del día 25 de Diciembre perdió un mozo un túnico de indiana blanca con el floreaje azul". El penúltimo vocablo indica, indudablemente, los motivos decorativos de la tela.

Por desdicha para la futura historia de nuestras costumbres, no son menos frecuentes en el *Diario* los anuncios de hurtos. Así, en el número 109, del viernes 17 de enero de 1806, se lee: "Robo: un túnico de capichola", o sea de un "tejido de seda que forma un cordoncillo a manera de burato", según define al último vocablo el *Diccionario.* En el número 834, del 11 de enero de 1806, lo robado es "un túnico de indiana inglesa, morado". "Un túnico de indianilla morada" vestía la joven cuyo cadáver quería despojar el sepulturero, en la cuarta *Noche triste,* de Lizardi.

Mucho más amenas son otras menciones. Así, en un epigrama contra la

moda femenina, inserto el lunes 8 de febrero de 1808 en el número 862, se reprocha a las mujeres:

traer los pechos descubiertos,
túnico muy embarrado.

Véase cómo este último mexicanismo, que en sentido metafórico vale ahí por "muy pegado", "untado", tiene abolengo sesquisecular. Añadiremos que Lizardi, por boca del sensato eclesiástico que en el capítulo IX de *La Quijotita* dialoga de sobremesa con el Licenciado Narices, el coronel y demás comensales, alude asimismo a esa característica al decir como reproche: "el túnico es tan delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna".

Otra mención placentera: en el número 95, del viernes 3 de enero de 1806, aparece un *Diálogo entre la Coquetilla y su Doncella* del que extraemos lo que sigue: "soltando la xareta al túnico roció mi pechito con un buche de agua". ¿No es delicioso el diminutivo, y no es sorprendente el antiespasmódico empleado? "Xareta", por supuesto, es jareta.

De los más de esos ejemplos se deduce el valor genérico de la palabra "túnico". Equivale propiamente a "vestido de mujer", sea o no en la forma de túnica, entonces dominante. Un folleto de Ana María Sola, recopilado en una *Miscelánea Política* de 1812 a 1822 que se conserva en la biblioteca de nuestro Museo Nacional de Antropología, se titula *Guerra por los túnicos a los pantalones,* oposición que marca bien el susodicho significado. Lizardi le da también alguna vez la acepción de vestidito de niña. Así, en el primer capítulo del *Periquillo* leemos que en las calles de México se veía una "multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin más abrigo en las piernas que el túnico o (el) pantaloncito flojo". Inclusive pudiera creerse que le da la acepción de traje masculino cuando, en *Los paseos de la Verdad,* describe las representaciones que atosigan su fantasía durante el insomnio, entre otras "una camisa hecha tiras, un túnico agujereado, una silla rota y otra sarta de muebles despilfarrados que piden, unos su relevo, otros su retiro, y todos sus inválidos"; pero es más razonable entender ahí "túnico agujereado" como vestido femenino cuya reposición habría de costear él en su condición de jefe de familia.

A la voz *maula* se le daba antaño un significado un tanto diferente de los que hoy tiene en lo relativo a personas y que son: "tramposa o mala pagadora", o bien: "perezosa y mala cumplidora de sus obligaciones". El fingido "licenciado don Epicuro Almonasir Calancha y Santander", en la *Relación verídica de la procesión del Corpus de la ciudad de la Puebla,* [12] hace su pro-

[12] Apud *Sátira anónima del siglo XVIII,* ed. cit.

pia etopeya diciendo, entre otras bromas: "yo soy burlesco por todos cuatro costados, bufón por parte paternal y maternal, risueño en todos cuatro humores, reible en todas las tres potencias y maula en los cinco sentidos". En la letrilla *Noches divertidas,* publicada el martes 7 de enero de 1806 en el número 99 del *Diario,* el misógino autor concluye que

hay en las mugeres
muy bonitas maulas.

Entiéndase eso como Lizardi lo hace decir al escribano que abrió proceso al diablo Asmodeo: [13] "Muy bien te conozco, buena maula", o sea: "taimado y bellaco". [14] En el mismo sentido emplea la expresión Pedro Sarmiento cuando refiere que en la hacienda salía a caballo con Januario y con "dos hijos del administrador que eran muy buenas maulas". [15] En el sentido de cosa mala vendida por buena usa también Lizardi aquel sustantivo en la Introducción a su *Alacena de Frioleras:* "No convidamos suscriptores; porque regularmente no alcanzarán a cubrir el costo de la imprenta, y vamos expuestos: ellos a quedarse sin la maula, y nosotros con la droga". Este último mexicanismo por "deuda" es frecuente bajo la pluma lizardina, como que el hecho así denominado era permanente en la trabajada existencia del malaventurado gran escritor.

Con un mexicanismo de buena prosapia terminaremos este somero muestreo del *Diario.* El número 840, del 17 de enero de 1808, nos lo brinda en el anuncio de un robo: "un paño de rebozo de algodón". *¡Félix culpa!* podríamos decir con el Tagastense, porque la mención de tal latrocinio es el mejor ejemplo lexicográfico antiguo que hayamos encontrado acerca de esa prenda popular. Ahí se ve cómo "de rebozo" es el complemento explicativo de "un paño". Lo mismo en Lizardi *(La Quijotita,* cap. XI): "el túnico y la basquiña, el tápalo o el paño de rebozo". La voz de complemento acabó por sustantivarse, no ya como el "modo de llevar la capa o manto cuando con él se cubre casi todo el rostro", [16] sino como el nombre del susodicho "paño". Encontramos la confirmación en Lizardi. En el *Día Alegre,* Dorotea dice a la tía Mariana y a sus lindas hijas: "Vaya, tomen ustedes sus *paños* o tápalos, y acompáñennos a una visita que tenemos que hacer". Pero también se usaba ya *rebozo* como sustantivo: en la *Constitución Política de una república imaginaria* [17] que el

---

[13] *Breve sumario y causa formada a la Muerte y al Diablo, por la Verdad y ante escribano público.* Apud *El Pensador Mexicano,* ed. cit.

[14] *Diccionario de la Lengua Española,* ed. cit.

[15] *El Periquillo Sarniento,* Lib. I, cap. VIII.

[16] *Diccionario de la Lengua Española,* ed. cit.

[17] Apud *El Pensador Mexicano,* ed. cit.

Sacristán dicta al Payo, el apartado 4o. del artículo 41 condena a la pena capital a "aquellos bárbaros que por robar una frazada o un rebozo que vale veinte reales, privan de la vida a un infeliz". La diferencia —sea dicho de paso— entre esos veinte reales y los muchos pesos que hoy cuesta un rebozo se presta a reflexiones; mas como serían sociológicas y no lexicográficas, amén de ser acerbas y no amenas, no tienen cabida en este artículo.

La colección del *Diario de México,* aparte ser fuente inagotable de mexicanismos —muchos de los cuales siguen en uso, lo que les da cuando menos siglo y medio de abolengo—, puede suministrar sin tasa antecedentes y ejemplos al filólogo que, algún día, emule para el habla del pueblo mexicano el paciente, doctísimo trabajo que el señor Henri Bauche hizo para el francés con su excelente libro *Le langage populaire.* [18] Por otra parte, ya lo hemos visto, abundan en esas amarillentas páginas los vocablos castizos hoy caídos en desuso. La exploración metódica de ellas permitirá reunir un crecido número de papeletas para el futuro *Diccionario Histórico de la Lengua Española,* que la Academia de Madrid prepara y al que la de México, sin duda, no dejará de contribuir.

[18] París, Payot, 1920; 2a. ed. 1928.

INVITACION A LA CORTESIA

por don ALFONSO JUNCO.

A la noble memoria de don Alejandro Quijano, espejo de cortesía.

PARODIANDO lo que a otro propósito decía Madame Necker, pensamos que la cortesía se asemeja a los papelillos con que se rellenan las cajas para embalar porcelana: "al parecer, los papelillos para nada sirven; pero sin ellos se rompería la porcelana". Lo más fino, lo más diáfano, lo más exquisito del vivir, se haría pedazos sin esta suave inutilidad de la cortesía. Ella resguarda y pone a salvo la porcelana de la convivencia y del espíritu.

¿Qué es, en el fondo, la cortesía? Para muchos mundanos, una mera simulación; una fórmula externa que contradice la disposición interior; un halago verbal en la presencia de aquel a quien, ausente, devoramos; una sonrisa visible al que por dentro saludamos con una mueca.

Y esto perece en simple hipocresía. Pero hay que vivificarlo.

Ya sabemos que nadie es perfecto. Sabemos que nosotros mismos no lo somos. Y así como nos resulta grato que los demás disimulen benévolos nuestras fallas y busquen nuestro lado favorable, debemos tomar ante los otros la misma actitud y brindarles el mismo bienestar.

Es ineludible que haya personas que nos molesten, reuniones y circunstancias que nos fastidien. La cortesía mediocre manda que no externemos allí tales sentimientos. Pero la cortesía superior manda que no los externemos ni allí ni después: ni en presencia ni en ausencia. La mediocridad de la cortesía se queda en lo primero; la superioridad de la cortesía lo abarca todo.

Y el hombre bueno, y singularmente el cristiano, trasciende la apariencia. Hace verdad la cortesía. Pone interioridad en lo externo, pone alma en la

fórmula. Y su cortesía es expresión de una íntima actitud de benevolencia, de benignidad, de respeto para las preferencias y opiniones, para los defectos y debilidades del prójimo. Su cortesía es expresión social del espíritu fraterno: deferencia hacia los demás, deseo de ahorrarles incomodidades y hacerles servicio. Y así la flor de la cortesía no es una flor de trapo, sino una rosa fresca que nace de su auténtica raíz y se enriquece con su savia propia.

Lo que piden la urbanidad y los buenos modales: ceder el asiento, dar la acera, hablar sin gritos, comer con pulcritud, no interrumpir, no disputar, todo lleva en el fondo este espíritu: evitar molestias a los demás, patentizarles deferencia.

El convencionalismo exterior puede ser diverso y aun contradictorio: al cristiano en el templo la reverencia le quita el sombrero y al judío se lo pone; el civil se descubre donde el militar se cuadra; el luto será aquí negro y allá blanco; pero el espíritu que vivifica siempre es igual. En la cortesía, como en todo, la letra, sola, mata: los que nomás a ella se adhieren, son cadáveres; los que llenan de espíritu la letra, esos son hombres vivientes.

Y lo que es cortesía en lo pequeño, en lo grande es heroísmo. El propio espíritu que nos mueve a tomar la molestia que le quitamos al prójimo, nos empuja a salvarle la vida con riesgo de la nuestra. El que deja su asiento para aliviar al que se cansa, es, en germen y signo, el que se arroja al mar para libertar al que se ahoga. De la misma raíz toman su jugo y su eficacia, esta cosa minúscula que llamamos cortesía y esa cosa imponente que llamamos heroísmo.

Hay en nuestra tradición y en nuestro pueblo un estilo profundo de cortesía, fruto de la hidalga caballerosidad española y de la blanda finura indígena, favorecidas y acendradas por el efluvio cristiano.

Descansa el alma en esa benignidad hospitalaria, en esa suavidad acogedora de nuestra provincia y de nuestros campos. Aun la miel del diminutivo denuncia, en el exceso, la dulce propensión. Por los hondos caminos de Méjico nos acaricia siempre la canción del saludo al desconocido. No hay humilde casita que no brinde su agua y su sombra al que pasa, que no fraccione su pobre manjar con el que llega. La dignidad y la finura, esencias de una secular tradición y de una cultura entrañable, embeben todavía las tierras más profundas de la patria.

Siglos de espiritualidad en la norma y la costumbre, trabajaron para nosotros esta herencia de señorío. Mas parece que andamos disipándola.

El afán utilitario, la primacía de lo material, la avalancha extranjeriza, el descaro de la concupiscencia, las prédicas de lucha y acritud, van ahogando delicadezas ancestrales. Multiplícanse y forman clima el hombre de presa, el advenedizo que empuja para tomar sitio, el recién encumbrado que confunde el dinero con la distinción, la brusquedad con la energía, el despotismo con la autoridad. Causa pena, en las nuevas generaciones, la falta general de nobles modales: gritos y estridencias en el cine, burdos comentos en alta voz, pies sobre el asiento. Ni consideración para las damas ni miramiento para nadie. Se mascan el chicle y la ordinariez.

¿No nos vendría bien una cruzada por la cortesía? En la escuela, en el radio, en la televisión, en la prensa ¿no podríamos infundir y difundir el amor a estos sumos valores inmateriales, el apego a esta egregia tradición de nuestra estirpe?

Sin amaneramientos. La verdadera cortesía es sencilla y natural como la elegancia verdadera. Más que una forma, un espíritu. Busca dignificar la convivencia. Dulcificar la convivencia. Con la suave *inutilidad* de los papelillos, salvar la porcelana.

THOMAS MANN COMO NOVELISTA

por don FRANCISCO MONTERDE.

DE IGUAL manera que en Roma se prefiere llegar, próximo el ocaso, al mirador desde donde lo aguardaba Goethe y se evoca a Wagner por los reflejos lacustres al recordar su estancia en Lucerna, se busca involuntariamente la huella de Thomas Mann en aquellos sitios de Europa donde él instaló figuras imborrables de sus relatos: en los picos nevados de Suiza, por *La montaña mágica* y en las ciudades de Italia que sirven de fondo a otras novelas suyas.

Ciertamente la universalidad de un escritor no se apoya en la amplitud del panorama que su visión abarque: novelistas viajeros llegaron a los confines del mundo, sin ser por ello universales; otros lo son, en cambio, a pesar de que no se movieron del rincón que alumbró para ellos la luz primera, igual a la última percibida por sus ojos.

A lo universal puede llegarse por la afirmación ahincada en lo propio, que viene a ser idéntico a cuanto los demás hombres poseen, a una profundidad equivalente a aquélla, en las distantes, respectivas patrias.

No es por la múltiple variedad de los escenarios elegidos para mover libremente a los personajes de sus novelas, sino por la hondura del pensamiento del escritor y por el alcance de esas creaciones, por lo que Thomas Mann logró la altura en la cual se situó definitivamente.

Quien esto escribe, como contribución a un merecido homenaje, debe ceñirse a sintetizar la obra narrativa de Thomas Mann, sin que por ello olvide al pensador, al ensayista, al hombre.

Aunque se prescinda de sus ensayos sobre temas de literatura: la obra de poetas líricos, épicos y dramáticos; los trascendentes influjos de escritores como Goethe y Tolstoi —que confirman el universalismo de Thomas Mann—, la cosecha del novelista resulta casi inabarcable de una sola ojeada.

Es forzoso, para quien intente dirigir a ella una mirada comprensiva, limitar aún el campo de observación y circunscribirse a aquellos relatos en que la fantasía creadora partió de la realidad, no sólo fielmente reproducida por él, para darle alas con las cuales su vuelo fuera más libre; sin dejar por eso de mencionar aquellos otros que se basan en la tradición: páginas venerables por él rejuvenecidas.

Al proceder de este modo, no deja de asaltarle cierta duda: sale al paso la incertidumbre de haber incluido, entre las primeras, algunas que es posible considerar como las mejores, sin haber dejado más de una de ellas entre las segundas, aunque no son precisamente las que debieran hallarse situadas en el término circunstancial propio de unas y otras.

En todo esto se verá el propósito de hacer visible, aunque sea a trechos, un amplio panorama: el que ofrecen las más conocidas novelas de Thomas Mann, evocadas por lo que de ellas conservó la memoria, tras la primera —a veces, lejana— lectura.

En el aspecto que se escogió, el extenso legado de Thomas Mann comprende los libros que aparecieron desde 1893, cuando tenía apenas 18 años de edad, hasta los últimos de su larga y fecunda vida, que abarcó más de tres cuartos de siglo: unos sesenta años de actividad creadora, por consiguiente.

No va a intentarse aquí seguirle paso a paso en su evolución, a través de la abundante bibliografía; baste anotar que el novelista se afirmó, a partir de 1900, con *Los Buddenbrook,* y que sus obras más divulgadas —por ello, las mejor conocidas— son de este siglo, en el cual se escalonaron, entre otras, antes de que obtuviera el Premio Nobel, *Alteza Real* (1909), *El amo y el perro* (1911), *La muerte en Venecia* —seguida de *Tristán* y de *Tonio Krögen*— (1912), *La montaña mágica* (1924), que marcó uno de los hitos más importantes, no sólo de su producción, sino dentro de la literatura universal del siglo, y la breve obra traducida al español con el título de *Penas tempranas* (1926).

Con posterioridad a aquella obra —y a la mayor recompensa que puede alcanzar un escritor, después del reconocimiento de sus coterráneos: el galardón sueco, logrado por él en 1929— se suceden, además de otros relatos suyos: *Mario y el hipnotizador* (1930), *El pequeño señor Friedemann y otros cuentos,* el primer libro de las *Confesiones del aventurero Félix Krull* (1937) —del cual había publicado un fragmento en 1921 y daría, poco antes de morir, los tres libros, hasta 1956 traducidos a nuestro idioma—; *Carlota en Weimar* (1940) y, en los años comprendidos entre éste y el de 1953, *Las cabezas trocadas, El doctor Faustus, El elegido* y *La engañada.*

Han quedado voluntariamente fuera de lo enumerado —y ésta es, por lo demás, la información que puede hallarse en cualquier fuente adecuada, puesta al día hasta donde es posible, en países de habla española—, no sólo *El niño prodigio* (1914) y *El canto del niño* (1919), que se sitúa, por el ambiente de intimidad, al lado de *Penas tempranas,* sino otras no precisamente novelescas, aunque se trate de relatos.

Desde luego, su estudio sobre *Federico el Grande y la gran coalición* (1915), que pertenece más bien al grupo de ensayos históricos, y aquellas de inspiración bíblica: la serie de José, sus antecesores y hermanos —*La historia de Jacob, El joven José, José en Egipto, José el proveedor*—, que es de los treintas, y la vida de Moisés, de su infancia al Sinaí, titulada *Las tablas de la Ley* en las versiones inglesa y española.

Buena parte, no sólo por su extensión, de la obra novelesca de Thomas Mann es autobiográfica, indudablemente, como tendrá que serlo la obra de un autor que extraiga la materia de sus libros de las propias experiencias vitales si, a la vez que vive, se siente vivir entre quienes lo rodean.

No solamente lo es el breve idilio en que trazó la trayectoria del perro fiel compañero de andanzas, *El amo y el perro,* y la semblanza del mismo: *Herr und Hund,* donde hay penetrantes observaciones acerca del cazador canino y sus costumbres que no varían; a la vez fruto de introspecciones en la soledad y resultado de la fusión con la naturaleza que sirve de fondo a ese cuadro insuperable.

Recoge las emociones de una paternidad consciente, en las dos novelas cortas: *El canto del niño* y *Penas tempranas,* en las cuales respectivamente enfoca los episodios del hijo que llega en la madurez del padre y del precoz sufrimiento de la pequeña hija, como reunió en otras páginas de la intimidad, evocaciones familiares.

Hay mucho de autobiográfico en *Los Buddenbrook* —según confesión propia—, aunque no debamos buscar su exacto perfil en las ramas genealógicas que se entrecruzan en el imponente relato de la decadencia de una familia, a través de cuatro generaciones que van desde una época en la cual aún se recordaba a Bonaparte, hasta el último tercio del siglo XIX; ocaso que, de acuerdo con su teoría, necesariamente precede a una alborada artística.

Hay también algo de personal, aunque él no lo diga, en lo inconfesado, por doloroso, de la morbosa pasión que retiene, en la ciudad infestada, al protagonista de la muerte en Venecia: Gustavo Aschenbach, frente al niño polaco, a la vez humano y divino, como un Diónisos adolescente; en la tenacidad con que Dette Spinell trabaja el estilo de su misiva, en *Tristán* —germen de *La montaña mágica*—, y en la pasión con que Tonio Kröger se busca

a sí mismo, a través de sus decepcionadas conclusiones sobre la inutilidad de la tarea literaria, en el relato que lleva su nombre por título.

El lector de Thomas Mann se sentirá siempre inclinado a reconocerlo en aquellas figuras; a encontrar sus propias ideas a través de esos personajes —sobre todo, cuando son escritores, como él—, y a hallar un eco de sus opiniones sobre temas apasionantes del momento, a través de la dialéctica firmemente sostenida en los capítulos, dialogados de preferencia, de esa obra que tanto influyó y ha seguido influyendo, a partir del segundo cuarto del siglo actual: *La montaña mágica,* el testimonio insustituible para comprender una época, la obra monumental en la que trabajó doce años.

Recordemos: Hans Castorp llega al sanatorio de Davos, a pasar unas semanas con su primo; enferma, y ve transcurrir los meses en el sanatorio que es como una isla en medio de la contienda mundial y representa, con sus apasionadas discusiones, una síntesis del mundo al margen de la lucha armada.

La necesidad de ceñir estas palabras al espacio que se les destinó, obliga a abreviar no sólo aquello que se refiere a tal obra, sino a las que siguieron a la misma, en la segunda etapa de su producción novelesca.

Se ha dicho que *Alteza Real* es una ironía contra la nobleza hanseática, y *Mario y el hipnotizador* una alegoría de los dictadores de todos los tiempos y todas las latitudes, a la vez que firme estímulo para que un pueblo —el italiano— recobrara la libertad. Por su contenido autobiográfico, la sátira liga las obras precedentes con aquellas de más libre concepción, que vendrán, a partir de la década inmediata; como *Carlota en Weimar* contiene —según certeramente observa el mejor de los traductores de Thomas Mann: el profesor Francisco Ayala, tan vinculado con nosotros— el núcleo de *Las cabezas trocadas:* esa deliciosa "leyenda india", en que el estilo del escritor alcanza una de sus más altas metas, al seguir una corriente gemela de alguno de los afluentes del Ramayana.

Quien pasó ágilmente de la biografía imaginaria —*El doctor Faustus,* genial músico torturado— a la recreación de una figura legendaria, la de San Gregorio, por complacerse en revivir un instante del mundo caballeresco, a través de la existencia del monje medieval, en *El elegido,* supo también adentrarse en los misterios de la vida y de la muerte, en varias de sus obras posteriores.

Una de ellas fue también de las últimas que trazó la mano ahora inmóvil: *La engañada,* ese idilio crepuscular que se desarrolla a orillas del

Rhin, entre la señora germana y el "veterano" estadounidense, en el cual muerte y vida se enlazan, inseparables.

Cuando la vida parece anunciar un inesperado resurgimiento, se presenta puntualmente su compañera inseparable; mas, a su vez, la muerte deja paso a la vida que prosigue, con rítmico alternar de una y otra. Así acontece en el mito dionisíaco y en aquel de Mesoamérica, según el cual Vida y Muerte son incansables hermanas tejedoras.

Esta es, sin duda, la idea favorita que preside la obra de Thomas Mann: columna central de las que sostienen el majestuoso edificio cuyo pórtico se abrió con *Los Buddenbrook* y cuya sólida torre, *La montaña mágica,* se alzó a la mitad del recorrido, para aguardar su coronamiento: los gallardos remates de las creaciones postreras.

ANDRES DIEGO FUENTE, HUMANISTA DEL XVIII Y CANTOR DE GUADALUPE

por don JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA.

EL PADRE Andrés Diego Fuente, de la Compañía de Jesús (1705-1783), humanista potosino y poeta latino de nuestro fecundísimo Siglo XVIII, ha permanecido en la más densa oscuridad. Quizá porque su obra cede a la magna y brillante de sus hermanos Alegre, Clavijero, Abad, Landívar, Maneiro, Castro; quizá porque sus escritos, incluídos unos entre obras ajenas —como el Soneto castellano y el Epigrama latino— o publicado en Italia el otro, que es el Canto Guadalupano en latín, pueden considerarse prácticamente inéditos.

Ni siquiera los historiadores de la Compañía —Alegre, Maneiro, Dávila y Arrillaga— le consagran especial recuerdo. Gerard Decorme, s. i., reciente historiador de *La obra de los jesuítas mejicanos,* apenas si le dedica un renglón insignificante, y eso en minúscula nota al calce. Acallan su nombre las biografías de Marcos Arróniz y García Cubas, y aun la historia de la poesía mejicana de Pimentel, que se detiene en el estudio de aquellos humanistas jesuítas, y el propio Menéndez y Pelayo, tan alerta en recoger las huellas latinas de nuestra literatura universal.

Apenas una leve alusión en los guadalupanistas Conde y Oquendo, Agustín de la Rosa y Bartolache; o en Zelis, Dávila y Arrillaga y Nicolás León cuando trascriben catálogos de los miembros de la Provincia Mejicana de la Compañía de Jesús; o meras fichas bibliográficas en Beristáin y Osores, en Backer y Sommervogel; José Toribio Medina es quien se muestra más extenso y más exacto.

Más cerca de nosotros, Gabriel Méndez Plancarte recuerda que Fuente "consagra todo un poema latino en tres cantos a narrar las Apariciones (de la Virgen de Guadalupe) y a describir la taumaturga Imagen". Alfonso Reyes se limita a decir que "es autor de un poema latino guadalupano". Antonio Pompa y Pompa reproduce la portada del folleto que lo contiene. Y

Joaquín Meade traza de su coterráneo una semblanza biográfica que, pese a su brevedad, aviva el recuerdo y espolea la curiosidad.

Casi no hay un acontecimiento, entre los poquísimos conocidos de la vida de Fuente, o cualquier obra suya, que no haya sido motivo de tergiversación, atribuciones falsas, equivocaciones netas o, al menos, espesas dudas.

Intentar su biografía o enunciar sus escritos significa enfrentarse, de antemano, a una ininterrumpida cadena de interrogaciones. Nuestra parva investigación se reduce, pues, al planteamiento de estas cuestiones: ¿Quién es Andrés Diego Fuente? ¿Cuál es su verdadero nombre? ¿Es autor del Poema Guadalupano? El autor de este Poema ¿es el mismo del Soneto y del Epigrama? ¿Es oriundo de San Luis Potosí o de Guanajuato?

Pueden ya las letras novohispanas, tan caudalosas en el volumen y en el mérito, incluir nombre y valía de este otro distinguido humanista: Andrés Diego Fuente, Cantor de Guadalupe.

Las fuentes más seguras de la biografía del Poeta Latino —por otra parte, limitadísima a uno que otro acontecimiento—, son tres catálogos de personas, domicilios y oficios de la Provincia Mejicana de la Compañía:

1) Catalogus personarum et domiciliorum. Mexici. Ex regalis et antiquioris Divi Idelphonsi Colegii Typographia. Anno 1751.

2) Catalogus personarum et officiorum Provinciae Mexicanae Societatis Iesu. Impreso en Méjico, 1764; reproducido por Nicolás León. (Sección primera. Tercera parte, p. 107).

3) Catálogo de los sugetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de Méjico, el día del arresto, 25 de Junio de 1767. Comenzada en Roma por Don Rafael de Zelis. Méjico. Imprenta de I. Escalante y Cía., 1871. Reproducido por José Mariano Dávila y Arrillaga. (T. II, p. 342). Después de la muerte del P. Zelis, el P. Pedro José Márquez continuó el Catálogo.

En el Catálogo de 1751, se dice que Andrés Fuente nació el 9 de Diciembre de 1705, en San Luis Potosí —perteneciente entonces al gobierno eclesiástico de Michoacán—; ingresó a la Compañía el 30 de Junio de 1723. Y en el año de la impresión del Catálogo, desempeñaba el cargo de Rector y Prefecto de la salud en el Colegio de Pátzcuaro. Dato este último que recoge Beristáin.

El Catálogo de 1764 deja intacta la fecha de entrada a la Compañía; pero afirma que la del nacimiento es el 8 de Diciembre de aquel mismo año de 1705. A la fecha de publicación del Catálogo, Andrés Fuente estaba "invalidus in proedio", en el Colegio de Querétaro.

El Catálogo de 1767 repite los datos del documento de 1751: iguales el nombre, lugar y fecha de nacimiento, y fecha de ingreso a la Orden. Pero añade los cargos que desempeñaba en ese año del destierro: profesor y "capellán de hacienda" en el Colegio de Querétaro.

Cuando la expulsión injusta de la Compañía, se embarcó en Veracruz, junto con sus hermanos, rumbo a Italia. Allá publicó, en Favencia, en 1773, su poema latino guadalupano. Murió en Bolonia, el 26 de Marzo de 1783, a los 78 años de edad.

Tanto los datos biográficos como los escritos del Poeta han sufrido intrincadas confusiones o atribuciones erróneas. Dos han sido los motivos: así la cómoda y superficial investigación de segunda mano que, sin acudir a las fuentes se limita a la fe ciega de los ilustres; como el hecho de haber existido otro jesuíta, contemporáneo del Poeta, que llevaba su mismo nombre y apellido.

El Catálogo de 1751 llama a este otro jesuíta Andrés Fuente, nacido en Guanajuato el 21 de Mayo de 1719; ingresó a la Compañía el 11 de Diciembre de 1737, y a la sazón, 1751, residía, en el Colegio de León como "operario", es decir, estaba dedicado al ministerio sacerdotal.

El Catálogo de 1764 ratifica los mismos datos y fechas; pero varía en el nombre, al añadirle el segundo de Prudencio.

El Catálogo de 1767 vuelve a llamarlo Andrés Prudencio, pero con el apellido Fuentes; repite aquellos mismos datos de lugar, fecha de nacimiento y fecha de ingreso a la Compañía. Añade el cargo de Rector en el Colegio de La Habana.

Ortores, por su parte, al referirse al jesuíta guanajuatense, afirma que fue Colegial de San Ildefonso de Méjico, a partir de 1734. Sommervogel, s. i., asienta que fue nombrado Rector del Colegio de León, el 19 de Mayo de 1763, y Beristáin concluye diciendo que pasó a Italia donde falleció.

La confusión de personalidades ha traído la de nombres, o viceversa. Ya lo observaba Beristáin, aunque él mismo cayó en el lazo que creía evitar.

He aquí, en esquema, este laberinto de nombres y apellidos que se han adjudicado al Poeta:

Nombre

1) Andrés: los tres Catálogos, su Soneto y su Epigrama, Zelis.
2) Andrés Diego: el Poema Guadalupano, Medina.

3) Andrés Prudencio: Sommervogel, Beristáin, Osores, Backer refiriéndose al jesuíta guanajuatense, pero atribuyéndole el Poema.

Apellido

1) Fuente: los tres Catálogos. Beristáin y Osores refiriéndose al potosino, a quien no asignan la paternidad del Poema.

2) De la Fuente: su Soneto y su Epigrama, Medina.

3) Fuentes: Zelis, Gabriel Méndez Plancarte, Alfonso Reyes.

4) De la Fuente: Decorme.

Si la poesía puede decir, alguna vez, con Beaumarchais, que "la oscuridad otorga el mérito", la historia tratará de encontrar la luz, siquiera sea en uno de sus filos.

En cuanto al jesuíta potosino, los tres Catálogos mencionados lo llaman Andrés Fuente. Pero en el Soneto que publicó en 1732, cuando aún no era sacerdote —y cuando aún no ingresaba a la Compañía su homónimo—, aparece con el nombre de Andrés de la Fuente. Con igual apellido De la Fuente, torna a publicar su Epigrama latino en 1746. El poema guadalupano está firmado por "Andrae Didaci Fontani", que bien podemos traducir —y adjudicar— a Andrés Diego Fuente, o Andrés Diego de la Fuente.

Este añadir "Diego" al primer nombre, no autoriza a pensar en una persona diversa a Andrés Fuente, ni significa otorgar la paternidad del Poema a quien siempre, salvo en una ocasión, se ostenta como Andrés Prudencio.

Creo que nuestro Poeta añadiría su segundo nombre de Diego, así por costumbre de escritores en cuyos impresos suelen ostentar, íntegro, su santo y seña; como quizá por voluntad precisa del autor, a fin de no ser confundido con su hermano, el P. Andrés Prudencio.

Por todo lo cual nos inclinamos a llamar al Cantor de Guadalupe, Andrés Diego Fuente.

Las interrogaciones no terminan. ¿Quién es el autor del Poema Guadalupano?

Beristáin —a quien en esto, y en tantas cuestiones, sigue crédulamente Osores— estima que lo fue el guanajuatense Andrés Prudencio.

Mientras Sommervogel atribuye al potosino Andrés Fuente, el Soneto en español: afirma que el Poema fue escrito por el jesuíta guanajuatense.

Backer duda si el autor del Canto a la Guadalupana deba ser Andrés Prudencio Fuente o Andrés Fuente.

El verdadero autor del Poema es Andrés Diego Fuente: basta leer la portada del impreso.

Pero el autor de este Poema ¿es el mismo que escribió el Soneto y el Epigrama? Además, este Andrés Diego Fuente que cantó a la Virgen del Tepeyac ¿es el jesuíta de San Luis Potosí o el de Guanajuato?

En cuanto a la primera pregunta, creo que se trata de una misma pluma. Pues si bien el Soneto y el Epigrama van firmados por Andrés Fuente —sin intercalar el "Diego" del Poema—, la fecha de publicación del Soneto es anterior al ingreso a la Compañía del P. Andrés Prudencio. Por otra parte, y ya estamos en el esclarecimiento de la otra cuestión, el testimonio más numeroso y respetable de los bibliógrafos no enumera ni un solo libro del P. Andrés Prudencio.

Quizá el cotejo del Epigrama latino con el Poema latino pudiera, por el camino del estilo, descubrir posibles semejanzas formales: nuevo argumento para confirmar la identidad del escritor.

No concluyen aún los errores, las sombras y las cuestiúnculas de que está erizada la personalidad del Poeta. He aquí otras opiniones gratuitas que recoge y condena Medina: "Don Francisco Javier Conde y Oquendo, en su *Disertación sobre la aparición de la portentosa imagen de María Sma. de Méjico* (II, p. 309), tiene al P. de la Fuente por extranjero, y señala el año de 1683 como fecha de impresión (del Canto Guadalupano); le sigue en estos errores Agustín de la Rosa en su *Disertación Histórica Theolog. de Apparit. B. M. de Guadalupe* (pp. 203-204); y por fin, Bartolache equivoca en diez años aquella fecha: 1783 por 1773, quizás por haber leído mal el número romano que lleva en la portada el opúsculo de que se trata".

En cuanto al origen potosino del Lírico Guadalupano, pese a la opinión de Beristáin, Osores y Sommervogel, estimo que puede encontrar las pruebas más firmes y seguras:

1) el testimonio explícito del docto y concienzudo Don José Toribio Medina.

2) El jesuíta potosino ya había dado muestras de poeta, cuando en 1732, catorce años antes de que el guanajuatense ingresara a la Compañía, había publicado un "Soneto", firmado por el "hermano Andrés de la Fuente".

3) Parece más natural pensar que el potosino —llamado familiarmente, por los suyos, con el solo nombre de Andrés— se añadiera su segundo nombre; y más tratándose de estamparlo en un impreso; y no que el guanajuatense se cambiara "Prudencio" por "Diego". Entre la adición y el cambio, resulta más obvia la adición del nombre.

Antes de describir y comentar las obras de Fuente, es necesario precisar y resumir la conclusión de este análisis y confrontación de datos. Porque,

a ser oscuro, es preferible ser prolijo. Andrés Fuente o Andrés Diego Fuente, jesuíta potosino, es el autor del Soneto, del Epigrama y del Poema Guadalupano.

Las obras de Fuente, en orden cronológico, son:

1) "Soneto" "del hermano Andrés de la Fuente, jesuíta". Inserto, entre varios poemas, en el libro "La Azucena de Quito, que brotó en el florido campo de la Iglesia, en las Indias Occidentales, la Venerable Virgen Mariana de Jesús Flores y Paredes, beata jesuíta... Breve Epítome sacado de la vida que latamente escribió el Padre Jacinto Morán Butrón, de la Compañía de Jesús... En Méjico, en la Imprenta Real de el Superior Gobierno: de los Herederos de la Viuda de Miguel Rivera, en el Empedradillo. Año de 1732". 8o., port. orl.—v. en bl.—13 hojas prels. s. f.—192 pp. La ficha bibliográfica aparece en Sommervogel y Medina *(La Imprenta en México,* t. IV, 1909). *La Gaceta de México* —número 56, julio de 1732— da la noticia de la aparición de este libro.

2) "Epigrama" latino de Andrés de la Fuente, s. i. Se encuentra en el libro de Eguiara y Eguren: "Selectae Dissertationes Mexicanae ad Scholasticam spectantes Theologiam tribus tomis distinctae... Mexici. Typis Viduae D. Josephi Bernardi de Hogal. Anno 1746". El Dr. Agustín Millares Carlo recogió la ficha bibliográfica.

3) Andreae Didaci Fontani — Sacerdotis — Guadalupana B. Mariae Virginis — Imago — quae Mexici colitur — carmine descripta — Faventiae — anno 1773. — Ex Typographia Episcopali — Josephi Antonii Archii — Praesidum facultate —. Así, rectamente transcribieron el título del Poema Guadalupano, Medina, Gabriel Méndez Plancarte y Rafael Montejano y Aguiñaga en sus *Notas para una bibliografía guadalupana* (Méjico, Bajo el signo de *Abside,* 1949, p. 39). Don Antonio Pompa y Pompa reprodujo la portada del opúsculo en su *Album del IV Centenario Guadalupano.*

Medina, en sus *Noticias bibliográficas de los Jesuítas...* describe el folleto de esta manera: 8o.—Imagen de N. S. de Guadalupe.—Port.—v. con un epígrafe.—6 pp. de prels.—pp. 7 a 15 de texto—final bl.—18 cms. Los preliminares constan de la Dedicatoria en versos latinos a la Patrona del Reino de Méjico, y el Imprimatur, fechado el 10 de Noviembre de 1773.

Beristáin, a quien en esto siguen Osores y Pompa —aunque cita la edición del Poema de 1773, sin indicar lugar de impresión—, alude a otra: "Guadalupana Beatae Mariae Virginis Imago Mexicana", Edit. anno 1788, 8o.

¿Dos ediciones del Canto Guadalupano y, en tal caso póstuma la de 1788? Conocidas las frecuentes inexactitudes y prisas de Beristáin, Medina sabia-

mente opina: "Me inclino a creer que es sólo una edición y que Beristáin se equivocó".

Me consta de la existencia por lo menos de dos ejemplares del Poema: uno en la Biblioteca Nacional, otro en la Biblioteca del Colegio Máximo de los Jesuítas.

El Poema empieza por la dedicatoria amorosa y filial "a la gran Madre de Dios, Patrona principal de la Nación Mejicana": y por una introducción "al lector benévolo", a quien suplica misericordia.

Se divide en tres partes: la primera consta de 558 versos, la segunda de 369, la tercera de 339, en un total de 1266 versos.

Esperamos concluir la versión y notas del Canto Guadalupano, que quisiéramos publicar en edición bilingüe.

En cuanto al Soneto, que aparece en la página novena del prólogo de aquella hagiografía, aunque carece de numeración, es una poesía ocasional, simplemente decorosa, con innegable sabor barroco, como el contraste entre el rojo y el blanco; o como aquel verso bipartito en antítesis, todavía fragante a Góngora: "Nace azucena la que muere rosa".

El poema viene precedido de esta nota: "Del H(ermano) Andrés de la Fuente, de la Compañía de Jesús, estudiante teólogo del mismo Colegio". Según el prólogo, se trata del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la Ciudad de México, donde cursaba Teología, por aquel año de 1732, nueve años después de su ingreso a la Orden, el futuro cantor de Guadalupe.

He aquí el Soneto:

A LA VENERABLE VIRGEN MARIANA DE JESÚS DE CUYA SANGRE BROTARON FRAGANTES AZUCENAS

Oculte el rosicler la Cipria Diosa
cuando sus plantas en las flores mueve,
que al leve tacto de su pie de nieve,
la flor más pura muere vergonzosa.

No así de Quito Venus amorosa
que, cuando herida con rigor no leve,
en cada gota de rubí que llueve,
nace azucena la que muere rosa.

Brota la sangre blancas azucenas,
porque es el fruto de una inmaculada
pureza, coge al riego de sus venas.

¡Oh noble sangre! que, si derramada,
flores animas de fragancia llenas,
¡qué obrarías en las venas animada!

BIBLIOGRAFIA

Beristáin y Souza, José Mariano, *Bibliografía Hispano-Americana Septentrional.* 2a. ed. T. I. Amecameca, Tip. del Colegio Católico, 1883.

Dávila y Arrillaga, José Mariano, *Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España del P. Francisco Javier Alegre.* Puebla, Imp. del Colegio Pío de Artes y Oficios. V. I, 1888, p. 297 y V. II, 1889, p. 242.

Decorme, Gerard, *La obra de los jesuítas mexicanos durante la Epoca Colonial 1572-1767.* Méjico, Antigua Librería Robredo, 1941. T. I, p. 173.

León, Nicolás, *Bibliografía Mejicana del Siglo XVIII.* Méjico, 1903. Sección 1a. Tercera parte, pp. 93 y 107.

Medina, José Toribio, *La Imprenta en Méjico* (1539-1821). Santiago de Chile. Impreso en casa del Autor. T. IV, 1909.

—*Noticias bio-bibliográficas de los jesuítas expulsos de América en 1767.* Santiago de Chile. Imp. Elzeveriana, 1914, pp. 119-120.

Méndez Plancarte, Gabriel, *Humanistas del Siglo XVIII.* Biblioteca del Est. Universitario Núm. 24. Ed. de la U. N. A. Méjico, 1941, p. XVI.

Millares Carlo, Agustín, *Dr. D. Juan José de Eguiara y Eguren. Prólogos a la Biblioteca Mejicana.* Nota preliminar por Federico Gómez de Orozco. Versión española anotada con un estudio biográfico y la bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo. Méjico. Fondo de Cultura Económica. Primera versión española, 1944, p. 250.

Osores, Félix Dr., *Noticias Bio-bibliográficas de alumnos distinguidos del Colegio de San Pedro, San Pablo* y *San Ildefonso de Méjico, por el Dr....* En *Documentos inéditos o muy raros para la historia de Méjico, publicados por Genaro García.* Tomo XIX. México. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908, pp. 240-41.

Pompa y Pompa, Antonio, *Album del IV Centenario Guadalupano.* Méjico, 1938, p. 62.

Reyes, Alfonso, *Letras de la Nueva España.* Méjico. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme, núm. 40, 1948, p. 126.

Sommervogel, Carlos, *Bibliothèque de la Compagnie de Jesús.* T. II, Bruxelles-país, 1892. Columna 1052.

Zelis, Rafael de, *Catálogo de los sugetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de Méjico el día del arresto, 25 de Junio 1767... Comenzando en Roma por Don Rafael de Zelis.* México, Imprenta de I. Escalante y Cía., 1871.

ALBORES DE LA GEOGRAFIA MEDITERRANEA *

por don ALFONSO REYES.

I. LOS ORÍGENES

EL ESPACIO natural es el escenario de la aventura humana. La geografía es el complemento de la historia. La geografía humanística se refuerza con la geografía física. Esta pide sus auxilios a la ciencia. La geometría sondea el espacio matemático, el espacio "oscuro", cuya contextura no se entrega a los ojos sino a los rodeos de la mente. La tierra se sitúa con relación al cielo, y así nos remontamos a la astronomía. La imbricación de unas y otras disciplinas es inevitable: geografía humana y etnografía, geografía descriptiva, geología, meteorología, cosmografía. La investigación geográfica adelanta en varios sentidos: 1o. Forma y límites del mundo habitado o siquiera conocido; 2o. figura y conmensuración de la tierra; 3o. sitio de la tierra y su relación con el universo.

Lo característico de las culturas arcaicas es su relativa incomunicación. Cada una construye un mapa del mundo según el radio de su vista, y sitúa en el centro de este mapa el lugar de su residencia. Conforme crecen los contactos, las diversas imágenes se confrontan y rectifican mutuamente, en busca de una síntesis más amplia. El resolver este acertijo de fragmentos tropieza con dos principales obstáculos, el uno místico, el otro físico. Por el primero, no desprendido aún el criterio entre las nieblas antropológicas, se tiende a encajar la imagen del mundo en un cuadro preconcebido conforme a los imperativos de la magia, la religión y aun las necesidades primarias de la economía mental: el océano rodea como un cinturón a la masa terrestre, los grandes ríos han de ser paralelos, las montañas simétricamente distribuidas, etc. Por el segundo, falto aún el hombre de instrumentos y técnicas apropiadas, las medidas son inexactas y las direcciones arbitrarias. Se comienza, na-

* Fragmentos de una obra en preparación, que se publican en memoria de D. Alejandro Quijano.

turalmente, por el cambio de noticias, la charla entre marineros, soldados, traficantes, aunque fueran tan avaros de sus descubrimientos como los astutos buhoneros fenicios. Los gobernantes y los capitanes levantan a su modo los primeros estados de estos acarreos informes. Y los saldos de todo ello son recogidos y elaborados libremente por la poesía, como se aprecia en la epopeya homérica. Los viajes de Odiseo dan testimonio de este ambiente de maravilla que siempre acompaña a las empresas en busca de los "pasos del mar". Desde entonces hasta los días de las exploraciones polares, pasando por Simbad, Marco Polo y Colón, toda extralimitación de las fronteras conocidas parece resguardada por sobrenaturales cóleras oceánicas y por un ejército de fantasmas, hombres estrafalarios, monstruos de felicidad o de horror. Se duda de que la naturaleza sea capaz de sostener sus leyes más allá de ciertos límites. Se teme acaso oscuramente que los dioses interrumpan el tránsito. Poco a poco, la geografía se va emancipando del légamo legendario y del compromiso estético. La necesidad discursiva, manifestada en los nacientes géneros de la prosa, va imponiendo a los estudios paulatinamente un tinte de exactitud científica.

La geografía marcha al paso de los movimientos de los pueblos y comienza a elaborarse en los más antiguos centros civilizados. Tras el transporte terrestre, el transporte acuático aparece desde los tiempos prehistóricos, provocado por las grandes redes fluviales —Tigris, Eufrates, Nilo—, solicitado por la abundancia de los archipiélagos vecinos y fácilmente cunada en el Mediterráneo, mar protegido y sin grandes corrientes, de vientos regulares y mareas insensibles, que vino por eso a ser la nodriza de la navegación. De los siglos XL al XVI, el turno corresponde a Mesopotamia, Egipto, Creta y Micenas, el Peloponeso y el Egeo en general, y aun el efímero Imperio Hetita del Asia Menor. Hacia la época de las invasiones nórdicas sobre la Grecia arcaica, unos siglos más tarde, el tráfico marítimo de los aqueos (que ya así podemos llamarlos) sufre una crisis de que se aprovecha la navegación fenicia, la cual ha comenzado a colonizar el occidente mediterráneo. Para esa época, los judíos llegan al término de su éxodo, y la conquista asiria se extiende sobre Babilonia. En los siglos VIII y VII, el Imperio Asirio llega a su culminación e invade a Egipto. Grecia ha superado la era de sus grandes perturbaciones y se ha convertido en la Grecia histórica. Se mantiene en contacto amistoso con los asirios —punto que interesa a los primeros desarrollos de la geografía científica—; toma el desquite contra los fenicios, expulsando su comercio de la zona oriental hacia las colonias afro-occidentales, singularmente hacia la región cartaginesa; y pronto, en el siglo VI, la veremos oponerse al derrame de las armas persas sobre Babilonia, Asia y Egipto. La Edad Ateniense conoce las vicisitudes de la colonización griega en las islas, litorales norte y oriente del Egeo, Italia, Sicilia, el Ródano, el Africa y las costas del Euxino o Mar

Negro; conoce las luchas de los Estados griegos y el fracaso de los intentos que pudieron haber atajado —antes de Roma— el auge del poderío cartaginés. Más tarde, Alejandro domina todo el orbe helénico, Egipto, el litoral levantino, el Asia Occidental, llega a la India y abre a las exploraciones un campo inmenso.

¿Cuáles han sido, en este vaivén rápidamente trazado, las conquistas de la geografía? La primera empresa fue el descubrimiento del Mediterráneo. Se va ensanchando el dominio de su litoral, lo que supone extensiones del saber geográfico —en cierta medida y siempre en una representación todavía deficiente— hacia el norte europeo, hacia el oriente asiático, hacia el sur africano y, finalmente, salvado el estrecho de Gibraltar, hacia el litoral atlántico de Europa y de Africa. Veamos cuál fue la obra de los pueblos más remotos en esta construcción de la geografía. De los penumbrosos sumerios, cuyo origen es tan oscuro, apenas podemos afirmar que recorrieron la Mesopotamia y sus alrededores. Elam es tierra enemiga desde los días brumosos de Gilgamesh. Los expedicionarios, habitantes del desértico Iraq, donde sólo crecen los datileros, se detenían extasiados ante los bosques de cedros que revisten las montuosidades elamitas. Se cita un embrionario mapa al que se atribuye la fecha probable de 2,700 a C., y que al parecer servía al rey Sargón, el hijo de la prostituta sagrada, para su conquista de Elam, a que lo empujaba el incentivo artístico de obtener materiales con qué embellecer su tempio. Sargón conquista, además de Elam, algunos distritos del norte y, al occidente, la Siria, Naram-Sin conquista la antigua Lulubi. Los sumerios sólo contaban con la agricultura. Importaban cobre de Omán, pedernal del Alto Éufrates, plata de Elam, diorita del Pérsico, lapislázuli del lejano Badakshan. Este comercio nos da el radio de su mundo. Los asirios, sucesores de los sumerios, eran gente guerrera. Asuelan la Palestina, marchan sobre las fuentes del Tigris, invaden la Media al oriente, y al oeste el Imperio Hetita hasta alcanzar el Mediterráneo. Posteriormente, Senaquerib aumenta sus dominios, y los descendientes siguen con la empresa. El aumento del área geográfica que tiene su foco en torno a la Mesopotamia dura unos dos mil años. El cambio humano, bélico o pacífico, entre el próximo Oriente y el Oriente Medio no llega a la expresión geográfica y se queda en práctica regional. Grousset, fundándose en los solos testimonios artísticos, hasta llega a sostener que, en los albores de la historia, hay una civilización común desde Egipto al Río Amarillo. De esta geografía incierta nada ha trascendido.

Por su parte, Egipto nunca fue fundamentalmente un pueblo conquistador ni traficante. Salía poco de su reducto; apenas se asomaba al oriente cercano, y más bien esperaba en casa las caravanas que de allá le llegaban o lo que trajeran a su costa los navegantes de los otros pueblos mediterráneos, cretenses y fenicios. En el siglo XVI había enviado expediciones hasta Persia,

pero es dudoso que sus conocimientos geográficos precisos, durante la era prehelénica, fueran más allá del Nilo, Creta, la costa oriental del Mediterráneo y el Mar Rojo. Herodoto cuenta que, bajo el rey Necao y sus auspicios —hoy diríamos bajo el pabellón egipcio—, una flota fenicia realizó la circunnavegación del Africa, referencia más que dudosa, y más aún si se toma en cuenta que el Africa de los antiguos distaba mucho de comprender todo el continente hoy conocido. Los cretenses y micenios, en cambio, recorrieron buena porción del Mediterráneo, las islas del Egeo, la costa griega, el sur de Italia y de Sicilia, acaso Cerdeña y el litoral de España. Hoy se admite que esta navegación egea (siglos XXX a XII) precedió a la fenicia, a la que antes se otorgaba el crédito de estas tentativas en grande escala. Los egeos mantienen trato con los egipcios y les llevan las maderas del Líbano. Como sus inscripciones apenas comienzan a descifrarse, sólo sabemos de ellos por los anales egipcios. A los egeos suceden los aqueos. Pero, para los tiempos homéricos los fenicios han sustituido a los aqueos. Su tráfico va desde Cartago al Mar Rojo, acaso a la India. No eran manufactureros, sino transportadores, y de aquí su futuro fracaso ante la competencia de los productores griegos. A diferencia de los egeos, los fenicios han dejado pocos vestigios arqueológicos. No poseían literatura, aunque hayan legado el alfabeto a los griegos históricos, así como no es función literaria el invento de la taquigrafía o la máquina de escribir. La escritura acaso sugerida por el grabado y la decoración de la remotísima y admirable alfarería sumeria, se desarrolla para fines mágicos y ceremoniales y llega al fin a la agilidad del alfabeto, empujada por necesidades comerciales y administrativas. A diferencia de pueblos más cuidadosos de la perpetuación y la fama que de los lucros inmediatos, los fenicios nunca escribieron sus hazañas. Se las reconstruye por alusiones bíblicas o a través de la literatura griega posterior. Por ella averiguamos que los fenicios se establecieron en los archipiélagos egeos, las costas de Tracia y Sicilia, el Africa septentrional (Utica) y España (Cádiz), antes de la civilización griega. Cruzaron un día el temeroso estrecho de Gibraltar, dando nombre a las llamadas Columnas de Hércules (Melkart). Se atrevieron al Atlántico, tal vez al sur y seguramente hacia el norte. Llegaron por lo menos a la desembocadura del Betis, si es que no más lejos. Pero la eficacia de estos descubrimientos atlánticos se desvanece en la prehistoria. El comercio del Atlántico quedaba más bien reservado a los cartagineses, brote de los antiguos fenicios. Los fenicios, en todo caso, traspasan a los griegos históricos, aunque sea involuntariamente, sus conocimientos geográficos. De los periplos fenicios quedan rastros en la epopeya homérica. Los griegos históricos logran enfrentarse a los fenicios y a sus posibles aliados los piratas tirrenios. Eran éstos unos semilidios procedentes del Egeo y establecidos entre el Tíber y el Arno hacia el siglo IX, conocidos

luego por los romanos como toscanos o etruscos, y deshechos más tarde por los sabinos y los latinos. Y los griegos quedan al fin dueños del mar.

II. Leyenda y poesía

Tal es la elaboración embrionaria de la geografía cuando aparecen sus primeras expresiones en la literatura griega: los Argonautas, Homero, Hesíodo. La investigación acaso necesitaba ya de una formulación escrita y estable. Esta formulación, antes de emanciparse en la prosa discursiva, es captada por la poesía, cuyas contribuciones al conocimiento son, naturalmente, aventureras.

Por desgracia el legendario viaje de los Argonautas nos llega refractado a través de la poesía, y adulterado también por el empeño de las aristocracias helénicas para forjarse una ascendencia semidivina, al punto que es imposible representarse el conocimiento geográfico de la Antigüedad en los tiempos prehoméricos. Sobre esta leyenda apenas hay en Homero un corto pasaje. Se la restaura por las constancias poéticas ulteriores: Hesíodo, Píndaro, la epopeya alejandrina de Apolonio de Rodas, la *Biblioteca Mitológica* que aparece en el siglo I bajo el nombre de Apolodoro. Pero carece de sentido el querer ajustar a las realidades geográficas la imagen caprichosa que resulta de esta leyenda. No es averiguable si las temerosas rocas que el navío "Argos" elude con la merced de Hera se alzan, como en el viaje de Odiseo, a ambos lados del estrecho de Mesina, o si la expedición del "Argos", confinada al Egeo y al Mar Negro, se ve más bien en el caso de sortear algunos islotes del Bósforo. La leyenda, resumida en la *Teogonía* de Hesíodo, trata de los trabajos de Jasón, el rapto de Medea y el arduo regreso a la patria. A esta tradición se han referido en distinta forma los poetas trágicos y los épicos. El elegíaco Mimnermo la alude hacia el año 600. Píndaro la toma de Hesíodo. La citan a pedazos los logógrafos, los mitólogos, los cronistas locales. El mérito de Apolonio es haber dado unidad poética a los miembros dispersos. Pero ¿cómo buscar en este mosaico de invenciones coherencia geográfica alguna? En Hesíodo y Píndaro, el pequeño río Fasis, a cuya ribera se levanta la Cólquide, liga de cerca el Mar Negro y un quimérico mar oriental que da la vuelta por el sur de Africa, extremo que se considera muy próximo al Mediterráneo. Según otros geógrafos citados por el escoliasta de Apolonio, el "Argos" sale del Mar Negro por el Tanais, que lo conduce a un mar del norte, de donde doblando al oeste y al sur regresa por las Columnas de Hércules. Según el propio Apolonio, que fantasea su narración en torno a los conocimientos de la época, el trayecto va del Mar Negro al Danubio (Ister), uno de cuyos brazos se supone que desemboca en el Adriático; de allí la nave

remonta el Po hasta llegar al Ródano —no existen los Alpes—, y por el Ródano vuelve al Mediterráneo. En este punto, la mitología geográfica de Homero nos provee las sucesivas escalas: Circe, las Sirenas, Escila y Caribdis, los feacios, el norte de Africa, el lago de los Tritones, cuyo monarca señala a los incansables viajeros la salida al Mediterráneo, camino de Egina y la Tesalia. La geografía ya propiamente homérica, aunque tan condimentada de fábula, parece relativamente familiar tras el laberinto de los Argonautas.

La *Ilíada* y la *Odisea,* en efecto, en cuanto se refieren a sus temas centrales —guerra de Troya y regreso de Odiseo—, pueden considerarse como los primeros documentos escritos de la geografía clásica y, a pesar de sus libertades poéticas, dan algunas indicaciones sobre el estado de los conocimientos. En Homero la tierra es plana, circular, ceñida por el cinturón del Océano y cubierta por el capelo celeste. Bajo la tierra se encuentran los abismos del Tártaro. Atlas sostiene los pilares que impiden la precipitación del cielo sobre la tierra. Más tarde, Herodoto confundirá en uno este personaje mitológico y las montañas africanas del Atlas. La epopeya homérica muestra que los continentes no están aún diferenciados. Las palabras "Asia" y "Libia" (nombre antiguo del Africa) son meras denominaciones locales. El nombre de Europa aparece por vez primera en el homérico *Himno a Apolo,* pero sólo designa la parte septentrional de Grecia, arriba del Peloponeso. La geografía homérica es relativamente definida respecto a Grecia, El Egeo y el Asia Menor. Lo demás es fantasía, y las identificaciones intentadas por comentaristas antiguos y modernos son lujos de ingenio o son todavía discutibles. Así acontece, por mucho que lo lamentemos, con la seductora teoría de Bérard sobre "la española Calipso" y la Isla del Perejil. Homero bien pudo conocer, por tradición fenicia, más de lo que nos cuenta, y esto mismo no tenía obligación de contarlo con exactitud. Ya hemos visto que los grandes anticuarios de Pérgamo y Alejandría —Demetrio Escepsis y Apolodoro Ateniense— percibieron claramente que, en la *Ilíada,* los puntos que se prestan a la investigación científica son la enumeración de las fuerzas troyanas y la lista de los barcos griegos. En la *Odisea,* los testimonios principales constan en las navegaciones del héroe y en el breve relato sobre el viaje de Menelao. La vuelta de Odiseo marca los límites del conocimiento geográfico hacia el occidente. En el primer tramo del viaje —Troya, costa tracia de los Cicones, Cabo Malea, Latófagos— hay alguna garantía o lastre de realidad. Después, las direcciones y las distancias se confunden. Sólo sabemos que andamos ya por el occidente de Grecia, y todavía hay autoridades que confinan las aventuras en el oriente mediterráneo. En este segundo tramo nos encontramos con los Cíclopes, la isla de Eolo, los Lestrigones, Circe, los Cimerios, las Sirenas, todo ello elaboraciones fabulosas, más o menos fundadas en vagos rumores y relatos. Tal vez el paso entre Escila y Caribdis corresponde al estrecho de

Mesina, entre Sicilia e Italia, de cuyas dificultades hablaban los fenicios. La morada de Calipso y la tierra de los feacios son ya más dudosas. El viaje de Menelao se extiende por Chipre, Fenicia, Egipto, Libia, Etiopía y acaso Arabia. Las demás referencias aisladas a otros pueblos remotos que se encuentran en la epopeya homérica (escitas, sidonios, la Tebas egipcia y el Nilo, etíopes orientales y occidentales, pigmeos del mar meridional) son también mezclas de realidad y sueño. El resumen más generoso de la geografía homérica nos da un mundo limitado al norte por Escitia; al este, por el Mar Negro, el centro del Asia Menor y Fenicia; al sur, por Etiopía; al oeste, por Sicilia. Eratóstenes dijo con buen sentido: "Los escenarios de la *Odisea* podrán situarse cuando se descubra al remendón que cosió el odre de los vientos, y nunca antes".

El tránsito de Homero a Hecateo requiere alguna descripción complementaria sobre la colonización griega. Sobreviene después de Homero la lenta suplantación de los fenicios por los griegos y la gran expansión colonial de éstos. Tal expansión comenzó en el occidente, y se trazan sus orígenes en Cumas, Campania, colonizada por los griegos de Calcis en el siglo XI. El dato es incierto por remoto. La verdadera colonización helénica corresponde al siglo VIII: Naxos, Siracusa, Megara, en Sicilia: Sibaris, Crotona, Metaponte, Tarento, en la Italia meridional. La difusión continúa en los siguientes siglos. No se trata ya de descubrimientos: todas esas regiones eran conocidas de los fenicios. Ignoramos si hubo traslado o cómo se hizo el traslado de manos fenicias a manos griegas. Los focios llegan a Marsella, y Herodoto afirma que "descubren" el Adriático, el Tirreno, Iberia y Tartesos. Los fenicios ocupaban ya Córcega, Cerdeña y algunos sitios de España; y el norte de Africa entre las columnas y las Sirtes. Los dorios fundaron la colonia de Cirene entre las Sirtes y Egipto. Jonios y carios fueron admitidos en Naucratis, Egipto, sobre el Nilo occidental. En el siglo VII, hay establecimientos griegos en el Mármara (Propóntide) y en el Bósforo; y poco después, en el Mar Negro (Euxino), donde es tradición que los carios habían creado antes alguna colonia desaparecida. Los milesios colonizan la entrada del Mar de Azof. Casi todos los pueblos griegos participan en este movimiento de poblaciones, como si quisieran todos huír de su hogar nativo, tentados por el mar que era su verdadera patria. Los más recluídos son los lacedemonios, que por excepción colonizan en Tarento. Mientras los demás procuran en el comercio exterior la solución de las crisis económicas, los lacedemonios se empeñan en buscar la salida conquistando a sus vecinos continentales, con notoria estrechez de miras y atraso de nociones. Las colonias de los litorales alargan tentáculos hacia el interior de las tierras, y aquí sí puede decirse que hay algún descubrimiento, ensanchándose la faja que rodea al Medite-

rráneo. Aun empiezan a llegar hasta el mundo griego vagas noticias de Persia, Arabia y la India.

Hesíodo, con todas las reservas a que obligan las interpolaciones, habla de regiones y ríos no mencionados en Homero: así el Erídano o Po, donde los griegos situaban el mito de Faetón y sus hermanas, que lloran lágrimas de ámbar. Tal vez el Erídano fuera en aquellos tiempos remotos un centro de distribución de esta mercancía, penosamente acarreada a través de Europa desde el norte germánico, en tanto que los cartagineses descubrían las vías oceánicas. Hesíodo cita igualmente el Fasis y el Danubio (Íster). Cita las Hespérides y las islas Eritreas en el Océano, donde moraba el tricéfalo Gerión. Cita las Islas Bienaventuradas, de largo porvenir utópico, que los griegos situaban al occidente de Africa (¿Madera, Canarias?), lo cual indica un progreso en el conocimiento de la salida al Atlántico. En Hesíodo se advierte siempre la pugna por sostener algunas viejas ideas contra las novedades que ya los jonios han comenzado a propalar. Hay también inciertas noticias de que un tal Aristeas ha comenzado a percatarse de la inmensidad continental que se extiende al norte del Mar Negro, pero se trata aquí de un relato fantaseado, antecedente de los que más tarde apareçerán por todas partes, cuando las expediciones de Alejandro abran las puertas hacia los misterios del vasto mundo.

LOS NAVIOS DEL MERCADER

por don MANUEL ROMERO DE TERREROS.

ESTAMOS en Londres, por los años de 1597, y vamos a presenciar una nueva comedia de Mr. William Shakespeare. Ya hemos visto otras comedias suyas que nos agradaron mucho: la de las *Equivocaciones, Los dos Caballeros de Verona, La Fierecilla Domada.* Quizás la nueva sea mejor.

El teatro *El Globo* está repleto de espectadores. En las galerías, que rodean el patio abierto del coliseo, ya han tomado asiento varios grandes señores, entre ellos el conde de Leicester, con sus amigos. Todos sabemos que el conde es muy afecto a las representaciones dramáticas, tanto, que tiene a su servicio toda una compañía de actores.

Cerca de la plataforma que sirve de foro y sobresale casi hasta el centro del patio, se apretuja de pie la concurrencia general y, como de costumbre, no menos de una docena de jóvenes elegantes se han adueñado ya de sendos banquillos a ambos lados del escenario mismo, y con risas y cuchufletas se disponen a aplaudir o sisear a los actores, según les agrade o no la representación. Quizás alguno de ellos entable un diálogo con los actores, diálogo, ocioso es decirlo, no previsto por el autor de la comedia.

Pero oigamos lo que conversan James Brown y Harry Thompson, dos honrados comerciantes de Cheapside, que han logrado colocarse a la vera del tablado.

—¿Cómo decís que se llama esta comedia?

—El Mercader de Venecia —contesta Thompson.

—¿Venecia? ¿En dónde está ese lugar?

—He oído decir que está en Francia o en España; pero Master Robinson asegura que es una ciudad de Italia, y que sus calles no son como las nuestras, sino de agua.

—Extraña cosa, en verdad; no comprendo cómo puede ser eso.

—Pero ¡callad! que empieza la representación.

En efecto, se han oído tres fuertes golpes en el tablado y aparece un

individuo, quien con el mayor desenfado, y después de cambiar algunas palabras con uno de los jóvenes, coloca en lugar conspicuo un letrero que dice: *Venecia. Una calle.*

Todos los espectadores se disponen a escuchar con atención la nueva comedia. Los honrados comerciantes de Cheapside simpatizan desde luego con Antonio, el melancólico y resignado mercader, y sienten honda repugnancia hacia Shylock, cuando el judío aparece en escena y contesta secamente a la petición de Basanio:

—¿Tres mil ducados? Bueno.

—Sí, señor, por tres meses.

—Por tres meses. Bueno.

—Por los cuales, como digo, Antonio quedará obligado.

—Antonio quedará obligado. Bueno.

—¿Queréis ayudarme? ¿Haréisme este favor? Quiero saber vuestra respuesta.

—Tres mil ducados por tres meses, y Antonio obligado.

—¿Qué contestáis?

—Antonio es buen sujeto.

—¿Habéis oído alguna cosa en contrario?

—No, no, no, no. Mi intención, al decir que es buen sujeto, es que comprendáis que es bastante garantía. Sin embargo, sus bienes son hipotéticos: tiene un navío que navega a Trípoli, otros a las Indias; además, me han informado en el Rialto que tiene un tercero en México, un cuarto para Inglaterra, y tiene otras empresas por ahí desparramadas.

Aquí, en voz queda, dice Brown a Thompson: ¿Habéis oído? Trípoli, las Indias, México. ¿En dónde está México?

—¡Callad, Brown, por Dios! Prestad atención a la comedia.

Brown calla. Forja en su mente la visión de numerosos barcos de anchas velas, que desde lejanos y misteriosos países, surcan el océano cargados con ricas mercancías.

Más adelante, cuando en la escena Basanio exclama asustado: —Pero ¿es verdad, Salanio? ¿Han fracasado todas sus expediciones? ¿Ni siquiera una se logró? ¿La de México, Trípoli, Lisboa, Berbería, ni la de la India? —Brown vuelve a preguntar:

—Thompson ¿en dónde está México?

—He oído decir que es un país de América; algunos lo llaman la Nueva España. Pero no interrumpáis más, por favor; escuchemos a la bella Porcia y al galán Basanio.

Brown, Thompson y mil espectadores más siguen con atención el resto de la comedia: celebran el triunfo de Basanio en la difícil selección de uno

de los tres cofrecillos; aplauden la argucia —o *chicana*— de Porcia, en la célebre escena del juicio; y se deleitan con Jessica y Lorenzo, cuando en el último acto discurren de amores, y cuando todo termina felizmente, allá en Belmonte, bajo el cielo "tachonado con lentejuelas de oro reluciente".

Nada de extraño tenía que los navíos del mercader de Venecia se supusieran proceder de Lisboa, Berbería y Trípoli, nombres que estaban en boca de todos en tiempos de William Shakespeare. La capital de Portugal, desde la Edad Media, sostenía amplio comercio con Inglaterra; en cuanto a Berbería y Trípoli, puesto que se nombran como lugares distintos, no puede referirse esta última a la ciudad de la región berberisca al norte del Africa, famoso nido de piratas que durante siglos fue terror del Mediterráneo, sino a la Trípoli asiática, ciudad y puerto de Siria, situada en la antigua ruta comercial de Venecia, al oriente, por el Valle del Eufrates.

Pero ¿por qué incluyó Shakespeare el nombre de México en estos dos pasajes de su famosa comedia, la única, por cierto, de toda su producción dramática en que se alude a nuestro país?

Quizás por esto: relativamente reciente estaba la publicación de varias obras relativas al Nuevo Mundo, que llenaron de asombro a sus lectores y muchas de las cuales hablaban de la ciudad de México como de una nueva Venecia. Entre otras, apareció en 1577 la traducción de las décadas *De Orbe Novo,* de Pedro Mártir, debida a la pluma de Richard Willes, e impresa en Londres por Richard Jugge. En el mismo año vio la luz pública la *Verdadera relación del viaje... dignamente llevado a cabo por el capitán Frobisher* escrita por Dionyse Settle, e impresa, también en Londres, por Henry Middleton; y en 1589, el famoso Hakluyt publicó el *Notable discurso de Master John Chilton acerca de los habitantes, minas, ciudades, riquezas, fuerzas y demás cosas particulares de las Indias Occidentales,* que se refiere principalmente a la Nueva España. Creemos, sin embargo, que el nombre de México quedó más grabado en la mente de Shakespeare, al ser comparada nuestra ciudad con Venecia en otra obra, que tal vez hasta haya llegado a formar parte de su exigua librería, al lado de las *Crónicas* de Hollinshed y de Holl, de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, y de los *Cuentos de Canterbury,* de Chaucer, a saber: la *Historia* de Francisco López de Gómara, que apareció traducida bajo este largo título: *The Pleasant History of the Conquest of the West India, now called New Spain, achieved by the most worthy Prince Hernando Cortes, Marques of the Valley of Huaxacac, most delectable to read. Translated out of the Spanish tongue by T. N.* (Thomas Nicholas) *Anno. 1578. London, Printed by Thomas Creede, 1596.* (La agradable historia de la Conquista de la India Occidental, ahora llamada Nueva España, lograda

por el muy digno Príncipe Hernando Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca, de muy deleitable lectura. Traducida del Español por Tomás Nicolás. Año de 1578. Londres. Impresa por Tomás Creede, 1596).

Si así fue, al que despertó la emulación de Bernal Díaz del Castillo se debe que el nombre de nuestro país figure en una de las obras del más grande dramaturgo de la edad moderna.

ESTAMPAS NOCTURNAS

por don JAIME TORRES BODET.

DURANTE los años de 1953 y 1954, colaboré en *Novedades*. Dirigía entonces ese diario el caballeroso amigo a cuya memoria rinde ahora homenaje nuestra Academia. Después de haber leído no pocos artículos míos dedicados al estudio de lo que ha dado en llamarse "la angustia de nuestro tiempo", don Alejandro, como le decían sus ex discípulos (y yo lo era: había sido mi maestro en la Escuela Preparatoria), me insinuó el deseo de que insertase mis colaboraciones dentro de una perspectiva más literaria.

Las indicaciones de don Alejandro se hallaban siempre impregnadas de la más noble y sonriente amabilidad. Por eso resultaban tan eficaces. Para complacerle, decidí escribir una docena de comentarios sobre otras tantas "noches", famosas en la historia de las artes y de las letras.

Hoy, que don Alberto María Carreño me invita a sumar mi nombre a los de los escritores que se inclinan, desde las páginas de este libro, ante el recuerdo del hombre bueno, del gran amigo y del prestigioso Director que nuestra Academia perdió el 17 de febrero de 1957 ¿qué tributo más indicado, por lo que me concierne, que el de esas "noches" que su generoso lápiz azul (el que le servía, si no me engaño, para aconsejar ciertas correcciones) dejó pasar, sin censura, hasta el linotipo?

Como el texto de los comentarios que evoco rebasaría los límites que me han sido cortésmente sugeridos, he intentado una selección. Vayan pues, aquí, con mi respeto para el ilustre desaparecido, las estampas de cinco noches, que le estaban ya dedicadas desde el momento en que su autoridad, tan cordial, no las rechazó.

I.—LA NOCHE DE SHAKESPEARE

La lectura de Shakespeare nos da siempre una lección prodigiosa de humanidad. Aldous Huxley imaginó alguna vez lo que sería nuestro planeta

—en no sé qué siglo— bajo el rigor de una tecnocracia totalitaria. Nacidos en probetas y clasificados en castas desde la incubadora colectiva, los hombres reciben, en su relato, una educación cinematográfica y radiofónica destinada a deformarlos metódicamente. Sin pasiones, sin afectos, sin entusiasmos, constreñidos de día y de noche por la ley de la utilidad social, semejantes seres existen sobre un vacío: el de sus conciencias, cruelmente privadas de la responsabilidad personal de la libertad. Aun en ese utópico mundo, que el traductor de Huxley llama "feliz", un tedio unánime prevalece. Todas las inquietudes se han extinguido; pero el hombre es una inextinguible sed de tribulación... Entonces, en un rincón de América, un joven encuentra un libro escapado a la hoguera de los tecnócratas. Es la obra de un dramaturgo que obtuvo inmensa celebridad en la era de los vivíparos. Se le conoció con el nombre de William Shakespeare. Todos los deseos, todas las vehemencias, todos los crímenes yacen en las páginas de ese libro. Pero, también, todas las dulzuras, todas las piedades, todas las gracias. La ansiedad y la angustia —también la misericordia— renacen bajo su influjo. La poesía, en la inteligencia del joven, recusa el imperio de los autómatas...

Sin aguardar a que el mundo se halle en las condiciones imaginadas por Aldous Huxley, conviene tomar a menudo la temperatura moral de Shakespeare. Ninguna más trágica y más humana. Al releerle, lo que sorprende —entre muchas otras cosas— es la importancia que en sus más bellos poemas tiene la noche.

Noche en que Duncan llega al castillo de Macbeth. Noche en que el Rey Lear, con la cabeza desnuda, resiste a la tempestad, pero no a la ignominia de sus dos hijas, Gonerila y Regania. Noche de Verona, sobre el diálogo inmortal de Romeo y Julieta. Noche romana, en cuyo misterio la justicia de Marco Bruto condena a César. Voluptuosa noche de Chipre, en que Desdémona reza y Otelo mata. Noche de Dinamarca, sobre la explanada de Elsinor, donde Hamlet se entera de cómo murió su padre. Noche de Epifanía, en Iliria. Sueño de una noche de verano (o de San Juan, como quieren ciertos intérpretes). Noche de la torre de Londres, cuando los asesinos enviados por el Duque de Gloucester hunden el cadáver de Clarence en un tonel de malvasía. Noche mediterránea de *Antonio y Cleopatra;* noche de Alejandría... Los soldados oyen músicas en el aire y se dicen unos a otros: es el dios Hércules; amaba a Antonio ¡hoy lo abandona!

Podría prolongarse la lista, que no he trazado con propósitos exhaustivos. Se vería mejor así cuánto deben las más conmovedoras escenas de Shakespeare al sortilegio de la fantasía nocturna que, al mismo tiempo, las subraya y las vela, las acentúa y las cubre de "estrellas castas", como en *Otelo,* o, como en *Hamlet,* de silencio, de miedo, de soledad. Por comparación con el

teatro de Lope de Vega, o con el de Racine, la fecundidad de la noche, en Shakespeare, resulta muy significativa.

Acabo de referirme a Racine. Sus obras se desarrollan en ese tiempo abstracto que le imponía las tres clásicas unidades. Todas las peripecias habían de producirse en un mismo sitio, sobre un mismo tema, en el espacio de una jornada. En *Fedra,* por ejemplo, las sombras son íntimas, psicológicas. La tragedia —que principia por la mañana, cuando Hipólito resuelve ir a buscar a Teseo y abandonar los lugares contaminados por la presencia de su madrastra— concluye en una hora que no define el poeta, pero que puede ser la del crepúsculo de la tarde, puesto que el confidente de Hipólito narra la muerte de su amo, ocurrida muy poco antes, y el paisaje marítimo que describe es un paisaje solar, luminoso y áureo como un recuerdo de *La Odisea.*

Esa luz está en tan notoria pugna con la incestuosa pasión de Fedra, que algunos directores teatrales se han creído obligados a suprimirla, inventando un ardid que no place a todos: el de entenebrecer el escenario con la decoración de un palacio oscuro, sin ventanas ni puertas, como una cueva. Piensan, probablemente, que en aquella noche ficticia resonarán con más lúgubre convicción los alejandrinos dedicados por Racine a la esposa pálida de Teseo.

En Shakespeare, la complicidad de la noche exterior con la noche interior de los personajes logra efectos de evidencia artística más ardiente. ¿Quién ha olvidado las imprecaciones de Lady Macbeth: "¡Hasta el cuervo enronquece, anunciando con sus graznidos la entrada fatal de Duncan bajo mis almenas!... ¡Ven, espesa noche, y envuélvete en la más sombría humareda del infierno!"? ¿Y quién —si conoce el *Julio César*— no comprendió la conjuración, al ver cómo lee Marco Bruto, a la luz "de las exhalaciones que silban por el aire", el anónimo decisivo: "Despierta y mírate. ¿Deberá Roma...? ¡Habla, hiere, haz justicia!"

Sería ingenuo tratar de escoger una sola entre el cortejo famoso de tantas noche. Sin embargo, hay una que se desprende habitualmente de las demás. Aludo a la noche de Jessica y de Lorenzo, en el castillo ideal de Porcia.

Principia el último acto de *El Mercader de Venecia.* Shylock ha perdido su proceso. Antonio sigue esperando que regresen al puerto los galeones que zarpan rumbo a México y a las Indias, a Trípoli y a Inglaterra. Mientras tanto, Lorenzo y Jessica contemplan "qué dulcemente duerme el claro de luna". Para Lorenzo, cada astro produce un cántico angelical. "Las almas —dice— tienen una música así". Se suceden entonces, en los labios de cada uno, las estrofas del himno incomparable: "La luna brilla resplandeciente. En una noche como ésta, mientras los suaves céfiros besaban los árboles silenciosos, Troilo escaló las murallas de Troya y exhaló su alma en suspiros frente a las tiendas griegas, donde descansaba Cressida... En una noche como ésta, rozando el rocío con temeroso paso, Tisbe vio la sombra del león,

antes de ver al león mismo, y escapó llena de espanto... En una noche como ésta, Dido, con una rama de sauce en la mano, de pie sobre la playa desierta, hacía señales a su amado para que volviera a Cartago".

Se pregunta el lector en qué consiste la poesía de este fragmento. No es fácil contestarle con sencillez. Acaso el hechizo estribe en ese arte supremo de sugerir la cercanía de lo invisible, la majestad de la noche propicia sobre las voces de los amantes. Y quizá sea el mismo Shakespeare quien nos ofrezca la explicación más plausible cuando declara: "El hombre que no tiene música en sí... es apto para las traiciones, las estratagemas y los despojos".

El no era un hombre de esa categoría. "Escuchad la música" de la noche nos repite, desde un jardín del Renacimiento, una voz férvida y persuasiva. Y la escuchamos, junto con Shakespeare.

II.—La noche de Lope de Vega

Al mencionar a Lope de Vega, llevado por el impulso de una imagen puramente verbal, escribí —cuando joven— "Lope, en cuyo teatro el sol se pone muy raras veces...".

En efecto, la obra dramática del "Fénix de los ingenios" es solar por naturaleza, por luminosidad del ambiente, por fervor del temperamento y por intrepidez de la vocación. Pero hay también, en sus creaciones, noches inolvidables. ¡No en vano había leído el gran escritor la tragicomedia de Calisto y de Melibea, entre cuyos célebres personajes la noche española es protagonista! Noche que Jessica y Lorenzo hubieran podido incluir en su letanía, al lado de la de Troilo, de la de Dido, o de la de Tisbe. Noche que anuncia la plateresca gracia de Garcilaso y, por momentos, la serena música de Fray Luis. Noche de cuyo encanto decía don Marcelino Menéndez y Pelayo que, para encontrar algo semejante a su tibia atmósfera, sería menester "acudir al canto de la alondra" —del propio Shakespeare— o "a la escena de la seducción de Margarita en el primer *Fausto*".

Encuentro la noche de Lope en una obra escrita, precisamente, bajo la influencia sutil de *La Celestina*. Aludo al *Caballero de Olmedo*. Supongo que muchos lectores ya la conocen. E imagino que aquellos que no la conocen, recuerdan por lo menos el cantar castellano que le dio origen: *"De noche le mataron/ al caballero,/ la gala de Medina,/ la flor de Olmedo.../ Sombras le avisaron/ que no saliese,/ y le aconsejaron/ que no se fuese,/ el caballero, la gala de Medina,/ la flor de Olmedo"*.

Hay, en esos antiguos versos, una poesía no muy distante de la que inspiró a García Lorca una de sus composiciones juveniles más sugestivas, la *Canción de Jinete:*

Córdoba,
Lejana y sola.

¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!
¡Ay que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!

Todo, en *El Caballero de Olmedo,* es la preparación de una sola noche: aquella en que Don Alonso, enamorado de Doña Inés, vuelve a la casa de sus padres, en Olmedo, tras haber triunfado durante las fiestas organizadas por el pueblo de Medina del Campo para celebrar la visita del rey Don Juan. La obra consta de tres actos. Los dos primeros se desarrollan conforme a un ritmo rápido e ingenioso, menos de drama que de "ballet". Por sí solos, esos dos actos constituyen en cierto modo "las mocedades" de Don Alonso: su vespertino encuentro con Doña Inés, *"tan hermosa, que la gente/ pensaba que amanecía",* y sus negociaciones con Fabia, heredera de las dueñas trotaconventos del Arcipreste, mujer de ánimo positivo que, apenas saluda a Inés —y a su hermana Leonor— les revela cuál es la entraña de su filosofía materialista: *"La fruta fresca, hijas mías,/ es gran cosa, y no aguardar/ a que la venga a arrugar/ la brevedad de los días./ Cuantas cosas imagino,/ dos solas, en mi opinión,/ son buenas, viejas... Y ¿son?/ —Hija, el amigo y el vino".*

Los amores de Doña Inés y de Don Alonso se conciertan con esa velocidad milagrosa que explican la edad de los personajes y, en Lope de Vega, las costumbres apasionadas del escritor. Ciertamente, una sombra oscurece el idilio: los celos de Don Rodrigo, favorecido por el padre de Doña Inés; pero indigno, sin duda, de merecerla.

Esa sombra, sabiamente cuidada por Lope, como reserva nocturna, entre los colores mucho más claros de la paleta de que se sirve para pintar a Don Alonso y a Doña Inés, irá creciendo en el tercer acto, hasta la hora en que el caballero *("la gala de Medina, la flor de Olmedo")* cae asesinado sobre la ruta que debía conducirle a la casa de sus mayores. Una hora así, Lope nos la presenta con la técnica de un maestro: sin convencionalismos, ni énfasis, ni insistencia, más por evocación que por descripción.

En vez de analizar la psicología de Don Rodrigo y de hacernos asistir a los trances en que el celoso prepara el crimen, Lope dispone el desenlace por boca de Don Alonso. El joven —que habíamos visto, en los primeros dos actos, lleno de audacia y de fantasía— no sabe, de pronto, cómo admitir la felicidad. El monarca lo aprecia. Doña Inés lo ama. Su matrimonio con ella no es ya imposible. ¿Por qué, entonces, lo acongojan tantos augurios?

Al despedirse de la que puede considerarse su prometida, le confiesa su desazón. *"Ando* —le dice— *estos días/ entre tantas asperezas/ de imaginaciones mías,/ consolado en mis tristezas/ y triste en mis alegrías./ Tengo, pensando perderte,/ imaginación tan fuerte,/ y así en ella vengo y voy,/ que me parece que estoy/ con las ansias de la muerte".*

A partir de ese instante, el hechizo del cantar se apodera del alma del caballero. Cuando deja la casa de Doña Inés, tropieza con una sombra. Le pregunta quién es. Y le responde la sombra que es Don Alonso; es decir: él mismo. Un doble suyo, que el destino le envía oportunamente, para avisarle. El resto, lo presentimos muy fácilmente. Don Rodrigo y sus cómplices se adelantan a Don Alonso, que viaja solo. Todavía, como si la existencia se empeñase en retenerle, la voz de un labriego rompe la oscuridad. Está entonando el cantar fatídico: *"De noche le mataron/ al caballero".* Pero el caballero no se detiene. Lo mismo que en el poema de García Lorca, la muerte lo está esperando.

Esta noche de Lope, entre Medina del Campo y Olmedo, trae a la mente la remembranza de algunos rostros que no podemos ignorar: los de esos enjutos hidalgos predestinados que nos contemplan en los mejores cuadros del Greco. Seres aligerados de la materia y, sin embargo, de ella cautivos; personajes que viven aún en el plano inferior del *Entierro del Conde de Orgaz* y que, no obstante, forman parte de un todo en cuyo conjunto ese mismo plano apenas si nos depara la base oscura de una gloria ardiente y vertiginosa. Noche tendida sobre la muerte; noche española, tan española como la noche de Melibea, aunque más tremenda y tan humana como la noche de Jessica y de Lorenzo; noche en la cual se entiende perfectamente que el labriego —que trata de prevenir a Don Alonso— se limite a manifestarle:

Si os importa, yo cumplí
con deciros la canción...

III. La Noche de Goethe

Sobre Goethe, todo ha sido dicho. Y, según ocurre en cuanto concierne a los creadores de su linaje, todo parece aún por decir. Se le ha elogiado con dogmatismo y se le ha censurado con amargura. Se ha hecho más. Se le ha convertido en símbolo. Quienes lo instalan en ese rango inhumano, como rector impecable del equilibrio de las pasiones, no se percatan frecuentemente de la injusticia que divinización tan abstracta supone para las cualidades más personales del escritor: la inquietud de su inteli-

gencia; su curiosidad universal de poeta, de investigador, de filósofo; la vibración de su alma, siempre abierta a todos los hálitos de la vida; y, más que nada, su don de estremecimiento, ese "schaudern" —*que es lo mejor del hombre.*

A fuerza de pretender quemar el laurel de Goethe, tan alto y tan apolíneo, con el dionisíaco fuego de Nietzsche, muchos han olvidado el esfuerzo hecho por el autor de *Las afinidades electivas* y de *Guillermo Meister* para alcanzar esa paz moral de su largo ocaso, tras una lucha que alguno de sus biógrafos definió como "la mayor epopeya que poseen los alemanes".

El hombre que, con soberano dominio de sí, discurría a los ochenta años sobre Humboldt o sobre Stendhal, era el mismo que había escrito estas palabras reveladoras: "no hay crímenes tan grandes que, en ciertos días, no me haya sentido capaz de cometer"; el mismo que, como un personaje de Dostoyevski, había combatido ardientemente con sus demonios; el mismo que exclamó alguna vez, en patética confidencia: "Nosotros somos nuestro propio demonio. ¡Nosotros mismos nos expulsamos de nuestro paraíso!"

Para un hombre así, para ese "Goethe desde dentro" que pedía con razón Ortega y Gasset en la celebración de su centenario; para aquel ser, "de exuberante prontitud", que se erguía en llamas cada vez que se le arrojaba "un pedazo de mundo auténtico", la noche (como en el caso de Shakespeare) debió tener elocuencias y gracias particulares. Así fue, efectivamente.

Desde la noche de *Werther,* cuando el joven precursor del romanticismo enciende sus velas, frente a la caja de pistolas que le han prestado, a fin de pensar una vez más en Carlota y escribirle —antes de morir— una última carta de amor, hasta aquella en la cual el moralista declara que "así como el incienso reanima la vida del ascua, así la plegaria reanima las esperanzas del corazón" ¡cuántas noches incomparables desfilan por su obra excelsa!... Noche en que se angustia Clavijo, al ver las antorchas de duelo frente a la casa de María Beaumarchais; noche en que Stella, a la luz de la luna, se despide del retrato de Fernando y —en cierto modo— de sí misma también, de su amor, de su juventud, de sus ilusiones; noche en la cárcel de Egmont, mientras Clara se desespera; noche, en fin, de las Elegías, cuando el viajero, sobre la espalda de la amada, "escande los hexámetros latinos".

Con todas esas horas podría formarse un florilegio nocturno de mérito inconfundible. La que me atrae más hondamente es la que Wagner condensa en su oscuro laboratorio. Sobre el horno, la redoma espectral fulgura. Aparece "una blanca luz". Entre alarmas, Wagner la ve crecer. Mefistófeles interroga: "¿Qué será bello? Y, en voz baja, Wagner le anuncia: "Se ha hecho un hombre".

Como ciertos utopistas de hoy, Wagner quiere un hombre artificial, engendrado en matraces y en alambiques. Cree, en las tinieblas de su Edad Media, que el nacimiento natural no es digno del hombre y que éste ha de tener, en lo futuro, "un origen cada vez más alto". Trata de aglutinar la materia en una redoma y destilarla como es debido. Hay que "cristalizar —añade— lo que en otro tiempo se dejó organizar".

¡Y habla, entonces, el homúnculo! Sus primeras palabras son un sarcasmo: "Hola, papaíto ¿cómo estás?" Pero pronto dignifica su tono, lo hace solemne. "A lo natural —afirma— apenas si el universo le basta. Lo artificial pide un espacio cerrado". En la conversación que establece con Wagner y Mefistófeles, anuncia la noche clásica de Walpurgis. Cuando escapa, burlando a su creador, Mefistófeles comenta su fuga con esta frase, que ningún maestro, ningún gobernante y ningún autor deberían menospreciar: "En fin de cuentas, dependemos de las criaturas que hicimos".

Muchos viven la noche de Wagner; inclinados —como él— sobre el resplandor de una aurora civilizada, en la oscuridad de un confuso laboratorio. Muchos aprendices de brujo aspiran a reemplazar el curso de las cosas con una violencia sutil sobre lo real. Muchos quieren salvarse con la colaboración del hombre del alambique. Pero pocos son los que piensan en la lección de Goethe. Pocos recuerdan que "lo artificial pide espacios cerrados" y pocos aceptan la gran responsabilidad: la dependencia del creador frente a sus criaturas.

Porque el homúnculo de Wagner sigue rabiando por ser. Sólo el cristal que lo envuelve le otorga peso. Ansía corporeidad. Prometeo, a quien pide consejo para nacer, lo entrega a una experiencia mayor: la del mar eterno. "Allí —le indica— te moverás de un cabo a otro, según se te antoje; pero no te afanes por alcanzar más altos grados, pues luego que llegues a ser un hombre ya no habrá más que hacer contigo".

Por boca de Tales, exclama Goethe: "Eso vendrá después. Por lo pronto, ya está bien ser un hombre cabal..." Pensamos, al escucharle, en los muchos que se han extraviado por ignorar qué gran cosa es ser hombre cabalmente, hombre de carne y hueso, de júbilo y de dolor —sin necesidad de pasar por el alambique.

IV. La noche de Berlioz

El romanticismo nos legó la historia de muchas noches interesantes. Las "florentinas", de Enrique Heine, gozaron de inmensa notoriedad. Alfredo de Musset encarnó en el doble de una noche de invierno —la de diciembre— el arrepentimiento de no pocos errores de juventud, y, en particular, el re-

cuerdo de su aventura italiana con Lelia, la más violenta de las mujeres. A diferencia de lo que creen ciertos lectores, cuando traducen a Hesíodo, son más las noches que los trabajos en las rimas de Bécquer. En las *Leyendas* de Víctor Hugo, junto al anciano Booz dormido, cuya barba era de plata como un arroyo de abril, la moabita espera que se pronuncie el destino y se pregunta, al ver el creciente de la luna, delgado y claro, qué segador del estío eterno dejó olvidada aquella hoz de oro en el campo de las estrellas...

Pero, con ser las escenas que evoco tan sugestivas (y callo muchas, de Keats, de Shelley, de Byron, y otra especialmente: la de Sansón y Dalila, en los poemas filosóficos de Vigny), no pienso ahora en ninguna noche de méritos literarios. La que más me conmueve en estos momentos es una noche real, sin estrofas y sin metáforas. Nos la describe Berlioz en un pliego de sus *Memorias*. Pocas más dolorosas para el artista. Y, como documento humano, pocas más elocuentes y más severas.

En 1854, tenía Héctor Berlioz 51 años de edad. Nacido en 1803, había compuesto desde los doce, consolándose de no poder practicar el piano y agradeciendo a la suerte la necesidad de escribir silenciosamente, sin tener que plegarse al "hábito de los dedos, tan peligroso para el pensamiento", ni obedecer a la "seducción que, en mayor o menor grado, ejerce siempre sobre el compositor la sonoridad de las cosas vulgares".

Su obra musical era ya admirable. Destacaban en ella el *Requiem*, la *Sinfonía Fantástica*, *Romeo y Julieta*, *La Condenación de Fausto*, la *Sinfonía Fúnebre y Triunfal*. A propósito del *Requiem*, Spontini le había dicho en cierta ocasión: "Se equivoca usted al censurar el envío a Roma de los laureados del Instituto. Usted no hubiese concebido un *Requiem* semejante sin el *Juicio Final* de Miguel Angel". Por lo que atañe a la sinfonía compuesta para honrar a los caídos en las jornadas revolucionarias de 1830, Ricardo Wagner llegó a declarar que duraría y exaltaría el valor "mientras haya una nación que se llame Francia"... Además del suyo, Berlioz conocía varios países: Italia, Alemania, Inglaterra, Austria, Bohemia, Hungría. Había asistido en San Petersburgo a la ejecución de *Romeo y Julieta* y, por invitación del rey de Prusia, en Berlín, a la de su poema sobre *Fausto*. Sin embargo, la gloria no lo nutría. Para ayudarse, firmaba crónicas —que siempre le importunaron. El "desgraciado cronista", según decía, está "obligado a escribir sobre todo lo que es del dominio de su crónica. ¡Triste dominio, pantano lleno de langostas y de sapos!"

Su vida sentimental no resultaba menos difícil. Casado a los 30 años con una actriz irlandesa, Enriqueta Smithson (intérprete de Shakespeare, Ofelia y Julieta aparentemente, aunque de hecho siempre celosa, irritable y a veces agria), Berlioz acabó por enamorarse de una cantante medio española,

María Genoveva Martín, conocida entonces con el seudónimo —calderoniano casi— de María Recio. Escapó con ella a Bruselas. Vinieron después los viajes por Rusia y por Alemania. Transcurrieron los años y prosperaron los desengaños —hasta que, en 1854, Enriqueta Smithson optó por agonizar. Ofelia, en *Hamlet* había sido más rápida en ausentarse. A pesar de todo, Berlioz deploró esa muerte. El 4 de marzo enterró a su esposa en el cementerio de Montmartre. Janin publicó un artículo necrológico. ¡Julieta había muerto!

Es entonces, en 1854, cuando Berlioz registra en sus *Memorias* el drama oscuro y nada espectacular que sirve de tema a este comentario. He aquí su revelación: "Hace dos años —dice—, cuando el estado de salud de mi esposa, que todavía dejaba lugar a alguna esperanza de mejoría, me ocasionaba gastos enormes, oí una noche, en sueños, una sinfonía tal como era mi anhelo el componer. Cuando me desperté recordé casi todo el primer trozo, que tenía dos tiempos (allegro) en *la menor*. Me dirigí a mi mesa para comenzar a escribirlo; pero reflexioné de esta manera: si escribo ese trozo, trataré de escribir el resto... Emplearé quizá, exclusivamente en este trabajo, tres o cuatro meses... No escribiré, o casi no escribiré, crónicas musicales. Por lo tanto, mi renta disminuirá. Luego, cuando esté terminada la sinfonía, no tendré la fuerza de resistir a las instancias de mi copista; dejaré que la copie; contraeré de pronto una deuda de mil o mil doscientos francos. Una vez copiadas las partes, me atenaceará la tentación de oír la obra. Daré un concierto, cuya recaudación apenas cubrirá la mitad de los gastos... Perderé lo que no tengo; no podré darle lo necesario a la pobre enferma, y no tendré ni para encarar mis gastos personales, ni con qué pagar la pensión de mi hijo en el barco en el que próximamente navegará. Estas ideas me provocaron escalofríos y arrojé la pluma diciendo: ¡Bah! ¡mañana habré olvidado mi sinfonía!"

¿Quién no comprenderá el dolor del hombre que, para seguir estimándose como hombre, se ve obligado a negar su afición de artista y matar en germen su inspiración? A la noche siguiente, el tema insistió de nuevo. Pero Berlioz "se aferró a la esperanza de olvidar". En efecto, por la mañana, el peligroso huésped había escapado.

Es posible que una obra maestra haya sido así aniquilada en la sombra de aquella noche... El asesino no fue Berlioz. No hay que culpar tampoco a la enferma Ofelia, celosa y atribulada; ni al hijo, listo para embarcar. Mientras el autor de *Romeo y Julieta* devolvía a la nada el motivo de aquel *allegro,* muchos europeos acaudalados gastaban en un minuto, sobre una mesa de juego, cincuenta o cien veces más de cuanto le habría costado a él la realización de sus sueños. Una sociedad, un sistema de vida, un público ingrato, esos eran los responsables, anónimos e inconscientes.

¡Cuántos artistas, sin consignarlo en ninguna parte, viven la noche trá-

gica de Berlioz! ¡Cuántos no habrán tenido que perpetrar en la sombra el asesinato de su mensaje más puro —y más desoído!

V. La Noche de Gutiérrez Nájera

El 3 de febrero de 1895 murió Gutiérrez Nájera. ¡Cuántos acontecimientos, cuántas agitaciones, cuántos olvidos, cuánto nacer y morir de escuelas, en estos 62 años que nos separan de la jornada en que el poeta acabó una vida rápida más que breve y tan laboriosa como veloz!

Conviene releer, en la Colección de Escritores Mexicanos, los dos excelentes volúmenes consagrados por Don Francisco González Guerrero a presentar al público de habla española —con devoción y talento dignos del más sincero de los aplausos— las poesías completas del escritor que llamaba Blanco Fombona "el elegista mayor del romanticismo en América". Los lectores de esos volúmenes debemos agradecer al Sr. González Guerrero no sólo las cualidades de inteligencia y fidelidad que ya he mencionado, sino una virtud en extremo rara: la modestia. No contento con suscribir un prólogo muy certero, quiso ofrecernos una vez más el estudio que el Maestro Sierra escribió para la edición de 1896. Constan ahí páginas ejemplares: las que exaltan al "prosista singularísimo" que hubo en Gutiérrez Nájera y las que definen la obra del gran poeta, *flor de otoño* cuya corola está deshojada —dice Don Justo— como en una copa de vino generoso, en la poesía de toda la generación que le sucedió...

Las páginas que comento atraen la atención del aficionado hacia un poema que se desprende, hasta cierto punto, de la melodía crepuscular que preferentemente se elogia en Gutiérrez Nájera. "Véase —advierte el crítico— la regia silva *Tristissima Nox*". La advertencia es interesante; tan interesante como el poema que, por desgracia, no aparece a menudo en los florilegios. Esta omisión tiene también sus explicaciones. Por una parte, la composición es bastante extensa. Ahora bien, las personas que editan antologías se rehusan a síntesis y recortes, o consideran que la inserción de una larga pieza podría obligarlas a suprimir otros testimonios, sumamente valiosos, como *Pax Animae, Non Omnis Moriar,* o aquel inefable voto que, con el título *Para entonces,* muchos contemporáneos míos oyen cantar aún en su corazón. Por otra parte, el tono mismo del poema, con ser tan propio y original, induce a evocar realizaciones acaso mejor logradas por escritores que, como Othón, respiraron más ampliamente el aire de nuestros campos y recibieron del paisaje de nuestra tierra una inspiración más directa y más ostensible. No soy el primero, ni creo que sea el último, en aludir a la relación que otros han notado, al comparar

Tristissima Nox con *El Himno de los Bosques* y *La Noche Rústica de Walpurgis.*

Hay algo, no obstante, que me preocupa. Si se omite *Tristissima Nox* por sus dimensiones ¿cómo ignorar la importancia de otras poesías, en las cuales Gutiérrez Nájera expresa un estado de espíritu semejante? Pienso en *Después...*, en *Ondas Muertas.* Y pienso, igualmente, en *Las Almas Huérfanas.* Como en aquella composición, se percibe en éstas un soplo cósmico y majestuoso, muy diferente de la delgada y urbana brisa que nos halaga en otros poemas suyos, más populares. Viene ese soplo de un mundo oculto. No nos habla del *Jockey Club,* ni de Madame Marnat, ni de los placeres del "five o'clock", ni del "arremango provocativo" de la nariz de la duquesita. Nos habla de una existencia solemne y grave, donde la noche es "muerte aparente de los seres" y "vida profunda de las cosas"; donde se escucha ciertamente

el confuso rumor de la hojarasca
que remueve el venado cuando brinca,

pero resuena asimismo el grito de las "bocas sin cuerpo"; donde todo cuanto alienta resulta "tardo en el andar" o "torpe en el vuelo"; donde los sueños habitan "las cavernas invisibles del aire"; donde los recuerdos "dormitan en sus celdas" y donde "ata nuestra garganta férreo nudo".

Esta lírica de la noche no seduce de pronto, como las canciones que llevan por nombres *De Blanco, La Misa de las Flores, Resucitarás, Nada es mío;* ni se ciñe al clasicismo de las espléndidas *Odas Breves (Parad el vuelo, taciturnas horas/ raudos venid ¡oh goces no sentidos!),* pero manifiesta uno de los dones mayores de la poesía; su adivinación del dolor humano y su capacidad de vencerlo con la esperanza, de sublimarlo con el perdón.

Si Gutiérrez Nájera anunció y preparó el advenimiento del modernismo —¿y quién lo duda?—, conviene no restringir el estudio de su influencia a la superficie, musical y graciosa, de aquella escuela. Los cisnes, los peines de marfil, los ebúrneos brazos, el Boileau que "se queda en el aula", los pompones del heliotropo, todo ello volveremos a verlo, heredado por numerosos cantores americanos. Hay que reflexionar, sin embargo, que ni en Rubén Darío todos son cisnes. El admirable renovador no escribió exclusivamente *Prosas Profanas.* En sus *Cantos de Vida y Esperanzas* encontraremos acentos aún más conmovedores: *Lo Fatal, En la muerte de Rafael Núñez, ¡Ay triste del que un día...!* y, en particular, aquellas obras maestras, los *Nocturnos,* que me limitaré a mencionar aquí, porque no me resignaría a reproducir una sola de sus estrofas y el espacio no me permite citarlos íntegramente.

De este modernismo en profundidad, Gutiérrez Nájera fue también uno

de los precursores indiscutibles. No lo olvidemos. De su obra no parten únicamente sonrisas y mariposas, azucenas y tiernos arrullos líricos. Sus manantiales secretos son mucho más profundos. En *Ondas Muertas* él mismo nos los define. Hay corrientes que nadie conoce y que nunca han sentido la luz. Como ellas —dice el poeta— las de su alma.

I

EL ILMO. MONS. D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON

por don OCTAVIANO VALDÉS.

NACIO en la ciudad de Guanajuato el 26 de junio de 1840 y murió en New York el 18 de agosto de 1921. Su padre, D. Emeterio Montes de Oca, distinguido abogado, lo envió a estudiar a Santa María de Oscott, Inglaterra. En su viaje de regreso a México, a los diecisiete años, después de trasbordar en las Antillas Danesas, antes llamadas de Santo Tomás, durante el trayecto a Veracruz, conoció a un ilustre chileno, Mons. Ignacio Víctor Eyzaguirre, quien recorría la América Latina buscando apoyos para la fundación del colegio Pío Latino Americano, en Roma. El encuentro con este gran hombre, a quien tanto debe la iglesia católica de este continente, decidió su destino, induciéndolo al sacerdocio. Las relaciones que se establecieron entre ambos —dice él mismo—, "sin que yo lo pensara entonces ni deseara, me trajeron a este colegio" [1]. Se refiere al colegio Pío Latino Americano, al cual ingresó el 11 de enero de 1860, y permaneció en él hasta 1862. Durante este tiempo, como alumno de la Universidad Gregoriana recibió el grado de doctor en Teología en examen público. De allí pasó a proseguir sus estudios a la Academia de Nobles de la misma ciudad. El 28 de febrero de 1863 fue ordenado sacerdote. En 1865 se doctoró en ambos Derechos. Y, a los treinta años de edad, el 12 de marzo de 1871, obtuvo el honor insigne de recibir la consagración episcopal de manos de S. S. Pío IX. Designado primer obispo de Tamaulipas, permaneció allí hasta el 19 de septiembre de 1879, de donde salió para ocupar la sede de Linares. En 1881, trasladado a la diócesis de San Luis Potosí, la gobernó por cuarenta años, incluídos siete que sufrió de destierro en España. El 18 de julio de 1914, se embarcó hacia Europa para nun-

[1] Elogio Fúnebre de los fundadores y bienhechores del Colegio Pío Latino Americano de Roma. *Obras Pastorales y Oratorias*, v. VIII.

ca más volver; pues cuando, enfermo y octogenario, emprendió el viaje de regreso, murió en New York el 18 de agosto de 1921.

Monseñor Montes de Oca es una de las glorias más sólidas de la literatura mexicana y de toda la española, dentro de este período académico, y uno de los prestigios que más han honrado a México en el extranjero. Extraordinariamente dotado de inteligencia, de memoria feliz, espíritu refinado como fruto de una educación esmeradísima y, aun por su presencia física atrayente, hubo de ser primero, así en la vida como en las letras. A los diecisiete años poseía siete idiomas, habiendo llegado a escribir sueltamente, prosa y verso, en inglés, francés, italiano y latín como en su propia lengua. S. S. Pío IX, honrándolo con paternal afecto le concedió el título, recién ordenado sacerdote, de Camarero Secreto y Capellán de su ejército. A los treinta años, recibió la consagración episcopal de manos del mismo Sumo Pontífice. Fue capellán imperial en el desafortunado imperio de Maximiliano. Disfrutó de la amistad de los reyes de España y de lo más sobresaliente de la nobleza de esa corte, así como de la intelectualidad de allá y de acá, incluídos los liberales, como D. Guillermo Prieto y otros. Mereció el honor de ser invitado a pronunciar discursos en ocasiones solemnes y únicas ante auditorios selectísimos, como en el tercer centenario del Quijote, en las Honras Fúnebres de Cervantes, por invitación de la Real Academia Española; y en acto semejante, en loor de Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana y otros ingenios nacionales a invitación de la Academia mexicana. Pronunció también la oración fúnebre de los obispos difuntos, durante el Concilio Plenario de la América Latina, en Roma y así en varias otras circunstancias.

No es de extrañar, pues, que una figura tan brillante haya suscitado las críticas de los mediocres, quienes por instinto de su misma condición, se duelen de la grandeza ajena. Se le acusaba especialmente de ser un obispo cortesano, que descuidando sus deberes pastorales gastaba su vida ya en los salones, ya viajando o haciendo literatura. Pero la acusación no puede ser más injusta. Baste recordar que por los trabajos padecidos recorriendo su primera diócesis hasta los últimos rincones, contrajo una grave enfermedad. No está fuera de sitio como dato ilustrativo de la admiración y estimación de sus contemporáneos, un juicio del general don Mariano Escobedo, quien enemigo suyo primero, habiendo sido uno de los principales enterradores del imperio, fue después su amigo cercano; pues —testifica Mons. Antonio Plancarte y Labastida— lo tuvo enfermo de fiebre maligna en una de su haciendas, y —añade el señor Plancarte— "a mí me dijo siendo ministro de la guerra: Su amigo es mucho obispo para Tamaulipas". En su segunda diócesis sufrió otra enfermedad. Después, su tercera diócesis de San Luis Potosí llegó a ser, bajo su gobierno, una de las más florecientes y bien organizadas de la República, por el clero escogido que él formó y por la obra social que desarrolló, fun-

dando planteles de educación, asilos y hospitales, desgraciadamente desaparecidos en la revolución. De no haber sido así, no tendrían sentido los elogios que recibió de los tres Sumos Pontífices que alcanzó a conocer. Cito a León XIII: "Como se halla privada de su Pastor la Iglesia episcopal de Tamaulipas. . . hemos resuelto encomendarla a ti, que, en otro tiempo fuiste su obispo y hoy gobiernas con grande acierto la muy floreciente diócesis de San Luis Potosí. . . y, por tanto, pareces el más a propósito. . . sin perjuicio de la administración y gobierno de la iglesia de San Luis Potosí, de la cual eres prelado ordinario" [2]. La tormenta de la revolución le impidió, quizás, el paso a otra sede de mayor categoría; pero Pío X, en reconocimiento de sus méritos y, en documento elogioso, le confirió la dignidad de arzobispo titular de Cesárea del Ponto.

El haber viajado mucho y consumado una copiosa obra literaria se debe a sus extraordinarias facultades, que le permitieron cumplir brillantemente con sus deberes episcopales y, además, llevar otras actividades de las que no fueron capaces sus críticos. Como prueba de lo mucho que podía es suficiente mencionar el hecho casi increíble, admirado por los ilustres literatos españoles, de que, ya octogenario y en el lapso de dos años con el paréntesis de una grave enfermedad, tradujo en dos conspicuos volúmenes *La Argonáutica* de Apolonio de Rodas, y el segundo volumen durante su convalecencia. "Estoy realmente asombrado de que a su edad haya acometido tal empresa y llevándola a cabo con tanta perfección, con tales bríos y vuelos poéticos que más parece de un joven de treinta años". [3]

Su oratoria —recogida junto con sus mensajes pastorales en ocho volúmenes—, conforme al estilo del tiempo, fluye en período largo y sonoro, que en su voz bien timbrada y ayudado por la prestancia de su figura, debió impresionar gratamente a sus auditorios. Gusta de parafrasear sus conceptos con cláusulas sucesivas, las cuales no brotan al azar, ni viciosamente, sino siempre calculadas, en cuanto es posible dentro de ese estilo, inclinado a despilfarrar palabras. A ello se debe el que generalmente, esquive el peligro de la ampulosidad, propia de esta manera oratoria. Sin embargo, la tendencia a la amplificación y el tono insistente de solemnidad académica le restan fuerza, al menos para nuestra sensibilidad moderna, que prefiere la expresión más directa y sintética, en beneficio del movimiento oratorio, el cual, más rápido y condensado, resulta más vigoroso. No hay que buscar en su elocuencia fulguración de metáforas o la frase chispeante y audaz que se queda vibrando en el oído, como la onda de David; es su discurso claro y tranquilo y su raciocinio firme, vestido decorosamente, nutrido siempre de sólida doctrina, erudición y pensamiento propio. En corroboración de que

---

[2] *Obras Pastorales y Oratorias.* v. V.

[3] *Carta del Bibliotecario de El Escorial P. Miguélez. Argonáutica,* p. 11.

debió haber gustado mucho como orador, aduzco el dicho del historiador potosino D. Primo Feliciano Velázquez, quien contaba que el poeta Ramón López Velarde gustaba escuchar las homilías dominicales que Mons. Montes de Oca pronunciaba en la catedral.

Ipandro Acaico —así quiso ser llamado en el mundo literario— se lleva todas las palmas como traductor de los poetas griegos. Es el más insigne de nuestros helenistas en cantidad y calidad y uno de los mayores, si no el máximo, de toda el habla castellana. Tradujo obras de Anacreonte, las Odas de Píndaro, completas; casi todos los idilios de Teócrito, de Bion y Mosco. *El Rapto de Helena* de Coluto de Licópolis y *La Argonáutica* de Apolonio de Rodas.

Poseía insignes cualidades de traductor; pues al profundo conocimiento de las lenguas que manejaba unía, además de su innata facilidad, notable destreza en el uso del verso, adquirida con larga y laboriosa experiencia. La estrofa gallarda fluye de ordinario sueltamente, sin retorcimientos ni violencias. Artista y poeta, posee el sentido de atinar con las equivalencias que logran la fidelidad a los textos originales, "procurando conservar siempre el perfume griego" —dice él mismo—, no la literalidad, que no es necesaria, como a veces equivocadamente se cree; pues una traducción habiéndose apegado a la letra puede ser infiel, por no guardar el "perfume" original, como acontecé, para citar un ejemplo, con la traducción de *La Divina Comedia* del Conde de Cheste, quien realiza la hazaña de españolizarla en el mismo número de tercetos, traduciendo literalmente hasta los apellidos, v. gr.: los "Orsini" por los "Oseznos" y, de la cual con merecida ironía, comentaba Balbuena que le costaba más traducir *La Divina Comedia* del Conde de Cheste que la de Dante. Como es obvio entender, no siempre logra la fidelidad con el mismo éxito en una obra tan vasta. Más aún, él mismo confiesa que se toma de vez en cuando sus libertades; a pesar de lo cual, no es fácil superarla en su conjunto.

Sus traducciones fueron muy alabadas en su tiempo y, después, por los más entendidos críticos, nacionales y extranjeros. Sería larga la enumeración de quienes no le escatimaron elogios: Pesado, Roa Bárcena, Guillermo Prieto, Menéndez y Pelayo, Juan Valera, Miguel Antonio Caro y muchos otros.

Menéndez y Pelayo refiriéndose a la versión de los Bucólicos dice: "los bucólicos griegos no habían tenido hasta ahora más intérprete en nuestra lengua que el celebrado orientalista D. José Antonio Conde, que en prosaicos, desaliñados e insufribles versos sueltos, aunque con bastante sujeción a la letra original, publicó en los últimos años del siglo pasado. . ." "Entre las

pocas, poquísimas traducciones de poetas griegos que posee nuestra lengua, nadie negará a las de Ipandro uno de los primeros lugares. Y quien, aparte de su mérito absoluto considere que fuera un trabajo de pocos meses, interrumpido por otros mil cuidados, disgustos y ocupaciones, las tendrá de seguro por un esfuerzo prodigioso de facilidad y soltura. Es, sin duda, Ipandro, helenista y gallardo versificador, aunque en su trabajo se noten desigualdades. Y no podía ser de otra manera, tratándose de composiciones tan diversas entre sí en estilo y asunto como los idilios de Teócrito." "...La facilidad y maestría para versificar es prodigiosa en el Obispo de Linares, y le hace buscar con predilección las formas más estrechas y difíciles de la métrica castellana: octavas, tercetos, sonetos: nueva y pesada cadena sobre las muchas que el arte de traducir impone, sale airoso de todas las dificultades. La crítica más severa sólo hallará que censurar en tan grande número de versos alguno que otro prosaico o duro y cierta redundancia de estilo. ¿Pero quién no perdonará esto al lado de tanta facilidad, desenfado y armonía?" "Justo es aplaudir sin tasa este maduro y sabroso fruto de la cultura mexicana" [4].

D. Miguel Antonio Caro: "Sus traducciones hechas directamente del griego conservan aquel perfume original que se pierde en versiones de segunda mano; y sus comentarios revelan la competencia del traductor como humanista griego" [5].

Podría hacerse algún reparo al metro usado una que otra vez, el cual quizá suene a ligero, comparado con la dignidad del verso griego. Sin embargo, considerando la índole tan diversa entre la métrica griega y la castellana, no es fácil una condenación categórica, si se piensa que cada oído tiene su muy subjetiva manera de sentir la armonía. Por otra parte, él no lo escogió sin cálculo, como nos lo muestra su preocupación en el prólogo a los *Bucólicos* —que es la del buen traductor—, de acertar con el metro apropiado.

La obra poética de Mons. Montes de Oca es también muy copiosa; un medio millar de sonetos y algunas otras composiciones. Sin embargo, el traductor y humanista aventajan con mucho al poeta. Su estilo, fruto lógico de su educación disciplinada y rica, guarda siempre el decoro, desechando el desaliño y aun el uso trillado de expresiones convencionales. Pero la mayor parte de su producción es seca y de inspiración débil. A través de su verso resuena el acento del orador y del humanista que piensa, con frecuencia

---

[4] *Poetas Bucólicos Griegos.* Ed. Madrid, 1880.

[5] *Repertorio Colombiano. Organo de la Academia.*

profundamente y también sabe sentir, pero no consigue el hallazgo luminoso del punto de vista original, ni menos traducirse en emoción poética. Sólo de cuando en cuando, alguna alondra solitaria rompe el monótono desfile de centenas de sonetos.

En este género de composiciones, sin embargo, que maneja muy diestramente, hay unas cuantas joyas de indiscutible valor y belleza, dignas de figurar entre las mejores de nuestro parnaso.

El soneto titulado *Plenilunio de septiembre,*[6] es, por su forma —nos atreveríamos a decir—, de una depuración "diazmironiana" y de filtrada belleza, como si en condensados hilos de poesía hubiera recogido lo mejor de su sensibilidad, dispersa por lo anchuroso de su cultura humanista. Compárese la perfección musical —a pesar de la asonancia interna en el tercer verso del soneto aludido— con un terceto de Díaz Mirón:

Apenas se vislumbra la preciosa
veste sutil, que el aire desordena;
la aljaba en tus espaldas de azucena,
el coturno en tu pie color de rosa.

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos que no rompen mis cadenas.

El soneto *San Ignacio Mártir* [7] es un episodio trazado a enérgicos pincelazos del principio al fin.

La debilidad poética de Ipandro Acaico se agrava por su actitud artística —temperamento y escuela—, gobernada por una especie de esteticismo platónico elegantemente frío y exterior. Sus ojos pasan sobre los objetos, como los de quien acaricia un mármol, complaciéndose en la sensación de sus sabios perfiles, pero sin esforzarse en percibir la onda vital que circula bajo la gelidez de la epidermis. Desde este aspecto Mons. Montes de Oca contrasta con su doblemente ilustrísimo hermano Monseñor Arcadio Pagaza, quien de la misma escuela y semejante valer humanista, es más hondo precisamente por más humano, y, por ello, también más poeta.

Monseñor Montes de Oca, eso no obstante y al fin artista, en sus sonetos *Al Sol (Otros cien sonetos.* XXXII.) e *Ipandro Acaico (Nuevo centenar de sonetos),* al toque del sufrimiento, destierro y ceguera, acierta a despertar la voz inconfundible de la poesía que se hace oír, porque más que interpretar

---

[6] *Nuevo centenar de sonetos.* XXXIV.
[7] *Otros cien sonetos.* LXXXVI.

un accidente individual, habla con los labios de la llaga que hereda toda naturaleza humana. Ambos sonetos, aquél con su amargura, éste con su profundidad de triste crepúsculo resignado, sabe a poesía de prosapia. Lástima del primer verso del segundo terceto en el soneto *Ipandro Acaico:* "Y sólo quiere en su octogésimo año".

Al señalar estos cuatro sonetos —a nuestro juicio de verdadera calidad—, no excluímos que en tan considerable obra, hay otros que seguramente puedan salvarse.

Como poeta, Montes de Oca, se mantiene académicamente puro, sin apreciables influencias románticas. A lo largo de su producción, vasta en tiempo y cantidad, no se advierte, como acontece en la mayoría de los poetas, evolución de manera ni de forma, la cual maneja con habilidad desde el principio.

Obras de Monseñor Ignacio Montes de Oca y Obregón

Ocios Poéticos. 1878. Odas, himnos, canciones, elegías, sátiras, sonetos y traducciones de diecisiete odas de Anacreonte.

Odas de Píndaro. Traducciones. Imprenta Ignacio Escalante. 1882.

Obras Pastorales y Oratorias. 8 vol. 1er. vol. a. 1883. Imp. Ignacio Escalante. México.

Bucólicos Griegos. Traducciones. Imp. I. Escalante. a. 1887.

A Orillas de los Ríos. Cien sonetos. Ed. Rosas y Espinas. Barcelona, Madrid, Valencia. a. 1916.

El Rapto de Helena, de Coluto de Licópolis. Traducción. a. 1917.

Otros cien Sonetos. Ed. Rosas y Espinas. a. 1918.

La Argonáutica, de Apolonio de Rodas. 1er. vol. 1919. 2o. vol. 1920.

Nuevo Centenar de Sonetos. Tip. de la Revista de Archivos. Madrid. a. 1921.

Sonetos Jubilares. a. 1921.

LOS TRES VESTIDOS

por don ARTEMIO DE VALLE ARIZPE.

ESTA CASA está en la tranquila calle del Arco. La casa se halla sumergida siempre en una profunda y deliciosa paz. Entre el silencio que la envuelve salta a menudo la risa de un niño como claro gorjeo. En una estancia pequeña de paredes encaladas, una señora cose unas ropas al lado de una ventana enrejada y con vidrios verdosos. Es un traje de niño el que tiene entre las manos, manos blancas, leves, finas, esta señora; le pone al juboncillo de terciopelo nácar brillantes trencillas de plata. En una arquimesa un caballero escribe sobre unos papeles, con blanca pluma de ganso, números y más números, ennegrece el papel con tanto guarismo. Este caballero es familiar del Santo Oficio de la Inquisición; sobre su ropilla luce la cruz verde. Se llama don Alonso de las Casas este buen caballero y en esos papeles pone la cuenta y razón de unas haciendas que pertenecen al convento de Nuestro Padre San Francisco. La dama que cose es su esposa; su nombre es doña Antonia Martínez. Este matrimonio lleva una vida quieta y feliz en esta casa vieja. Todo mansedumbre y dulzura es su espíritu. En la habitación en que ahora están, pasan largas horas del día estos excelentes señores; él, metido en sus papeles; ella, al lado de la ventana, haciendo labor y viendo, de tiempo en tiempo, a su marido, con sus ojos negros, anchos, llenos de ternura. El también, de cuando en cuando, alza de sus papeles la cabeza y ve a su esposa con miradas mansas y amorosas, y la sonrisa de ella y la sonrisa de él se encuentran gozosas en aquel dulce ambiente de paz.

Doña Antonia acaba de poner las trencillas de plata en el juboncillo y ya le va a prender los botones de alquimia cuando el niño entra corriendo en la habitación. Hijo es el niño de estos señores apacibles, de alma serena y bondadosa. Cinco primaveras, a lo más, habrá visto este chiquillo. Tiene los ojos negros y negro y brillante el pelo; en su cara, morena, hay una suavidad sonrosada de piñón y siempre se la enciende un gozo contenido. La risa del niño llena el silencio de la tranquila estancia. La madre deja su costura,

sus papeles deja el padre, y entrambos envuelven al hijo en largas miradas, suaves, cariñosas. El niño, tintineando su risa fresca como leve campanita de cristal, corre a meterse entre los brazos de doña Antonia. Doña Antonia, con voz tierna, con inflexiones que sólo hace dulces la voz de una madre, le dice:

—Felipe, hijo mío, hijito, carnecita de mi carne... ¡Jesús, pero si ya rompiste el alférez que te compré ayer en el Portal! Mira, Felipito, el traje lindo que te vas a poner el día de San Hipólito; mira, toca, así, así... Es seda, qué suavecita...

Don Alonso se detiene en medio de la estancia, sonríe viendo al niño. De pronto se queda absorto, suspenso. ¿Qué será este niño dentro de treinta, de cuarenta años? ¿Qué le guardará el destino, qué dolores le traerá, qué alegrías, qué angustias? Un niño, dice un gran maestro, siempre es una realidad, realidad sagrada, la realidad de la inocencia. La inocencia es el estado humano más alto. Los santos son como niños. Pero la realidad presente está en los niños —doble motivo de veneración—, la posible realidad futura. Puede haber una gran fuerza latente en el niño. ¿Qué fuerza será ésta? ¿La del inventor? ¿La del político? ¿La del poeta? En los ojos de don Alonso hay una profunda y grave melancolía. Yo no veré ya lo que será este niño. La muerte, la eternidad, me separará de su lado. ¿Qué le guardará la vida, qué cosas gratas, qué dolores? Don Alonso vuelve a su sillón de vaqueta; se pone a tajar lentamente sus blancas plumas de ganso oyendo el parloteo cristalino, armonioso, del niño.

Han pasado los años. Es la misma estancia de paredes enlucidas de blanco. Sobre la cal nítida resaltan vivamente los colores de los cuadros religiosos. Doña Antonia Martínez está al lado de la ventana de vidrios recios, verdosos, de pequeños recuadros; tiene sobre su regazo un jubón azul de terciopelo prensado. El jubón está lleno de sangre; tiene una gran desgarradura en el sitio que toca al corazón. Las manos de doña Antonia, leves manos de marfil, cubren los ojos con un pañuelo de randas; de la boca pálida, de labios caídos, salen sollozos. El caballero don Alonso de las Casas no se halla en la arquimesa llenando de números sus papeles. Don Alonso, con la barba tocando el pecho, inclinada la cabeza, sombrío, da vueltas por la estancia con las manos cruzadas por la espalda. Doña Antonia junta sus brazos sobre el pecho; su rostro, acongojado, está lleno de lágrimas y es todo palidez. Con voz cargada de dolor dice, viendo a su marido con ansia dolorosa:

—Alonso, dime ¿sanará Felipe? Yo vi la herida, es ancha, es profunda. ¡Ay, tengo fe en Dios! Pero ¿por qué no quiere el médico que entremos a verlo mientras que con sus ayudantes lo cura? ¿Crees, Alonso, que sane Felipe?

—Sanará, Antonia, yo creo que sanará; pero si ha de seguir en esa vida depravada, de disolución y escándalo, con la que no hace sino ofender a Dios, más vale que muera. Una vida así ¿para qué sirve?

—Ya verás, Alonso, cómo Felipe va a llevar, si se alivia, otra vida por rectos caminos de virtud. Yo le he prometido al Señor que si me lo pone en salud ha de entrar en el convento de Santa Bárbara, en Puebla, en donde tomará hábito. Ya verás cómo Felipe va a dejar sus vicios, va a ser otro; se lo he pedido tanto a la Virgen...

Doña Antonia inclina la cabeza llena de angustia sobre el jubón ensangrentado; las lágrimas vuelven a correr mansas, lentas, por su cara pálida; pone sobre el jubón su mano delicada y lo acaricia. En aquel ambiente de ansiedad y de zozobra parecen eternos los minutos. Don Alonso continúa cabizbajo, ensimismado, dando vueltas por la estancia. De pronto se detiene ante la Virgen, una Virgen de madera colorida con curioso primor que está en un nicho de cristal, sobre un bufete, toda llena de flores y entre dos velas encendidas; pone don Alonso el fervor de una larga mirada en el rostro delicado y ve su sonrisa de bondad, de inefable y suave bondad. Doña Antonia sigue llorando sin consuelo.

Han pasado más años. En una habitación encalada, con lienzos devotos y junto a la ventana de viejo montante con rejas de forja y con vidrios recios en pequeños cuadros de madera negra, se halla doña Antonia Martínez sentada en una silla baja. Doña Antonia vive ahora en una vieja casa, esquina de San Francisco y callejón de Santa Clara. Doña Antonia está vestida de negro; sus cabellos son ya blancos; su cara fina, exangüe, está llena de hondas, de innumerables arrugas, pero hay en ella una dulce serenidad que muestra el sosiego de su alma. Sus manos, blancas, arrugaditas, casi translúcidas, un tanto temblorosas, están cosiendo una tuniquilla franciscana. Por lo pequeña que es la tuniquilla debe de ser para alguna imagen cuando más de dos palmos y medio. Ya tiene terminado y delicadamente extendido sobre el regazo el diminuto hábito, con su puntiaguda capucha y su gorja, la amplia capa, la cuerda blanca para la cintura con sus cinco nudos. Primorosa minuciosidad ha puesto doña Antonia en esta labor. Ahora sus manos, hábiles, confeccionan unas sandalias con gamuza adobada en ámbar.

En la estancia hay un apacible sosiego y un entrañable olor de rosas frescas. Los muebles crujen en el silencio de vez en cuando y ponen en el aire el perfume sutil de sus maderas viejas. Las vírgenes y santos ven desde sus cuadros a doña Antonia afanada en su labor. De tiempo en tiempo deja en sosiego las manos y mira con intensa ternura la tuniquilla franciscana, extiende por ella el amor de su mirada y luego le pone encima, con tierna sua-

vidad de caricia, su mano blanca, leve; sonríe delicadamente y con la otra mano se aprieta el corazón, y entrecerrando los ojos vuelve a sonreír y en sus pestañas tiembla una lágrima.

Don Alonso de las Casas, marido de doña Antonia, ya no está con su cruz verde sobre el pecho, cruz de familiar del Santo Oficio de la Inquisición, llenando de números y números sus papeles con la pluma de ave, que iba y venía, diligente, de los blancos folios al tintero de loza, llevada por su mano noble. Ya don Alonso de las Casas entró hace años en la eternidad. Duerme su último sueño en el atrio de San Agustín, esperando allí la resurrección de la carne. La lustrosa arquimesa en la que él trabajaba hállase ahora cubierta con un bordado paramento de terciopelo carmesí.

Ya doña Antonia ha terminado las sandalias. Con la cabeza inclinada sobre el hombro en actitud de suave mansedumbre y con los brazos cruzados en el regazo, se ha quedado pensativa, como en deliquio, absorta en una visión interior. De pronto se oye una tosecilla, una tosecilla leve, con la que anuncia su presencia un sacerdote. Este sacerdote que ahora ha entrado en la estancia con pasos menuditos, silenciosos, es un viejecito de limpia sotana, muy bien entallada; bajo de ella lucen brillantes las chinelas de cordobán de lustre con hebillas doradas. Su cara escuálida, de marfil antiguo, está llena de luminosa idealidad. Este sonriente, afable y pulcro sacerdote, de ojos niños, es el padre jesuíta Pedro Gutiérrez, maestro del colegio Máximo de San Pedro y San Pablo.

—Buenas tardes, doña Antonia.

—Buenas tardes —contesta doña Antonia, saliendo de sus pensamientos, y al reparar en el visitante añade con viva alegría—: ¡Ah, pero si es usted, padre Gutiérrez! ¿Qué bueno por aquí?

—Yo estoy muy contento, pero muy contento, casi tan contento como usted, doña Antonia. Felipe fue su hijo, pero Felipe fue también mi discípulo. El Señor ha sido servido de reservarlo para cosas grandes.

—Padre Gutiérrez, yo soy feliz, muy feliz. No sé cómo decir toda la santa alegría de mi alma. ¡Ay, si viviera mi marido Alonso! Pero no hay dicha completa en el mundo, no la hay. ¡Válgame Dios!

—Yo estoy que llevo un paraíso portátil en el pecho. Parece que se me arranca el corazón de su lugar con este soberano contento. ¡Asistir usted, doña Antonia, a la beatificación de su hijo; asistir yo a la de mi discípulo! ¡Qué gracia enorme nos ha concedido Dios, Nuestro Señor! ¡Alabado sea su santo nombre! Ha sacado usted gloria de su padecer, doña Antonia. Ha ido a la alegría por el camino del dolor.

—¡Qué gran premio, qué gran premio me ha dado Dios por mis sufrimientos! Sí, he sacado gloria de mi padecer, como usted dice, padre Gutiérrez.

—Ya vi en la Catedral los suntuosos preparativos para la gran fiesta de mañana. Usted, doña Antonia, irá bajo palio entre el señor virrey y el señor arzobispo, detrás de las andas de plata, costeadas por el gremio de plateros, en las que estará la imagen de su hijo Felipe. Por cierto que es delicada y graciosa esa escultura. Usted la va a vestir, y ya veo, en su regazo, los hábitos primorosos que le ha hecho. Cuando se la traigan la dejaré a usted solita para que se entregue a su íntimo e inefable placer de vestirla y al goce callado de sus lágrimas, santas lágrimas.

—Esta será mi última labor, padre Gutiérrez. La vida se me irá con esta alegría en un suave transporte. Yo le hice a mi hijo ¡carne mía viva! antes de que él viniera al mundo, el primer vestido que se puso, y temblaba mi espíritu de gozo al estarlo cosiendo, y ahora que labré éste, ahora que está Felipe a la diestra de Dios, en cada puntada he ido poniendo mi alma trémula. No hay alegría como la de una madre cuando un hijo alcanza un bien. ¡Qué saben los hijos de estas santas alegrías de sus padres! ¡Mi Felipe en los altares!...

—El beato Felipe de Jesús, doña Antonia. El nos ayudará a alcanzar de Dios el perdón de nuestras culpas; él ayudará a que se nos abran las anheladas puertas del Paraíso. ¡Felipe de Jesús, ruega por nosotros!

—La vida es una cosita de nada, padre Gutiérrez; yo desearía que...

Una negra esclava entra rápida en la habitación, anhelante, con los brazos abiertos, e interrumpe a doña Antonia.

—Señora, señora, vaya pronto a la sala; ya pasé a ella a unos señores canónigos de la Catedral; le traen a su merced la imagen de Felipillo. Ya la vi y la besé. ¡Qué linda está! ¡Felipillo, santo!

El padre Gutiérrez sale lentamente de la habitación, se oye el ruido levísimo de sus pasos queditos. Doña Antonia se reduce más en su sillera baja, se dobla sobre sí, se cubre la cara con las manos —tan bellas manos que fueron— y se pone a llorar. Entra por la ventana el canto alborozado de un pájaro.

LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN GUANAJUATO

por don FULGENCIO VARGAS.

CUANTO más se ahonda en el pretérito cercano de nuestro país y con mayor fruto interprétanse y defínense sus fenómenos históricos y las consecuencias inmediatas que de ellos dimanan, como son los acontecimientos y los personajes, mejor se comprende y avalora la importancia del concepto *Provincia,* a tono con la división territorial y con la índole de sus respectivos habitantes. Y llamo *pretérito cercano* a un período de tiempo que, partiendo de la implantación definitiva del régimen colonial en México, llega hasta los años corridos de la vigésima centuria.

Estas consideraciones acuden a mi memoria al formular el presente artículo, cuyas finalidades se apoyan en el trascendente origen y desarrollo de la enseñanza superior en Guanajuato, obra máxima ésta en la que la cultura y el buen nombre de un egregia parte del territorio nacional caminan de bracero.

Trátase, pues, no de múltiples fenómenos y de muchedumbre de apreciaciones al respecto, sino de uno solo con su cortejo, eso sí, de variados sucesos y de personajes surgidos a la vera de tales contingencias y en contacto inmediato con tales auras de engrandecimiento espiritual y material. Y como la tierra pródiga de nuestras libertades abriga un proceso brillante, que no es sino cifra y compendio del proceso glorioso de la Patria, las manifestaciones de adelanto, cualesquiera que sean sus orígenes y trascendencias, afirman y robustecen nuestros valores, soliviantan la fe, legado indestructible de nuestros padres, engrandecen con la esperanza la suma de los esfuerzos encaminados al logro supremo de una emancipación real sin asomo de mentirosos espejismos.

La enseñanza superior en territorio guanajuatense arranca del principio de aquel pretérito cercano a que hube de referirme anteriormente, y tiene por sede a la más antigua de nuestras poblaciones, la de Yuririapúndaro, y por arrimo y conforto a uno de nuestros más grandiosos monumentos arqui-

tectónicos, el de los frailes agustinos del propio lugar, concluído a fines de 1559. Es el Colegio de San Pablo que abre sus aulas al inicio del año siguiente, y que al estudio de humanidades, propiamente dicho, aunará las de Filosofía y Teología en sus diversas ramas, llegando a ser notables sus maestros y célebre su claustro de doctores durante mucho tiempo. De las alboradas espléndidas surgen los nombres de Diego de Chávez y de Alonso de la Veracruz, unidos más tarde a los de Bartolomé Gutiérrez y Diego de Basalenque.

Los franciscanos en 1633, con la valiosa ayuda de don Pedro Núñez de la Rioja, fundan el Colegio de la Purísima al cobijo de Celaya y con fundadas esperanzas de futuros engrandecimientos, según pudo verse al discurrir de 1728, cuando merced a los empeños del Comisario de Indias Fernando Alonso González, obtuvo el instituto amplitud de cátedras y facilidades para que los alumnos pudieran continuar sus estudios en la Universidad de México sin el requisito de exámenes previos, ya que los programas de ambos planteles eran semejantes en cuanto a determinadas facultades de tipo universitario. Allí nutrieron su inteligencia y afirmaron sus destinos Manuel Antonio de Ocio y Ocampo, Fr. Manuel Martínez de Navarrete y el genial arquitecto Francisco Eduardo Tresguerras.

San Miguel el Grande, hoy de Allende, brindó cariñoso albergue a un excelente Colegio de enseñanza superior: el de San Francisco de Sales, fundado por don Juan Antonio Pérez de Espinosa en 1718 y que llegó a contar con muy buenas cátedras de Gramática, Retórica, Filosofía y Teología, sobresaliendo la tercera que, en manos del sabio Benito Díaz de Gamarra, fue calificada de primerísima en la Nueva España por la índole de su moderno sistema filosófico y la publicación de una obra: *Elementa Recentioris Philosophiae,* que mereció justificados encomios dentro y fuera del país. El mencionado colegio tuvo, a la manera del de Celaya, múltiples facilidades para el reconocimiento de sus estudios en la metrópoli, y abrigó en su seno al sacerdote Luis Felipe Neri de Alfaro, fundador del histórico Santuario de Atotonilco (1748), y a los futuros adalides de la independencia nacional: Ignacio Allende y los hermanos Juan e Ignacio Aldama.

Tócale su turno al bienamado semillero de virtudes y de talentos que tras un amanecer de modesto asilo y de escuela de primeras letras al comenzar el mes de octubre de 1732, al cuidado de los jesuítas, conviértese en colegio formal (1744) con disciplinas idénticas a las de sus antecesores, si bien ajeno a dependencias universitarias metropolitanas y dignificando los nombres de José Joaquín de Sardaneta e Ignacio Rafael Coromina; adentrándose en especulaciones propicias al ramo de minería y acabando por asumir el carácter de centro de facultades tendientes a la universalidad de co-

nocimientos eminentemente prácticos y con vistas a un asomo de servicio social.

Esto nos lleva al estudio, siquiera sea somero, de tres etapas: la primera, de tipo religioso y finalidades eclesiásticas, que casi abarca la segunda mitad del siglo XVIII; la segunda, con influencia de las ideas modernas y claros indicios de libertad, se desenvuelve durante los postreros años del virreinato y reconoce como personalidades de relieve al famoso intendente Juan Antonio de Riaño y a los catedráticos Antonio Rojas, José María Chico, Rafael Dávalos, y la tercera, después de las luchas insurgentes, de la Regencia, del primer Imperio, consolidado el régimen federal, un instituto de germen universitario, aunque con decidido tributo a las necesidades del medio ambiente provinciano. Entonces encamina ya sus firmes andares con el apoyo del primer gobernante Carlos Montes de Oca y del abnegado y patriota maestro Marcelino Mangas, hasta llegar a la plenitud del conocimiento contemporáneo, ya con el nombre insigne de Colegio del Estado, merced a la hábil sapiencia de esa teoría de profesores inolvidables que hicieron de esa máxima Casa de Estudios el imán de todos los corazones y la fuente inagotable del saber humano. Porque esa pléyade de abnegados mentores no sólo pusieron al alcance de la juventud las riquezas de su privilegiado intelecto, brindáronle, además, con el tesoro de sus nobles sentimientos. Siguieron el consejo de Faguet, al propósito de la vida larga: llenaron y colmaron de acciones bellas y buenas el espacio de tiempo que les fue concedido hasta su fin; multiplicando de esa guisa los momentos sólidos y plenos de que esa vida puede componerse, para satisfacción de la propia conciencia y dulce reposorio de la dignidad.

Al cumplirse la primera centuria de vida oficial de nuestro benemérito plantel educativo, el número de sus aulas y el prestigio de sus escuelas proporcionábanle ya los elementos necesarios para ostentar las ínfulas universitarias. La tercera etapa había servido de admirable preparación y el nuevo título adquirido a principios de 1945, descansaba en sólidos fundamentos. Múltiples anhelos de mejor fortuna y caricias de risueña esperanza dignificaron el epinicio de la Universidad de Guanajuato.

Hoy, en plenitud de vida trascendente, con escuelas preparatorias en varias ciudades de la entidad y una muy buena Escuela de Medicina en León, el instituto de referencia mantiene en equilibrio las Facultades de Jurisprudencia, Ingeniería (varias ramas), Química y Farmacia, Comercio, Enfermería y Obstetricia, departamentos de Acción Deportiva, Acción Social y Bibliotecas, Editorial, Servicio Meteorológico y Museo Histórico, Funcionan ya, bajo firme y seguro pie, Filosofía y Letras, Música, Artes Plásticas, Arte Dramático, carreras de Ingeniero Químico y de Químico Farmacobiólogo; el todo ha resultado una feliz y próspera institución que goza de gene-

rales simpatías y de merecidas encomiendas aun más allá de los linderos de la Patria.

"Con un amplio sentido democrático, según afirma uno de sus primeros rectores y distinguido maestro, la Universidad ha abierto sus puertas generosamente a todas las personas deseosas de mejorar sus condiciones intelectuales y culturales; y tanto ella como el Gobierno del Estado invierten sumas importantes en becas, que ayudan a los carentes de recursos, siempre que se distingan por su buena conducta y aprovechamiento. Además, la vieja Casa de Estudios ha desterrado definitivamente un viejo criterio derivado de un academismo indiferente y egoísta ante los problemas vitales de lo humano, con la más firme convicción de que la ciencia, la técnica y el arte deben estar al servicio del pueblo, conforme a la exposición de motivos del estatuto que la rige".

Cinco Trabajos de Alejandro Quijano

UNA MOCION DE ORDEN.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA PERMITE YA ESCRIBIR MEXICO CON *X*

por ALEJANDRO QUIJANO.

EN estos últimos días la prensa ha venido tratando nuevamente, en artículos varios, del problema relativo a la ortografía de la palabra *México,* nombre de nuestro país, y, por supuesto, de todas las voces derivadas: *mexicano, mexicanismo,* etc.

Se esgrimen diversas consideraciones para sostener la ortografía que se considera aborigen, es decir, la de la *x,* por una parte; y por la otra se defiende la *j* con que algunos, de acuerdo con los dictados de la Academia Española, han venido escribiendo siempre el nombre de nuestra nación. Aquéllos invocan puntos de nacionalismo, patrióticos; y hasta se llega, como no podía menos de ser tratándose de una pelea mexicana, así sea de la índole de ésta, meramente lexicográfica, a extremos de política, tildando a los que escriben la palabra con *j,* de reaccionarios, y señalando como liberales y patriotas a los que la escriben con *x.*

Los defensores de la *j* demuestran, con copia de casos, que de uno y otro lado, es decir, del que ha empleado la *x* tanto como del que ha usado la *j,* ha habido figuras importantes en nuestra historia; y aun se ejemplifica con el empleo que algunas de las más grandes personalidades liberales hicieron de esta discutida *j.*

Finalmente, algunos quieren, y parece que este deseo se endereza nada menos que hacia las Cámaras de la Nación, que se pida oficialmente, por el Congreso, a la Academia Española que abrogue el uso de la *j,* y que permita y sancione el de la *x.*

Sin querer entrar en polémica, y sólo haciendo mi profesión de fe en esta pequeña cosa, diré que soy partidario del México con *x,* y que en esta forma lo he escrito siempre, y seguiré escribiéndolo. Honrado con el carácter de académico de la Española, como correspondiente, no la he acatado en el

punto; como no la han obedecido otros muchos académicos que han escrito, y escriben, como yo, México con *x*.

Hecha la declaración que antecede, y para justificar el título de estas breves líneas —"Una moción de orden"—, quiero aclarar ahora ante los defensores de la *x*, y especialmente ante los que quieren, llevando la política a la lexicografía, que nuestras Cámaras pidan a la Academia Española que sancione o cuando menos permita el uso de la *x*, que su pretensión es inútil. Y es inútil porque está ya satisfecha. Ignoro por qué entre todos los que han venido escribiendo sobre este asunto no ha habido uno que diga que ya la casa que limpia, fija y da esplendor al idioma, según el conocidísimo lema, ha dado su venia para que se escriba México con *x*.

En efecto, la Real Academia Española —ahora ya sólo por supuesto, la Academia Española— publicó en 1927, en seguimiento de su Diccionario grande editado en 1925, su interesante Diccionario Manual, que entre otras cosas demuestra la liberalidad del instituto al que tanto se tilda de conservador, y aun de retrógrado. En tal Diccionario quedan admitidos, como se admitían ya en el grande de 1925, muchos neologismos, entre ellos muchos americanismos y especialmente mexicanismos; y yendo un poco más lejos, y señalándolas con un corchete permisor, es decir, que indica que las palabras con él anotadas pueden ya emplearse por todos, aunque la Academia no les dé aún el espaldarazo definitivo, en espera de que el uso, que es la fuente única del buen hablar, las consagre finalmente, inclusive centenares, millares de voces nuevas. Y entre ellas se encuentra la palabra *mexicano-a,* con la tan cuestionada *x,* atribuyéndole, es claro, sinonimia con el *mejicano* aceptado de antes. Se entiende que al aceptarse la voz adjetival, queda permitido también el uso del sustantivo *México.*

Aquí tienen, pues, los señores quejosos, a la Academia Española permitiendo el uso de la *x* respecto a la que tanto pelean. Y es evidente que siendo el uso de la *x* de México, general, casi universal, dado que una enorme proporción de los mexicanos escribimos el nombre de nuestro país con *x,* siendo mínimo el número de los que emplean la *j,* la Academia que, como digo antes, y es verdad, acepta siempre lo que el uso general consagra, sancionará un poco más adelante, de modo definitivo, la ortografía que algunos disputan patriótica. Ello a pesar de que tal ortografía pugne, por hoy, con el valor que en buena prosodia tiene la *x*. Mas todo se podrá andar; bastará para ello que la Academia misma, al señalar el valor fonético de la *x* signifique que en algunos casos de excepción, como en el del nombre de nuestra República, tiene de nuevo el sonido de *j,* que antaño tuvo. Prácticamente esto queda ya hecho, pues sin duda que la Española, al permitir la ortografía *mexicano,* lo hace para que se pronuncie *mejicano,* y no *mecsicano.*

En conclusión: Haya paz en este asunto. Escríbase México como se desee, es decir, con *x* los que queremos hacerlo así; con *j* los que gusten de ello; pero sépase que la Academia permite ya, así sea en forma provisional, en espera de la sanción del uso —que yo estimo que está ya perfectamente expreso y claro en tal sentido—, la tan mentada *x*...

Nov. 4 de 1931.

CUATRO PALABRAS SOBRE LAS PALABRAS FILOSOFICAS. LA CUESTION SOCIAL

Lo platónico.—Los Sofistas y las sofisterías.—La letra pitagórica.—Aristotelismo y peripato.—El evolucionismo y los darvinistas.—Pragmatismo.—Relativismo y otras cosas.—Voces en relación con las cuestiones sociales. Colectivismo, Bolcheviquismo, Comunismo, Sindicalismo, Capitalismo, Obrerismo y otros ismos...

DIGAMOS unas palabras sobre las palabras filosóficas, es decir, sobre las voces que, con relación con la filosofía, figuran en el Diccionario académico, estableciendo las novedades que a su respecto haya en los últimos léxicos, las modificaciones que en la definición de algunas de ellas se introducen, las voces que en nuestro sentir faltan, etc.

Claro está que la palabra *filosofía* viene definida en el último diccionario, 1947, llegado a México en 1948, en los mismos términos en que venía antes. Como que desde Grecia la bella voz viene significando lo mismo, de *filos,* amante y *sophia,* saber. Con esta exacta connotación pasó por los siglos y llegó a los primeros glosarios españoles: el hispano-latino de Elio Antonio de Nebrija (...), y el ya español exclusivo de Covarrubias (16...). Hizo más tarde su entrada en los diccionarios académicos, desde el primero, el de Autoridades (1726-1739), y de entonces acá ha venido en todos los Diccionarios, con otras voces conexas, algunas de ellas recientemente aceptadas.

Así sucede con los adverbios *filosóficamente* y *filosofalmente;* con el verbo *filosofar;* con los adjetivos *filosófico, filosofador, filosofal;* con el substantivo *filosofismo* y con el de igual categoría, sólo que en despectivo, *filosofastro.*

La palabra *socrático* está definida también en los mismos términos que anteriormente, es decir, como "el que sigue la doctrina de Sócrates", y como "lo perteneciente a ella".

Al revisar las voces relacionadas con Platón, y que son *platónicamente, platónico, platonismo,* anótese que en la décimaquinta edición, 1925, se advierte la diferencia que sigue en la segunda de las voces citadas: *Platónico* era antes, en su tercera acepción, "puro, no sensual. Dícese —se agregaba—

del amor y de los amantes". Desde entonces, en este mismo lugar y en vez de lo que acabo de transcribir, se explica: "Desinteresado, honesto". ¿Estará así mejor? Es, cuando menos, más amplia y connotativa la definición de ahora. En el Diccionario 16o. —1936— aparece la voz *Platón,* pero sólo para hacer una llamada a la frase: "Ideas de Platón", que ya venía de antaño en el léxico, en el artículo *Idea,* con la explicación de que se trata de los "ejemplares perpetuos e inmutables que de todas las cosas criadas existen, según el filósofo, en la mente divina".

Aunque la voz *aristotélico* es hoy la misma que antes, os diré que el Diccionario de 1925 nos trajo la palabra *aristotelismo,* significándola sólo como sinónima de *peripato,* que, ya lo sabéis, significa "el sistema filosófico de Aristóteles", señalando igualmente "al conjunto de los que profesan las doctrinas de Aristóteles".

Pitagórico, que está hoy lo mismo que antes, trae, sin embargo, desde la décima quinta edición, algo nuevo, la alusión a *letra pitagórica* y a *tabla pitagórica.* A la primera se hace referencia, en el artículo *letra,* del siguiente modo: "Nombre que frecuentemente se dio a la *Y,* por la moralidad que de sus dos trazos superiores sacó Pitágoras". Ya recordaréis, al respecto, que el filósofo samio establecía los dos brazos de nuestra letra actual, en su forma griega, como los dos caminos que al hombre se le presentan en la vida: el del vicio, el del bien... Por lo que atañe a la tabla pitagórica, ya sabéis que se trata de un cuadro que sirve para la multiplicación de los dígitos.

Sofisma es, lo mismo que antes, la "razón o argumento aparente con que se quiere defender o persuadir lo que es falso"; pero *sofista,* después de la primera acepción, que es la misma, o sea la adjetival que señala al "que se vale de sofismas", cambia, en la segunda. En 1914 se decía: "Filósofo o retórico en la antigüedad clásica". Después se dice: "En la Grecia antigua se llamaba así a todo el que se dedicaba a la filosofía. Desde los tiempos de Sócrates, agrégase, el vocablo tuvo significación despectiva". *Sofistería,* que antes era sólo el sustantivo concerniente al uso de raciocinios sofísticos, quedó ampliada en 1925, para denotar, además "los mismos raciocinios sofísticos." Entró en la décimaquinta edición, la palabra *sofistiquez,* sustantivo femenino, "poco usado" —anota la Academia—, que denota la "calidad de *sofístico*". ¿Para qué, cabría preguntar, si se trata de una voz poco usada, se la incluye como nueva?

La palabra *jónico-ca* carece de la acepción correspondiente a la primitiva escuela filosófica de tal nombre. La voz, en el Diccionario académico, incluye, es claro, la función adjetiva significadora de "lo natural de Jonia", o "lo perteneciente o relativo a las regiones de este nombre de Grecia y Asia antiguas". Se refiere, además, a la "columna jónica" y al "orden jónico", en arquitectura, y hasta al "dialecto jónico", uno de los principales en el idio-

ma de Grecia; pero, repito, falta en ella la acepción filosófica, es decir, la alusiva a la escuela de la que fue primate Tales de Mileto. La falta parece digna de que se la subsane.

La voz *dialéctico,* substantiva, y *dialéctico-ca,* adjetiva, vienen definidas en los vocabularios nuevos en forma igual que en los anteriores.

Aunque la voz *idealismo,* en su relación con la filosofía, que es la original, viene definida también del mismo modo que antes, e igual cosa ocurre con la palabra *idealista,* os diré que *idealización* es voz que entra en el léxico en 1925, y que significa la "acción y efecto de idealizar", y que *idealizar,* que existía ya, trayendo en 1914 como definición la de "elevar las cosas sobre la realidad sensible por medio de la inteligencia", trae en las ediciones posteriores el aditamento de que tal elevación puede producirse, también, "por la fantasía".

Ideología, a más de su acción de "rama de las ciencias filosóficas que trata del origen y clasificación de las ideas", en lo que se reproduce en 1925 lo dicho en 1914, significa, en una nueva acepción contenida en el Diccionario Manual, 1927, y la cual parecería que viniese ya aceptada definitivamente, puesto que no estaba velada con el provisorio corchete, "conjunto de ideas que caracterizan a una escuela o a un autor". Ello sancionaba, sanciona, un uso muy generalizado en los últimos tiempos, en que se habla de la ideología bolchevique, de la ideología de la revolución, de la ideología de Spengler, o de Freud, o de Boutroux. Sin embargo, tomemos nota de que ni en la edición de 1936, ni en la de 1947, es decir, en su Suplemento, pues que salvo éste todo el último Diccionario es sólo fotocopia del anterior, se ratifica tal ampliación incluída en el Manual; lo que parece extraño, e improcedente. En lo que a *ideólogo* atañe, diré que el Diccionario grande, desde 1925 trae, respecto a los anteriores, el agregado de que *ideólogo,* o, mejor, *ideóloga,* según el uso ya universal, es también "la persona ilusa, soñadora, que piensa en utopías"...

Las voces *cínico,* adjetivo, *cinismo,* substantivo, *cínicamente,* adverbio, en sus acepciones primitivas, conexas también con la *filosofía,* están definidas hoy lo mismo que antes. Pero a más de sus acepciones meramente filosóficas, traen estas voces, *cínico* y *cinismo,* las que denotan defectos, en los individuos, de impudicia, procacidad, desaseo, desvergüenza en defender o practicar acciones o doctrinas vituperables, obscenidad descarada. En cuanto a las palabras derivadas de *epicúreo* y *epicureísmo,* ya sabemos que, en sentido figurado, señalan lo sensual, lo voluptuoso, la entrega a los placeres, al refinado egoísmo que busca el placer exento de todo dolor...

En cuanto a la voz que nombra a la escuela fundada por Zenón de Atenas, el *estoicismo,* los últimos Diccionarios traen la misma definición que en 1914, con excepción de la acepción tercera, o sea la de sentido figurado, que antes

se definía: "afectación de fortaleza o de insensibilidad", y que hoy es, ya sin el atributo de "afectación", "fortaleza o dominio sobre la propia sensibilidad". *Estoico,* que no traía antes la acepción correlativa a este *estoicismo* de sentido figurado, trae ahora tal nueva atribución, es decir, la adjetiva aplicada al "hombre fuerte, ecuánime ante la desgracia". Y anotemos, en este punto, el nacimiento de la palabra *estoicamente,* adverbio de modo que señala lo hecho "con estoicismo".

Pirrónico y *pirronismo,* en sus sinonimias con *escéptico* y *escepticismo,* en recuerdo de aquel Pirrón de Elis que ante las disputas de las escuelas filosóficas adoptó la actitud del escepticismo, la del "ni sí, ni no", preconizando la duda como base de la moral, de la ética; *pirrónico* y *pirronismo,* digo, son las mismas voces hoy que antes. Pero en 1936 aparece la palabra *pirroniano-na,* en sinonimia a *pirrónico-ca.*

Respecto a *neoplatonicismo* y *neoplatónico,* están definidos del propio modo antes que hoy, relacionándolas, claro está, con la escuela que, en los primeros siglos de la era cristiana floreció en Alejandría. Cosa igual diremos de la filosofía medioeval, el *nominalismo,* definida idénticamente ahora que antes; y lo mismo aún del "partidario del nominalismo", el *nominalista,* voz que, claro está, significa también "lo perteneciente o relativo" al sistema filosófico indicado.

Lo que llevo dicho respecto a determinadas voces de orden filosófico, puede decirse de otras muchas concernientes a disciplinas conexas. Así, anotemos que las palabras *lógica,* substantivo, *lógico-ca,* adjetivo, *lógicamente,* adverbio, aparecen hoy en igual forma que en glosarios anteriores; la primera de ellas hasta en sus formas *lógica natural* y *lógica parda,* ésta por *gramática parda.* Vino, sin embargo, en 1925, la voz adjetiva *logical,* señalada como adjetivo anticuado, sinónimo de *lógico* en su primer sentido, o sea en el "perteneciente a la lógica". No vemos por qué se haya traído a luz esta palabra tan poco grata, tan poco usada según entiendo, y desde luego, como se ve, señalada como anticuada. La voz *metafísica* y sus conexas, el adjetivo *metafísico-ca* y el adverbio *metafísicamente,* vienen desde antes en el Diccionario académico, y ostentan ahora igual definición que antes. Advertiré aquí que el Diccionario Manual, con tremendo asterisco, condena la voz, que principiaba a usarse en muchos sectores, *metafisiquear,* en significación de *sutilizar,* discurrir con sutilezas, como neologismo inútil. Pero anotemos que en el Diccionario de 36 aparece la voz *metapsíquica* para significar "el estudio de los fenómenos que exceden de los límites de la conciencia normal y común, de los que hasta ahora no se ha dado una explicación satisfactoria". La palabra *alejandrino,* como sinónima de la ya citada *neoplatónico-ca* viene también de antaño en los léxicos de la Academia. Igual pasa con *baconiano;* con *escotismo;* con *conceptualismo;* con el término que nombra a los que siguen

la doctrina sentada por San Agustín, el *agustinianismo,* y lo perteneciente a ella, *agustiniano;* con los adictos a la de Santo Tomás, el *tomismo;* casi todos estos términos, por lo demás, junto con los que designan a los que profesan las doctrinas que ellos señalan: *tomista, conceptualista,* etc. Respecto al *tomismo* que acabo de citar, la definición, de la amplia notación que antes se nos daba: "La doctrina de Sto. Tomás de Aquino", se transforma después en la más cerrada definición siguiente: "Sistema escolástico contenido en las obras de Santo Tomás de Aquino y de sus discípulos. Dícese más especialmente de la teoría de la promoción física inventada por el dominico español Báñez para conciliar la libertad humana con la infalible eficacia de la gracia divina". Por paronomasia, diré, acuérdome aquí de las voces *atomista, atomismo, atomístico,* relacionadas, por supuesto, con la "doctrina de la formación del mundo por el concurso fortuito de los átomos" y no con el *tomismo.*

Las tres vienen en el glosario académico. Por cierto que ya en el Suplemento del último lexicón, 1947, pudo haber venido algo sobre lo atómico en el sentido de arma, de bomba, de la tremenda energía atómica, o nuclear, que trae al mundo, en estos instantes, en zozobras. Por cierto que la palabra *núcleo,* en 1936, trae una nueva acepción, la sexta, relacionada con la biología, señalándola como "Corpúsculo esencial de la célula, yacente en el espesor del protoplasma y que, como aquélla, consta de membrana, jugo celular y nucléolo". En este propio Diccionario de 36 viene también como nueva la palabra *nucléolo,* relativa igualmente a la biología y relacionada con la sexta acepción de núcleo, que acabo de mencionar. Y puesto que he hablado arriba de *nuclear,* diré que la Academia no trae en tal forma esta voz adjetiva, sino que en su edición de 38, que prácticamente, he dicho ya, salvo el suplemento de la de 47, es la última, pues la de 47 es sólo reproducción de aquélla, como adjetivo para señalar lo perteneciente o relativo al núcleo, acepta la voz *nucleario-ria.*

Las voces *escolasticismo, escolásticamente, escolásticas, escolástico-ca,* venían también, por supuesto, y vienen, definidas debidamente en el Diccionario académico, refiriéndose la primera a la conocida filosofía de la Edad Media, cristiana, arábiga y judaica, dominada por la enseñanza de Aristóteles en concierto con las respectivas doctrinas religiosas. Las palabras *fatalismo, maniqueísmo; eclecticismo* y *ecléctico; dogmatismo, dogmatista; determinismo, suarismo; kantiano* y *kantismo; krausismo* y *krausista; entelequia; cartesianismo, racionalismo; sincretismo; panteísmo, panteístico, panteísta; realismo, naturalismo; sensualismo* y cien más relacionadas con estas cuestiones, vienen asimismo de léxicos atrás sancionadas por la Academia. Sin embargo, no son pocas, aparte las ya señaladas aquí y allá en este capítulo, las palabras que como nuevas ingresan en el último Diccionario.

Cuando, aun en tiempos de mundial liberación, se han alzado tribunales negando el derecho de enseñar en la cátedra el evolucionismo, y se condena la teoría de Darwin, el Diccionario de la Academia aporta al vocabulario español, desde 1925, las voces *evolucionismo, evolucionista, darvinista* (ya estaba desde antes de darvinismo). He aquí cómo la Academia, un cuerpo conservador —legítimamente conservador, por cierto—, se muestra más liberal que algunos pueblos a los que se juzga liberales por esencia.

Respecto a las citadas voces *darvinismo, darvinista,* en las que la *w* de Darwin queda trasmutada en *v,* y ya que la Academia acepta la letra *w,* y aun la resucita, en 1925, en su división especial, que había suprimido desde la edición de 1884, esto sólo para incluir la palabra *wat,* relacionada con la física, cabría preguntar por qué no se respetó, al tratar de los citados términos, la ortografía de origen, escribiendo *darwinismo* y *darwinista.* Tómese nota de que en la edición de 1936 aparece como voz nueva *darviniano-na* adjetivo que señala, ya se supondrá, lo perteneciente o relativo al *darvinismo.*

Transformismo queda sancionada, por ser nombre de la doctrina biológica como tal conocida, y *transformista* para el partidario de ella; sólo que esta última señala también, muy lejos de la filosofía, al actor que hace mutaciones rapidísimas... ¿Alguno se acuerda de aquel maravilloso Leopoldo Frégoli?

Como las citadas, es decir, como *evolucionismo, transformismo, darvinismo, darviniano,* otras palabras filosóficas, o conexas con ella, llegaron en 1925 al Diccionario. *Animismo,* voz bio-filosófica, existía ya; pero tal edición 15a. trae una nueva acepción del vocablo, la 2, que es la siguiente: "Creencia en la actividad voluntaria de los seres orgánicos e inorgánicos y de los fenómenos de la naturaleza, profesada explícita o implícitamente por pueblos de escasa cultura y acompañada de la adoración a dichos seres y fenómenos". Y todavía, en la 16a. edición, la de 1936, viene una acepción tercera de esta propia voz: "Creencia en la existencia de espíritus que animan a todas las cosas".

La voz *anímico,* que había venido siendo usada como término equivalente a psíquico, o sea el adjetivo relacionado con la función del alma, llegó al vocabulario en el Diccionario de 1925, indicando sólo la citada sinonimia. Vinieron entonces igualmente, *relativismo* y *relatividad,* la primera definida como "doctrina según la cual el conocimiento humano sólo tiene por objeto relaciones, sin llegar nunca al de lo absoluto", y, luego, en otro apartado, el 2, como "doctrina según la cual la realidad carece de substrato permanente y consiste en la relación de los fenómenos". *Relatividad* no es sino la "calidad de relativo". La teoría de Einstein anda todavía un tanto lejos; y eso que el propio sabio nos hace, en estos instantes mismos, revelaciones sobre nuevos geniales descubrimientos suyos, respecto a la gravitación universal.

Es asimismo nueva, de 25, la voz *espinosista,* para señalar al adicto al ya antes inscrito *espinosismo,* o sea el sistema filosófico de Spinoza, aceptando este nombre en la forma castellana —Espinosa— que España reivindica, por su origen familiar español, para el gran filósofo judío...

Igualmente es palabra nueva en 25, *ontologismo,* señalando "la teoría de Gioberti, filósofo italiano del siglo XIX, que pretende explicar el origen de las ideas mediante la adecuada intuición del Ser absoluto". Las voces *ontología* y *ontológico* se refieren, la primera, ya se sabe, a la parte de la metafísica que trata del ser en general y de sus propiedades trascendentales, y la segunda como adjetiva relacionada con aquélla.

Aunque existía ya la voz *positivismo,* no sólo para señalar el sistema filosófico, sino, un poco fuera de este campo, para denotar la calidad de atenerse a lo positivo, y, luego, asimismo, la demasiada afición a comodidades y cosas materiales, la voz *positivista,* que existía también ya, ha quedado ampliada, pues no es ya sólo tal el partidario del positivismo, sino que la palabra señala "lo perteneciente o relativo a esta doctrina", el positivismo. No se ha hecho a Augusto Comte el honor de incluir el término *comtismo* tan usado, ni, por supuesto, su derivado *comtista,* en los léxicos, ni menos *comptiano.* Tampoco Spencer viene, con su nombre castellanizado, en el Diccionario académico. Sí, por supuesto, están, desde antes, aceptadas, las voces *volteriano* y *volterianismo,* significando la "afectación o manifiesta incredulidad cínica y burlona, a la manera de la de Voltaire, o lo que implica este género de incredulidad o impiedad", la primera, y el "espíritu de incredulidad o impiedad manifiesta con burla o cinismo", la otra.

Es de reciente ingreso la palabra *panenteísmo,* en equivalencia a la antes aceptada, *krausismo,* que hemos anotado arriba. Son nuevas también *pragmatismo,* que señala el método filosófico principalmente divulgado, dice la Academia, por James, y *pragmatista,* que denota al partidario de tal sistema.

La acepción filosófica del verbo *devenir,* por "llegar a ser", vino en la 15a. edición. El adverbio de modo *hipotéticamente,* que, claro está, si no directamente, de modo indirecto se relaciona con las cuestiones filosóficas, es nuevo también en el Diccionario décimoquinto. Las voces *casualismo* y *casualista,* significando la segunda a la persona que profesa la teoría que funda en el acaso el origen de todos los acontecimientos; teoría que se significa con la primera de estas dos voces, son, ambas, recientes. En cambio, diremos que existiendo de antaño *casuísta, casuística y casuístico,* no llegó la voz *casuismo,* sustantivo señalador de la doctrina casuística, sino hasta 1936. Debo decir que el mencionado adjetivo *casuístico* trae en 25 una nueva acepción, aplicable a las disposiciones legales que rigen causas especiales y no tienen aplicación genérica...

Anotemos que el Diccionario de 1927, o sea el Manual, trae, como

nueva, la voz *causafinalista,* con su corchete de "a prueba". Creímos entonces inútil este signo provisorio; mas resulta que los dos Diccionarios posteriores no han aceptado aún la voz de modo oficial. Con el propio corchete, el mismo citado diccionario chico nos trajo la voz *palingenésico,* como adjetivo correspondiente al sustantivo *palingenesia,* que de años venía ungido. Esta voz adjetiva sí quedó ya definitivamente acepta en el glosario de 1936. En las voces *hegeliano* y *hegelianismo,* que ya existían, se hace una nueva anotación, sólo con el fin de adecuar la fonética castellana de estas voces a la original del nombre del gran filósofo alemán que creó las doctrinas que les dieron origen. En 1914 se decía que en ambas voces, *hegelianismo* y *hegeliano,* se aspiraba la *h* inicial; pero como se advirtiera que esto no bastaba, pues con las letras *ge* de sus segundas sílabas tenían que leerse todavía en forma no adaptada a la prosodia del nombre Hégel, en los últimos léxicos se dice también que la *g* tiene en estas palabras sonido suave, es decir, el que correspondería a la sílaba *gue.* Parece un tanto nimia esta observación, que podría haberse ahorrado cambiando realmente la segunda sílaba en los términos indicados, es decir, escribiendo *heguelianismo;* lo que, por lo demás, no sería nuevo, ya que, cuando menos en las ediciones duodécima y décimatercia, lo escribió así la propia Academia.

También en el Manual, 1927, y con corchete cauteloso, encontramos la voz *hedonismo,* para señalar la "doctrina que considera el placer como único fin de la vida". En términos semejantes, en el propio Manual, viene la voz *mentalidad,* señalando tanto la "manera de discurrir", como "el conjunto de hombres pensadores de una ciudad, clase, etc."; por lo que, en esta segunda acepción, *mentalidad* se equipararía a *intelectualidad,* que venía ya aceptada desde el Diccionario de 1925. Sin embargo ni en el Diccionario de 1936, ni, por supuesto, en el de 1947 que ya he dicho que es sólo copia de aquél, se acepta la primera de estas voces, *hedonismo.* En cuanto a la segunda, *mentalidad,* se la define al ingresar definitivamente en el primero de estos dos citados Diccionarios, el de 1936, en forma un poco más clara: "Capacidad, actividad mental", en una primera acepción; y en una segunda como "Cultura y modo de pensar de una persona, de un pueblo, de una generación, etc.". En el mismo Manual, y con el tan sobado corchete, viene la voz *intelectualismo,* definida como "doctrina filosófica que sostiene la preeminencia del entendimiento sobre la sensibilidad y la voluntad". Empero, la palabra se quedó en el Manual, pues no se la incluye en los Diccionarios posteriores.

Aunque la palabra *dinamismo,* en su acepción de sistema filosófico, venía desde vocabularios anteriores, en el de 1925 aparece la palabra *dinamista* para significar, por supuesto, al que es partidario del dinamismo.

Las voces *estética, estéticamente, estético-ca,* vienen todas en la misma forma en que venían en Diccionarios viejos; con el aditamento, en el Dic-

cionario de 1925, a la última de las tres, es decir, al adjetivo *estético-ca,* de dos acepciones nuevas, de las cuales la primera, o sea la que viene con el número 3 del artículo, significa "artístico, de bello aspecto", aplicándose la segunda, o sea la acepción 4, a la "persona que se dedica al estudio de la estética". Permítaseme decir que este último significado parece chocante; esto en las dos acepciones de la palabra *chocante,* es decir, por cuanto sorprende, ya que la palabra no se usa en tal sentido, cuando menos por estas tierras, y por cuanto parece cosa un tanto enfadosa, molesta. En efecto, el decir de un estudioso de la belleza que es un estético, parece casi chusco. Por allí se les dice *estetas* también a los amantes de la belleza; y aun, en mala parte, se aplica el adjetivo, igualmente, a ciertos pobrecitos "Señores". De alguna manera hemos de llamarlos...

DEL YANTAR, VULGO "MUQUIR"

CLARO está que no pretendo hacer observaciones respecto a lo que los últimos glosarios castellanos traigan sobre todas las cuestiones enunciadas en el rubro —las del yantar, de la manducatoria, del "muflir" o del "muquir" como en germanía se dice de antaño—, desde el punto de vista técnico, a lo Brillat-Savarin. Los buenos gustadores de la comida tienen campo, en las letras españolas, para darse gusto; y para no referirme sino a dos o tres libros que han aparecido más o menos recientemente, les recomendaré el clásico del Maestre Ruperto de Nola, Cocinero del Rey Don Hernando de Nápoles, cuyo *Libro de Guisados,* originalmente publicado, en lemosín o en catalán, en el siglo XV, y el cual apareció en la primera de sus muchas versiones castellanas allá por 1525, fue reeditado en 1929, con prólogo del que fue magnífico escritor gaditano Dionisio Pérez; y, junto a éste, el *Guía del buen comer español,* original del propio Don Dionisio; y al lado de ambos, otro no menos sabroso, *En casa de Lúculo,* del excelente ironista Julio Camba. Tampoco, por supuesto, voy a traer a colación, alardeando de erudición barata, las voces correspondientes a la comida clásica, incluídas en los léxicos de antaño, como las que denotan, por ejemplo, el yantar de Don Quijote: el salpicón las más noches, los duelos y quebrantos los sábados, el palomino de añadidura los domingos. Apenas si, dentro de estas gustables cosas de culinaria, o de coquinaria, no menos que en las de libación y bebería, en otra vez, habré de referirme, y ello modesta, incompletamente, a ciertos vocablos relacionados con tales garridas cosas, dentro de los glosarios recientes, sin preocuparme, digo, ni en los potajes, ni en los estofados, ni en otros guisos más o menos clásicos de la cocina española, que forman ringla copiosa en las *minutas.* Y no digamos —¡horror!— *menú,* ni españolizando su fonética, ni en la del original francés, pues la *minuta* citada, con su connotación de "lista de los manjares que se han de servir en una comida", es perfecta para su fin.

Principiaré, así, por anotar que entre las voces francesas, castellanizadas, que encuentran cobijo en el glosario de 1925, la palabra *restaurant* tiene su correspondiente precisa, *restaurante.* Por supuesto que al hablar de voz fran-

cesa castellanizada, me refiero sólo a la fuente inmediata, que es de la parlagálica sin duda, pues más atrás, ambas, la francesa y la hispánica tienen común ascendencia en el verbo latino "restaurare".

Con la aceptación, pues, del *restaurante* dicho, no debiéramos volver a emplear ni la voz galicana, ni tampoco la horrenda versión fonética al español que de ella se había hecho, *restorán*. Tampoco habremos menester ya de emplear por fuerza la clásica *fonda,* que aun siendo clásica no responde plenamente, en muchas ocasiones, a la "casa de comidas" que se desea señalar.

Y a propósito del adjetivo "clásica", que he empleado arriba para calificar la voz "fonda", o, mejor, a la "fonda" misma, os diré, entre paréntesis, que esta palabra no llega al lexicón académico, lo que parece raro, sino hasta su tercera edición, en 1791.

Mas volvamos a la cuestión de fondo, y digamos que *fonda,* en relación con *restaurante,* parece cosa un tanto más plebeya, un poquito más corriente. Sea así, o no lo sea, este último vocablo debe ser, y ya ha comenzado a serlo, aunque no tan generalmente como debiera, empleado en nuestro idioma; y aun las señas de algunas de estas casas que dan de comer al hambriento, no en ejercicio de la alta virtud cristiana, sino mediante el puntual, y muchas veces abusivo, pago correspondiente, principian a verse escritas en español.

El Diccionario Manual de la Academia, 1927, con cauteloso corchete, es decir, señalándola, diré, como a prueba, incluía en su nómina la palabra *chéster,* para designar el conocido queso inglés de tal nombre: "muy estimado y semejante al manchego", se explicaba. Quizá por esta atribución de parecido con el queso español que acabo de mencionar, y tal vez hasta por su fonética y su ortografía, fáciles para su adaptación castellana, se ha aceptado la tal palabra *chéster,* que, repito, nombra un buen queso inglés, sin que todavía hayan sido castellanizadas otras voces que señalan también ricos quesos de extranjía; digamos, por ejemplo: *limburgo, gruyere, roquefort, camembert, parmesán o parmesano.* Existe, por supuesto, desde años atrás, esta última palabra para denotar al "natural de Parma" y a "lo perteneciente a esta ciudad y antiguo ducado de Italia", dice la Academia; pero no a su queso famoso.

Por lo demás, es sabido, en efecto, que el queso manchego es el más nombrado, y probablemente el mejor de los quesos de España; lo dice así el clásico Nola, no sin laudar las excelencias de otros hispanos, tales como el de Puerto Real, el magnífico *cabrales,* muy parecido al roquefort francés, los gallegos de Cebrero, de San Simón, de Guimarey, con relación al cual hasta un cantar nos trascribe, del que, por cierto, como abogado, aunque no curial, rechazo el verso segundo:

para mulas Monterroso,
para ladrones, la Curia,
para quesos, Guimarey.

El buen sevillano Baltasar del Alcázar, como de Andalucía, elogiaba, por supuesto, los quesos andaluces. Oigamos cómo en su famosísima, deliciosa "Una Cena", aquella de

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa;
y diréte, Inés, la cosa
más brava dél que has oído...

asienta, luego de hablarnos del sabroso salpicón, de la buena ensaladilla, de la morcilla admirable, todo rociado con aquel "vinillo haloque" del que "vale un florín cada gota", asienta, digo:

Mas el queso sale a plaza,

y luego, para exaltarlo:

Prueba el queso, que es extremo,
el de Pinto no lo iguala,

siendo este Pinto, según entiendo, un lugarcillo jaenés, cabe un leve río del mismo nombre. Y en otro lado, en la primera de sus célebres Canciones, aquella de:

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
la bella Inés, el jamón
y berenjenas con queso,

nos dice, para asentar bien su igual amor a Inés, el jamón, y el queso:

Alegre Inés su beldad,
el jamón, que es de Aracena,
el queso y la berenjena
su andaluz antigüedad...

Mas dejemos ya el queso, y vengamos a los *embutidos.* Es claro que el *salchichón,* la *salchicha,* el *chorizo,* la *longaniza,* la *butifarra,* la *morcilla,* la *tarángana,* la *sobreasada o sobrasada* —que de ambos modos se dice— y otras de estas tripas rellenas, o *embuchados* para decirlo un poco menos feo, tienen sus nombres de tiempo atrás inscritos en el Diccionario académico. De tiem-

po atrás, digo. Como que, por ejemplo, *chorizo,* viene no sólo en el Diccionario de Autoridades, es decir, el primero de la Academia —seis volúmenes, 1726 a 1739—, sino también en el famosísimo de don Sebastián de Covarrubias y Orozco, *Tesoro de la Lengua Castellana, o Española,* censura de 1610, aunque ello en la forma "churizo". Empero, en su forma usual, *chorizo,* viene todavía antes, en el afamadísimo Diccionario Latino-Español del Maestro Elio Antonio de Nebrija, seguramente el más antiguo de los vocabularios castellanos —pues esto es su parte segunda—, 1942.

Mas si muchos de estos *embutidos* vienen de tiempos lejos, no aparece sino en el Diccionario de 1925 la famosa *mortadela,* de Italia. En el Manual, 1927, encorchetada, es decir, como "ad cautelam", venía nuestra *moronga,* la "morcilla" mexicana, disputándosela no sólo de voz mexicana, sino hondureña también. Sin embargo, el diccionario grande, el de 1936-1939, no incluye la voz, como debiera, pues es de uso general aquí, y seguramente en Honduras. En el propio glosario chico, y asimismo con corchete, venía la voz *fillòga,* señalando a otra clase de "morcilla", de calidad especial, oriunda de Zamora, la de España; y ésta sí recibe ya el espaldarazo definitivo en el léxico de 1936. ¡Oh, injusta preterición! Por cierto que he de recordar, al hablar de embutidos, que nuestra tan común *salchichonería* no lo es tal, sino *salchichería.* Paréceme que el uso común y aceptable lexicográficamente, de *"salchichonería",* en América cuando menos, debiera hacerla ya de buen recibo.

Ha entrado, ya lo saben ustedes, por supuesto, en el Diccionario grande, y ello para que no se quejen los anglómanos de que sólo a los comedores aficionados a lo franco, o francés, se da gusto por la Española, la voz *bistec,* escrita en esta poco grata forma como derivada, por supuesto, del inglés *"beefsteak",* y definida como "lonja de carne de vaca soasada en parrillas". Con la adopción de este vocablo, y con la de *rosbif,* también del inglés, es decir, traducida de *roastbeef,* no deberemos ya usar tales voces en su idioma nativo, ni tampoco, y esto es más importante, en sus horrendas corrupciones fonéticas *bisté, rosbí,* tan empleadas no sólo por las incultas maritornes, sino a veces por gente de cierta prez . . .

¿Queréis una novedad del Diccionario de 1926 en asuntos de cocinería? Pues sabed que la famosa *salsa mayonesa,* que tanto gusta a los buenos aficionados a las cosas de comer, o de tragonía si se va un poco más lejos, y las cuales en todos los países han merecido siempre atención y loa; la *salsa mayonesa,* repito, no es ya sólo tal, *mayonesa,* sino que es también, y mejor, *mahonesa.*

Un opúsculo especialmente dedicado a esta gustosa cuestión llamado "la salsa mahonesa", de Teodoro Bardají, impresa en 1928, demuestra que tal aderezo no proviene de Bayona, Francia, de donde se le llamó *bayonesa,* primero, y luego, en leve corrupción, *mayonesa,* sino que procede de Mahón,

en la Isla de Menorca, de las Baleares, y es, por ende, *mahonesa.* Antes de este opúsculo, y de su confirmación en Dionisio Pérez, el que fue sabio académico de la Española don Manuel de Saralegui y Medina, en uno de sus "Escarceos Filológicos" —publicado en el Boletín de la Academia de febrero de 1924— tocaba ya esta cuestión; y hasta citaba el hecho que, se dice, dio origen al nombre del condimento. Cuéntase que el Duque de Richelieu, Mariscal de Francia, sobrino del Cardenal famoso, habiendo ocupado en 1736 la ciudad de Mahón, y hallándose una noche en alguna de sus calles, con recio apetito —quizás con *bulimia,* que es "hambre canina", o con *polifagia* si queréis, que es lo mismo—, metióse en cualquiera fonda que halló al paso, pidiendo de comer. El buen fondero, que había visto consuntas las existencias del día, excusábase; mas pronto recordó que podría hacer alguna pequeña cosa que quizás gustase al huésped. Y a poco, sobre unas briznas de carne, traíale el aderezo de aceite crudo y yema de huevos, todo bien batido, que constituye la salsa famosa. Y héte al Duque tan encantado, que, preguntando el nombre del sabroso manjar, y contestándosele que, en realidad, no le tenía, pues era sólo pobre aderezo que el fondero mismo preparaba sin pretensión de ricura, bautizóla al instante con el nombre de *salsa mahonesa.* Si ello es cierto o no lo es, ignórolo. Mas el Diccionario trae, desde 1925, en la palabra *mahonesa,* su referencia a salsa, y en ésta, también por vez primera, el compuesto nombre, *salsa mahonesa;* conservando todavía, tal vez para respetar la tradición, y hasta, quizás, para significar bien al nuevo apelativo como equivalente al viejo, la voz *mayonesa;* mas dando a mahonesa el lugar primero, puesto que en su artículo viene la definición, y ya se sabe que esto significa mejor privanza académica. Conste, por fueros de justicia, además, que en el Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano, muy de antes, y en el Espasa poco después, venía ya esta *mahonesa* a que me he referido.

Y puesto que hablamos de salsas, me referiré a otro condimento de éstos, muy conocido y muy gustado, cuya voz connotativa viene como nueva en el último Diccionario académico, es decir, en la edición décimoséptima, aparecida oficialmente en 1947, aunque llegada a México hace apenas unos meses: la salsa *"besamela",* o sea la traducción de la muy conocida salsa francesa, "béchamelle". Ya se sabe que este glosario recentísimo es exactamente una reproducción, probablemente en fotocopia, del anterior, el de 1936, repartido en 1939, al concluir la revolución española, por lo que yo designo a tal décimosexta edición como edición 1936-1939. La última, digo, es una reproducción, cabal, hasta en sus erratas, de esta anterior, trayendo sólo como novedad un Suplemento, con cierta copia de voces —alrededor de seiscientas—, nuevas o ampliadas en su acepción. Entre ellas, repito, está la que nombra la "besamela", que es la "salsa blanca, que se hace con harina, crema de leche y manteca", y que tiene un enorme, universal recibo entre los buenos aficionados al arte de comer.

APUNTE CERVANTINO *

HA querido el Instituto Tecnológico de Monterrey que venga yo a su casa, con motivo de la inauguración de la Biblioteca Cervantina, con que el señor don Carlos Prieto le ha obsequiado; mas sin limitar a ello su gentileza, sino extremándola con el deseo de que diga unas palabras en la ocasión. Y como yo, admirador del rasgo de mi buen amigo el señor Prieto, no podía decir que no, aun teniendo, como tenía, y tengo para ello, a más de mi escaso aunque afincado cervantismo, mi no plena salud, he venido a esta tierra, y a este Instituto, a leeros unas páginas, inválidas por mías; pero más que a ello, a hacerme presente en estas fiestas de alarde cultural, a felicitar al Instituto que, muy justamente, las organiza, y a loar de nuevo, con calor, la actitud del magnífico donante, quien deshaciéndose de su riqueza, la trae a este centro para que la aprovechen y la gocen sus alumnos, y aun los que, sin serlo, tendrán a la mano una bellísima colección, la mejor, sin duda, del país, sobre las obras del máximo escritor de España y uno de los más grandes de la tierra.

Decía yo, al espléndido donante, al tener noticia de su ademán señoril, en carta que me dí el placer de dirigirle, más o menos lo que sigue, después de referirme al gozo que me dio saber de su regalo, y al cabo de mi referencia al caudal de ediciones y producciones de las obras que el obsequio atesoraba:

"Aparte lo dicho, que ya es asombroso, obran en el don innumerables ediciones de la obra menor cervantina: novela, teatro, poesía, y cuanto se ha escrito sobre la vida y la obra de Cervantes.

"Un mar, amigo mío —agregaba yo—, un verdadero mar de todo lo que rebulle en la mente y en el corazón del hombre. Alguna vez le oí decir a don Justo Sierra que la obra de Víctor Hugo era un mar de poesía. ¿Qué decir de la del más iluminado de los ingenios, a quien le fue dado dejarnos en su Quijote lo que podríamos llamar con justicia la *summa* humana?

Aun debajo de *Don Quijote,* toda la obra de Cervantes es valiosa, como

---

* Palabras leídas por don Alejandro Quijano en el Instituto Tecnológico de Monterrey, el día 4 de noviembre de 1954.

suya. Las preciosas *Novelas Ejemplares,* algunas de mera picaresca —la picaresca española—; ese *Coloquio de los Perros,* tan intencionado y profundo; el *Licenciado Vidriera,* quizás germen probable del *Quijote;* esa *Gitanilla* encantadora; todas, en fin. Y su *Galatea,* hermana de Diana, donde Cervantes luce una prosa alindada y florida; y *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda;* y su teatro, su *Trato de Argel,* su *Numancia,* tan comentada, tan hiperbólicamente alabada por letrados ilustres, al grado de calificarla de "divina" alguno de ellos; y su poesía, de varios temas y rimas, alguna parte de ella, admirable.

"Es portentoso, decíale yo, luego, a don Carlos Prieto, que haya logrado usted reunir tesoro tal; y más admirable aún que, en ademán de gran señor y hombre cultísimo, haya decidido cedérselo al Instituto Tecnológico de Monterrey.

"Actos como éste suyo, amigo mío, son muy poco comunes; hay potentados que legan gruesas sumas para obras benéficas o culturales; pero desprenderse, lejos aún el ocaso, cuando se goza de plenas facultades, de algo precioso, como lo son nuestros libros predilectos, es un acto heroico".

Y todo ello lo confirmo en estos instantes, ante la colección bellamente instalada ya en este plantel, al amparo de un mural que nos da la interpretación de lo que encierra, haciendo referencia a las dos grandes figuras del Quijote, la gran pareja de hombres aparentemente dispares, antinómicos, pero, en el fondo, complemento ineludible el uno del otro —la idea y la realidad, la verdad y la fantasía—; y todo bajo el prestigio de esta población, plasmado, al fondo de la pintura, en el Cerro de la Silla, su cifra.

Mas recuerdo ahora que, al ser instado para dar un nombre a mi lectura —a ésta que os presento, señoras y señores, jovenes alumnos—, y sin tesis aún, quizás por desidia, tal vez por atenciones absorbentes que me habían impedido hacer nada, dije que sería una "nota cervantina"; la que hube de escribir a última hora, casi, siempre bajo el signo del adjetivo fácil y de tan rica entraña.

Heme aquí, pues, en esta bella ciudad esforzada y ambiciosa, en la mejor acepción del vocablo, donde alcanzan auge las grandes empresas de los hombres que quieren hacer de la vida algo cada vez más llevadero y más amable; y donde florecen ricamente las obras de cultura superior.

Para alivio de penas y disimulo de ineficacia, vengo en la muy ilustre compañía de los dos aludidos personajes, muy amados desde mi remota juventud; los dos creados, hace tres siglos y medio, por un hombre humilde, pobre, asendereado, benévolo inmensamente y predestinado para traerlos a la milagrosa vida del sueño, más verdadera y perdurable que la de los seres de un día, que somos los hombres. Me acompañan, digo, un noble, espiritado caballero, y su criado, zafio y orondo; loco el uno, el otro cuerdo, y quién sabe si más loco el cuerdo que el desvariado.

Que a la sombra de tan amables compañeros, pasen inadvertidas las palabras desteñidas y pobres como las que escucháis.

Aquí estamos contemplando a los dos peregrinos sujetos, Don Quijote y Sancho —hijos de un breve lugar de la Mancha—, que se lanzan a la hermosa empresa de deshacer agravios y pelear con malandrines. Va el caballero movido por las copiosas lecturas de libros de caballerías, que por entonces eran adunia en España; el otro, el labriego, solicitado sólo por el excelente señor que le propone llevarle consigo como escudero. En sus andanzas podría ocurrirle, dícele, alguna aventura en la que él gane, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, de la cual lo deje a él de gobernador. Y tras del señuelo de la ínsula prometida, salen el cuerdo y el loco. Y allá van a lo que depare la suerte, montado en triste jamelgo el señor, y en plácido asnillo el escudero. Pronto se hallan en bravísimos trances, a los que da cima el valeroso Don Quijote.

En sus pláticas por los caminos, van, diríamos, amalgamándose; Don Quijote discurre, a las veces, como persona normal y prudente, y el criado como que se alza, a momentos, de su grosero materialismo. Y se funden, así, cada día más, hasta hacerse un solo loco y un solo cuerdo. Alguno —el gran vasco-salmantino Don Miguel de Unamuno— dijo que, transmutándose, al cabo de un fenómeno de ósmosis y endósmosis, como yo mismo lo dije por allí, Don Quijote se hizo hombre cabal, y Sancho acreció y llegó a lo alto como un buen sujeto, inteligente en ocasiones, prudente y noble en otras.

Muchas peripecias les ocurren en el ejercicio de la caballería; unas regocijadas, dolorosas por cómicas, las más. Bien dijo Anatolio France: "Lo cómico se vuelve doloroso cuando es humano. ¿Acaso el Quijote no os ha hecho llorar a veces? A mí me gustan extraordinariamente algunos libros de serena y sonriente desolación, como el incomparable Quijote o como Cándido, que son, bien mirados, biblias de benevolencia, manuales de indulgencia y de piedad".

Los más de vosotros, mis afables oyentes, conocéis la obra inmortal; quizás algunos de los muy jóvenes estudiantes la desconozcan aún; pero todos los que con ella os hayáis deleitado —creo no equivocarme al decir esto—, no podéis olvidarla, y la recordáis con un complejo recuerdo de muchos sentimientos aunados. De seguro os han hecho reír tantas quiméricas aventuras; y también os han enternecido, y tal vez hayáis llorado ante muchas situaciones ridículas y lamentables del pobre alucinado y de su no menos iluso escudero. ¿Quién podrá leer sin emoción el patético pasaje del encanto de Dulcinea, la dueña del alma del caballero, o la aventura con Clavileño, urdida por unos nobles señores ociosos o mentecatos? ¿Y cómo no compadecer a Don Quijote en el trance irrisorio y cruel con la desenvuelta Altisidora; y cómo no reír a todo sabor, con la nada pulcra ocurrencia de los batanes?

Asimismo, es de maravillar la sensatez con que el amo aconseja al escudero cuando éste va a tomar posesión del gobierno de la ínsula, ya conquistada por obra de los mismos nobles señores, desconsiderados o malévolos, y luego la salomónica sabiduría con que ejerce justicia, ya gobernador.

¡Y la elocuencia de Don Quijote en su discurso de las armas y las letras!

¿Cómo desentrañar si Cervantes escribió su libro magno con alguna preconcebida intención, como la de dar muerte a los libros de caballerías o cualesquiera otros, o si solamente el hombre genial que conocía tan diversas situaciones, que había sido camarero, soldado, huésped de prisiones, burócrata humildísimo; con los recursos de su imaginación sin par y de su ilimitada simpatía humana, y ayudado por la riquísima experiencia de su azarosa vida, no quiso sino armar, para su propia diversión, y para su consuelo, un retablo gigantesco donde puso a moverse y a vivir a las innumerables criaturas con quien había tropezado en su medio siglo de existencia? Quién sabe; la operación del genio tiene mucho de misterioso, y aun de inconsciente quizá; no pienso que sea fruto de tesón y de paciencia, como se dice, sino de algo brotado de muy hondo, luz que de súbito se enciende y descubre el tesoro oculto en "el yacimiento de las almas".

¿Para qué seguir divagando y fatigando vuestra atención?

Que de este noble recinto, consagrado a la mayor gloria de una pobrecilla criatura —no preguntaba un gran mexicano, citado arriba: "¿el genio es por ventura un signo de expiación sobre la tierra?"—, salgan muchas mentes iluminadas y muchos corazones embalsamados con la esencia imponderable, suave, sedante, purificadora que atesoran las obras aquí reunidas; sobre todo, la que ha sido llamada "el primer libro del mundo después de la Biblia, y el más original que humano ingenio haya jamás producido".

CONSIDERACIONES SOBRE EL QUIJOTE

EL programa anuncia una conferencia, y yo no os traigo una conferencia. ¿Qué podría yo, pobre de mí, añadir a los mil comentarios y estudios y loas que han dedicado a la egregia obra los más ilustres críticos del mundo? El Quijote ha sido y sigue siendo considerado como una de las pocas obras cimeras entre las de todas las literaturas universales.

Decir que se publicó en España, en enero de 1605, la Primera Parte, cuyo 350o. aniversario estamos celebrando; repetir los mil pormenores tan conocidos sobre la vida de su autor, de la que yo mismo he hablado, en otras ocasiones; hacer referencia a las demás numerosas obras de don Miguel de Cervantes, de sus novelas como *Galatea* y las magníficas *Novelas Ejemplares,* obras de viajes como el *Persiles y Sigismunda,* obras dramáticas, algunas notables como *La Numancia,* poesías, entremeses, escritos unos antes y otros después de su obra magna —entre paréntesis, el Gobierno de Guanajuato ha tenido, en estos años, el feliz acierto de hacer que se representen algunos de los dichos entremeses, en escenarios naturales, en la noble y muy bella ciudad capital del Estado—, todo ello me parece redundancia, ya que todo es conocido por mi culto auditorio. Así, pues, suprimo lo tan bien sabido, y me atrevo a traeros mis desautorizadas y breves, aunque muy personales ideas sobre el Quijote.

Cervantes es un patronímico común, pero cuando se aplica a Miguel de Cervantes se transfigura y se vuelve luminoso y adquiere singular jerarquía, ya que resume en su breve sonoridad cuanto de más sano, más lúcido, más ejemplar, más jocundo a la vez que más doloroso, han podido dar las letras humanas.

¡Miguel de Cervantes, pobre ser insignificante en su medio de vida humilde, y cuán enorme su destino!

¡Pobre ser desposeído de lo que aquí abajo se llama buena fortuna, que no frecuentó universidades ni tuvo grandes maestros, que vivió hasta su último día pendiente del favor de los poderosos; y con qué prócer largueza, con qué ademán de gran señor le pagó a la vida, para él llena de estrecheces,

postergada, perseguida, con un libro que no pasará; que no es como uno de tantos hermosos libros que agradan, que enseñan, que conmueven; que es un Libro, con mayúscula, que ciertamente conmueve y enseña y agrada, pero que hace más, pues se diría que fuese de naturaleza diferente a la de los otros; un libro que está hecho de materia viva, de carne y alma, siempre renacientes; sustancia magnífica como el pan, olorosa como tierra mojada, límpida como lágrimas, confortante como el mejor cordial.

¡Ilustre entre los ilustres, grande entre los mayores, Miguel de Cervantes, la más alta cumbre entre los genios de su raza, se unifica con el caballero triste, hijo de su fantasía!

¿Quiso la innata, benévola condición de Cervantes poner en su admirable y lamentable Don Quijote su propia imagen; quiso en la figura de su malhadado héroe dolerse de su propia vida, disfrazar con sonrisas su indudable amargura, llorar de lástima de sí mismo, hacer reír a poder de ironía su terrenal fracaso?

¿Qué puede el mismo genio saber del alcance de sus obras? ¿No es acaso un enviado que trae en su misterioso mensaje una lección y un presente que sólo las generaciones, al pasar de los siglos, van ahondando y descifrando y regalándose con su tesoro?

Para mí —lo afirmo con la mano sobre el corazón— ha sido el libro de Cervantes, desde mis años de juventud, rico manjar, venero de limpios goces, almacén de enseñanzas, alivio de sinsabores, materia de grave meditación.

¿Cómo fue posible, me he dicho muchas veces, que un tan pobre hombre atesorara tal prodigiosa vena de gracia, de generosidad, de poesía, de sabiduría y de nobleza? ¿Caería Cervantes en la cuenta de lo que construía con su libro sumo? Llego a pensar que, como dijo Díaz Mirón del afán migratorio —"es un instinto en ciertos genios como en ciertas aves"—, los actos del genio pasan más allá de la conciencia del hombre y superan con mucho a sus posibilidades como tal. ¿O será acaso el genio una luz tan deslumbrante que deje en penumbra ciertos meandros de la conciencia, para que el hombre siga conservando candores de párvulo frente a muchos aspectos de la vida? Tal me parece que la portentosa facultad creadora que engendró el Quijote tuvo quizá como colaboradora insuperable a una prístina y sabia simplicidad, como la del niño que frente a la pequeña mesa de sus juegos forja incansable, por virtud de una imaginación intacta, de una virginal fantasía, con sus a veces grotescos y deformes muñecos, retablos conmovedores para el ojo adulto, y maravillosos y adorables para el niño embobado.

¿Cosa semejante le acontecería al pobre alcabalero que apenas probó halagos y bienandanzas, antes supo de apuros y descalabros, de mofas y malaventuras? Si ello acaso fue así, qué soberbio retablo crearon las tristes manos he-

ridas de grilletes y arcabuzazos, del hombre que llevó, quisiera yo imaginarlo, el luminar del genio alzado sobre un corazón de niño.

Regocijado fue el manteamiento de Sancho, ese dechado de escuderos, bondadoso a su manera, medio pícaro, medio inocente, crédulo y socarrón; y lamentable en gran manera la condición en que quedaron caballero, escudero y cabalgadura, molidos a estacazos de los desalmados yangüeses, airados por ciertas demasías de Rocinante.

Dolorosa es la aventura con las manadas de carneros y de ovejas, que vistas desde una loma aparecen a la vista del iluso caballero andante como ejércitos que se adelantan, levantando gran polvareda, a encontrarse en mitad de la llanura. Y a los ojos de Don Quijote, ovejas y carneros se transfiguran y ve pasar al valeroso Laurealco, señor de la Puente de Plata, y al temido Micocolembo que luce en el escudo tres coronas de plata en campo azul; y continúa el brillante desfile de grandes señores combatientes, todos con nombres tan peregrinos como los citados. ¡Qué despliegue de rica fantasía, de erudición, de insuperable lengua en la descripción del fantástico cortejo! Y, en seguida, el inevitable contrapeso de la grandiosa aventura, con los pastores, quienes ante la inesperada agresión del caballero responden airados con una pedrea contra el desdichado señor que acaba tirado, sin sentido, en el suelo. ¡Y él había creído a pie juntillas que peleaba con entonados caballeros, para desvanecer enemistades con su potente brazo!

Y la tremenda cuanto risible aventura que le acaeció a Don Quijote cuando en sus andanzas se interna con su fiel escudero en la Sierra Morena, y halla excelente la oportunidad para hacer, a imitación de lo que hizo Beltenebros en la Peña Pobre cuando fue desdeñado de su señora Oriana, una memorable penitencia en amoroso homenaje a su ideal Dulcinea, "término y fin de toda humana hermosura".

Y al pie de un alto monte queda el caballero haciendo todas las locuras que su desvarío le aconseja, para que Sancho vaya con un mensaje a la noble señora y le dé cuenta de cómo, por amor a ella, su desdichado amante queda dándose de calabazadas contra los peñascos, ayunando y haciendo otras mil asperezas. ¡Don Quijote hace durísima penitencia por una dama imaginaria, como hacen los ascetas por amor de Dios! ¡Cuál es la calidad del caballero, cuán soberano amor el suyo para llegar a tan desaforados extremos! ¿Risible? Sí, para muchos; para otros, cuán grande, cuán extraordinario enamorado el que llega en su locura a semejantes excesos.

Triste y sarcástica para nuestro caballero es la aventura con el rico Haldudo y el pobre mocito Andrés, azotado sin piedad por su feroz amo. Don Quijote confía en la promesa del bellaco Haldudo, quien, amenazado de muerte, suelta al chico que había atado a un árbol para azotarlo a su sabor, y promete pagarle cuanto le adeuda. Y no bien se aleja Don Quijote, satis-

fecho de su triunfo, el villano torna a latiguear al mozo con mayor saña y ferocidad. Irrisorio destino el del iluso caballero, lleno de sueños generosos, paladín de la justicia, enfrentado en todo momento a la realidad grosera y falaz, sin siquiera caer en la cuenta de su humillante fracaso.

¿Y qué decir de su lastimosa aventura con los molinos de viento, transformados en descomunales gigantes por su imaginación conturbada? Mueve el viento las aspas de los molinos, y a los ojos del andante caballero son brazos de gigantes malandrines, que lo amenazan invitándolo a desigual batalla. Se encomendó de todo corazón a su dama, "arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero". Así relata Cervantes la célebre aventura, donde la sonrisa y la burla y la frustración y el dolor llegan a un grado extremo. ¿No es acaso esta lucha con los molinos de viento la de toda vida humana? Sueños desmedidos, afán de cosas perennes, anhelo de infinito; y un buen día la Inexorable, que no sabe de complacencias, que marcha ciega, nos deja, sin acorro posible, tendidos en el camino.

Y nada digo de otros dolores del héroe, porque no quiero dejaros una impresión velada de pena. Y este es un día de fiesta, día de jubileo; esto es, de solaz y de alegría, porque celebramos un acontecimiento feliz. Y ya que el sol baña aún nuestros días, y el aire orea nuestra frente, acojámonos a la mágica influencia de la belleza de la tierra y de los cielos, a la virtud de la ciencia, al hechizo del arte, a la fascinación del canto del poeta, a la bondad de la vida y de los hombres, que también la tienen, y a la dulce esperanza de un día radioso para lo que de nosotros no pasará, que es de esencia divina, y vivirá para siempre.

INDICE ONOMASTICO

— A —

Aa Van der, 128
Abad, José Diego, 227
Abreu Gómez, Ermilo, 24
Acevedo, Manuel, 151
Acosta, José de, 127
Acosta Enríquez, José Mariano, 213
Adán, 89
Aertsens, Henrik, 121
Agüeros, Victoriano, 22
Aguilar y Marocho, Ignacio, 20
Aguilar, 125
Agustín, San, 287
Aicardo, P., 52, 72
Alamán, Lucas, 146
Alarcón, Juan Ruiz de, 261
Alarcón, Manuel Mateos, 30
Alba, Pedro de, 110
Alcázar, Baltasar del, 105, 295
Aldana, Ignacio, 273
Aldana, Juan, 273
Alegre, Francisco Javier, 227
Alejandro VII, 16
Alejandro, Magno, 150, 237, 242
Alemán, Mateo, 137
Alemán, Miguel, 15, 16, 17, 23, 25, 31, 110
Alessio Robles, Miguel, 24, 152
Alessio Robles, Vito, 110
Alfaro, Ricardo J., 138
Alfonso X, 103, 133
Alfonso el Sabio, 147
Alighieri, Dante, 115, 171, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 187, 190, 191, 192, 193, 195, 196, 197, 198, 201, 202, 263
Almazán, Cristóbal de, 142
Alonso, Amada, 120
Alva Ixtlixóchitl, Fernando de, 206
Alvarez Quintero, Joaquín y Serafín, 88
Alvarez de Colmenar, Juan, 128
Allende, Ignacio, 273
A. M. C. (véase Carreño, Alberto María)
Anacreonte, 263
Aquino, Sto. Tomás de, 171, 287
Aragón, Agustín, 24
Araiza, Evaristo, 26
Arango y Escandón, Alejandro, 20
Arcipreste de Hita, 88
Arcipreste de Talavera, 134, 137
Armendáriz, Pedro, 113
Aristóteles, 89, 171, 284, 287
Arróniz, Marcos, 227
Aschenbach, Gustavo, 224
Asselijn, Thomas, 124
Atenas, Zenón de, 285
Ateniense, Apolodoro, 240
Avila de Zúñiga, Luis, 123
Ayala, Pedro López de, 103
Ayala, Francisco, 225
Aza, Vital, 139
Azorín, 136, 141
Azuela, Mariano, 107
Azuela, Salvador, 110

— B —

Baker, 227, 230
Balbuena, Bernardo de, 263

Báñez, 287
Barahona de Soto, Luis, 48, 55, 71
Baranda, Joaquín, 21
Bardajs, Teodon, 296
Baroja, Pío, 141
Bartolache, José Ignacio, 227, 231
Barrios, Miguel de, 126
Basalenque, Diego de, 273
Bassoco, José María, 20
Bassols, Narciso, 111
Bauche, Henri, 218
Beaumarchais, Pedro Agustín, 230
Bécquer, Gustavo Adolfo, 255
Belerofonte, 87
Benítez, Enrique, 163, 164
Benítez, José R., 24
Berlioz, Héctor, 254, 255, 256, 257
Beristáin y Souza, José Mariano, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233
Betanzos, Domingo de, 144
Bie, Cornelio de, 125
Bión y Mosco, 263
Blanco Fombona, Rufino, 257
Bolaños, Joaquín, 213
Bos, Lambert von, 124
Boscán, Cristóbal, 16, 123
Bosch, J. de, 125
Boutroux, 285
Breeroo, 124
Broek, J. B. ten., 117
Brown, James, 243, 244
Bulnes, Francisco, 106
Burge, Willein van den, 128
Burguillos, Tomé de, 90
Bustamante, Blas de, 145, 148
Bustamante, Carlos María de, 76
Bustillos, Jordán de, 142
Bustillo Oro, Juan, 111

— C —

Caballero, Fernán, 139
Cabra, 69
Cadalso, José, 138
Calderón de la Barca, Pedro, 125
Calderón Romero, Francisco, 168
Calles, Plutarco Elías, 109
Carbajal, Angel, 25
Carbajal, Juan de, 144
Cardoso, Joaquín, 20
Carlos V, 119, 126, 128, 142, 143
Caro Miguel, Antonio, 263, 264
Carranza, Venustiano 41, 110
Carrasco, Sansón, 40
Carreño, Alberto María, 7, 22, 84, 150, 153, 158, 159, 165, 247
Carrillo y Alvarez, Florencio, 158
Casas, Alonso de las, 267, 268, 269, 270
Casasús, Joaquín D., 21, 41
Casio, Longino, 90
Caso, Antonio, 22
Castañiza, 126
Castellanos Quinto, Erasmo, 22
Castilla, Luis de, 144
Castillo, Felipe Neri del, 162
Castillo Nájera, Francisco, 24
Castillo Solórzano, 135
Castillo y Sotomayor, Luis, 46
Castro, 227
Castro Leal, Antonio, 24, 82, 83, 105, 106
Castro, Luis, 156
Catalina de Rusia, 84
Catón, 45
Cejador y Frauca, Julio, 52, 72
Ceniceros, José Angel, 26
César, Julio, 46, 49, 58
Cervantes de Salazar, Francisco, 145, 146, 148
Cervantes Saavedra, Miguel de, 23, 57, 59, 72, 103, 115, 123, 127, 137, 261, 299, 300, 302, 303, 304, 306
Cicerón, 49, 59, 71, 135
Cinarra, 46
Claesz, Cornelis, 128
Clarín (Alas, Leopoldo), 139
Clavijero, Francisco Javier, 227
Cnobbaert, V. 126
Cobel, Edmundo, 157
Cohen de Lara, Isaac, 127
Colón, Cristóbal, 236
Coluto de Licópolis, 263
Collado, Casimiro del, 20
Comte, Augusto, 289
Conde de Cheste, 263

Conde y Oquendo, Francisco Javier, 227, 231
Conde, José Antonio, 263
Conrart, 40
Coquet, Benito, 26
Cordero, José María, 156
Cordero, Juan N., 31
Cordero, Salvador, 22
Cordero y Torres, Enrique, 24, 163, 164
Córdoba Tirso, Rafael, 20
Coronado, Mariano, 24
Cortés, Hernando, 128, 158, 209, 246
Cortés y Zedeño, Jerónimo Tomás de Aquino, 169
Cortina Portilla, Eustaquio, 26
Coromina, Ignacio Rafael, 273
Costa, Isaac da, 120
Costa, Uriel de, 126
Coss, Francisco, 157
Cossío, José Lorenzo, 76
Cotareli y Mori, Emilio, 159
Courteline, Georges, 55
Covarrubias, 283
Covarrubias y Orozco, Sebastián, 296
Coypel, 124
Cravioto, Alfonso, 24, 41, 42, 43, 67, 71
Cravioto, Rafael, 41, 152, 153
Creede, Tomás, 246
Croce, Benedetto, 97, 99, 170
Cruz, Ramón de la, 139
Cruz, San Juan de la, 16, 79, 95, 126
Cruz, Sor Juana Inés de la, 42, 86, 261
Cuervo, Rufino José, 52, 72, 79
Cuevas, Mariano, 22
Cujas, (Jacobo), 88

— CH —

Chao Yen Ren, 86
Charpentier, Jacques, 128
Chaucer, Geoifrey, 101, 245
Chavero, Alfredo, 20
Chávez, Diego de, 273
Chávez, Ezequiel A., 22
Chávez, Manuel A., 118
Chico, José María, 274

— D —

D'Aúlnoy, Madame, 128
Darío, Rubén, 17, 79, 90, 258
Darwin, C. R., 288
Dávalos, Balbino, 21, 22
Dávalos, Rafael, 274
Davids, William, 121
Dávila y Arrillaga, José Mariano, 227, 228
Dávila Garibi, José Ignacio, 24
Decorme, Gerard, 227, 230
Delfos, 82
Delgado, Pedro, 142
Delgado, Rafael, 21, 106, 107, 159
Descartes, 87
Díaz de Gamarra, Benito, 273
Díaz de León, Jesús, 22, 24
Díaz del Castillo, Bernal, 102, 246
Díaz Dufoo, Carlos, 22, 31
Díaz Mirón, Salvador, 23, 82, 106, 265, 304
Dickens, Carlos, 99
Domínguez, Rafael, 24
Dostoyevski, Teodoro, 253

— E —

Einstein (Albert), 101, 288
Elguero, Francisco, 22
Elguero, José, 24, 65, 69
Elsevier, 123
Enio, 45
Enríquez Gómez, Antonio, 126
Escepsis, Demetrio, 240
Escobedo, Federico, 21, 152, 153, 154, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162
Escobedo, Mariano, 261
Escobedo, Vicente, 157
Espinel (Vicente), 137
Espinosa, Antonio de, 120
Espinosa, Benito de, 126, 289
Estrada, Genaro, 22, 23
Eyzaguirre, Ignacio Víctor, 260

— F —

Fabela, Isidro, 24
Faguet, Emilio, 274

Faulkner, 100
Felipe II, 119, 142, 147, 168
Felipe V, 16, 50, 51, 56, 71,
Felipe (San), 268, 269, 270, 271
Félix, María, 113
Fénix de los Ingenios, 45
Fernández de Avellaneda, Alonso, 124
Fernández de Lizardi, José Joaquín de, 211, 212, 214, 215, 216, 217
Fernández, Emilio, 113
Fernández Granados, Enrique, 21, 22, 76
Fernández Güel, Rogerio, 21
Fernández Ledesma, Enrique, 24
Fernández MacGrégor Genaro, 22, 25, 31
Figueroa, Gabriel, 113
Fonseca, 120
Fonseca, Antonio de, 16
Fontainas, Peeters J., 122
Forcadel, 88
Forner, Juan Pablo, 57, 72, 138
Foulché Delbosc, Raymond, 123
France, Anatolio, 301
Francisco de Asís, San, 115
Frégoli, Leopoldo, 288
Freud, Sigismundo, 101, 104, 285
Frías, José D., 107
Frías, Bartolomé, 148
Fuente, Andrés Diego, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233
Fuentes, Andrés Prudencio, 229, 230, 231, 232

— G —

Galdós (véase Pérez Galdós), 102, 106, 140
Gallardo, Bartolomé José, 69
Gamba, Julio, 299
Gamboa, Federico, 21, 22, 27, 95, 107
Gamboa, José Joaquín, 24
Gante, Gregorio de, 158
García, Canónigo?, 148
García, Benjamín, 127
García, Cubas, Antonio, 227
García de Loaysa, Cardenal, 147
García de Torres, Joaquín, 146
García de Vega, 144
Garcilaso de la Vega, 79, 123, 250
García, Genaro, 206
García Icazbalceta, Joaquín, 20, 146
García, Juan, 145
García Lorca, Federico, 250, 252
García Naranjo, Nemesio, 22
Garibay, Angel María, 24, 94
Garrido, Luis, 24
Gil Polo, Gaspar, 124
Gioberti, Vicente, 289
Goethe, Juan W., 91, 102, 138, 222, 252, 253, 254
Gómez Arias, Alejandro, 110
Gómez Chico, Jorge, 26
Gómez de Santillán, 114
Gómez Haro, Enrique, 24, 162, 163, 165
Gómez Haro, Luz del Carmen, 162, 165
Gómez Maraver, Pedro, 169
Gómez Morales, Eduardo, 162
Gómez Robledo, Antonio, 24
Gómez, Rodrigo, 26
Gómez Suárez, Enrique, 127
Góngora y Argote, Luis, 47, 48, 55, 233
González, Cruz, 163, 164
González Casanova, Pablo, 22, 76, 213
González de Amezúa, Agustín, 32
González de Mendoza, José María, 24, 152, 153
González, Fernando Alonso, 273
González Guerrero, Francisco, 24, 40, 67, 257
González Martínez, Enrique, 21
González Montesinos, Manuel, 24, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 73
González Obregón, Luis, 21, 76
González, Pablo, 157, 158
González Peña, Carlos, 22, 152, 153
Goríbar de Zaldívar, María, 26
Gorostiza, José, 24, 109
Gracián, Baltasar, 69, 123, 137
Graham Gurría, Noé, 26
Granada, Luis de, 126, 135, 136
Grijalva, Juan de, 143, 145
Grousset, 237
Guerra, Juan, 167, 168
Guevara, Juan Antonio de, 126
Guevara, Miguel de, 95
Guisa y Azevedo, Jesús, 24

Gutiérrez, Bartolomé, 273
Gutiérrez Nájera, Manuel, 79, 257, 258
Gutiérrez Ortega, Fernando, 26
Gutiérrez Otero, Luis, 22
Gutiérrez, Pedro, 270, 271
Guzmán, Francisco de Paula, 22
Guzmán, Martín Luis, 24, 111

— H —

Hakluyt, Ricardo, 245
Haro y Tamariz, Agustín, 158
Héctor, 87
Heemskerck van, 125
Hégel, Jorge Guillermo Federico, 289
Heidegger, Martín, 101, 116
Heine, Enrique, 254
Herodoto, 86, 238, 240, 241
Hervás y Panduro, Lorenzo, 84
Herrasti, Francisco de P., 31
Herrera, Darío, 82
Herrera (Licenciado), 144
Hesíodo, 239, 242, 255
Heyndrix, 121
Hidalgo y Costilla, Miguel, 94, 96, 112
Hölderlin, 116
Homero, 116, 172, 239, 240, 241, 242
Hondt, Pieter de, 124
Horacio, 44, 45, 46, 49, 57, 59, 61
Hooft, 127
Hostos, Eugenio María de, 94
Huacuja, Daniel, 24
Hugo, Víctor, 255, 299
Humboldt, Alejandro, 253
Hurtado de Mendoza, Diego, 72
Huyghens, 127
Huxley, Aldous, 247, 248

— I —

Ibarra y González, Ramón, 159
Ibsen, Enrique, 97
Icaza, Francisco A. de, 22
Iriarte, Tomás de, 51, 65
Isabel de Castilla, 19
Isla de la Torre y Rojo, José Francisco, 138
Israel Menasseben, 126

— J —

James, Guillermo, 289
Jansonius, 123
Jeans, James, 202
Jenofonte, 102
Jiménez Rueda, Julio, 24, 40, 67, 164
Jorge Juan, 128
Jovellanos Gaspar, Melchor, 138
Joyce, James, 100
Juan Manuel, 103, 134, 137
Juárez, Benito, 106
Jugge, Richard, 245
Junco, Alfonso, 23
Junco de la Vega, Celedonio, 24

— K —

Kafka, Franz, 116
Kees, Weldon, 89
Kempis, Tomás de, 125
Kierkegaard, 101
Kukenheim, 120

— L —

Laban, Rudolf, 87
Labastida, Francisco de P. 22
La Bruyère, Juan de, 38
Lacordaire, Juan Bautista Enrique, 86
Laet, Juan de, 128
Landa Berriozábal, Enrique, 26
Landívar, Rafael, 152, 155, 227
Langendijk, Pieter, 124
Lapesa, 133, 138
Larra, Mariano José, 104, 139
Lawrence, David J., 115
Legorreta, Agustín, 26
León XIII, 262
León, Fray Luis de, 53, 55, 72, 136, 250
León Garabito, Juan de Santiago, 168
León, Nicolás, 227
Lerdo de Tejada, Sebastián, 20, 94, 96
Lasage Alain, René, 124
Linschoten Jan Hyghen, van, 127
Lira, Miguel N., 24

212, 214, 215, 216, 217
Loera y Chávez, Agustín, 41
Lope de Vega y Carpio, Félix, 46, 54, 55, 771, 95, 125, 132, 136, 249, 250, 251, 252
López, Gonzalo, 142
López Portillo y Rojas, José, 21, 22, 107, 162
López Velarde, Ramón, 41, 263
Lozano Noriega, Francisco, 26
Lugones, Leopoldo, 17
Luis XIV, 56

— M —

Macías, José Natividad, 30
Macías, Manuel, 31
Machado, Antonio, 80, 106, 137, 141
Magdaleno, Mauricio, 24, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116
Magno, Carlo, 128
Malon de Chaide, Pedro, 16, 53, 55, 72
Mallarmé, 80, 100, 101
Mancera Ortiz, Rafael, 26
Maneiro, Juan Luis, 227
Mangas, Marcelino, 274
Mann, Thomas, 100, 222, 223, 224, 225, 226
Marco Polo, 236
Marco Tulio, 46, 57, 59
Margil, Antonio de Jesús, 144
María Dolores, 156
María Eusebia, 212
Mariscal, Ignacio, 21, 94
Márquez y Toriz, José Ignacio, 157
Márquez y Toriz, Octaviano, 157
Martí, José, 79, 100
Martínez, Antonia, 257, 268, 269, 270, 271
Martínez Navarrete, Manuel, 273
Martínez de la Rosa, Francisco de P. 139
Martínez Espinel, Vicente, 137
Martínez, Luis María, 24, 94, 95, 96
Martínez Ruiz, José (Azorín), 89 136, 141
Martínez Sobral, Enrique, 22, 41
Martín, María Genoveva, 256
Marroqui, José María, 20
Maura y Montanar, Antonio, 159
Mayakovsky, 106
Meade, Joaquín, 228
Medina, José Toribio, 227, 230, 231, 232
Medina, Pedro de, 128
Medinilla, Pedro de, 144
Mediz Bolio, Antonio, 22, 24
Melgarejo, Bartolomé de, 145, 148
Middleton, Henry, 245
Mier, Servando Teresa de, 96
Miguel Angel, 255
Mir, Miguel, 50, 52, 56, 60, 72
Millares Carlo, Agustín, 232
Miranda, José, 213
Méndez Plancarte, Alfonso, 24, 94
Méndez Plancarte, Gabriel, 24, 94, 152, 227, 230, 232
Mendoza, Antonio de, 142, 144
Mendoza, Diego de, 53, 55
Menéndez, Carlos R., 24
Menéndez Pidal, Ramón, 80, 103, 137, 138
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 61, 70, 227, 250, 263
Mérida, Alonso de, 144
Mesonero, Romanos, 139
Moguer, Andrés de, 142
Molina, Audomaro, 24
Molina, Tirso de, 54, 55, 56, 72
Molière, Juan Bautista, 49
Montejano y Aguiñaga, Rafael, 232
Montejo, Catalina de, 143, 145, 146
Monterde, Francisco, 22, 40, 111, 153, 165
Montes de Oca, Carlos, 274
Montes de Oca, Emeterio, 260
Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 21, 94, 260, 261, 263, 264, 265, 266
Mora, José María Luis, 96
Moratín, Leandro Fernández de, 138
Moreas, Jean, 100
Moreno Cora, Silvestre, 21, 22, 162
Moreno, Delfino C., 158
Morones, Pedro, 144, 148
Musset, Alfredo de, 254

— N —

Nápoles, Hernando de, 293
Navarro, Tomás, 132
Nebrija Elio, Antonio, 88, 134, 283, 296
Necker, Madame, 219
Nervo, Amado, 24
Nevares, María de, 46
Neve, Francisco, 162
Neri de Alfaro, Luis Felipe, 273
Nicolás, Tomás, 246
Nieman, Mateo, 122
Nieremberg (Eusebio), 126
Nieto, Ambrosio, 159
Nietzsche, Federico, 80, 253
Nispen, Andrieu van, 124
Nola, Ruperto de, 293
Nordau, Max, 104
Novo, Salvador, 24, 119
Nucio (Nuyts), 120, 123
Núñez de la Rioja, Pedro, 273
Núñez y Domínguez, José de J., 23

— O —

Obregón, Alvaro, 109, 110
Ocio y Ocampo, Ma. Antonia de, 273
Olaguíbel, Francisco M. de, 23
Olavarría y Ferrari, Enrique, 75
Orange, Guillermo de, 123
Ormachea, Juan Bautista, 20
Orozco, Alonso de, 53, 55, 72
Orozco y Berra, Manuel, 20
Orozco y Jiménez, Francisco, 169
Ortega y Gasset, José, 140, 253
Oseguera, Juan de, 142
Osores, Félix, 227, 228, 229, 230, 231, 232
Ostade, Adriano, van, 124
Ossian, Federico, 101
Othón, Manuel José, 21, 257
Oudin, César, 121, 122
Ovidio (Publio Nasón), 46

— P —

Páez Brotchie, Luis, 169
Pagaza, Joaquín Arcadio, 21, 94, 265
Palafox y Mendoza, Juan de, 126
Palma, Luis de, 126
Pallares, Eduardo, 31
Papini, Giovanni, 106
Pardo Bazán, Emilia, 139, 140
Parra, Porfirio, 22
Paso y Troncoso, Francisco del, 20, 147
Pavlov, 101
Payno, Manuel, 107
Pellicer, Carlos, 24, 82, 83
Peñaloza, Joaquín Antonio, 24
Peña, Pedro de la, 143, 144, 148
Peña, Rafael Angel de la, 20
Peón Contreras, José, 20
Pereda, José María, 139, 140
Peredo, Manuel, 20
Pérez de Espinosa, Juan Antonio, 273
Pérez, Dionisio, 293, 297
Pérez Galdós, Benito, 75, 99, 100
Pérez Maldonado, Carlos, 24
Pérez Martínez, Héctor, 110
Pérez y González, Felipe, 139
Pereyra, Carlos, 24
Perogrullo, 46
Pesado, José Joaquín, 263
Peza, Juan de Dios, 21
Pimentel, Francisco, 20, 227
Pimentel, Victoriano, 31
Pío X, 262
Píndaro, 239, 263
Pirrón de Elis, 286
Piscator, Erwin, 111
Pitágoras, 284
Plancarte y Labastida, Antonio, 261
Platón, 77, 89, 283, 284
Plaza y Jaen, Cristóbal Bernardo de la, 143, 144
Pompa y Pompa, Antonio, 227, 232
Porte, Arnaldo de la, 121, 122
Portilla, Anselmo de la, 22
Portillo, Esteban, 147
Portocarrero, Pedro, 53
Prado, Pedro, 114, 116
Prieto, Carlos, 26, 299, 300
Prieto, Guillermo, 261, 263
Proclo, 89
Proust, Marcelo, 100, 115

Puente, Luis de la, 126
Puga y Acal, Manuel, 22

—Q—

Questiers, Salomón, 124
Quevedo y Villegas, Francisco de, 47, 48, 55, 71, 100, 125, 137
Quijano, Alejandro, 22, 23, 25, 27, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 49, 66, 77, 83, 94, 95, 118, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 166, 219, 247
Quijano el Bueno, Alonso, 64, 150
Quijano Rueda, Alejandro, 150
Quintiliano, Marco Fabio, 59, 60, 61
Quiroz, Daniel, 31

—R—

Rabasa, Emilio, 21
Rabelais, Francisco, 88
Racine, Juan, 249
Raetkens, Utrick, 120
Ramírez, Alfonso Francisco, 158
Ramírez Cabañas, Joaquín, 76
Ramírez, Ignacio, 112
Ramos Arizpe, Miguel, 96
Ramos Carrión, Miguel, 139
Ramos Millán, Gabriel, 110
Ramos Pedrueza, Antonio, 31
Rebolledo, Bernardino de, 127
Reinach, Salomón, 84
Reinhardt, Max, 111
Renard, Jules, 102
Revilla, Manuel G., 21
Reyes, Alfonso, 22, 77, 79, 80, 81, 107, 108, 118, 164, 227, 230
Riaño, Juan Antonio, 274
Ribadeneyra, Pedro, 126
Richelieu, Duque de, 297
Río, Dolores del, 113
Rivas Cherif, Cipriano, 111
Rivadeneyra y Palacios, Manuel, 162
Rivera, Agustín, 96
Roa Bárcena, José María, 20, 263
Robelo, Cecilio A., 22
Robledo, José, 164
Robles Dégano, Felipe, 44, 54, 57
Robinson, Master, 243
Robredo, Pedro, 76
Rodas, Apolonio de, 239, 262, 263
Rodemburg, Theodoro, 125
Rodríguez, Alfonso, 126
Rodríguez Beltrán, Cayetano, 24
Rodríguez de Quesada, Antonio, 144, 147
Rodríguez, Juan Francisco, 121
Rodríguez Marín, Francisco 52, 57, 72
Rojas, Antonio, 274
Rojas, Fernando de, 137
Rolland, Romain, 35
Romero de Terreros, Manuel, 22, 76
Romero, José Rubén, 22, 23, 25, 26, 27, 32, 36, 159
Rosa, Agustín de la, 227, 231
Rostand, Edmond, 62, 64, 73
Rousseau, Juan Jacobo, 103
Rovirio, 34
Rubio, Antonio, 56
Rubio, Darío, 22, 152, 153
Rubio y Contreras, José, 158
Ruesch, Jorgen, 89
Ruiz Cortines, Adolfo, 16, 17, 25
Ruiz de Alarcón, Juan, 23, 70, 79, 88, 125
Ruiz, Gonzalo de, 144

—S—

Sahagún, Bernardino de, 204
Salado Alvarez, Victoriano, 22, 74, 75, 76, 95
Salazar, Ambrosio de, 122
Saldívar Silva, Gabriel, 212
Salinas, Miguel, 22
Sámano, Juan de, 142
San Lucas, 102
Sánchez Arévalo, León, 158, 164
Sánchez, Daniel, 151
Sánchez, Leopoldo, 156
Sánchez Mármol, Manuel, 21, 22
Sánchez, Raimundo, 24, 152, 153
Santamaría, Francisco J., 24, 214
Santa María, Domingo de, 142
Saralegui y Medina, Manuel, 297
Sardaneta, José Joaquín, 273

Sarmiento, José Miguel, 162
Sarmiento, Pedro, 217
San Juan Bautista, 104
Schroedinger, 85
Settle, Dionyse, 245
Segura, José Sebastián, 20
Selva, Rogerio de la, 26
Séneca, 34
Shakespeare William, 243, 245, 247, 248, 249, 250, 253, 255
Sierra, Justo, 21, 94, 257, 299
Sigüenza, José de, 136
Sigüenza y Góngora, Carlos, 55, 145
Silva, Atenógenes, 21
Silva Herzog, Jesús, 24
Simón, Guillermo, 120
Smiles, Samuel, 91
Smithson, Enriqueta, 255, 256
Sisena, 58
Six, Jan, 124
Sócrates, 82, 283, 284
Sofía, Sta., 115
Sola, Ana María, 216
Solís, Antonio, 137
Sommelsdijck, Aertsen van, 128
Sommervogel, 227, 229, 230, 231, 232
Sosa, Francisco, 21, 24
Soto, Roberto, 111
Spencer, Herbert, 289
Spengler, 285
Spontini, Gaspar, 255
Starter, 124
Steen, Jan, 124
Stendhal (Bayle Enrique), 253

— T —

Tablada, José Juan, 23
Tales de Mileto, 285
Tarso, Pablo de, 143
Teja Zabre, Alfonso, 42
Tello, Antonio, 166
Teniers, David, 124
Teócrito, 163, 164
Teofrasto, 89
Teresa, Santa, 126, 135, 136
Terreros y Pando, Esteban, 52, 72
Texera Tartaz, Manuel, 120
Thámara, Bachiller, 120
Thompson, Harry, 243, 244
Tiele, 128
Tiermann, Hermann, 122
Tirtamo, 89
Tolstoy, León, 99, 100
Tongerloo, Johannes, 125
Toro y Gisbert, Miguel de, 52
Torquemada, Juan de, 166
Torres Bodet, Jaime, 24, 109
Torres de Villarroel, Diego, 138
Torri, Julio, 24
Torres Lanzas, Joaquín, 146
Torres, Teodoro, 24
Toussaint, Manuel, 24, 146
Tremiño, Alvaro de, 144
Tresguerras, Francisco Eduardo, 273
Trognesius, 121

— U —

Ulloa, Antonio de, 128
Unamuno, Miguel de, 96, 100, 138, 141, 301
Urbina, Luis G., 24
Urbina, Salvador, 31
Urrea, Blas (Luis Cabrera), 106
Usigli, Rodolfo, 111
Uruchurtu, Ernesto P., 26

— V —

Valbuena, Antonio de, 48, 49, 52
Valdés, Octaviano, 24, 94
Valdés, Juan, 135
Valdés, Melchor de, 145
Valera, Cipriano, 123
Valera, Juan, 139, 140, 263
Valle Arizpe, Artemio de, 23, 74, 76, 165
Valle Inclán, Ramón del, 107
Van Dam, Adolfo C. F., 117, 118
Van Praag, Jonas Andries, 117
Vargas, Fulgencio, 24
Vasconcelos, José, 23, 24, 109, 110, 111, 113, 151, 152
Vázquez Coronado, Francisco, 144
Vázquez de Tapia, Bernardino, 144
Vázquez, Nicolás, 155, 163, 164

Velasco (José María), 102
Velasco, Francisco, 151
Velasco, Francisco de, 163
Velasco, Luis de, 143, 144, 147
Velasco de Silva, Diego, 101
Velázquez Primo, Feliciano, 24, 263
Vélez de Guevara, 125
Velpius, 123
Veracruz, Alonso de la, 143, 144, 148, 273
Verdeyen, 121
Verdussen, Jerónimo Bautista, 121
Vico, Antonio, 87
Vigil, José María, 21
Viila de la Torre, Juan, Abad, 46, 48
Villalón (Licenciado), 120
Villanueva, Alonso de, 142
Villanueva, Diego de, 145
Villegas, Pedro de, 144
Villena, Enrique de, 134
Vinci, Leonardo de, 35
Viñaza, Conde de la, 120
Virgilio, 46, 49, 71, 172, 173, 174, 175, 176, 178, 181
Voltaire, Francisco María Aronet, 36, 127, 289
Vondel, 127
Vorsterman, Willem, 120
Vreese, Willem de, 121

— W —

Wagner, Ricardo, 222, 253, 254, 255
Weimar, 102
Weyerman, Jacob Campo, 124
Whitman, Walt, 99
Willes, Richard, 145
Wouthers, Antonio Francisco, 125

— Z —

Zamorano, Pedro, 144
Zeiler, 128
Zelis, P., 227, 228, 230
Zenobia de Palmira, Reina, 90
Zubieta, Manuel, 26
Zumárraga, Juan de, 142, 147

INDICE GENERAL

Nota preliminar por A. M. C. 7
Invitación para la inauguración del nuevo edificio de la Academia..... 9
Sesión solemne 11
Discurso del Lic. Alejandro Quijano *en la inauguración* 15
La peregrinación de la Academia, por Alberto María Carreño 19
Alejandro Quijano, por Alberto María Carreño 27
Discurso en homenaje al desaparecido director Lic. Alejandro Quijano, por Julio Jiménez Rueda 29
Alejandro Quijano, por Isidro Fabela 33
El uso y el abuso del Idioma, por Manuel González Montesinos 40
Contestación al anterior discurso, por Francisco Monterde 66
Recuerdo de don Victoriano, por José de J. Núñez y Domínguez 74
Alfonso Reyes, por Antonio Castro Leal 77
El lenguaje, por Alfonso Reyes 82
El compromiso de las letras, por Mauricio Magdaleno 91
Respuesta al anterior discurso, por Antonio Castro Leal 109
Historia del Hispanismo en los países bajos, por el Dr. J. A. Van Praag 117

HOMENAJE AL SEÑOR LIC. DON ALEJANDRO QUIJANO DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

Discurso de la prosa castellana, por Ermilo Abreu-Gómez 131
El nacimiento de la Universidad, por Alberto María Carreño 142
Presencia de ausentes ilustres, por Enrique Cordero y T. 149
Un gran propulsor de la enseñanza y difusión del idioma español en la Nueva Galicia, por José Ignacio Dávila Garibi 166
El alma en el trasmundo dantesco, por Genaro Fernández Mac Grégor 171
Elogios de poetas, por Angel Ma. Garibay K. 203

El diario de México, mina para el lexicógrafo, por J. M. González de Mendoza 210
Invitación a la cortesía, por Alfonso Junco 219
Thomas Mann como novelista, por Francisco Monterde 222
Andrés Diego Fuente, humanista del XVIII y cantor de Guadalupe, por Joaquín Antonio Peñaloza 227
Albores de la geografía mediterránea, por Alfonso Reyes 235
Los navíos del mercader, por Manuel Romero de Terreros 243
Estampas nocturnas, por Jaime Torres Bodet 247
El Ilmo. Mons. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, por Octaviano Valdés 260
Los tres vestidos, por Artemio de Valle Arizpe 267
La enseñanza superior en Guanajuato, por Fulgencio Vargas 272

CINCO TRABAJOS DE ALEJANDRO QUIJANO

Una moción de orden. La academia española permite ya escribir México con X 279
Cuatro palabras sobre las palabras filosóficas. La cuestión social 283
Del yantar, vulgo "muquir" 293
Apunte cervantino 299
Consideraciones sobre el Quijote 303

Indice Onomástico 307